

Juan Díaz: el conquistador de perlas





Juan Díaz: el conquistador de perlas

Armando de Jesús Romero-Monteverde



Juan Díaz: el conquistador de perlas.

Armando de Jesús Romero-Monteverde.

Formación de interiores, diseño de portada: Trazo Binario, S. A. de C. V.

Primera edición 2008

© Senado de la República

Comisión de Biblioteca y Asuntos Editoriales

LX Legislatura

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Dedicatoria

A mi esposa Rosana Cruz Limón por su comprensión

A mis hijas Alaide, Roxana y Maricruz

A la familia Romero de San Pedro de la Presa

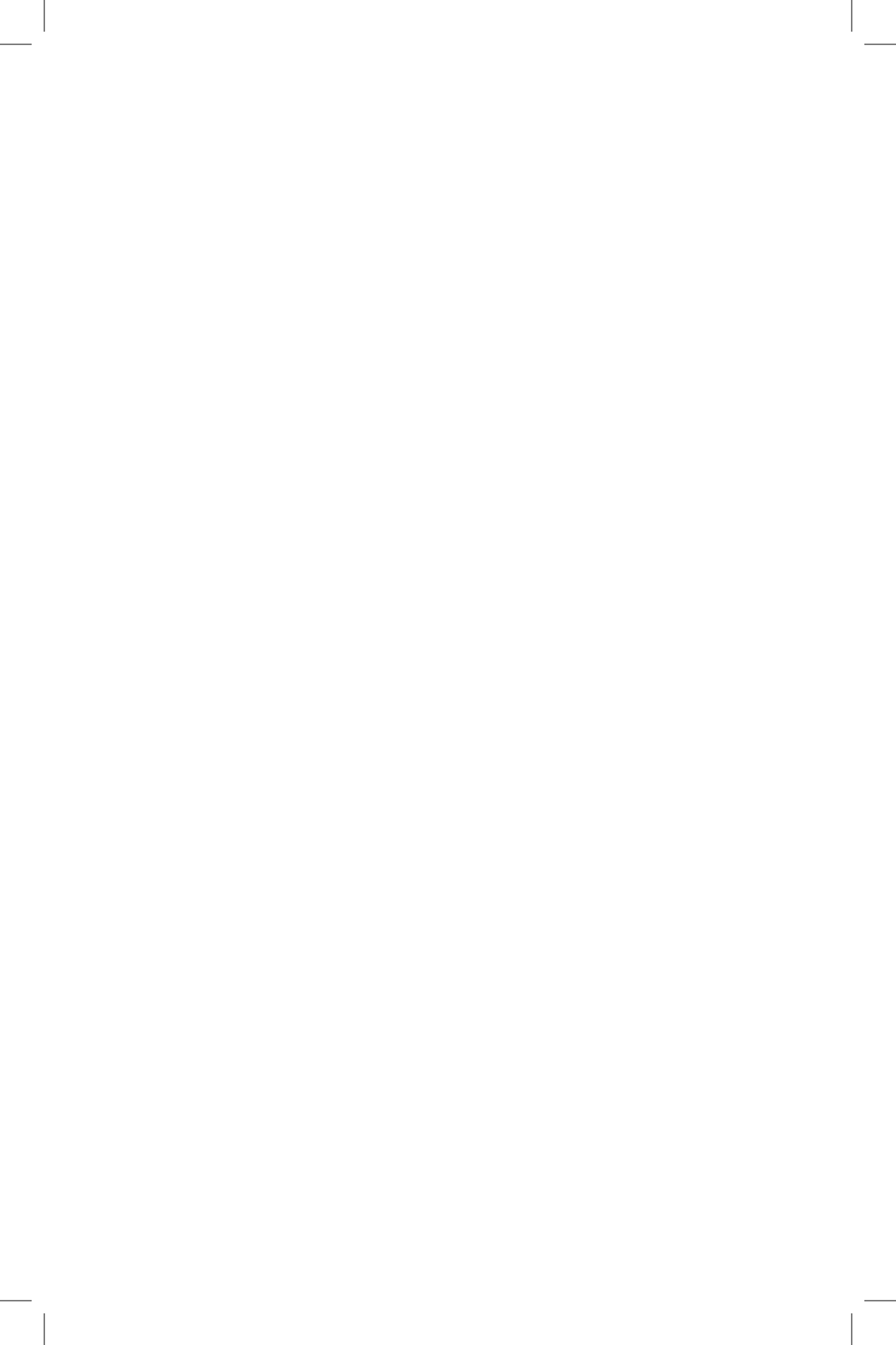
A la familia Monteverde de Todos los Santos B.C.S.

Al compadre Daniel Ortiz y su esposa

A Gregorio Rivera a quien debo mucho

A mi tío Santos por las primeras novelas que leí

Al pueblo de Baja California que me vio nacer



Índice

Agradecimientos.....	11
Prólogo.....	15
Introducción.....	21
Libro primero	
Juan Díaz: el buscador de perlas	
Capítulo I	
Viaje a la provincia ultramarina de California (1713)	
Excelentísimo Señor.....	27
La despedida.....	37
La despedida: el mallorquín y la contrata de los marineros.....	47
El encuentro con la balandra <i>El Albatros de Dios</i> en el Puerto del Manzanillo.....	55
El galeón de Manila y el viaje a la provincia ultramarina de California.....	59
El pez mullier o mujer formidable y el pez espada, pendenciero de los mares.....	63
Las pesquerías de perlas y el diario del mallorquín.....	71
La ligereza que tienen los buzos de hurtar las perlas.....	75
La gran festividad de los armadores de perlas.....	79
Discurso de don José de Larreategui declarando abierta las pesquerías de perlas.....	87
En busca de placeres del norte.....	91
Encuentro con los indios Aripez.....	95

Capítulo II

Muerte de la tripulación y cómo caí en manos de los indios

Encuentro con los indios pericúes de la Isla San Joseph.....	101
Muerte de la tripulación y de cómo me hicieron cautivo.....	107
Muerte de un indio buzo.....	113
De cómo escape de los pericúes.....	121
De cómo caí en manos de los guaycuras	125
El cerro atravesado.....	133
De cómo me quitaron la tristeza.....	139
Los funerales de un cazador.....	145
La ceremonia del tabaco coyote.....	151
De la ceremonia de propiciación de pitahayas.....	153
De mi rescate.....	155

Libro segundo

Juan Díaz: el conquistador

Capítulo I

La Misión y el Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto

La Misión y el Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto.....	159
Los hijos de los hombres.....	165
A toque de Campana.....	175
Las idolatrías.....	187
El azote de las epidemias y calamidades.....	211
Los instrumentos del demonio.....	213
De los barcos de California.....	219

El naufragio de la lancha San Javier.....	223
Naufragio y muerte del padre Benito Guisi.....	233
Dos entradas al Puerto de La Paz.....	237
El naufragio profético y muerte del milanés.....	239
El triunfo de la Santa Cruz	247
En busca de sitios hacia el sur para fundar presidios y nuevas misiones.....	261

Capítulo II

En busca de los bienhechores y la fundación de la misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz (1720)

Del viaje por mar al Puerto de la Paz y de nuestro paso por la isla de San Joseph y lo que ahí sucedió.....	277
Desembarco y fundación de la Misión.....	281
Entrada triunfal del padre Clemente Guillén al Puerto de La Paz.....	285
Torna la balandra el triunfo de la Santa Cruz al Real de Loreto.....	289
Primera Expedición a caballo en busca de los bienhechores.....	291
Se ponen los fundamentos de la primera casa de Nuestra Señora del Pilar de la Paz.....	293
Entrada de los isleños pericués de la Isla San Joseph.....	295
Segunda expedición a en caballo en busca de los bienhechores.....	299
Feliz encuentro con los indios Bienhechores.....	303
Entrega de la vara de justicia.....	307
Entrada de los callejués en el Real	309
Las paces.....	313



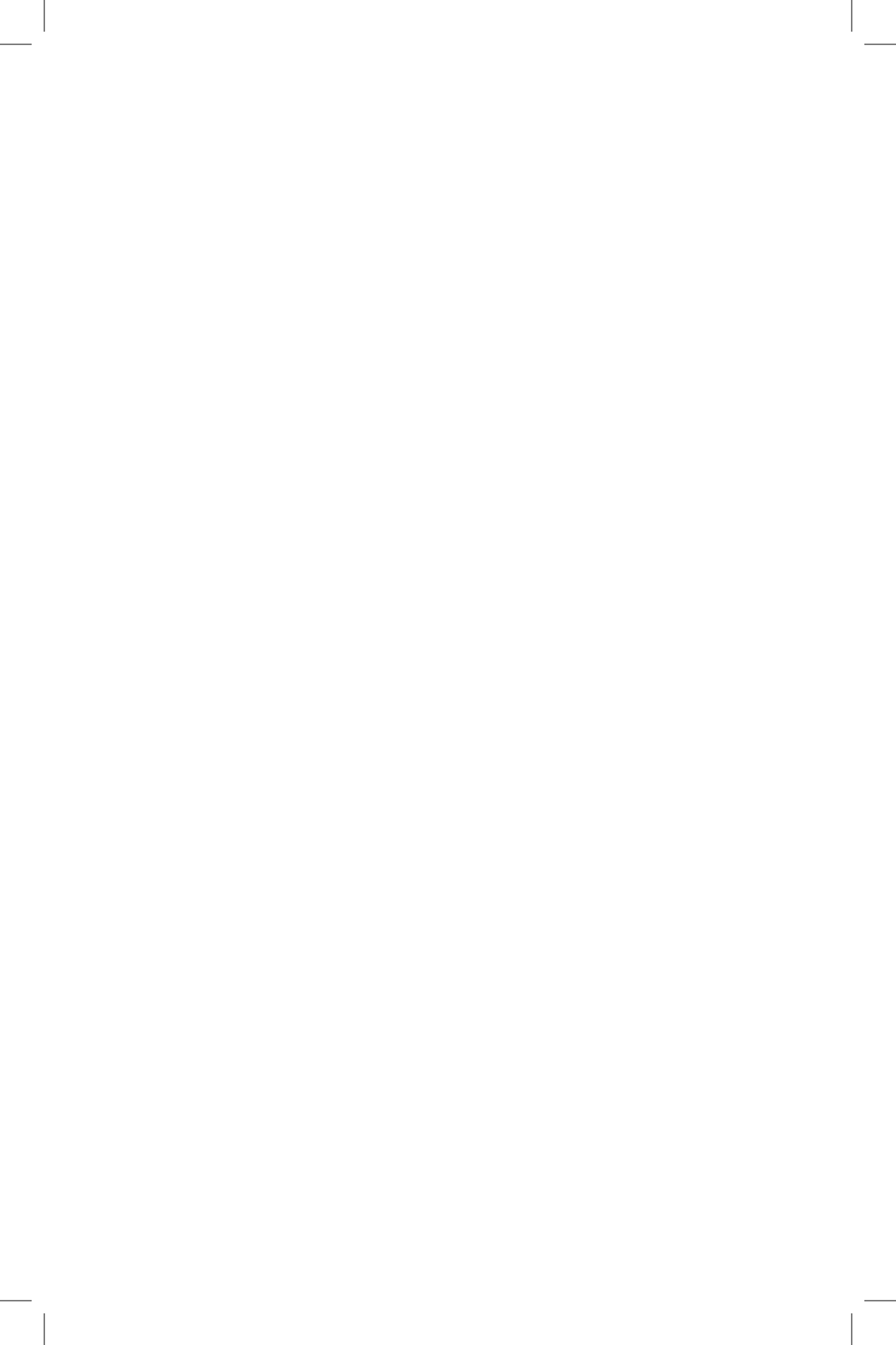
Agradecimientos

En todos los sucesos importantes de la vida ocurre que siempre hay alguien que está dispuesto a tendernos la mano. En esta ocasión quiero agradecer muy especialmente al senador Luis Coppola Joffroy por su valioso apoyo, primero para que esta obra viera la luz en el periódico *El Peninsular* y segundo para que *Juan Díaz: el conquistador de perlas* consiga ¡por fin, su tan ansiado afán!: ver publicada su obra. No puedo dejar de mencionar, en esta oportunidad, a mi amigo de la infancia Joel Macías, quien con su entusiasmo y sinceridad que le caracterizan creyó a primera vista en el proyecto de Juan Díaz, al que muy apropiadamente llamó el primer vago de Sudcalifornia. Por último, mis agradecimientos a la Comisión de Biblioteca y Asuntos Editoriales del Senado por hacer que esta novela sea una realidad.

Armando de Jesús Romero-Monteverde



Prólogo



La península de Baja California, desde su descubrimiento en el año de 1532, ha ejercido una extraña fascinación en propios y extraños. Navegantes, exploradores, aventureros, misioneros, conquistadores, marineros e indios de la contracosta plantaron su pie en tierras de sudcalifornia.

Un factor determinante de esta atracción fueron las perlas que se hallaban entre las mejores del mundo hasta ese momento conocido. Muchos pasaron de la contracosta para buscar perlas con la pretensión de hacer riquezas: algunos (muy pocos) hicieron sus armadas e invirtieron sus fortunas para aviar la embarcación y contratar a marineros y buzos.

Durante más de 300 años, las aguas del Golfo de California eran visitadas por los buscadores de perlas y de ellas surgieron mitos y leyendas que forman parte de la identidad del sudcaliforniano. Las riquezas perleras fueron extraídas de nuestros mares para adornar la corona del rey y el cuello de la reina o las damas de la corte.

Todavía al principio del pasado siglo un visionario llamado Gastón J. Vivés Gourieux creó en la Isla Espíritu Santo el primer emporio perlífero del mundo. Desgraciadamente llegó la revolución y la mezquindad del nuevo gobernador del territorio acabó con su empresa. don Gastón J. Vivés, vivió sus últimos años en La Paz en la casa marcada con el núm. 19 del Paseo del Malecón, aguardando la oportunidad de rescatar de la ruina su empresa ostrícola. don Gastón fue vecino y amigo de mis padres. Por qué menciono a Gastón J. Vivés en el prólogo de la novela de Juan Díaz, porque curiosamente los dos personajes están marcados por la fascinación de las perlas y la tragedia, aunque históricamente vivieron en circunstancias diferentes.

En efecto, según el jesuita Jaime Bravo, Juan Díaz era el hijo de capitán de barco dedicado a las pesquerías de perlas, que por no poder ir él envió a su hijo en su lugar con catorce buzos y la tripulación.

La embarcación cayó en manos de los indios pericúes quienes dieron muerte a los buzos y a la tripulación, dejando vivo a Juan Díaz para que tripulase la embarcación para sus fines. Juan Díaz pasó algunos días con los pericúes hasta que en una oportunidad que tuvo escapó de sus captores para caer en manos de los guaycuras que vivían en el Puerto de La Paz. Los guaycuras le dieron buen trato hasta que fue rescatado, meses después, por pescadores de perlas y llevado al presidio de Loreto.

El personaje de Juan Díaz, como lo hace notar León Portilla en la introducción a la obra *Testimonios sudcalifornianos*, bien puede compararse con lo que le sucedió a otros españoles en los primeros años de la Conquista, que habían quedado cautivos entre diversos grupos indígenas, como Jerónimo Aguilar entre los mayas y el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca entre los grupos indígenas de Norteamérica.

En la primera parte de la novela, el autor reconstruye los hechos con base en documentos de la historiografía de Baja California. En ella evoca una época pasada, haciendo que Juan Díaz viva su aventura en los mares del Golfo de California en busca de las perlas. En la ficción crea al personaje llamado “el mallorquín”, un viejo marinero que conoce como la palma de su mano los placeres de perlas y sus peligros. En esta primera parte, titulado Juan Díaz: el buscador de perlas, nos lleva por los placeres de las perlas en la isla del Espíritu Santo y describe algunas de las costumbres de los armadores de la época lo que brinda verosimilitud a los hechos narrados.

Por sus estudios antropológicos, el autor es capaz de describirnos con mucho realismo las costumbres de los indios californios pericúes, guaycuras y cochimíes, resaltando algunas ceremonias y festividades que fueron vistas por navegantes y misioneros y que fueron consignadas en cartas y relaciones. Es en este punto donde nos asalta la duda de si lo narrado sucedió como lo cuenta o es producto de la ficción, pues los acontecimientos o aventuras de Juan Díaz son relatados con sumo cuidado, lo cual nos lleva a imaginar cada momento de su aventura, además de que los sucesos en su estructura son reconocidos por el padre Jaime Bravo. Es así como el escritor toma como pretexto la estructura del relato del jesuita Jaime Bravo y lo va cubriendo de “carnita o sustancia” hasta darle cuerpo a la historia.

En la segunda parte, titulada Juan Díaz: el conquistador, el autor toma como pretexto el tiempo histórico y se aprovecha que el fundador de las Californias, Juan María de Salvatierra, contemporiza con nuestro personaje, para contar algunos momentos históricos de la fundación del real presidio de Nuestra Señora de Loreto, para después contar cómo Juan Díaz llevó a los misioneros al Puerto de La Paz y culminó con la fundación de la misión de Nuestra señora del Pilar de La Paz y la pacificación de los pericúes y guaycuras.

El autor echa mano a la imaginación pero se apega a los sucesos históricos haciendo un análisis de la documentación. El historiador León Portilla en la introducción señala: “Interesante sobremanera es la aventura que, a modo de digresión consigna el padre Jaime Bravo acerca de lo que había sucedido al marinero Juan Díaz que ahora acompañaba a los misioneros. En buena parte habría de deberse a él que, a la postre, se acercaran al ‘real’ o campamento los guaycuras.”

La participación decisiva de Juan Díaz en la fundación de la primera colonia permanente en el Puerto de la Paz, está mediada por las circunstancias que en mucho tropiezan con la inverosimilitud; sin embargo, si creemos en el relato del padre Jaime Bravo sobre lo que él llamo “Las aventuras de Juan Díaz”, estaremos entonces obligados a otorgarle un lugar en la historia, a un lado de los insignes jesuitas Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén.

Luis A. Coppola Joffroy
Senador de la República

Introducción



En el año de 1713 los pescadores de perlas acudieron como los años anteriores a las aguas del Golfo de California con la esperanza de obtener las mejores perlas. Cuatro embarcaciones salieron de las costas de Manzanillo arribando a la Isla Espíritu Santo, punto de reunión para iniciar la temporada. Una de las embarcaciones pertenecía al capitán Juan de Dios y Villegas, vecino de Colima que, por estar enfermo, envió en su lugar a su hijo Juan Díaz, de poca edad y experiencia, a cargo de 14 buzos y la tripulación. La embarcación se acercó a pescar en las costas de la isla San José, habitada por los indios pericúes, quienes por las constantes incursiones de los buzos y las vejaciones de que eran objeto, determinaron vengarse de ellos. Mataron a los 14 buzos y a la tripulación, dejando vivo a Juan Díaz a quien lo hicieron cautivo dándole mala vida.

Después de un tiempo los indios pericúes determinaron ir a la ensenada de La Paz, donde se encuentra actualmente el moderno Puerto de La Paz.

Juan Díaz, aprovechando un descuido de sus captores, se escapó internándose en el monte. Durante algunos días se escondió en una cuevecilla de su propia fabricación, con la esperanza de ser rescatado, pero cayó en manos de los indios guaycuras, enemigos de los pericúes y de los españoles. Creyendo que su vida estaba perdida le ocurrió lo contrario, le dieron buen trato y después de seis meses de vivir con ellos, se inició la nueva temporada del buceo de las perlas, llegando a las costas de California innumerables embarcaciones. Una de estas embarcaciones iba al mando del capitán don José de Larreategui, quien lo rescató y lo condujo a la misión de Loreto donde Juan Díaz conocería al padre Juan María de Salvatierra. Juan María de Salvatierra añoraba desde hacía tiempo conquistar a los incoscitables callejús, indios de la nación

Guaycura. En el año de 1720, Juan Díaz en compañía de los padres Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén entrarían a tierra de los callejúes, iniciándose con ello la conquista de la parte sur de la península, fundándose la Misión de Nuestra Señora del Pilar. Está es la historia novelada del conquistador Juan Díaz, quien fue olvidado por la historia.

Libro primero
Juan Díaz:
el buscador de perlas



Capítulo I

Viaje a la provincia ultramarina
de California
(1713)





Excelentísimo Señor

Linaje de traición conocido fuera negar a Vuestra Excelencia algunos logros de mis aventuras y conquistas en el descubrimiento de la California. En ésta y otras que escribiré, daré relación y cuenta, como lo debí dar en su momento a mi padre que haya gloria; epilogaré los principales sucesos de lo que se me pide, suplicándolos en recompensa, comuniquéis estas cartas a Vuestra Majestad; que con la publicación, conseguirá el premio que desea mi afán en tan ardua peregrinación.¹

Juan Díaz

Ya que Vuestra Excelencia me honra al mandarme que le escriba, aunque mi oficio no me obligue a ello.² Lo hago muy a pesar de verme agobiado por los años, con la vista tan cansada y endeble que casi no puedo escribir sin

¹ Paráfrasis de Pedro Porter Casanate, caballero de la Orden de Santiago, desde que salió de España el año 1643 para el descubrimiento del Golfo de la California, hasta 24 de enero de 1649, escrita a un amigo.

² Con este párrafo inicia Miguel del Barco su carta al padre provincial Francisco Zeballos, fechada el 26 de octubre de 1765. En *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, p. 435. Referencia documento Archivo histórico de la Provincia de México, Miscelánea, VII, F. 396, r-v.

abrir y cerrar continuamente los ojos. Con todo, señor, me pone de nuevo en el empeño de violentar mi cansada memoria para romper el silencio, sacando del olvido lo que tanto tiempo he callado. Excuso noticiarle, que he vivido atormentado por los espantos desde aquel aciago día en que se torció mi destino. No hay noche de luna en que no despierte con el sobresalto de encontrarme en manos de los indios que me robaron el alma. Ya estoy terminando mis días y pocas noches de lunas serán testigos de mis desvelos, pero basta de lamentos, que un alma atormentada como la mía, sólo en los nueve círculos del infierno encontrará la paz. Manda que os escriba sin omitir detalle de cómo fui hecho cautivo por los bárbaros indios de California, así como de trasladar al papel los hechos que dan fe de mi humilde contribución a la expansión de la conquista y reducción, en la California ultramarina, de las naciones guerreras: guaycuras y pericúes.

Como usted sabe los acontecimientos le fueron referidos, en el año de 1714, al jesuita de la compañía expulsada, el milanés Juan María de Salvatierra, cuando era yo tan sólo un mozuelo de catorce años y a los pocos días de ser rescatado de mis captores por el Capitán don José de Larreategui, a bordo de la balandra³ propiedad del general y capitán vitalicio de la Villa de Sinaloa, don Andrés de Rezábal, y conducido al presidio y misión de Nuestra Señora de Loreto.

Pero antes de que Vuestra Excelencia reciba estas noticias, advierto que de mi pluma no brotan ciudades nacidas de la fábula o de visiones *Fata Morgana*, que visible de lejos, desaparecen ante vuestra presencia como espejismos nacidos de una cabeza afiebrada, agobiada por el

³ Embarcación a vela de un palo, con cubierta y dedicada al transporte comercial.

cansancio y por la sed. Aunque la California sea hermana gemela de éstas, como Manoa, el Dorado, Axa, Cibola y Quivira; con sus montes de oro, sus casas de siete altos, sus naves con proas de plata, protegidas con alcatraces de oro; o las siete ciudades pobladas de naciones cultas, en tierras abundantes de frutos y animales, ricas de metales y piedras preciosas. Que vieron los ojos afebrados de Alvar Núñez Cabeza de Vaca,⁴ el lego San Francisco y el fray Marcos de Niza,⁵ sino la California toda, con sus ficciones y engaños, en donde sólo se hallaron desiertos por agua; monte por ciudad, cuevas por morada, arbustos por alimento, sabandijas por compañía, piedras por arma, fuego por vestido, suelo por lecho y perlas por ornamento.

De sus ficciones y engaños coadyuvan las relaciones de los adelantados Jerónimo Márquez, Francisco Vaca y otros. Los cuales dicen que bajaron desde Nuevo Méjico hasta la mar del Sur veinte y cuatro españoles bajo el gobierno del adelantado don Juan de Oñate. Llegando al Río Colorado o Tizón, fueron siguiendo su corriente hacia el sur hasta llegar a la mar, donde hace un famoso puerto llamado antiguamente Ancón de San Andrés. Aquí tuvieron noticia por los naturales de la costa, que había una isla en medio de aquella mar, a la cual los españoles le pusieron por nombre Gigantea, donde había una población famosa de la que era reina una hermosa mujer llamada Synachacota. Según señalaron, su altura era la de un gigante; ésta traía colgadas, a modo de gargantillas cubriéndole los pechos, muchas sartas de perlas gordas como

⁴ Cabeza de Vaca llegó 23 de julio de 1536 a la capital de Nueva España e informó al virrey lo sucedido en su aventura y de las riquezas de oro según narración que habían hecho los indios de las ciudades de Quivira y Cibola.

⁵ Fray Marcos de Niza salió el 7 de marzo de 1539 de Culiacán en busca de las míticas ciudades de Quivira y Cibola. Llevando como guía y traductor al moro Esteban, o Estebanico, quien era uno de los cuatro sobrevivientes en la odisea de Cabeza de Vaca.

avellanas, trabadas unas con otras. Añadieron que la dicha reina solía hacer sortilegios con polvos de perlas mezcladas con ciertos malignos menjurjes que daba de beber a sus vasallos para despojarlos de su voluntad. También dijeron estos indios, de la nación de los Quiquimas, que Synachacota tenía mucha plata y oro, que se la llevaban sus vasallos de la tierra de la California, que la sacaban en grandes trozos trepando de unas sierras altas.

Le pareció al adelantado don Juan de Oñate, para la gloria de su majestad, tomar posesión jurídicamente de aquel puerto y así como estaba vestido, armado con rodela en el brazo y espada en la mano, cortando con ella árboles, arrancando yerbas, meneando piedras de una parte a otra, y con gallardía se entró en la mar hasta la cintura y blandiendo su espada al aire, cortó los cuatro vientos y, por último, clavando la espada en el agua, todo en señal de posesión, dijo:

Tomo posesión de esta mar y de este puerto en el nombre del Rey de España Nuestro Señor.

Luego, ante la admiración de los españoles conquistadores que lo acompañaban y los indios comarcanos, dijo:

Si estuviese alguna persona entre los aquí presentes que me lo contradiga, que desenvaine su espada que estoy presto para defenderlo.

Viendo la acción el reverendo padre del Señor San Francisco, fray de San Buenaventura y considerando que ya la palabra de Dios había arrebatado de las manos del demonio muchos corazones gentiles, se metió vestido con su hábito en el agua de mar, hasta la cintura y haciendo cruces en el agua con el crucifijo, dijo a grandes voces:

Tomo posesión por Nuestro Señor Jesucristo y para la gloria de Nuestro Emperador Señor Rey de Castilla.

Todo lo cual pasó pacíficamente sin contradicción de persona alguna. El dicho adelantado Juan de Oñate lo pidió por testimonio y el escribano de la empresa lo dio por su dicho.

Dijeron más, que por lo que han visto de mar y tierra en este paraje, discurrieron ser este brazo el de la California.

Hasta aquí os he podido escribir sin ser importunado, pero ha llegado el cansancio, primero en mis ojos y luego a mi mano siniestra, que es la que escribe por no ser diestro como debiera. Mañana, Dios mediante seguiré respondiendo a las preguntas y curiosidades que Vuestra Excelencia me honra al pedirme que le escriba. En cuanto al escribano que os ha enviado, no he podido acomodarme a darle en dictado lo que a mi memoria acude sin dilación.

Sepa Vuestra Excelencia que me disponía a continuar mi relación en días antecedentes, pero de pronto las gallinas fueron importunadas por un coyote, que últimamente ha asolado estas comarcas. Los soldados y colonos del presidio con veneno traído de los Ángeles de Puebla, casi han acabado con estos animales que bajan de la sierra en busca de alimento. Son una verdadera plaga y un peligro para los animales de corral. ¿Pero por otro lado, qué le daría a mi vida aliento para seguir adelante, sino es el ocuparme de mis animales de corral y de mi jardín donde cultivo algunas azucenas y uno que otro rosal? He pedido la consideración del escribano si es oportuno aquí asentar los pormenores de mi humilde existencia y

él ha consentido en hacerlo, aunque le he suplicado que haciendo valer su oficio omita aquello que no tenga fruto para Vuestra Excelencia. Tomando el hilo del relato antecedente y aprovechando la luz del sol, que en estos meses nos llega a esta provincia ultramarina en abundancia y que por acá es de las pocas cosas que no cuesta nada, os escribo que de esta mítica mujer gigantesca, también da noticia el Capitán don Nicolás Cardona en el año de 1615. Diciendo que estando en el puerto del Cabo de San Lucas, tuvo noticias de los indios de la California que, en tierra adentro había una mujer muy alta a la que todos le reconocían vasallaje. Que a esta mujer extraordinaria le tributaban con perlas, plata, oro, ámbar, además de menjurjes odoríficos que producía la tierra y que de estos tributos tenía un gran templo colmado de innumerable riquezas.

Habiendo escuchado de los indios y los colonos españoles más de una historia disímbola, he llegado a colegir que esta mítica reina, no es otra que la extraordinaria amazona de la California. De ella tuvo noticias el conquistador Hernando Cortés⁶ en que decían que hubo una ínsula, en las cercanías de la provincia de Ciguatan, llamada California, de fuertes riscos y bravas peñas, con sus sesenta leguas de ostrales o criaderos de perlas; sus lagunas de azogue y montes de oro.⁷ La cual fue poblada sólo de mujeres, sin que entre ellas hubiese hombre ni amancebamiento alguno. Tenían navíos en que pasaban a la contracosta para llevarse a los hombres que pretendían. A los que después de tener con ellos ayuntamientos carnales, los desecharon para darles espantosa muerte. Luego de poseer en sus

⁶ Hernán Cortés. Cuarta carta de relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V, Tenxutilán, 15 de octubre de 1524. En *Cartas de relación*. Porrúa, Undécima edición (Col. Sepan Cuantos, núm.7), p. 184, México, 1979.

⁷ R.P.C. Bayle, S.J. Introducción. En *Misión de la California*. Editorial Católica, p. 8, Madrid, 1946.

vientres la semilla de la vida, si parían hombres los sacrificaban a sus diosas y si parían mujeres las vestían con sus enaguillas tejidas de algodón e hilos de oro. En esta ínsula no había otro metal que el oro ni otra gema que las perlas. Así como las amazonas era su estilo de vivir.

Estas son las naciones nacidas de la fábula y las provincias e islas de Californias por cuya conquista se abrieron las arcas reales de los monarcas católicos;⁸ el grande Carlos I de las Españas y V en el imperio y los tres grandes Felipe II, III y IV, el piadoso, quien fuera padre de su majestad reinante don Carlos II, por cuyo nombre el milanés Juan María de Salvatierra enarboló bandera, dio victoria y plantó pie en el reino de California en el año de 1697.⁹

Habiendo expuesto mis motivos o advertencias para quien leyera, me queda un recelillo, si las razones de vuestro excelentísimo señor Marqués de Croix¹⁰ virrey de Nueva España, que por su mandato respondo a las preguntas que se me hacen, no son contrarias de la que me refirió en su momento el capitán de Mar y Guerra de las Californias don Esteban Rodríguez Lorenzo. De callar, por mandato del entonces virrey de Nueva España el excelentísimo Marqués de Valero,¹¹ las desastrosas crueldades que daban a los indios con el ruido de las armas, alentadas por la ceguedad de la codicia y la insaciabilidad de las perlas, que

⁸ Manuscrito que contiene *Memorial del padre Juan María de Salvatierra a la Real Audiencia de México* en que pide se otorguen sueldos a los soldados que sirven en California. En: Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Colección Archivo Franciscano (3/43.2, f. 2-3v.) Editor Colecciones Mexicanas, ficha 272. Versión Paleográfica, el autor.

⁹ Juan María de Salvatierra entró a la California en el año de 1697, fundando la primera Misión de las Californias, que llevó por nombre Nuestra Señora de Loreto. Después se convertiría en la primera capital de las Californias y de ahí saldría la expansión hacia el sur y norte.

¹⁰ El virrey Marqués de Croix gobernó a Nueva España en el periodo de 1766-1771. Instrumentó con el visitador José de Gálvez la expulsión de los jesuitas.

¹¹ El virrey Marqués de Valero gobernó Nueva España en el periodo 1716-1722.

son las causas de las desdichas que produjeron entre sí motines y encuentros funestos con estos infelices indios y la tragedia de la que fui víctima y único sobreviviente.

Sólo señor el cumplimiento de lo que se me ordena, pudiera hacerme hablar en el asunto de lo que se trata. Responderé con los fundamentos que se debe en cosa de tanta monta. Pues conozco los tropiezos que hay en el acierto cuando se camina con limitados antecedentes. Digo limitados antecedentes pues desconozco los intereses que movieron al virrey marqués de Croix para expulsar, en el año de 1768,¹² a los jesuitas de la provincia de California y de Nueva España, aunque como usted dice fui testigo de vista de los atropellos y desbarros de su ejecutor e instrumento, el visitador don Joseph de Gálvez,¹³ después Marqués de Sonora. Carezco, como dije señor, de todos estos antecedentes por lo que no me meteré en camisa de once varas y sólo referiré mi experiencia de lo que viví en la California ultramarina, rodeado de mar y barbaridad.

Es por demás decir que estas desdichadas criaturas no hubiesen podido resistir por mucho tiempo el pesar de su doble desgracia. Ya que por Cédula Real a los españoles ya no les estaba permitido reducir a los indios a la esclavitud, por lo cual tenían con ellos menos miramiento que con los negros. También no les estaba permitido tomar posesión de esas tierras y riquezas, si no era por el poder de los jesuitas que en todo momento lo impedían; haciendo estos de California su pequeño reino y de los indios sus vasallos. Pues es de sobra conocido que los jesuitas eran

¹² Los jesuitas fueron expulsados de Nueva España el 25 de julio de 1767 y en la Península de Baja California, se ejecutó en el año de 1768. Del Barco, Miguel, *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*. Introducción y notas Miguel León Portilla, UNAM, p. 361, México. 1988.

¹³ El visitador José de Gálvez entró a la California en el año de 1768.

dueños absolutos de los corazones y de las conciencias de todos los naturales de ésta dilatada península.

Estando en el mes de julio del año de mil setecientos sesenta y nueve en este Puerto de La Paz, en provincia ultramarina como lo es la California a donde resido al presente y aun he residido el más tiempo que por acá he andado. En ésta y otras que escribiré, daré relación y cuenta a Vuestra Majestad, como lo debí dar en su momento a mi padre que haya gloria. Pongo mi marca como testimonio de verdad.





La despedida

Si la fortuna te concede consumir este trabajo, oh querido, acuérdate de contemplar las figuras de los héroes colocados en la nave, a quienes la Piedad aderezó el camino a través de las llanuras repletas de mutilados cadáveres, y ricas en duros suplicios: así marcharon a los astros cargados de botines espléndidos...

La Californiana

Yo Juan Díaz acompañado de un capitán, un maestre mallorquín, un contra maestre español, un despensero y catorce buzos, todos indios de Sinaloa, en la balandra¹⁴ llamada *Albatros de Dios*, propiedad del armador don Juan de Dios de Villegas, vecino de la Villa de Colima y Comisario de la Hermandad de la Villa: nos hicimos a la mar en el mes de julio del año de 1713 de las costas de la ensenada del Manzanillo. En su diario de navegación el maestre mallorquín registró:

¹⁴ Embarcación pequeña con cubierta y sólo un palo.

En el nombre de Dios y de Nuestra Señora de Loreto se empieza el diario del viaje a la provincia ultramarina de la California en los Mares del Sur a bordo de la balandra *Albatros de Dios* al mando del capitán Juan de Dios de Villegas, que por estar enfermo mando a su hijo Juan Díaz como cabo. Que la Divina Majestad nos conceda un feliz viaje, amén.

Nos hicimos a la vela en busca de las perlas del mejor oriente. Perlas que, dicho sea de paso, sólo la ambición de mi padre y la necesidad absoluta de los buzos que nada tienen y todo ambicionan nos arrojó a sufrir con gusto las mayores incomodidades y riesgos. Abandonando la vida tranquila y sosegada que nos condujo a sufrir los peores peligros en mar y tierra.

Mi padre don Juan de Dios de Villegas esperando hacer nombre,¹⁵ con arreglo de las reales ordenanzas para el buceo de la perla, empleó todo su capital en comprar y aviar una balandra, cuatro barcas, pagar buzos y proveerse de todo lo necesario para la empresa. Pues confiado en que en Nueva España con sólo perseverancia y esfuerzo, cada quien se podía hacer su nobleza y para lograrlo bastaba una gran fortuna con los que se podían comprar títulos nobiliarios y cargos importantes. Por ello se obligó a dar y pagar al prestamista capitán don Fernando Bueno de Viveros, vecino de la jurisdicción de Pinzandaro y residente en la Villa de Colima, tres mil setecientos y cincuenta pesos oro común en reales, por habérselos prestado en el puerto de Acapulco.¹⁶ Para la seguridad de la paga de dicho

¹⁵ Fama, opinión, reputación o crédito.

¹⁶ Autos de ejecución del capitán don Fernando Bueno de Viveros vecino de la jurisdicción de Pinzandaro contra Juan de Dios de Villegas vecino de esta Villa de Colima. 19 folios. Localizados en el Archivo Municipal de Colima. Año de 1712. En *Textos y Pretextos*, Rosa María Alvarado Torres, Archivo Histórico del Municipio de Colima, Fondos del Siglo XVIII (1703-1713).

préstamo mi padre dejó en prenda los granos de perlas siguientes:

Primeramente veinticuatro granos ensartados en gargantillas de siete kilates para arriba; más cuarenta y siete granos Porta Reales; más trescientos sesenta granos pimenteros; más cuarenta y cuatro granos más crecidos; más dos papeles el uno con setenta y un granos y el otro con ciento cincuenta y dos de media cadeneta; más doce hilos de perlas horadadas de cadeneta pareja, que pesaban tres onzas y un papel con tres onzas y media de rastrillo.

Todos los cuales dicho capitán recibió de manos de don Antonio de Arceguí en el Puerto de Acapulco para hacer diligencia de venderlas como propias para la paga y satisfacción de la referida cantidad que le era deudor. La venta o renta que de ellas hiciese había de ser creído por su simple juramento, sin otra prueba alguna y la cantidad que resultase de su venta había de recibirla por cuenta y paga. La porción que faltase debía de pagar mi padre, después de que yo, Juan Díaz, regresará con el *Albatros de Dios* de las pesquerías de perlas y si no retornara, se comprometía a pagar en reales de contado, sin poner excusa alguna. Por lo cual se obligaba con su persona y bienes habidos y por haber y con ello se sometía a todas las justicias de su Majestad y en especial de la Villa de Colima. Con la advertencia de entre ambas partes que esta paga y restitución de perlas se debía hacer en el Puerto de Acapulco o en la ciudad de México en el caso de que no llegase la nao de Filipinas, donde venían los comerciantes de perlas. Se obligaba mi padre a dar y pagar la deuda en dos de febrero de 1714. Toda gran empresa esconde un usurero, con alma de judío, que la pone en riesgo, como diré más adelante.

Hasta aquí os escribiré, por ahora, lo que Vuestra Excelencia ordena, dando en la siguiente relación cuenta individual y exacta de lo que discurro digno de noticia del Puerto de La Paz donde me hallo. El Puerto de La Paz carece de bastimentos para los pocos colonos que en ella nos hallamos. No produce nada porque nada tiene; no posee agua para riegos, ni tierra para laboríos. Tiene abundancia de pescados y mariscos, ¿pero qué país vive de sólo comer de estos bichos? Antes de la expulsión de los jesuitas los bastimentos eran traídos en recua de la Misión de Todos los Santos o en la lancha La Guadalupana del Real Presidio de Loreto. En los meses cuando acuden por acá los armadores de las perlas, llegan con ellos también algunas mercaderías, con ello nos vemos holgados, pero esto en pocos meses. El almacén del ramo de la sal tiene algunos víveres, pero su costo es muy alto. No es mi intención dilatarme en esta perorata, pero debo confesar a Vuestra Excelencia que a raíz de la muerte, en el año de 1751, del capitán don Bernardo Rodríguez de Larrea y después con la expulsión de los jesuitas, seguido en perjuicio de los soldados que hemos servido muchos años a su majestad nuestro rey, digo que mis privilegios de primer conquistador de la California se han visto esfumados.

A la pregunta de Vuestra Excelencia de la contrata de los buzos, marineros y oficiales, respondo que los hombres de marinería y los buzos fueron contratados por don Juan de Dios de Villegas por recomendación de un gran amigo de la intendencia de Guadalajara, que le sugirió la conveniencia de llevar indios de Sinaloa entrenados en el buceo de la perla y hechos a obedecer siempre y cuando recibieran buen trato. Pues en Colima y en las costas del Manzanillo¹⁷

¹⁷ Datos obtenidos de: *Por tierras de cocos y palmeras, apuntes de viajeros a Colima, siglos XVIII a XX*. Compilador, introducción y notas Servando Ortoll. Instituto Mora (Col. testimonio), México, 1987.

todavía existía una indiferencia indolente al trabajo; ahí la vida no costaba casi nada, la naturaleza obraba con toda prodigalidad proporcionando lo necesario, ¡aun sin trabajar! Por otro lado, el clima hacía el resto para convertir a sus hombres en apáticos y carentes de todo deseo de servir a su majestad nuestro rey. En cuanto a los buzos de estas costas del Manzanillo, en donde se halla un puerto que llaman de San Telmo en el que solían entrar algunos armadores, se afanaban en el buceo de las perlas de no muy buen oriente, para después entregarse con ligereza y liviandad al placer, a las fiestas, y al derroche hasta consumir sus últimos tomines.¹⁸ Esta costumbre resultaba perniciosa para los negocios de don Juan de Dios de Villegas quien acostumbrado a dar un anticipo por los trabajos de estos pobres hombres, los arrojaba irremisiblemente a que perdieran el dominio de sí mismos, ¡si es que alguna vez lo han tenido!, por beber sin medida de un fermento pastoso que los naturales llaman tuba. La tuba, señor, es una bebida espirituosa que el ingenio, para la búsqueda del mal que tienen tan despierta, les señaló el camino para extraer el jugo de las palmas cuando están en flor, con sólo cortar los extremos del ramillete; entonces de él fluye rumbosamente un líquido como maná, que recogen por la mañana del cucurucho o talega que suspenden del racimo. Puesto que las palmeras suministran generosamente la tuba en esta provincia, como si fuera agua corriente hacen uso de ella sin consideración de las muchas muertes que ha cobrado; caídos de la palma que logra considerable altura, ahogados en el buceo por sus efluvios o en sus pleitos que son cosa de verse. El fruto de esta palma que nosotros los españoles llamamos cocos, los naturales de esta parte los abren con un

¹⁸ Del árabe *Tumni*, octava parte. Moneda de plata que se usaba en algunas partes de América.

machete de herrero para encontrarse con un agua, como si fuera una jarra, tan dulce y cristalina como el agua de un manantial. Dichos cocos crecen en abundancia en la ensenada del Manzanillo y he visto de estos frutos navegando a la deriva en la mar.

Referirle las grandes bondades que la tierra de la Villa de Colima pone a sus hombres, lleva la intención de entender las limitaciones con que la naturaleza se enseñoera en la California. En lugar de palmas puso arbustos que por hoja tienen espinas y por fruto un delicioso manjar digno de nuestra majestad el rey que por acá los españoles llamamos pitahayas y los indios naturales de la nación cochimí *ambia*.

Una embarcación para la pesca de perlas pertenece al armador, esto es a aquel a cuyas expensas se hace la pesca, quien tiene los barcos aprestados y provistos de todo lo necesario.¹⁹ A según de la capacidad del barco se reunía una cierta cantidad de buzos que van en número de dos a tres por canoa. Como la balandra de mi padre era de diez toneladas tenía capacidad para llevar hasta quince buzos, además de los hombres de marinería y los oficiales.

Mi padre, por una enfermedad de piedra en la orina que lo postró en cama, no pudo venir, enviándome en su lugar para llevar sus negocios que eran muchos; sin embargo, aun cuando la gravedad de la enfermedad no le permitía levantarse, no por eso dejaba de cuidar de todo. Fue tanta su angustia de la enfermedad y la deuda que sintiéndose morir, arriesgo su fama y mi vida. Sin maliciar yo siquiera que me arrojaba a la inmensidad de los mares del sur y a

¹⁹ El que por su cuenta arma o avía una embarcación; busca y alista marineros para la pesquería de la perla en las costas de Nueva España.

la codicia de los buscadores de perlas. En donde fui testigo de hazañas y también de ruindades.

Mi más vehemente deseo era encontrar yo mismo la perla del mejor oriente de la que se tuviera noticia en Nueva España y en la corte de las Españas para gloria de su majestad vuestro rey.

¡Oh juventud que me hizo alguna vez declararme cortesano de la fortuna y solicitar sus favores!

Mi padre, hombre previsor, antes de partir me adiestró en el misterio de las perlas. Mostrándome, sobre una tela de damasco rojo, una colección completa que tenía para exponerla a sus compradores. Eran de todos los tamaños y calidades. En el comercio de las perlas —dijo con voz cansada pero firme— como sucede con las esmeraldas, diamantes y rubíes más obra el gusto del comprador que el intrínseco precio, pero en cambio en el mercader obra el interés o la ganancia. No sobrepongas nunca, hijo mío, el gusto sobre el interés.

No sólo convenía saber sobre marinería, sino lo relacionado con los armadores y mercaderes de perlas, los siguientes días, mi padre, me instruyó sobre el arte del mercader y la marinería.

Pon atención, porque no hay tiempo para ensayos, —me dijo don Juan de Dios y Villegas tomando una de las mejores perlas del muestrario, que al mirarla me robó los ojos con su destello—. Se le llama buen oriente al vivo tornasol nacarado que ofrecen algunas perlas en su tersa superficie. La tasa de una perla la establece su tamaño, su forma regular, su color y su oriente: las de redondez perfecta y las que adoptan forma de calabacillas o avellanas,

son las más apreciadas. Dignas de engalanar el cuello de vuestra reina.

Luego sacó de una talega de pita una gran cantidad de conchas de ostras que tenía guardadas para mercarlas en el Puerto de Acapulco con algunos mercaderes filipinos. Al momento de sacarlas una por una, dijo:

Con ellas los filipinos industriosos en el arte de labrar el nácar hacen preciosas obras de marquetería, pagándolas a buen precio, aunque este no es nuestro negocio, es bueno que lo conozcáis. [...] Las madres de las perlas de buen tamaño son por lo general de menos de una palma de longitud y de media de anchura, su color por de fuera es de un verde sucio y por dentro de bellos colores como el arco iris. Las perlas se forman en algunos pliegues del cuerpo del animalejo. —Dijo metiendo una perla en las entrañas de la concha o madre de las perlas—. Aunque no faltan algunas que se encuentran adheridas por lo dentro, las cuales llamamos topos, y aunque, como notáis, sean grandes y bellas, pierden estimación por la razón de ser planas por unas de sus partes. Hay otras perlas que por su ínfimo tamaño, pierden estimación, pero no por ello debes despreciarlas, porque estas se venden en lotes con las perlas de calidad. ¡Una mujer fea acompaña a una bella doncella para hacerse notar! Recuérdalo siempre. También es bueno que conozcáis el temperamento de los indios, pero eso lo aprenderéis con el tiempo. Debéis observar siempre que el hombre de mar muda de temperamento al menor cambio del viento. No confíes ni de tu sombra cuando estés entre los armadores y nunca pongáis un pie en tierra sin cargar contigo la daga y el fusil.

Por la noche mi padre sufrió de tabardillo y amaneció muy cansado, sintiéndose morir me hizo llevar a su lecho para decirme:

No te preocupéis si estáis corto de entendederas, pues en mi tripulación tengo a un hombre de mi más grande confianza que es el maestro. Ya os he escrito una carta que despacharé en el próximo correo al Puerto de Acapulco donde está él aviando a la balandra. Él es práctico en las cosas de la navegación y conoce muy bien el negocio de las perlas. —Luego con emoción y reconocimiento dijo— ¡Nadie pudiera, como el mallorquín, dar noticias de los placeres de la California y de las calidades de sus perlas, hasta el día de hoy develadas a la codicia de los españoles! Cualquier cosa o dificultad que tengáis, podéis confiar en él como si fuera yo. Él ya os conocéis porque en nuestros pasados viajes, no concebía otra cosa que hablar de vos. Le apodan el mallorquín. En la pesca de las perlas —sentenció— siempre es bueno hacerse acompañar de un experimentado pescador, pues cordón de tres dobleces no se rompe pronto, porque si cae uno el otro lo levanta. ¡El hombre de mar está condenado a la soledad y al silencio! ¡Si lo sabré yo!

Luego, con gran dolor de su cuerpo y alma, sacó del viejo baúl, que nos había acompañado desde nuestra salida de España, mi medallón de filigrana en oro del *Agnus Dei*, regalo de mi madre. Lo puso entre mis manos, diciendo con mucha ceremonia:

Llevadlo contigo a donde quiera que estéis, él te protegerá. Mira, con detenimiento, hijo mío, la inscripción que rodea al cordero: <<ECC. AGN. DEI QUI TOL. P. MUND. Clem XI, 17. Estas son palabras inscritas en latín que pronunció san Juan Bautista cuando bautizó a Nuestro Señor Jesucristo, pero como el medallón es muy pequeño, se abrevio, dice: “ECCE AGNUS DEI QUI TOLLIT PERCATA MUND, CLEMENTE XI, 1700. —Leyó don Juan, en el medallón, lo que de memoria sabía, y luego cifró las palabras del latín al castellano:

“He aquí el Cordero de Dios que quitáis los pecados del mundo”. Lo último, CLEMENTE XI, 1700, significa que es obra del pontificado de Clemente XI. El año de 1700, el Papa en Roma celebró su primer año de pontificado y fue cuando tú naciste. Llévalo contigo a donde vayáis, te librará de tormentas, naufragios y de todas las calamidades del mar y te traerá de regreso, aquí conmigo.

Fueron tantos los consejos de mi padre que ahora, a la luz de la candela, veo mi *Agnus Dei* y lo llevo a mis labios besándolo como si lo hiciera en el día en que vi a mi padre por última vez. No dejo de traerlo constantemente en mi memoria, para consuelo de mi conciencia. Si estuviera conmigo, ahora, le diría: “padre no te afanes tanto por un nombre y un título, que en Nueva España, cualquiera que sea de sangre española tiene nobleza”.

La despedida: el mallorquín y la contrata de los marineros

Don Juan de Dios y Villegas, en los últimos años, personalmente se había encargado de contratar a la gente necesaria para el oficio de buzo y de marinería. Entre la tripulación se contaba el maestre, un hombre viejo y avezado en las cosas del mar, apodado el mallorquín, que lo había tomado a su servicio por su lealtad inquebrantable y porque era práctico en las costas de la California y conocedor de los secretos de los placeres de perlas. Gozaba de la fama y la estimación que logran los viejos marineros a fuerza de sortear los innumerables peligros del mar. El mallorquín, según supe, era viudo y con innumerables hijos que logran los hombres de mar con tan sólo poner el pie en la tierra, pues la melancolía que se vive en la mar, tras un prolongado viaje, sólo es curado con vinos y mujeres. Sus hijos legítimos que, también eran innumerables, se habían quedado en la pequeña Villa de Petra, en la isla de Mallorca, esperando su regreso. Aunque él demostraba tener poco apego a su familia, no lo era para su patria, tierra de navegantes y cartógrafos insignes, de la que no perdía oportunidad para compararla con California o con sus cosas. Aunque, a decir verdad, no hallé punto de comparación, a no ser por sus aguas bermejas y los muchos peces llamados meros que también abundan en Mallorca. El mallorquín era un hombre enjuto, de temperamento agrio, callado y poco amigo de desperdiciar palabras, ¡siempre que no fuera para hacer novelas! Había perdido el dedo corazón de la mano siniestra en los mares del sur, al hacer una maniobra con el velamen durante una tormenta en la empresa de don Atondo de Antillón, celebre pescador de perlas que descubrió, en los años de 1683 a 1685, muchos de los placeres que ahora se conocen en la California. Además el mallorquín gozaba de la estimación

de los indios buzos de Sinaloa, de quienes se podía esperar que en cualquier peligro que le amenazase fueran capaces de ofrendar la vida por él. Era de los hombres que con su semblante adusto y callado había aprendido a conocer el alma infantil de los indios. Su alma era y pertenecía a Mallorca, pero su vida la entregó a los mares del sur.

Los buzos fueron enganchados por don Juan de Dios de Villegas por contrata al pago de un salario de treinta reales por temporada, que era lo que se daba a los marineros de inferior categoría. A estos debía darle la paga que había concertado con ellos, pero además del oficio de buzo se obligaban a realizar las faenas de la marinería de la que ya eran diestros, excepto cuatro de ellos que se desempeñaban, dos como pajes y dos como grumetes, que juntos ganaban lo que un marinero. Al capitán y al maestre les pagaba cien reales, además de que iban a porcentaje de las ganancias que al final de la temporada les eran repartidas. Todas las ostras que sacaban eran para él. Porque no le gustaba que fueran a partido como le decían, porque salían muchos disgustos, robos y muertes; a pesar de que había interventor de parte del rey;²⁰ porque los que iban a partido no recibían salario pero dividían con el amo cada día todas las ostras que sacaban, dándole la mitad y quedándose ellos con la otra mitad. Las contaban en público, echando una para el amo y otra para el buzo: la tercera para el amo, cuarta para el buzo y la quinta la echaban a parte, que era el quinto del rey, sin escoger, sino como iba saliendo, porque como estaban cerradas no se podía saber cual tenía perlas y cual no. Los que estaban en salario, como los de mi padre, entregaban todas las ostras al armador; aunque ésta

²⁰ Los datos sobre las perlas fueron obtenidos del Informe hecho para el gobierno por el visitador general de Rentas, José María Esteva, Imprenta de A. Boix a cargo de Miguel Zoenzoa. Calle del Águila núm. 13.

también se contaba para apartar el quinto del rey: cuatro para el armador y una para el rey. Después de hecha la repartición se abrían las ostras para extraerles el tesoro de sus entrañas: algunas no tenían nada, otras escondían una y solía haber algunas que escondían dos o más. Tanto los buzos como la tripulación eran alimentados por el armador todo el tiempo que duraba la pesca y restituidos por él al mismo lugar de donde eran sacados.

También, junto con el maestre mallorquín, se había hecho cargo de las vituallas, algunas armas y de los avíos de la balandra para toda la temporada. Debía procurarles de comer como ya he dicho, así como la seguridad del viaje, llevando lo que se asienta en la siguiente memoria, para tres meses, que es el tiempo que dura la temporada de las pesquerías de perlas:

Agua dulce, cinco pipas; vinagre, una arroba; tasajo,²¹ diez arrobas; pescado seco, una fanega; habas y garbanzos, dos fanegas; sal, una arroba (por haber harta en la California); quesos, una docena de pequeños; candelas de sebo, diez libras; linternas, media docena; barriles para traer agua, tres; embudos para henchirlos, dos; platos y escudillas, dos docenas; herramientas de cocina, lo que baste; vino, un barril.

Además de las frutas secas, maíz para el pozole de los indios buzos, y manteca de puerco, harina, tocino, aceite, aceitunas, panocha, azúcar, mermelada de membrillo, para el capitán, los contra maestres, el dispensero y yo. Así como todo género de mercancías como telas de palmilla, lona, es-topa, brea, clavazón (de toda suerte), dos calabrotos²² para

²¹ Tasajo: carne de res seca y salada.

²² De calabre. Cabo grueso hecho de nueve cordones colchados de izquierda a derecha, en grupos de a tres y en sentido contrario cuando se reúnen para formar el cabo.

marras del navío y otras cosas de mercería, para comerciar con los demás armadores, buzos y traficantes; que agotados sus víveres o necesitando esta u otra cosa mercadeaban por perlas, que a esto por acá llaman rescatar.

De los avíos de la balandra se había hecho cargo el maestre en el Puerto de Acapulco, donde eras más fácil conseguirlos con los mercaderes que acudían a la feria anual por el arribo de la nao de Filipinas. Entre las armas se hallaban dos arcabuces y dos escopetas, cada una con dos docenas de pelotas de plomo, otros tantos frascos para pólvora, con sus cornetes para cebar y sus mechas de cordel. Además de más plomo y moldes, por si se ofrecía, para hacer otras pelotas de las que el mallorquín y el capitán del barco eran diestros: porque el marinero cuando es menester sirve de soldado, pero el soldado no sabe servir de marinero. De entre los indios se hallaban dos que eran diestros en el manejo del arcabuz por haber pasado un tiempo en el presidio de Santiago de Compostela, defendiéndola de los indios bárbaros que de cuando en cuando la asolaban. Para los buzos, además de sus puñales que cada quien cargaba consigo, se llevaban buen número de lanzas con punta endurecida por el fuego, que el mallorquín las mandó a ensebar con uno de los grumetes, diciéndole:

Ensebad todas las lanzas desde la mitad en delante.

El grumete, hijo del capitán de los buzos, llamado Santiago, preguntó:

¿El sebo, señor es para matarlos mejor?

No, respondió el mallorquín, es porque si los contrarios les echan manos se les resbalen luego. Al terminar, de-

jadlas cubiertas con lona y cuidáis de que no se mojen, si llegará a suceder debéis ensebarlas de nuevo.

El oficio de grumete y de paje es como el de la servidumbre en la casa. Toda la gente que vive en ella tiene jurisdicción en mandarles aquello que conviene al bien y provecho de la misma. Los dos grumetes que nos acompañaban eran hijos de los indios buzos y los dos pajecitos, el uno era ahijado del capitán y el otro hijo de la amante del mallorquín, que tenía en el Puerto de Acapulco. Tocante al castigo por desobediencia, sólo el maestre mallorquín podía castigarlos, porque éste era, en la nave, el juez supremo. Los pajecitos, además de servir a sus amos, servían a la nave barriéndola y manteniéndola limpia. Los pajes recomendados no suelen ser buenos marineros, pues a la postre huyen del trabajo pesado. Los mejores son aquellos que huidos de sus casas o quedados huérfanos no les queda otro camino que la pendencia o tomar por fuerza el oficio, estos no suelen bajar a tierra hasta terminado el viaje o si el amo los llama por compañía.

Las vituallas las entregó el mallorquín al despensero o cocinero filipino en la memoria ya dicha. Haciéndole a este repetir cada uno de los géneros, pues le divertía sobremanera su torpeza y atropellos en la lengua castellana, diciéndole:

Debeis cuidar de que no se mojen, se enrancien o se llenen de gorgojos y de que no haya hurtos y desperdicios. Lo más sagrado de un navío, recuerda siempre chino, son sus alimentos y el agua. ¡Ah y cuidaos de las ratas!

—Si señor, así se hala.

—Más te vale, chinito, que por esta causa a más de uno de tu estirpe he visto colgando del trinquete.

El mallorquín, por ciertas canonjías concedidas por mi padre, era el mandón y señor de la Balandra, y era obligado

obedecerlo. Por encima de él, estaba el capitán y por encima de este Dios, pero a decir verdad, por ser la embarcación pequeña, no necesitábamos capitán. La presencia del capitán la teníamos que soportar porque el intendente de Guadalajara tenía metida sus narices en los negocios de mi padre. No faltaron, señor disputas y altercados entre el mallorquín y el capitán, por las cosas más nimias, porque cada uno pretendía ser el mejor y práctico. Antiguamente se decía que el marinero debía ser vizcaíno y el mercader florentino, y así lo cantaba el capitán con gran enojo del mallorquín. El capitán era vizcaíno y como tal no se le podía negar la ventaja de ser práctico en navegar por costa y derrota, pero en los lances largos del mar, el mallorquín estaba hecho a sufrir hambres y enfermedades, como los portugueses a los que nadie les llevaba ventaja.

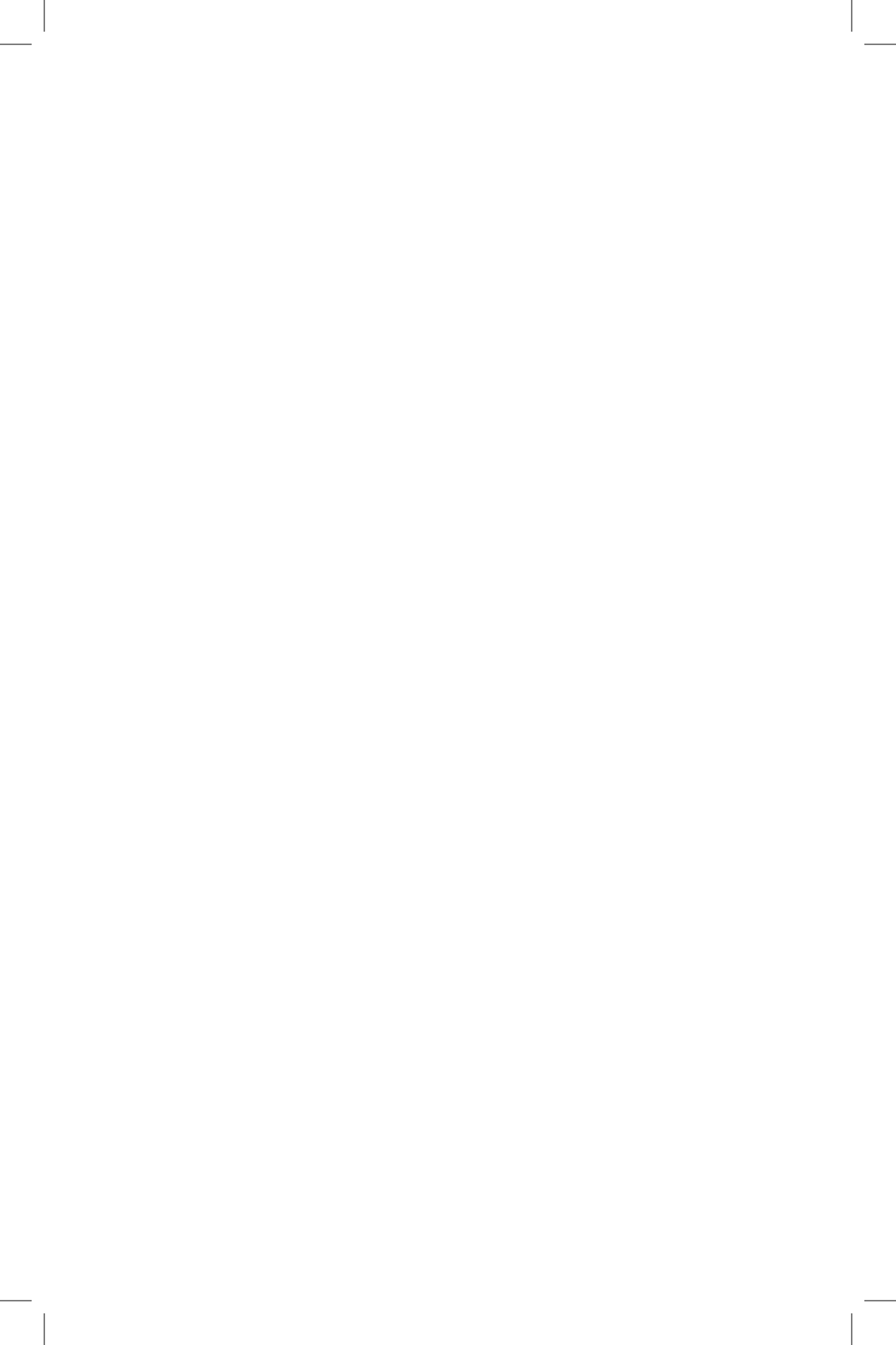
Para comerciar en la California, mi padre me entregó un cuadernillo con instrucciones y los costos de las mercaderías, así como con el nombre de los armadores que eran acreedores de don Juan de Dios de Villegas y a los cuales podía abrir cuenta. Recomendándome de especial manera a quienes podía otorgar favores sin poner tasa²³ ni restricciones.

En la California todo se vendía muy caro, pues sólo en la Misión y presidio de Loreto se podía comerciar algo con los misioneros jesuitas, pero a riesgo de hacer una larga navegación y exponerse a mercar por abajo del precio o ser apresado acusado de traficante por el capitán del presidio y perder las mercaderías.

Los soldados y españoles que ahí vivían estaban condenados a comprar a los jesuitas sus mercaderías, haciendo a

²³ De tasar. Tributo que se exige con motivo del uso ocasional de ciertos servicios generales.

estos una memoria de lo que necesitaban para traerlos de Nueva España en los barcos de la California o en alguna embarcación fletada, que en muchas de las ocasiones el servicio lo hacía la balandra del general vitalicio del real presidio de Sinaloa, don Andrés de Rezábal. Algunos soldados y colonos de la California tenían vajillas de porcelana china, que lograban mercar con los traficantes que venían en la nao de China, pero esto sólo de aquellos que las podían rescatar por perlas.



El encuentro con la balandra el Albatros de Dios, en el Puerto del Manzanillo

El viaje de la Villa de Colima a la ensenada del Manzanillo se efectuó, no sin incidentes, en dos jornadas, con las recuas cargadas de bastimentos y mercaderías trasladadas de Guadalajara y Michoacán. Los dos arrieros mulatos libres llamados Onofre y Marcelo, ambos del pueblo de Mascota e indios naturales de la Villa de Colima, se negaron a cargar durante la lluvia cualquier género de bastimento y mercancías, en reemplazo de dos mulas que perdimos despeñadas. Por suerte el capitán de los buzos llamado Santiago consintió en que sus buzos llevaran la carga. ¡Pobres mulas! Se fueron a pique con las petacas, dando fondo y no hallando por donde salir se cansaron y cuando bajaron los arrieros, las hallaron muertas. Por no perder las mercaderías cortaron las reatas de las petacas y el cincho del aparejo rescatando lo que se pudo. Abriendo las petacas lo hallamos todo hecho tiras quedándonos sin el chocolate. Onofre, que era el arriero principal, exigía el pago de las dos mulas, diciendo que no pertenecían a él, sino a su amo y que si no las regresaba sería azotado sin piedad o acusado de robo y encerrado en la cárcel. Como decía, le había pasado ya a otros arrieros y para prueba de la muerte de las bestias debía llevar el pedazo de piel donde estaba la marca del fierro. Pagué en especie las dos mulas y le dije que le entregaría un papelillo para su amo a donde explicaría las circunstancias del incidente, cosa que se hizo, para que dejara de joder porque no paraba con su retahíla en todo el camino exigiéndome se lo diera.

Llegamos a la ensenada del Manzanillo donde esperaba el *Albatros de Dios* con su tripulación a bordo y los barcos de otros tres armadores, amigos de mi padre, cargados de

buzos de toda suerte; de Sonora, de Chacagua y de Sinaloa como los nuestros. Aquí se halla un fondeadero a medio tiro de fusil de tierra; es todo de arena sin piedra alguna y de bastante abrigo con seis brazas²⁴ de agua muy a propósito para hacer puerto de mercaderías. El capitán y el mallorquín al avistarnos en la playa echaron salvas por la alegría del encuentro. Botaron las cuatro barcas para subir a los indios buzos y las mercaderías, en una de ellas venía el mallorquín que me recibió con gran efusión, diciendo:

—“Recibí correo de tu padre, en el puerto de Acapulco, en que me da noticia de que se encuentra muy enfermo y que envía a vos en su lugar. ¡Enhorabuena!” Y sacando la carta me la mostró, como a manera de legitimar la confianza que mi padre depositaba en él, carta que enseguida me leyó:

Muy señor mío: lo es Dios servido que me haya atrasado, de manera que no puedo ir a ese Puerto de Acapulco, ni a la pesquería de perlas. A más de eso me hallo enfermo, a Dios que así es.

Suplico a vuestra merced, reciba en mi lugar a mi hijo, procurando su adiestramiento en las artes de la marinería, el comercio y el rescate de perlas. Que su espíritu se haga al padecimiento ¡que en edad está ya de padecer! Que si yo no pude, por mi enfermedad, lograr un hombre como hubiera querido, lo dejo en tus manos, ¡que las sienes sólo ciñen glorias de los que se han templado como el acero, al calor del sufrimiento! Adelante pues.

También ruego a vuestra merced, entregue ésta otra carta que le escribo al capitán don Fernando Bueno de Viveros,

²⁴ Medida de longitud, generalmente usada en la marina y equivalente a 2 varas o 1,67 metros.

en la que os ruego que si mis perlas no se han vendido se vendan, procurando su adelantamiento, de manera de que no quede mal. Pues sabed que me hallo abrazado por la enfermedad, pero espero estar bueno a su regreso. Que Dios os acompañe.

Después de leída la carta abordé la balandra donde fui presentado con el capitán y la tripulación. Aquí en este puerto no hay recursos de agua para beber. Los buzos, pescadores y salineros bebían un agua sucia, amarilla y corrompida que sacaban de un batequi o pozo de agua cercano a la playa, y como nosotros los españoles estábamos acostumbrados a beber agua sin salobre fuimos a un arroyo constante que descende de la serranía, pasando por platanares que están a distancia de un tiro de fusil, en donde se puede hacer aguada sin mucho trabajo porque el terreno permite rodar bien el barrilaje. Ayudado por los indios de Sinaloa pudimos hacer aguada abundante. Permanecimos aquí más de cinco días en espera del paso de la nao de Filipinas por nuestra costa. Llevaba un retraso de meses, pero notificados por nuestros informantes de Acapulco sabíamos que era cosa de unos días de espera. Ordinariamente pasaba de retorno del Puerto de Acapulco a Manila en febrero o en marzo. Cuando iba de retorno a Manila viajaba casi sin lastre, con un cargamento exiguo de plata, cochinilla de Oaxaca, cacao de Guayaquil y de Caracas, vino, aceite y tejidos de lana de España, mercaderes y pasajeros que ordinariamente iba en aumento por los frailes que viajaban constantemente. Cuando el enfado estaba haciendo mengua en nuestros ánimos, los armadores al avistar el galeón, hicieron salvas de alegría y todos levamos anclas para seguirlo. Velejamos con buen tiempo, con el gusto de dejar atrás las incomodidades del puerto, con el cielo sereno, las noches estrelladas y en la estación propia para navegar a la provincia ultramarina de California.





El galeón de Manila y el viaje a la provincia ultramarina de la California

La navegación de la nao de China de Acapulco a Manila se hacía a favor de los vientos alisios.²⁵ Al principio hacía vela al sur, aprovechándose de los vientos del nordeste, costeano hasta pasar por las costas del Manzanillo donde nos uníamos los armadores que ahí esperábamos con ansias su paso. Seguimos su marcha hasta tramontar las islas de Mazatlán, donde se unían más barcazas de otros armadores que también, impacientes, esperaban como

²⁵ Vientos fijos que soplan de la zona tórrida, con inclinación al nordeste o al sudeste, según el hemisferio en que reinan.

nosotros su paso por sus costas. Velejamos hasta hallarnos sobre la Bahía de Navito, jurisdicción de la Villa de Culiacán, donde mudamos la proa a oeste para atravesar, desde la altura de los 26 grados, el Golfo de California. A esta altura, más de cuarenta armadores con sus navíos, balandras, barcazas y canoas, seguían a la nao de Filipinas como procesión, que era cosa de verse.

Todos estos años —dijo el mallorquín con nostalgia— Dios me ha dado la gloria de ver este bello espectáculo. Bello espectáculo en verdad, el hombre haciéndose uno para arrebatarle los tesoros a la mar.

Antes de que la nao de Filipinas entrara en la boca del Mar Bermejo o Golfo de Cortés encontramos gran multitud de ballenas y otros monstruos muy grandes, que resoplaban lanzando al cielo chorros de agua. Pareció que la razón de hacer semejante tránsito era que siendo entrada de verano, dejaban las aguas frías del norte para gozar de las aguas calientes del mar del sur; el temor que estas bestias inspiran en los marineros es muy grande, tanto que más de una letanía se deja escuchar entre la tripulación. Siguiendo la navegación avistamos una gran isla muy montuosa, que franqueaba el paso a la Bahía de La Paz, donde se halla el puerto famoso del que toma su nombre. El galeón no detuvo su navegación y antes de pasar esta gran isla que llaman Isla de las Perlas o del Espíritu Santo y doblar al Cabo de San Lucas, le hicimos nuestra despedida con gran algarabía, acompañados de salvas y del espectáculo de las muchas toninas o delfines que parecían que volaban por el aire alrededor de los navíos, haciendo maromas y multitudes cabrioles. También vimos coronar el espectáculo a unos pequeños peces alados, que al paso del galeón, volaban por los aires a considerable distancia, como si fueran aves que mutaron sus bellos plumajes

por horrendas escamas. El galeón al descubrir las costas del Cabo de San Lucas, conocidas por el nombre de Exteriores²⁶ u Occidentales de la California, tomaba otros derroteros, pasando por las sierras del Enfado²⁷ y evitando los riesgos de los escollos de Abre ojos y los dos farallones de los alisos hasta pasar por la isla de Guadalupe o de Pájaros, donde tomaba otro giro y se perdía de la vista por la mar, hasta llegar, sesenta días después, al puerto de Manila. Como he dicho llegamos a la Isla de las Perlas o Espíritu Santo entrando por la costa sudoeste donde se encuentran numerosas bahías que forman playas protegidas y donde se levantan los campamentos de los armadores. Porque aquí, dice el mallorquín que, aun cuando estos meses son los más peligrosos del año para la navegación por los fuertes huracanes que sobrevienen con suma frecuencia, son los más propicios para los buceos porque las calmas son más constantes y en que la atmósfera despejada por las aguas pluviales deja penetrar más claros los rayos del sol al fondo del mar permitiendo ver con claridad las más menudas conchas. En esta isla hay copiosos placeres, es decir lugares donde hay abundancia de madreperlas,²⁸ pero también aparejada a ella, la más fiera competencia para obtener o rescatar la mejor de ellas; las perlas que esconden sus aguas son arrebatadas por la avaricia de los españoles enriqueciendo a muchos y a otros sumiéndolos en la miseria.

Porque ley fue siempre en los aventureros —dijo el mallorquín— poner los ojos en tres galanas fortunas y cerrarlas a cien mal agestadas.

²⁶ Las costas del Océano Pacífico.

²⁷ Las sierras del Enfado tiene su inicio desde el poblado de Todos Santos hasta poco antes de Bahía Magdalena y son llamadas así por ser una región de extensas dunas costeras. Nota del autor.

²⁸ Banco de arena o piedra en el fondo del mar, llano y de bastante extensión. 2. [m.] Pesquería de perlas en las costas de América.

La perla que se halla por toda la costa interior, desde la ensenada de Las Palmas, que está poco antes del Cabo de San Lucas, hasta la bahía de San Dionisio en la Misión y Presidio de Loreto, o acaso un poco más, es blanca y por lo común de un color perfecto, propio de perla fina. Pero aunque hay muchas, en un año sólo se topan dos o tres grandes y preciosas, sino es que haya suerte y que en el primer buceo se topen con una del mejor oriente como la que fue hallada en el año de 1711 y que desató la avaricia y muerte de españoles e indios por el hurto de ésta, como diré más adelante.

En las costas de la Isla Espíritu Santo hay muy buenos placeres, la concha es grande, abundante y pinta muy bien; la perla es blanca o azul y muy raras suelen ser las negras que son muy apreciadas por su rara belleza. Se bucea desde dos a catorce brazas, según vimos al echar la sondaleza,²⁹ y que registró en su bitácora el capitán. Aquí el peligro no es menor, lo más frecuente es que los indios buzos mueran devorados por formidables bestias que infestan estos mares: mantas, tiburones, tintoreras, pez espada, y otras cuyos nombres no recuerdo por ser peregrinas en estos mares; aunque no hagan perjuicio a los buzos, cuando los armadores se reúnen con sus hombres de mar, no dejan de ser relatadas y causar asombro en unos, y espantos en otros, como es la del pez mullier o nereidas, que siempre engañosa, con solapados cantos y silbos roba la voluntad de los navegantes lascivos, cayendo rendidos a sus suspiros y encantos para ser devorados por el deseo.

²⁹ Cuerda larga y delgada con la cual se sonda y se reconocen las brazas que hay desde la superficie hasta el fondo.



***El pez mullier o mujer formidable
que devora con solapados cantos
y el pez espada, pendenciero de los mares***

El pez *mullier* o *nereida*³⁰ es el más raro que en esta misma costa y llegado al fin del Cabo de San Lucas se ha visto. Pero como entre nosotros venía el mallorquín, viejo de prodigiosa memoria que había navegado por los fantásticos mares del sur, conoció que aquello era un pez mullier que en unos de sus viajes halló en una de las playas de dicha isla y la describió con estas palabras: “El pez mullier o nereide, muchacho, es un pez que llaman, así por tener la figura de una mujer de medio cuerpo arriba; y de pescado común de medio cuerpo abajo. Como lo hallamos en la playa, seco y aplastado como un bacalao, no se pudo hacer mucha anatomía. No obstante aparecían sus ojos cristalinos de mujer hermosa; la cara blanca con boca de nácar y nariz chica; el cuello, los hombros y pecho eran también nacarados pero sin la iridiscencia de ésta, aunque no recuerdo si se distinguían los pezones; lo demás de la mitad abajo estaba cubierto de escamas como en otros peces, y remataba en cola lunada. El grandor, según me acuerdo, era de más de dos cuartas. Entonces, le dije:

—Deduzco que no era del tamaño de una mujer.

³⁰ Descripción basada en el pez mullier de Miguel del Barco, *op.,cit.*, p. 128.

—Sí, pero esto se salva pues he avistado de todas las edades. Dijo el mallorquín un poco molesto por mis deducciones.

Debo hacer notar, señor, que el que nosotros hemos avistado, aunque de lejos, porque no se dejaba mostrar con facilidad, que si aun estando seco se le distinguían las facciones de rostro humano, me atrevo a sostener que estando vivo y fresco las representaba con mayor propiedad; como los ojos negros como gitanilla, muy cristalinos y hechiceros y principalmente los pechos, como los que he visto de una tersura inigualable. He preguntado a otros si han visto este extraño pez parecido a mujer, del que toma su nombre, y muchos me han podido dar noticia diciendo que lo han visto entre algunas peñas anegadas, que haciendo solfas, cantos y silbos ha intentado robarles el corazón, en más de una ocasión. A lo que certifico y envío dibujo para los anatomistas.

Hay otro extraño pez, llamado pez espada,³¹ que haciendo honor a su nombre lleva blandiendo una enorme espada, buscando con ella, como perro del mar, pendencias, venganzas y ejecutando muertes. Por la parte que está pegada a la cabeza del pez, tiene el puño con su especie de guarnición y por su extremo termina la espiga en afilada punta. Su grandor es de cinco varas;³² Por uno y otro lado es delgada a modo de espada de dos cortes y en medio gruesa para mayor fortaleza; de piel sin escamas, negruzca por el lomo y blanca por el vientre; cuerpo rollizo y cabeza apuntada.

—No hace muchos años, dijo el mallorquín, uno de estos de gran tamaño aterró a los marineros del golfo lau-

³¹ Descripción basada en el pez espada de Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 131.

³² Medida de longitud equivalente a 835 milímetros y 9 décimas.

retano al embestir a la fragata llamada *San Fermín* que estaba dando fondo en la ensenada de San Dionisio, para bajar los bastimentos, situados, y las memorias de la California. Estaba frente al presidio de Loreto y a la vista de los colonos que se preparaban para recibir con alegría tan apreciada carga. Esta formidable bestia marina acometió a la fragata con tal ímpetu que clavó su espada bien dentro de la madera, de suerte que entró por las juntas de la tablazón y después no la pudo arrancar por más esfuerzo que para ello hizo, aunque fueron tales y tan violentos que hizo estremecer el barco a pesar del pesado lastre de veinte toros que don Andrés de Rezábal enviaba como regalo. Entonces, para sorpresa y beneplácito de todos, de pronto, con un movimiento tan extraño e impensado quebró su espada, y dejando una parte de ella clavada, huyó desairado de tan pesado lance.

—¿Y de donde surgió? —Pregunté.

—Nadie supo el fundamento, apareció de la nada. Dijo el mallorquín, que para todo tenía una salida. Luego agregó. Los padres misioneros dijeron que había sido el instrumento de Luzbel para detener el avance de la cristiandad en la California. La espada, como la mítica espada Excalibur del rey Arturo, que es guardada como reliquia para memoria permanente del suceso, la muestran los jesuitas cada vez que tienen ocasión, ¡que no son pocas! Y mostrándola junto con una espada de acero preguntan si el ingenio del hombre puede superar al de Dios. Responder acertadamente al dilema, cuando los misioneros esconden otro, es arriesgar la comida por el ingenio. Como le ocurrió a un soldado reformado llamado José de Castro que creyendo dar la mejor respuesta respondió:

La espada de acero supera, sin duda, en ingenio a la del pez.

—Se le dejó de pagar y en la primera oportunidad fue echado del Real Presidio y desterrado a la contracosta en una embarcación de un armador por no servir a los intereses de Dios y de los jesuitas.

Hasta aquí escribí a Vuestra Excelencia lo que aún, a pesar de los años recuerdo y sólo aquello que mis propios ojos vieron y mis oídos escucharon. Después no he podido por no encontrar comodidad, ni lugar para hacerlo. Pues, ha de saber Vuestra Excelencia que los calores de agosto sólo los soporta quien ha nacido para caldero, como no sean los propios californios.

Enumerar todas las bestias formidables que mis ojos vieron y a más de a un indio buzo arrebataron su vida, bastaría para acabar con la tinta y el papel que, dicho sea de paso, por acá, también es peregrina. Por otro lado, por lo dilatada, no conviene a los propósitos de la presente relación, por lo que sólo me limitaré de los que el mallorquín hizo novela de la ocasión. El pez manta,³³ señor, es una bestia formidable, que la llaman así por ser de un cuerpo más ancho que largo a manera de manta o frazada. Para mayor seña baste decir que tiene la figura de un tiburón aplanado llevando sus fauces por lo bajo, pero esto no es de temer pues es desdentado. Su arma la lleva en la cola que esgrime con fiereza, ésta es de quince pies³⁴ de larga, y su piel más gruesa que la de un buey. Su cola está armada de una o varias espinas aserradas y afiladas como arpón y cuando descubren no lejos de sí a un buzo no pierden ocasión de hacerlo su presa. Acuden a los placeres de perlas, no sólo una, sino varias con que queda infestado el paraje, de tal suerte que los buzos se ven obligados a huir a otra

³³ Descripción del pez manta basada en: Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 129.

³⁴ Medida de longitud usada en muchos países, aunque con diferentes dimensiones.

parte. Aunque algunos tengan por apócrifa esta noticia, he de decir, en honor a la verdad, que con mis propios ojos he visto estas bestias formidables que en ocasiones dan grandes saltos en la mar, causando tanto temor en los buzos que no quieren tornar al agua, por más que se les obligue. Cuando éstas descubren a un buzo, le arremeten, y lo envuelven con su mismo cuerpo, sin dejarle más subir a la superficie y aun cuando se libre el buzo de sus acometidas, su espina como arpón se entierra en su cuerpo provocándole espantosa muerte, no sin antes experimentar éste el suplicio del calvario. Y cuando no arremeten, es su cuerpo el que se aplana en el fondo cubriéndose con la misma arena como esperando a su presa. Por eso los buzos tienen gran miedo del pez manta y para todo evento van armados de un cuchillo belduque³⁵ o con una estaca aguda endurecida por el fuego, para picar con ella a la bestia en caso que se acerque para atacar, con lo cual huye y deja la presa que ya miraba como suya.

Otra bestia marina de la que tengo noticia es la de un singular pez, visto sólo en las costas del mar del sur. Que hemos pescado y comido varias veces (sólo el ojo, porque de carnes nada tiene), que los naturalistas llaman ouranóscopos y los armadores³⁶ llamamos pez ojón³⁷ o el pez que suplica al cielo: es perfectamente redondo y como de un palmo de diámetro, tiene en la parte más elevada del cuerpo y en su centro un enorme ojo que hace honor a su nombre. Es del tamaño del ojo de un buey. Aunque tiene su párpado con que cubrirse, ¡siempre el ojo está enteramente descubierto! Causando en quien lo mira, no sólo admiración, sino alguna especie de horror. Queriendo sacar a la

³⁵ Cuchillo grande de hoja puntiaguda.

³⁶ El que por su cuenta arma o avía una embarcación.

³⁷ Descripción basada en el pez ojón de Miguel del Barco, *op.,cit.*, p. 129.

luz el misterio de este extraño pez, hice pescar uno, y estando vivo lo puse en un balde lleno de agua de mar, para observar su ojo y la utilidad del mismo. Reparando en que estando en su natural medio utilizaba con afán su párpado para hacer creer a su presa que estaba herido, pero en cuanto éste se descuidaba lo abría para hipnotizar con su mirada al pez y devorarlo en un santiamén. Hice ejecutar este ejercicio a uno de los grumetes, con otro pez de la misma suerte y después de no quitar el ojo como media hora, dijo con temor:

—Me siento como adormilado, señor.

Razón por la que pedí suspendiera cualquier experimento antes de acudir a una desgracia. Aunque debo decir que el pez ojón no se salvó de ser devorado por mis hambrientos buzos.

Tomando el hilo de mi relación digo a Vuestra Excelencia que, cuando arribamos a la isla, el mallorquín pidió echáramos fondo en la ensenada de El Gallo, para levantar campamento. A los otros barquillos les pareció que era bien esperar allí y enviar una canoa con los otros armadores para hacer una exploración. Hicimos campamento y lumbrada durante la noche. La playa era bastante amplia y de arenas blancas y muy finas. Hice que mi paje, ayudado de los indios buzos, instalara mi pabellón³⁸ de paño verde y dos linternas de ozas de lata y ordené que los indios buzos con mantas y leños pusieran sus tiendas e hicieran lumbrada y centinela toda la noche dejando al cuidado del *Albatros* al capitán. El capitán, rara era la vez que pisaba tierra, quien siempre que la ocasión se hacía patente decía:

³⁸ Tienda de campaña en forma de cono sostenida interiormente por un palo grueso hincado en un suelo y sujeta al terreno alrededor de la base con cuerdas y estacas.

—Mis pies no están hechos para la tierra, muchacho.

En la vieja bitácora que el mallorquín traía consigo aparecía señalado, en un mal bosquejo de la isla de Las Perlas, un boceto de un gallo tragando una perla. Pregunté al mallorquín el porqué estaba el bosquejo malhecho.

—Porque si cayera en manos enemigas, una parte está en el papel y otra en mi cabeza.

Respondió señalando su testa.

—¿Qué dicen los números, mallorquín, que parecen cifrados? Pregunté admirado de los misteriosos garabatos y bocetos que llenaban el diario del mallorquín, que sólo el sabía cifrarlos. Cansado de las impertinencias de un mozo como lo era yo en aquellos tiempos, dijo:

—El boceto del gallo, muchacho, guarda tantos misterios que si yo os contara, se trocaría la luz de la luna por los rayos del sol. Es mejor aguardad el tiempo propicio. Descansa muchacho y no comas ansias que el tiempo llegará en menos de lo que canta un gallo. El misterio del gallo se me develó tiempo después al ser noticiado por un armador amigo de don José de Larreateagui, que hacía el año 1711, fue encontrada una perla que desató la guerra entre armadores y buzos como diré más adelante. Porque ha de saber Vuestra Excelencia que los gallos, además de servir sus jugos para curar enfermos del tabardillo, servían para divertimento de los armadores, de los buzos y de los hombres de marinerías, en sus juegos donde los enfrentaban en un ruedo como si fueran gladiadores de Roma o perros de caza, haciendo apuestas en la que más de uno perdía la vida. Pero más que eso, los gallos eran la herramienta de los buscadores de perlas, que los llevaban

consigo por si encontraban una perla que teniendo una que otra imperfección, se remediaba, en muchos casos, dándosela a tragar al gallo. El gallo recibía la perla como dorada píldora y para que no la perdiera o fuera hurtado le amarraban el pico y le tapaban la cloaca. El animal hacía su trabajo manteniendo en su buche la preciosa gema durante dos días o más. Pasado estos días la perla mostraba su belleza en todo su esplendor, como si la mano de un perito hubiera quitado capa por capa el nacarado imperfecto, quedando ésta como si la naturaleza hubiera obrado haciendo de ella la perla más hermosa. El gallo después de obrar como orfebre era muerto decapitado como el peor de los delincuentes.

Las pesquerías de perlas y el diario del mallorquín

Cuando no hallábamos concha de perla en un paraje o era muy poca la que había, nos mudábamos a otros placeres cercanos a la Isla Espíritu Santo, que en la vieja bitácora del mallorquín aparecían señalados, en un mal bosquejo de la Isla, como: La Vocaina, El Pardo, La Cocina, El Gallo, La Boca del Estero, El Calabozo y el Lupón.³⁹ El diario del mallorquín tenía tantos misterios que no podía resistirme a develarlos uno por uno, haciéndole preguntas impertinentes, que ya se habían hecho habituales en mí.

—¿Y este animal de volatería que habéis dibujado aquí?
—Pregunté con mi habitual curiosidad

—Esta ave señala en mi bosquejo la isla que llaman de La Gaviota. En la que don Juan de Dios y Villegas y yo, en el año de 1711, sacamos con los buzos y grumetes doscientas y cincuenta conchas en tres y cinco brazas de agua. Se abrieron todas y se lograron quince granos de rastrillo y algunos alfójares y dos porta reales del tamaño de un garbanzo. Estas últimas don Juan, le dieron tanta fortuna a tu padre que de regalo, en el Puerto de Acapulco, me dio esta adarga con figura de corazón, que perteneció a un caballero portugués. Esto último lo dijo con tanta emoción que se conoció que el mallorquín era un hombre leal a mi padre, como lo demostraría tantas veces en el corto tiem-

³⁹ Los datos sobre los placeres de perlas fueron obtenidos del: Informe hecho para el Gobierno por el Visitador de Rentas José María Esteva, en 1857. Fue publicado con el título *Memoria sobre la pesca de la perla en la Baja California*. Imprenta de A. Boix, a cargo de Miguel Zornoza. Calle del águila número 13. p.1-27, México, 1865.

po que lo conocí; era de los hombres que no se cruzan dos veces en el mismo camino.

—Esto que veis aquí, dijo señalando sus garabatos, son bocetos de los indios amigos que trocan sus perlas, y estos otros que portan arcos y flechas son los indios belicosos. Observad en mi diario que las costas e islas están señaladas como pacíficas y otras como peligrosas.

Llegando al lugar donde el mallorquín señalaba en su diario que había abundante ostra, el indio capitán de los buzos de Sinaloa hizo un pequeño conciliábulo, como capitán que era de sus indios buzos, y luego una ceremonia a su usanza para pedir una cuantiosa pesca a su idolito de barro que llevaba consigo. Terminada la ceremonia dio la orden para que las canoas se pusieran a regular distancia los unos de los otros. Unos buzos se arrojaron al agua desde la borda de la canoa dando un fuerte impulso que los hizo descender sin esfuerzo a una considerable profundidad y los otros se zambulleron estando en el agua, a lo que llamamos zapear.

En cada una de las canoas se quedó uno de los indios, que llaman cabo de vida, para subir con la cuerda, que llevan atada a la cintura, las ostras y al buzo en caso de peligro. De esta manera permanecían sacando conchas hasta que salían arrojando sangre por las narices y por los oídos, cosa que era común en los primeros días de este penoso ejercicio. Los buzos aguantaban poco la respiración bajo el agua mientras no se remojaban como decían, pero después se hacían tan hábiles que podían zapear como patos hasta catorce y quince brazas, logrando conchas sin descansos y sin necesitar para ello de otra industria que la de abrir bien los ojos y de un cuchillo belduque. Como todo oficio hace su enfermedad y carácter, en nuestros buzos

más experimentados y viejos se conocía su oficio por su tosquedad fuera del agua, su andar como pato y por la incontinencia urinaria constante. Días después de trajinar y estando yo en la cubierta cavilando mi suerte, me vino por el viento un extraño olor de tal acrimonia que me pisó las narices, cacé el camino y me hallé en la popa donde dormían los buzos apelonados. Pregunté al mallorquín la causa de tan extraña fetidez y respondió:

—He buscado la causa más de una vez y la razón que he encontrado no es más que consecuencia de su oficio y no de la inmundez. Tenéis que acostumbraros don Juan, que entre la hediondez de las ostras y la inmundez de los buzos está la perla que buscáis.

No se si es la costumbre de hacer hogar, como la golondrina su primavera, pero al paso de los días mi nariz se habituó a la hediondez de las ostras y a la fetidez de los buzos.

Permanecieron buceando o zapeando hasta que el sol estaba en su cenit; durante las referidas horas la mar estuvo regularmente tranquila, sin dar tumbos y la posición del sol aclaraba de tal manera el fondo de las aguas que desde las mismas embarcaciones se podían distinguir a tres y cuatro brazas de profundidad no sólo las conchas que se aferraban a las piedras donde de fijo se hayan, sino las más menudas arenas. En el tiempo dicho bajaron de la canoa al fondo, y del fondo a la canoa, las veces que fueron necesarias, así para respirar como para vaciar la concha en la canoa o tomar agua. La piel de estos indios buzos es prieta como vulgarmente se dice, hecha a soportar la inclemencia del sol.

Cesando el trabajo, por la tarde, volvieron todos, sin contratiempos y con el cargamento de conchas. Luego

de llegar los buzos, el capitán de los indios me hizo entrega, con gran alegría y alborozo, de todas las conchas. Nos pusimos a contarlas en público en número de doscientas separando siempre el quinto del rey, cuatro para el armador, una para el rey. Se abrieron primero, en mi presencia, las conchas que pertenecían al rey y se sacaron de ellas cuatro alfójares o pimenteros que puse en mi caja de tres llaves. Después se abrieron las conchas del armador o nuestras, sacando catorce alfójares y una en forma de calabacilla perfecta. Cada vez que el indio buzo desbullaba una concha aplastaba con sus dedos, sin miramientos, al animalejo que se alojaba adentro para sentir si tenía escondida una perla entre sus pliegues. Era tanta la emoción que coronaba a este sencillo acto que, cuando se tropezaba con una perla, el grito y la algarabía que el indio emitía era tanta que si había pájaros cerca, como suelen, levantaban el vuelo al unísono.

La ligereza que tienen los buzos de hurtar las perlas

La desbullada o apertura de las conchas debía, como ya hice mención, presenciarse cuidadosamente por la ligereza particular que tienen los buzos de esconder y robarse las perlas que con su hermosura y bello oriente les arrebatada los ojos. Luego de terminada la faena los buzos pedían permiso de comer del animalejo que se alojaba en la concha, porque mientras se ejercitaban en la faena de abrirlas con sus cuchillos tenían prohibido llevarse las manos a la boca, aun para espantarse las moscas, que eran muchas. La desbulla o despojos lo llevaban a un sitio algo apartado donde lo iban amontonando para su pudrición. Esta diligencia no era en vano pues, cuando ya estaba bien podrido y era presa de los gusarapos y multitud de moscas, lo vaciaban en tinajas o cosa equivalente y luego lo batían en el agua, si acaso una perla había logrado hurtar nuestros ojos, caía por su peso hasta el fondo de la tinaja y ahí la recogían. Esta faena la hacían los indios bajo la férula del capitánillo de ellos, por soportar bien el nauseabundo olor y tener acostumbradas sus narices a la fetidez, las manos a la suciedad y el espíritu a la inmundicia. Pues, los indios buzos estaban hechos, a fuerza de azotes, de otros tiempos, a soportar el trabajo con el más abnegado silencio. Aquí cien indios no valían más que un negro, pero un indio avezado en el buceo era más valioso que un negro. El grumete llamado Santiago, hijo del capitancillo de los buzos, por ser nuevo o por distraído se llevó uno de los animalejos a la boca y para escarmiento, su padre lo castigó dándole tremenda reprimenda que consistió en diez azotes. El mallorquín, que le había tomado afecto a Santiago, intentó contener el enojo del padre, pero fue inútil.

Por la exigua obtención de unas cuantas perlas alfójaras o pimenteros, topos y otras de ínfimo valor, llamadas en castellano barruecos, el mallorquín, consultando su manoseado diario, me intimó nos dirigiéramos al sur en demanda de Cabo Pulmo o Purumm⁴⁰ como le llamaban los indios comarcanos de la nación Pericú, en busca de nuevos placeres. Así lo hicimos.

En el cuaderno del mallorquín aparecían los bocetos de indios flecheros, por lo que colegí que era una costa peligrosa.

Velejamos por el canal de San Lorenzo, que está entre tierra firme y la Isla de Las Perlas o Espíritu Santo. Dimos fondo frente a una playa que se dice de las Tres Cruces. Aquí se levanta una gran sierra que echa sus faldas al agua y forma una pequeña ensenada cubierta de pequeñas piedras bolas. Nos pareció que era bien esperar ahí y hacer campamento en un lugar de anchurosa playa y muchas conchas de ostras amontonadas, que creímos fuesen desbullas o despojos dejados por los armadores. Pero al llegar el último de los armadores de la Villa de Colima que esperábamos, nos dijeron que con la mayor presteza nos fuésemos de allí. Diciendo que aquel era un mal puerto en el que se solían perder muchos navíos, y porque era tierra de indios enemigos, de la nación cora; que ellos buscarían refugio a unas cuantas leguas⁴¹ al sur donde había un lugar que llamaban ensenada de las Palmas, muy cerca de Finisterra o del Cabo de San Lucas que se reconoce por haber un gran arco donde se unen los mares. Dijeron que

⁴⁰ Miguel del Barco menciona que Purumm se localiza entre San José del Cabo y Santiago y era el nombre dado por los pericúes a la serranía inmediata a la playa que también se designaba con este nombre por la cercanía con la sierra. Posiblemente Cabo Pulmo.

⁴¹ Medida itineraria que en España es de 20,000 pies o 6,666 varas y dos tercias, equivalente a 5,572 metros y 7 decímetros.

ahí no había peligro de indios enemigos por ser la tierra plana, de pocos arbustos y con un clima benigno. En el cual corría un aire apacible, sereno y donde los abundantes rocíos de la noche y vapores del mar templaban moderadamente los ardores del sol, que hacía a este lugar apropiado para rancharse. El piloto y los buzos me rogaron mucho que fuese, que ellos estuvieran con gran temor de si ahí estuviésemos mucho. Di la orden de quedarnos, porque ya habíamos echado fondo y como armador que era del barco tenía que ser obedecido. El capitán a mi orden respondió:

—Después de Dios el único que manda a bordo es el capitán, así que leven ancla y a movernos de aquí.

A solas el mallorquín me explicó que en la navegación los barcos no tienen dueño, sino tripulación y que el capitán está por encima de todos y éste por lo bajo de Dios. Luego dijo:

—Sólo puedes disponer de tu arbitrio en los campamentos, en las pesquerías de las perlas y en los negocios de las mercaderías.

Estas reflexiones del mallorquín me entibiaron el ardor y hicieron que me tragara el orgullo haciendo de tripas corazón. Levamos ancla y velejamos con buen tiempo, pasando la Ensenada de los Muertos, donde el mallorquín me refirió que antiguamente murieron aquí del mal de loanda o escorbuto muchos españoles que venían en la nao de Filipinas; luego pasamos entre la ensenada de Cerralbo y la isla del mismo nombre. Llegamos a bahía de las Palmas lugar donde hay muchas palmas, de la que toma su nombre, y en el que solían reunirse los armadores para hacer su aguada, en él encontramos a más de cuarenta

que estaban de fiesta. La guasanga se dejaba escuchar a leguas de distancia. Dimos fondo a corta distancia de la playa y en las canoas desembarcamos nuestra mercadería y otras cosas necesarias para ranchar y comerciar con los armadores y buzos. Hasta aquí os escribo a Vuestra Excelencia, por quedar poca luz del sol y poca candela. En otra relación que haré a Vuestra Excelencia escribiré lo que se me pide, sin omitir detalle, siempre que la memoria no traicione y trueque la verdad por la mentira, pues lo que la lengua pronuncia, así como la expele, vuela.

La gran festividad de los armadores de perlas

Al llegar a bahía de las Palmas encontramos multitud de navíos de toda suerte que habían dado fondo cerca de la costa. La tripulación, los marineros y los indios buzos se hallaban en la gran festividad de los armadores para dar inicio a las pesquerías de perlas. Las embarcaciones se hallaban a distancia de un tiro de fusil de la costa por ser las aguas poco profundas y no apropiadas para protegerse de los vientos y tempestades que asolan por estos meses a la California. El mallorquín, al notar mi asombro por hallarme con tantos navíos, poniendo su mano sobre mi hombro, dijo:

—Debo don Juan decirlo para descanso de mi conciencia, que en la playa de las Tres Cruces no corríamos ningún peligro. Todo fue un ardid para que asistiéramos a esta gran celebración que, año con año, se lleva a cabo en honor de Nuestra Señora de Loreto, patrona de los pescadores de perlas.

—Algo de esto —respondí— había oído de mi padre, pero mi entendimiento no daba crédito.

—Hay tantas cosas muchacho —dijo el mallorquín— que te faltan por entender pero es el tiempo quien te las traerá —y luego añadió— somos como el viento que impulsa la vela, sólo peregrinos de esta vida.

El mallorquín, aunque no lo demostraba, por no parecer débil, era un hombre de calidad. Aquí se encontraba reunida la gente de la peor ralea, que no respetaban ni a doncellas ni a casadas, aunque tomaran el sombrero al toque del Ave María. Unos jugaban a los naipes, otros a

lanzar dados y otros se ocupaban en hacer sus negocios, pero todos bebían, con gran bulla, licores espirituosos que les hacía exhalar hasta el alma. Aunque estaba prohibida la venta y el consumo bajo la pena de uno a dos reales, ahí esa ley no había quien la cumpliera, porque sólo lo que les era favorable querían aceptar y convenir; luego que el licor, con sus influjos o demonios, comenzaba a perturbar sus cabezas y extraviarles el juicio, lo primero que se les ofrecía era el agravio, que naciendo de unas voluntades locas, no reconocían a Dios ni mucho menos a su majestad, ¡sólo la fuerza bruta! Lo peor del caso venía cuando recobraban el juicio que había sido perturbado; ni se avergonzaban ni temían. Existía un consejo de armadores de cuatro o cinco miembros en el que el más viejo y acaudalado aplicaba la ley torciéndola a su conveniencia y a la de sus allegados, por eso eran frecuentes las injusticias en contra de los pobres buzos que se encontraban desamparados ante estos bribones.

Mis buzos tuvieron un anticipo de salario y como muchos de los presentes eran sus paisanos y amigos festejaron el encuentro gastando, a su usanza, el día y la noche en bailes, que llaman en su lengua *pascole* y bebiendo todo el licor espirituoso que podían.

Hice armar mi pabellón y arreglar los pormenores para iniciar el comercio, mientras presentaba mis credenciales con los armadores amigos de mi padre. Al saber el capitán don José de Larreategui de mi presencia ahí, mandó a un chino, que era su sirviente, para hacerme conducir a su bello pabellón italiano. Entonces di órdenes a mi capitán para que dispusiese todo y a mis buzos, como dije, di licencia para participar en el festejo y al mallorquín versado en las perlas pedí que me acompañara. Llegando al pabellón ordené al mallorquín que aguardara en la puerta

con los sirvientes, diciéndole que debía mantenerse pendiente en lo posible de mis mínimos deseos, pues no me sentía seguro entre ellos. El mallorquín, condescendiente dijo:

—don José tiene carta abierta con tu padre, aunque debes tener sumo cuidado con él, pues sabed que es un hidalgo⁴² de gotera, que tiene a la cortesía de los hombres de mar como deuda y no como honra. ¡No lo olvides nunca muchacho!

Le asistía la razón pues, al revisar en mi cuadernillo de instrucciones que me dio mi padre, encontré que al lado del nombre José de Larreategui había una pequeña anotación que decía: “embaucador de sutilezas”. Los registros y anotaciones de mi padre aparecían por doquier con pequeñas reflexiones, recomendaciones o cuidados que debía tener en cuenta, antes de abrir la boca o cerrar un trato. Al entrar al pabellón me encontré con don José de Larreategui, que vestía como todo un caballero, con ropas pulcras y limpias. Me recibió con gran efusividad como si fuéramos grandes amigos y con buenas maneras me ofreció una abundante comida acompañada de chocolate, que ya extrañaba por haber perdido el mío como ya dije. La comida y el chocolate fueron servida por una esclava mulata muy hermosa como de 25 años de nombre Nicolasa. don José, con un guiño y con un aire de pícaro, me hizo saber que si quería podía usar de ella. Quede pasmado de tanta osadía y fingiendo no entender quise ir al grano de los negocios. Era necesario, siguiendo las órdenes de mi padre don Juan de Dios de Villegas hacerles saldar, a él y sus amigos los armadores

⁴² Se le llamaba hidalgo de gotera al que únicamente en un pueblo gozaba de sus derechos de hidalguía, de tal manera que los perdía al mudar su domicilio.

con los que iba a partido, las cuentas pendientes que habían contraído en años pasados, que ascendían a más de 3,000 pesos de oro común. Debía asegurar parte de la deuda en granos de perlas y lo restante bajo compromiso de pagar en dos plazos, con una cantidad fijada de acuerdo con la deuda, debiendo firmar el libro ante testigos de vista. Entonces dijo el capitán don José que estaba a la espera de otros armadores amigos de él, que también tenían negocios con mi padre y que saldría un momento para enviar a sus sirvientes por ellos. Nicolasa, la esclava mulata, al quedarme solo se me acercó solícita a ofrecerme más chocolate caliente y aprovechando el lance dijo, no sin el temblor de sus gruesos labios y los desbarros en la lengua castellana propia de esta raza, que la vida que llevaba con don José de Larreategui no era propia para una esclava y mucho menos para mujer.

La esclava Nicolasa, sin contenerse, dijo que veía en mí a un hombre de bien, que ella estaría muy agradecida conmigo siendo yo su amo, que la comprara, que a más de lavar y servirme de guisar conocía de hechizos, suertes y sortilegios, y que veía en mí la proximidad de una gran desgracia, si ella no estuviera conmigo para protegerme. Luego, dándome un duro trozo de viejo chocolate rancio, dijo que ahí había suficiente para comprar a ella y cien esclavas más. Tomé el trozo de chocolate viejo y con mi pañuelo lo cubrí como un bien muy apreciado y le prometí que la compraría terminada la temporada y la llevaría conmigo a la Villa de Colima donde le daría buena vida. Dijo que no, que tenía que irse conmigo para protegerme y que el trozo de chocolate había sido un brebaje preparado con unas hierbas que no podía nombrar, sin menoscabo del poder del subterfugio. Que dicho chocolate preparado en brebaje me daría nombre y fortuna siempre y cuando lo partiera en noche de luna

y en completa soledad, diciendo estas palabras, que por mágicas me dio:

Rocío de todos los dioses,
ojo del sol,
luz de luna,
madre de todas las perlas
muestra la belleza que dios te dio.

Que si no lo hiciese así, el hechizo en lugar de traer bienaventuranzas traería desgracias y muerte. Las cosas de hechicería más parecen cosas de locos que de cuerdos, por eso hice oídos sordos a sus súplicas. Sin embargo, procedí ante ella como todo un caballero, pues guardé el chocolate rancio en mi alforja y le prometí que seguiría a pie juntilla la palabra de oráculo; aunque esclava, su hermosura la eximía a mis ojos de tal condición. Su impertinencia se vio interrumpida en llegando don José Larreategui y los demás armadores, cada uno con sus sirvientes. Como si fueran grandes señores, dijeron que estaban encantados de tenerme entre ellos y que por eso habían hecho pasar una embarcación por la ensenada de las Tres Cruces para hacerme traer. Preguntaron por don Juan de Dios de Villegas a lo que dije lo enfermo que estaba, pero que no era de gravedad, cosa que mi propio padre había pedido dijera para que en esta junta de bellacos, como él les decía, cumplieran con sus deudas que eran muchas. Seguí el consejo de mi padre de andarme con cuidado con ellos y de comerciar como todo un mercader.

Viendo don José Larreategui que Nicolasa no quitaba sus ojos de mí, dijo riendo:

—Dadme ciento cincuenta pesos de oro común a cuenta de la deuda con tu padre y será tuya. Te conviene, don

Juan, es una buena esclava, domada a la complacencia y obediencia sin retobos.

Después, preguntando al mallorquín, supe que ella había pertenecido al difunto capitán Juan Vicente de Noguera y Aldao vecino de la Villa de Colima. Que cuando éste murió, la heredó su hijo el más pequeño que todavía mamaba leche, pero que su madre previniendo de que cuando el hijo creciera, la esclava estaría vieja, la puso en subasta. Sólo con la muerte, dijo el mallorquín, un amo se desharía de una esclava tan hermosa.

Dije que ya estaba vieja para servirme y que corría el riesgo de poderse morir para cuando yo tuviese por herencia la fortuna de mi padre y dije más, que yo traía como sirviente a un filipino o chino que había demostrado ser muy bueno en sus menesteres.

—¿A qué menesteres os referis? ¿Es que también mueve el abanico de la seducción? Preguntó don José soltando tremenda carcajada.

—A los propios de un sirviente, respondí con sequedad.

—Bueno, bueno, volvamos a los negocios, señores (dijo don José, volviendo a su habitual hidalguía de gotera y apurando su chocolate).

Después de las cuentas pasamos a las necesidades de mercaderías de cada quien. Don José pidió le mercáramos clavazones y jarcias⁴³ para la carena y los aparejos de su barco que había zozobrado al golpear con un escollo.⁴⁴

⁴³ Aparejos y cabos de buques.

⁴⁴ Peñasco que está a flor de agua o que no se descubre bien.

Traíamos jarcias de cáñamo embreado de muy buena calidad que costó prolijo cuidado conseguirlas porque sólo en Europa había sogueros calificados en su fábrica, las había en Campeche, donde también las fabricaban, pero eran de poca duración por no ser de cáñamo, sino de una hierba que llaman los nativos henequén, con que costó trabajo, a mi padre, conseguirlas con un particular en el Puerto de Acapulco. Otros pidieron pez⁴⁵ y estopa de coco para las carenas, jarcias de henequén, mantas, clavazón, herramientas, medicinas, conservas, tabaco de estanco y licores espirituosos, todo a cambio de rescatar perlas. El resto de la mercadería se desembarcó, para ser conducida y entregada por don José al presidio de Loreto. Hice traer, con el mallorquín, el libro de cuentas para que la vieses y reconociesen, y tasé sus granos de perlas para asegurar una parte de la deuda cubriendo con ellas 1,680 pesos de oro común, de ocho reales de plata cada peso, que todas puse en caja de tres llaves que para el efecto traía, casi el valor de la mitad de la deuda de mi padre. El cual, habiéndola visto y leído el dicho libro cuenta, juraron en forma debida de derecho por Dios y por Santa María y por la señal de la Cruz, sobre la que pusieron sus manos derecha so cargo, del cual dijeron que las partidas que están en las hojas primeras donde está puesta la presentación de esta cuenta, que son tres hojas enteras y ocho renglones postreros que están a la vuelta es letra de don José de Larreategui y él la escribió con sus dedos, y que la partida que está asimismo encima de este auto, que es de 1,680 pesos oro común, y por tal la reconoce y reconoció, como se asienta.

⁴⁵ Sustancia resinosa, la que resulta de la destilación de las trementinas impuras, y es de color muy oscuro, por quedar mezclada con negro de humo, también es mixto de varios ingredientes, como son pez común, sebo de vacas, etc., derretidos al fuego.

Me obligo de vos a dar y pagar en la Villa de Colima o en otra cualquiera parte y lugar que me lo pidieres o demandas en granos de perla, oro o en plata a la ley de dar y tomar. De hoy día de la fecha de este libro de cuenta a un año cumplido primero siguiente, llana y realmente, sin pleito ni contienda alguna.

Y lo firmó de su nombre so cargo del juramento que hecho tiene, y lo firmaron los dichos señores. Pasó ante Diego de Contreras, escribano.

A la par de que el sol caía en el horizonte las lumbreras se multiplicaban y el licor espirituoso hacía su labor. don José de Larreategui ordenó se hicieran salvas y se echaran luces al cielo, para que así los indios comarcanos de la nación Pericú que tuvieran intenciones de acercarse, se vieran sosegados con la fuerza de las armas.

Discurso de don José de Larreategui declarando abierta las pesquerías de perlas

Terminados los negocios con los armadores, tuvimos un conciliábulo convocado por el capitán don José Larreategui, diciendo con toda solemnidad que debía declarar iniciada la temporada de las pesquerías de las perlas, pues había sido por décima ocasión designado delegado para recaudar el quinto del rey. Para los preparativos se ordenó se echaran salvas y luces al cielo, para que así los indios comarcanos de la nación Pericú, que merodeaban al derredor encubiertos en la maleza, se vieran sosegados con la fuerza de las armas. A la par de que el sol caía en el horizonte las lumbreras se multiplicaban y el licor espirituoso hacía su labor. Como lo dictaba el protocolo, don José de Larreategui nos pidió toda la discreción en el caso y nuestro apoyo en lo actual y lo venidero, diciendo:

—Como todos ustedes saben el capitán de Mar y Guerra del Real Presidio de Loreto y de la California, el portugués don Esteban Rodríguez Lorenzo, fue designado en el año 1705,⁴⁶ con justicia merecida, juez del quinto del rey, como lo dicen las órdenes circulares del virrey sobre las pesquerías de perlas. Luego agregó:

—Pues, sabed que el general y capitán de Mar y Guerra del presidio de la Villa de Sinaloa don Andrés de Rezábal, es su íntimo amigo y compadre...

Los armadores que estábamos con él, noticiados de que de ordinario todos los negocios que tenía don José, procuraba que pasaran por manos de don Andrés de Rezábal, dijimos:

⁴⁶ Venegas, Miguel, *Noticias de la California*. Luyac, t. II, p. 174-178, México, 1943.

—Lo sabemos, don José, y podéis contar con nuestro apoyo, y sin interrumpir su discurso prosiguió:

—...Y por tanto me ha otorgado por décima vez sus confianzas, nombrándome su delegado para recaudar entre los armadores el quinto del rey.

Todos a viva voz gritamos:

—¡Enhorabuena, don José!

Y prosiguió su protocolo, hablando como cosa sabida y ensayada muchas veces.

—...Confianza que como conocéis es sobrada, por ello os pido su vigilancia absoluta para asegurar los derechos de nuestra majestad, que es el pago del quinto del rey en granos de perlas de todas las calidades, por temporada que dura el buceo. Recaudo que debemos hacer de cada uno de los barcos, canoas o lanchas que concurren al buceo, no debe quedar ninguno exento. La ley nos obliga a confiar en los armadores y recibir las perlas que entreguen, haciendo con prudencia necesaria las indagaciones por si de fraude sospechamos. Lo deberán ejecutar por los medios que creyesen ustedes convenientes que, si alguno se atreve a bucear sin licencia o maltratar o vejar a los indios, podréis hacerlos prisioneros con grilletes a la embarcación y conducirlos ante mí o al presidio de Loreto con la autoridad dada por el capitán del Real presidio y juez del quinto del rey y por el mío. A los condenados a castigo corporal con azotes o vergüenza pública, ejecutada la sentencia suéltelos luego, sin tornarlos a mi presencia o cárcel, por derecho de justicia. Tengáis especial cuidado de saber si se cumple esto y así ejecutéis las penas en los que no lo cumplieren.

En pocas palabras nos conminaba a ser sus cómitres.⁴⁷ Luego dijo:

—Ah, y no olvidéis que si en esta temporada sacáis la perla del mejor oriente, tengáis la seguridad de que yo, en nombre de su majestad, otorgaré buena paga por ella y el mejor de los premios y aún más si encontráis la perla que fue robada del quinto del rey y que, según dicen, es la más bella que se ha visto por estos mares del Sur, no sólo se les dará un premio, sino todos los parabienes y la exención durante diez años para que no paguen alcabalas.⁴⁸

Estaban sobre su mesa los libros de las alcabalas, que a su majestad le son debidas, asentadas y rubricadas por don José de Larreategui que era su receptor, las cuales, por comisión del juez del quinto de Rey, eran trasladadas al presidio del Real de Loreto.

Terminado el conciliábulo brindamos por la Madona de Loreto, reina de los marineros y por el rey con vinos del Perú y de la California que también son muy buenos.

Con honores de siete disparos de arcabuz y fusil se recibió el estandarte de Nuestra Señora de Loreto. Que en bajando de la balandra propiedad de don José fue llevada en procesión hasta un dosel que se había erigido ex profeso. Arrodillados escuchábamos la santa misa que fue dada por un padre secular de la contracosta que don José de Larreategui había traído del Puerto de Matanchel. Todos nos confesamos y algunos comulgamos como era costumbre hacerlo al inicio de la tempotrada de las pesquerías. En

⁴⁷ El que ejerce su autoridad con excesivo rigor y rudeza.

⁴⁸ Tributo del tanto por ciento del precio que pagaba al fisco el vendedor en el contrato de compra-venta y ambos contratantes en el de permuta.

ella, cada armador, hombres de marinería y buzos rogaron por una buena temporada de pesca, sin contratiempos o muertes, con esta plegaria:

Oh estrella del mar inmenso, Virgen de la estirpe de Jesé, Madre de Dios, ten piedad de nosotros. Baja del cielo y pon en huida los vientos; ata a las furias; líbranos de las terribles olas; vence al demonio sagaz; y tiende tu mano benigna, no permitas que muramos en la mar. Siendo tú poderosa señora, nuestra guía dirige la nave a tu santa casa y concédenos buena pesca de las lágrimas que derramas por tus hijos en la amada California y has que regresemos a seguro puerto, por la gloria de Nuestro Señor, Amén.⁴⁹

Luego de terminada la misa y pasado el sacristán por su limosna, un pregonero recorrió los campamentos dando a conocer las penas y conminando a los buzos a encontrar la perla perdida del quinto del rey.

⁴⁹ Versión modificada de La Californiada. José Mariano de Iturriaga. *Californiada*. Transcripción paleográfica, introducción y notas por: Alfonso Castro Pallares, UNAM, México, 1979.

En busca de placeres del norte

Al siguiente día con la resaca de la bebida espirituosa, intimé al señor capitán de que luego que le pareciese conveniente tuviese todo listo para partir, porque corrían fuertes rumores entre los buzos y hombres de marinería que en las costas de Acapulco andaban los perros del mar, enemigos de la corona, corsarios ingleses y recelosos de que la voz de los buceos pudiesen traerlos a estas costas, o por si el intento de penetrar era en busca de las naos de Filipinas o ya sea porque de ordinario costeaban la California reconociendo el Cabo de San Lucas y la isla de los Pichelings era bueno, pues que nos apartáramos de estos placeres e ir a buscar suerte al norte. Intimé a nuestro querido mallorquín para que determinara el derrotero a seguir, y consultado su manoseado diario, dijo que estaría bueno que nos alejáramos de estos placeres e ir buscar más al norte por las inmediaciones de la isla San Joseph. A una hora de dar estas instrucciones se me presentaron los oficiales de mar de las otras tres embarcaciones, a quienes en junta general se les hizo saber de los inconvenientes de permanecer más en el sur, por las razones que llevo dicho. Se determinó partir en cuanto todo estuviera listo. Recelando que los enemigos podrían sin ser vistos hacer la presa, como sucedió con Tomas Candisque, inglés que en el año de 1557 robó la nao Santa Ana, que venía de las Filipinas. Los tres pequeños barquillos que nos hacían compañía desde la ensenada del Manzanillo se encaminaron a los placeres de Puerto Escondido, de Danzantes y de la Isla Montserrat, haciendo su aguada en la playa de *Apaté* para después velejar en busca de los placeres de la isla San Marcos y bahía de Mulegé, donde tenían indios amigos que les trocaban perlas por cuchillos que apreciaban mucho. Nos despedimos de

ellos, confiados en que encontraríamos otros armadores en nuestro camino.

—Dios les de buen viaje y buena pesca.

Los barquitos desaparecieron de nuestra vista y nosotros seguimos en nuestra faena. El mallorquín, sin dejar de observar como se alejaban, dijo:

—Es tan grande la avaricia don Juan, que no la deseo como compañera. En la búsqueda de los mejores placeres, la compañía de otro armador, como cosa del demonio, despierta al monstruo de la envidia. Si lo sabré yo, don Juan, que más de una muerte entre armadores ha pasado por mis ojos. ¡Las perlas son las lágrimas de la virgen, derramadas por nosotros, sus hijos! Entre más grande y hermosa, más grande es el dolor que esconde. Si lo sabré yo, don Juan.

Luego, sacando su manoseado cuaderno, dijo:

Sabed don Juan que las perlas que hay desde los 27 grados de latitud norte en adelante, desde la misión de Santa Rosalía de Mulegé es de calidad muy inferior, aunque no sea prieta como vulgarmente la llaman, tampoco es de un fondo del todo blanca, sino un blanco que tira a trigueño, en una más y en otras menos. Es largo el viaje y poco el fruto, pues sabed que los soldados del presidio de Loreto y sus indios no dejan sacar ni una concha de sus aguas. Lo tienen prohibido por sus superiores, los padres de negro.

Nos quedamos solos en la balandra sin la compañía de mis amigos los armadores. Entramos a la bahía de La Paz, siguiendo la línea de la costa pasando por la isla de los piratas Pichelingues y luego por una punta prieta de peñascos

abiertos, donde también hay placeres de perlas, pero no nos detuvimos hasta llegar a El Refugio, en el Puerto de La Paz. Desembarcamos en dos canoas con el barrilaje y siete indios buzos y el mallorquín con la escopeta para defensa en caso de encontrar indios, quedándose en la balandra el capitán, el contraestre y el resto de los indios buzos. Habiendo hecho la aguada sin contratiempos y rodado el barrilaje no sin apuros por lo fragoso de la tierra. Aprovechamos para hacer lavado de ropa y hacer la caza de cantidad de palomas que son de un plumaje del color de la tierra y con un collar negro en el cuello que merodeaban el aguaje, haciendo gran mortandad de ellas con disparos de escopeta y llevándolas a la embarcación hicimos caldo, que nuestro estómago agradeció. Cuando partíamos vimos venir, del oriente, una embarcación para hacer su aguada, fue tanta nuestra alegría que hicimos disparos de fusil para llamarlos. Cuando se acercaron, lanzaron sus amarras al *Albatros de Dios*, y poniendo las dos embarcaciones aproadas nos abordaron. Dijeron que estaban buceando frente a la isla de los piratas Pichelingues, cuando nos vieron pasar y conociendo ellos que era la balandra de don Juan de Dios de Villegas, estando necesitando mercadería querían mercarlas a trueque de perlas. Preguntados si les estaba yendo bien, dijeron que no. Preguntados por el mallorquín que cuanto tiempo llevaban rancheando en los parajes de Pichelingue e isla La Gaviota, dijeron que dos días. La isla de la Gaviota, que llaman así por las muchas aves que ahí acuden para hacer su nidada, es una pequeña punta de peñasquería, toda en blanco, pero no por naturaleza, sino por los desechos expulso de estas aves. En ellas se han visto indios desnudos que acuden atraídos por los muchos huevos de la que se alimentan de ordinario. Hicimos rescate de mercadería por perlas con ellos y luego partieron rumbo al aguaje El Refugio. En partiendo, dijo el mallorquín:

—Son traficantes, don Juan, te has dado cuenta cuántas conchas de tortugas de carey había en la cubierta y cuantos barriles cargados de sal.

—A Dios que es cierto, que ninguno de ellos vi en la gran celebración de los armadores. Haciendo de tripas corazón hicimos la anotación correspondiente en el cuadernillo del padrón de pescadores y alejándonos de inmediato les hurtamos el camino, con la discreción debida. Los traficantes de perlas hacían mucho daño a los armadores, pues no respetaban nada, ni a nadie. Cuando eran encontrados por los hombres del capitán don José, se hacían las escaramuzas en donde más de uno perdía la vida y otros eran puestos en el cepo, que es una máquina con yugo en la cabeza y manos. Preguntado el mallorquín para que servían las conchas de las tortugas de carey, me notició que en las cortes españolas y aun en las de este reino de Nueva España alcanzaban gran valor, pues los artesanos hacían con ellas peinetas, dijes y otras monerías. Los traficantes las rescataban de los indios, que eran buenos pescadores de tortugas, por cuchillos y abalorios.

Debíamos aprovechar el tiempo, pues terminaba el mes de julio y lo logrado del buceo y el trueque, descontando el quinto del rey, sólo era suficiente para pagar a los buzos.

Encuentro con los indios aripez

S aliendo de la ensenada de La Paz con viento favorable y las aguas tranquilas, mitigados los ardores del sol, trasmontamos el mogote y unos cerros bajos de la costa acantilada, en un cerro alto que sigue, vimos a dos indios que nos daban voces. Por la distancia en que estábamos y altura en que gritaban, no podíamos entender lo que nos decían, pero eran demostraciones de desafío. Uno de ellos, por mostrarse más valiente o por estar más enardecido contra nosotros, se movía dando tremendos brincos a todos lados; se volteaba en un pie, luego en el otro; tornaba a voltearse; saltaba con los dos, haciendo alharaca, hasta que por último quiso el destino darle una lección. Se le fue el pie por lo liso de una piedra y con ello se llevó todo el cuerpo con él tras de sí, rodando por el cerro como pedrón descantillado. A punto estuvo de caer al agua donde el cerro echaba sus faldas, pero quiso Dios que no cayera a nuestra merced y que no se le quebrasen los pies y su alma no abandonara el cuerpo del tremendo susto. Con impropia desesperación y temiendo que le echáramos el guante o los perros (que no trajimos), subió a gatas y con la prisa que pudo, antes que le fuésemos a traer a nuestra balandra para quitarle lo valiente a palos y golpes. Nos causó mucha irrisión el tropiezo del indio y a ellos estímulos para huir poniendo polvorín a sus pies, como lo hicieron. Seguimos la costa a prudente distancia y todavía dentro de la bahía, que es una de las más grandes que se ha visto, acaso en el mundo, y según el mallorquín que a todo le va a menos cuando la compara con su patria Mallorca: grande pero menor en gloria. Vimos muchas humaredas a lo largo de la sierra acantilada, era un espectáculo que causaba temor en los navegantes por ser fuegos de desafíos, parecía como si los indios estuvieran de acuerdo, pero como habíamos

acordado en el Consejo de Armadores recién celebrado de no arrimarnos a tierra firme porque no sucediera alguna demasía de los indios, velejamos a prudente distancia, pero aun así nos salieron seis u ocho balsas y junto a ellas iban nadando veinte o más indios que se acercaban a nuestra balandra. Por si esto fuera poco, a lo largo de la costa iban corriendo cantidad de indios. Sintiendo el gran número de indios que de repente se avistaron di orden al capitán de velejar al noreste para alejarnos de la costa y no pudiendo por los vientos contrarios di orden de poner a los remeros para alejarnos de prisa. Viendo los indios que les hurtamos el camino y sus intenciones, dejaron de remar y nadar. Nosotros echamos fondo a una legua de la costa y preparados para cualquier fatalidad sacamos las escopetas y municiones. El mallorquín dio la orden a los grumetes y a los pajes de ensebar los palos para repelerlos en caso de querer hacer el abordaje. Por la distancia que estábamos de tierra firme y lo picado del mar, por el viento que empezaba a soplar, sólo dos balsas con cuatro indios pudieron acercarse a prudente distancia de la balandra. Los indios levantaban los brazos para mostrar que no traían armas y que venían en paz. Echamos entonces una canoa al agua con dos de los indios buzos para ver qué querían, regresando estos diciendo que querían rescatar perlas. Dejamos entonces que dos de ellos subieran a bordo, sin armas y desnudos. Por señas y por la palabra: *rikere, rikere*, que en su lengua quiere decir perla, supimos que eran indios de la nación aripe y que querían hacer rescate de perlas como lo acostumbraban. El indio que más hablaba decía, mostrando sus perlas:

—Capitán, tei atancámma tenkie caté pú rikere, kepe ken jatúpe akunjo rikere, akunjo cushillo— capitán, tei atancámma tenkie caté pú rikere, kepe ken jatúpe, akunjo rikere, akunjo cuchillo. Que en mal castellano se entiende

así: capitán tu buena paga nosotros, todas perlas por cuchillos. Tres perlas, tres cuchillos.

Convenimos el rescate de perlas. El mallorquín les pidió mostraran sus rikeres que traían en una pequeña bolsa de piel de venado pendientes de una hermosa faja de color encarnado que traían puesto a manera de cinto. Como las costas de los aripes no son abundantes en perlas, las que cargaban eran pocas, menos de veinte, y de mala calidad, de poco brillo y lustre. El mallorquín dio a cambio de ellas cuatro cuchillos, uno para cada quien y muchas cuentas de vidrios quedando contentos de la dádiva. Como vieron los indios que los indios buzos de Sinaloa estaban en la cubierta comiendo pozole a puños. Dijeron haciendo señas, y con palabras ininteligibles, que también ellos querían pozole.

—Capitán, capitán tei tikakamba kepecún bue kepeken juapé akunjú. Que quiere decir: capitán, capitán, tu ayuda nos den nuestro alimento aquí. El mallorquín a una seña dio a entender que les diéramos y como dijimos que sí, hicieron subir un pequeño caparazón de tortuga que tienen por plato y pidieron lo llenáramos. Desembarcaron contentos de la balandra y a cambio nos dejaron unos pescados tatemados que ellos acostumbraban comer, diciendo:

Tipé dei tiapatu. Tipé dei tiapatú. Vive siempre hombre del norte.

Luego que los dejamos a corta distancia, sacó el mallorquín las perlas y de las 20, más de la mitad eran remedos de verdaderas perlas, entonces explicó el mallorquín:

—Son tan astutos estos indios, don Juan, que llevados de lo mucho que estiman los cuchillos y sabiendo que por

perlas las consiguen de nosotros, hacen exactísimas diligencias en buscarlas⁵⁰ y no pudiendo adquirirlas, el ingenio les señala el camino para hacerlas de pedazos de concha y de algún berrueco que se suele hallar en ellas, las amoldan y bruñen poniéndolas en forma de perlas y nos la traían a cambalachear por perlas verdaderas creyendo que nos engañan. Esta argucia la conoce más de un armador y de ellas han resultado más de una muerte, por eso oculté mi sorpresa y di los cuchillos previniendo guerra.

⁵⁰ Mathes, Michael W. *Californiada III: Documentos para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*. José Porrúa Turanzas, p. 747, Madrid, 1974.

Capítulo II

Muerte de la tripulación
y cómo caí en manos de los indios





Encuentro con los pericúes de la isla San Joseph

Pasando la punta de san Evaristo en que termina la gran bahía del Puerto de La Paz y estando ya para caerse el sol, dimos fondo en la isla llamada de San Joseph. El *Albatros de Dios* echó sus dos anclas frente a un rincón pequeño que defiende a las canoas del sueste, que está entre dos cerros acantilados o mejor diré dos peñas grandes que tiene sus piedras anegadas, cercano a un estero con bosquecillo de mangles blancos, donde hay cantidad de animales de volatería. Aquí el mallorquín, tiempo antes, tuvo noticia de buenos placeres y nosotros esperanza de que nos fuera mejor. Rancheamos junto a unas peñas en una pequeña playa de arenas color marrón. De aquí salían cada día mis buzos, despachados por el mallorquín según tenía noticia de placeres. Estábamos acampados con los buzos, y trabajando en encontrar un buen placer de ostras, cuando nos comenzaron a frecuentar un grupo de indios isleños de San Joseph de la nación Pericú. Estos indios,

Vuestra Excelencia, contrario a lo que habíamos vistos en las otras parcialidades que suelen poblar la California, son corpulentos, fuertes y bien agestados, con ventajas a los de Nueva España. El cabello es algo rubio, acaso por venir de beringia o tener trato con los ingleses con los que tienen amistad, como se vio en el año de 1587 cuando el hereje y pirata inglés Thomas Cavendish, a bordo de sus naves *Desire* y *Content*, asoló la costa de la Mar del Sur, robando sus tesoros al galeón de Santa Ana, en tierra de los bárbaros indios pericúes, amigos del hereje como diré más adelante. Usan estos indios traer el peinado con largas madejas en la que acostumbraban ceñir ingeniosos plumajes. Tenían los cuerpos pintados de diversos colores matizados y pendían del cuello preciosas conchas de nácar y perlas horadadas, pero menor en lustre y brillo, resultado de tatemar las ostras para comer del animalejo. Uno de los indios que parecía el cacique, portaba barba que causaba respeto, asegurando así, entre los suyos, la obediencia de su bárbara ley. Llegaron ante nosotros, haciendo alto a trechos para tomar arena de la playa con el puño, para después arrojarla por el aire, haciendo con sonora voz largos razonamientos, que no pudimos entender, aunque por su actitud juzgamos que era señal de bienvenida. El mallorquín conociendo algunas de las costumbres de estos indios me intimó silencio, diciendo:

—El aventar arena por los cielos es señal de paz, así que no debemos temer. Esperad que se acerquen y cuando deje de vociferar debéis poner las armas en el suelo en señal de paz.

Hicimos señal de bajar nuestras armas y ellos ofreciendo, en forma por demás ceremoniosa, sus arcos y flechas las depositaron en la arena, pidiendo humilde seguridad y pactos de amistad con los nuestros. No dejaban de admirar el traje

y policía de los nuestros. Hicieron presencia y mostrándose muy amigos nos ofrecieron carne de venado y semillas molidas que ellos tienen como cosa regalada y nosotros en reciprocidad les dimos cuchillos, abalorios y cuentas de vidrio para sus mujeres, que dijeron que no habían venido porque estaba lloviendo. Cualquiera dádiva nuestra la estimaban con demostraciones muchas.

El mallorquín con presencia de ánimo les dijo los motivos que teníamos de estar en sus tierras. Con señas les pedimos hacer rescate de perlas pero ellos nos dijeron igual con señas y palabras ininteligibles, que las últimas *bojo*, que quiere decir perla en su lengua, se las habían arrebatado unos españoles que se hacían acompañar de unos indios yaques,⁵¹ como le llaman a los indios naturales de la contracosta a los que temían como al mismo demonio. Más luego que divisaron a los indios buzos naturales de Sinaloa que estaban abriendo las conchas creyendo que eran yaques comenzaron entre sí a hablar secretamente, hasta que no pudiendo disimular la aversión que les tenían nos hicieron saber con señas el porqué nos hacíamos acompañar de indios yaques, que ellos tenían buenos buzos entre su gente.

—Esta ojeriza y aversión de los californios a los yaques —dijo el mallorquín— ha nacido, don Juan, de las hostilidades que en otros tiempos recibieron de ellos, cuando los primeros buscadores de perlas los traían consigo, no sólo para el buceo de las perlas, sino para hostigarlos para que dijeran dónde estaban los placeres de perlas y abusar de las mujeres y robarles a sus hijos que se llevaban como

⁵¹ Datos tomados de: Diario del Viaje del padre Fernando Consag en el descubrimiento del golfo californiano, del 9 de junio al 25 de julio de 1746. En *El noroeste de México documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1769*, p. 497-535.

esclavos. Sepa usted que la misma ojeriza les demuestran a los perros a los que temen como al mismo demonio. Así no es de extrañar que estos bárbaros, hijos de la venganza, ejecuten contra los yaques los homicidios que sabemos, cuando los encuentran.

Informado por el mallorquín de estos antecedentes les hice saber que no eran indios yaques los que venían como buzos en mi armada, sino indios de Sinaloa que nada sabían y debían y que por tanto no temieran alguna hostilidad. Se les dijo que no tuviesen miedo porque nosotros estorbábamos cualquier intento de ataque y que si esta situación no bastase que diesen gritos en cualquier acontecimiento. Pero de nada me valieron los argumentos porque para ellos cualquiera que tuviera el color quebrado llamaban yaques, así como a cualquiera que tuviera la cara blanca llamaban español. Mis buzos aunque no eran indios yaques, sí eran de color quebrado y a decir verdad puestos dos indios juntos frente a mí, uno de Sinaloa y otro yaque, no sabría diferenciar cuál es cuál, como si fueran dos gemelos. La cuestión se tornaba delicada por lo que decidí que mis indios se embarcasen en el *Albatros* mientras se dirimían las diferencias entre estos, quedándome en tierra con el mallorquín y el capitán para hacer fuerza con las armas.

Entonces ellos señalaron la balandra, que estaba distante como un tiro de fusil, frotando unos palitos con que hacen lumbre, como diciendo que querían ir a quemarlo. ¡Porque ahí estaban ahora los yaques! A lo que repliqué que no todos los españoles éramos iguales, que aquellos que les hacían hostilidades eran contrabandistas de perlas y que nosotros también sufríamos sus fechorías; que teníamos gobierno y un jefe como ellos, cosa que como bárbaros que son poco entienden. Nos enseñaron, entonces, sus canoas

que escondían entre el bosquecillo de mangles. Estas canoas las habían obtenido del rescate con los españoles traficantes de perlas, a las que se habían aficionado mucho y en las que en algunas ocasiones se nos habían acercado a prudente distancia. Entonces nosotros dijimos que estábamos dispuestos a rescatar perlas por canoas. Con esto se sosegaron y se fueron. Puestos antes en la inteligencia, que mis indios buzos que traía de la otra banda venían por prácticos en el manejo de las canoas, en que no eran prácticos sus paisanos pericúes, de los cuales eran los más serranos, pero con la salvedad de que reconocíamos que eran inteligentes, prácticos y duchos en el buceo de perlas. Pareció que estuvieron de acuerdo.

Los armadores de los tres barquitos fueron noticiados en las costas de Numpoló, por unos marineros del real de Loreto, que estaban pescando, de que los indios pericúes de la isla de San Joseph estaban en guerra contra los españoles y los peligros de acercarse a las costas de la isla sin riesgo de perder en manos de esos salvajes sin policía, la vida y las embarcaciones. Enterados, regresaron a informarnos de los peligros. Velejaron con rumbo al sur con vientos contrarios, situación que les hizo difícil avisarnos como lo referiré más adelante.



Muerte de la tripulación y de cómo me hicieron cautivo⁵²

Se iban unos indios y tornaban otros, pero siempre tres de ellos eran los mismos, un anciano y dos jóvenes bien agestados que parecían indios principales o cuando menos con cierta autoridad sobre los otros. Nos pidieron algunas veces que disparásemos las escopetas que teníamos para resguardarnos, cuando lo hacíamos se ponían con sus arcos, lanzas y figas detrás de nosotros dando tremendos aullidos. Después uno de los mozos de tanto ver los escopetazos nos rogó con señas y palabras que le dejáramos hacer a él un disparo, lo hizo con tanto tino, que nos dejó sorprendidos y los indios con gran irrisión celebraron la proeza.

Llegó el mes de agosto que es el más caluroso, empezando las lluvias que por estos lugares son torrenciales y copiosas. Los días se alternaban con días claros y soleados. Eran días de sosiego, las aguas de la mar se volvían turbias y poco propicias para el buceo. Por lo que nos la pasábamos a bordo de la balandra a seguro resguardo de los indios. En el horizonte se veían las nubes aborregadas, blancas como el algodón. Las aguas pluviales se prolongaron por más de cinco días, en donde el enfado empezaba a menguar los espíritus de los indios buzos de Sinaloa que, acostumbrados a la libertad, no soportaban tanto encierro y por venir por salario no obtenían ganancias extras por lo que pidieron licencia para desembarcar e ir a revisar los despojos o desbulla de las conchas por si

⁵² Descripción basada en los hechos ocurridos según cartas de Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén. En: *Testimonios sudcalifornianos. Nueva entrada y establecimiento en el Puerto de La Paz, 1720*. op. cit.

todavía guardaban alguna perla. En ocasiones se encontraban algunas del mejor oriente y no despreciable valor, de las que se ponían contentos por representar pingües ganancias. En esto estaban trabajando en la desbulla, muy descuidados y sin centinela, cuando bajaron los indios del monte y con sigilo se llevaron las canoas a otro estero no muy lejano de donde estábamos rancheando, al que no podíamos entrar por ser poco seguro. La lluvia arreció con espantosos truenos y rayos, dando las tres de la tarde, tiempo en que por lo regular dejábamos de realizar las faenas del buceo para descansar y preparar los alimentos.

Sintiendo los indios buzos el tiempo de regresar a la balandra buscaron sus dos canoas y, al no encontrarlas, coligieron que el viento que soplaba fuerte las había zafado y llevado lejos. Decidieron ir a buscarla y como el viento soplaba al sur donde estaba el estero prohibido, se fueron siete de ellos con una escopeta, mientras los otros siete agarraron al norte a buscar detrás de un risco que echaba sus faldas a la mar. De pronto, de sur a norte, se escucharon aullidos de perros monteses, que en Nueva España los naturales llaman coyotes. Eran los indios que se estaban comunicando entre sí. Los nuestros se asustaron e intentaron, como lo teníamos previsto en caso de peligro, disparar una carga para pedir socorro, pero la desgracia estaba echada, la pólvora se había humedecido con la lluvia. Así quedaron indefensos en manos de multitud de indios de la nación pericú. Fueron a dar primero sobre los que estaban en el estero y con facilidad acabaron con todos ellos dándoles terrible muerte; atravesados con sus flechas, con sus azagayas, con sus dardos y, por si fuera poco, rematados con pesadas piedras dejadas caer sobre sus cabezas. Luego el otro grupo que iba liderado por uno de los mozos llamado en su lengua bacarí dio contra los que estaban en el risco, como que estaban muy descuidados de lo sucedido

en el bosquecillo de mangles. El mallorquín, el español, el capitán, el criado y yo nos manteníamos en la bodega preparando una exquisita fabada, lo que descuidados no sospechábamos nada para prestarles auxilio. A la verdad aquella playa era tan despacible, tan falta de agua para beber que los indios y aun los buscadores de perlas, según me dijo el mallorquín, poco la frecuentaban. Los indios en número de veinte se acercaron sigilosamente para abordar el *Albatros de Dios* en las dos canoas de las nuestras y a bordo de balsas hechas de palos de tres puntas. Abordaron por barlovento y sotavento usando unas redcillas que tienen para pescar, como si fueran escaleras, sin hacer bullicio, como suelen, señal de maldad. Dieron contra nosotros matando primero al español que asustado dio un gran grito antes de arremeter contra uno de los indios, luego se fueron contra el capitán que estando desprevenido intentó contraatacar con su daga, pero fue en vano, pues fue alcanzado por una flecha. Sólo quedábamos el mallorquín y yo. El mallorquín intentó tomar las lanzas que tenía preparado cerca del bauprés, para intimidarlos, estos con grandes alaridos de guerra arremetieron contra él con sus azagayas y flechas, sin recibir de él daño alguno, después arrojaron los cuerpos al mar sin miramiento. Luego cayeron sobre mí, que indefenso y poco práctico en las armas, fácilmente me hicieron su prisionero, a fin de que les sirviese de gobernarles el barco en el manejo del timón y velas. Hecha la mortanza me mandaron levar anclas, ayudando ellos con las amarras, y fueron a poner el barco entre unas puntas de peñascos abiertos donde había varios abrigos para canoas y un bosquecillo de mangles. Me usaron como bestia de carga haciéndome bajar los bastimentos, el barrilaje con la aguada y la mercadería, llevándolos a esconder a una cueva que se hallaba entre dos cerros. Luego los isleños empezaron a servirse del barco. Durante dos días me ocuparon en llevar de paseo a sus

mujeres y niños, siempre a la vista de la costa y sin alejarnos mucho del estero. Durante estos días no abandoné el barco. Ellos pusieron centinela día y noche para que no escapase. Pedían que los llevara a la otra contracosta de Nueva España para pasearse y ver tierras, pero quiso Dios que en pocos días, por la poca pericia de los indios en el manejo del velamen, diera en un escollo y comenzara a hacer agua. Con este percance me hacían trabajar sobre mis fuerzas porque hacía mucha agua, y era obligado a estar siempre achicando en la bodega, dándome poco de comer, y lo que uno me daba, otro me lo quitaba. Un día que dejándome solo en el barco, se fueron ellos en sus canoas a pescar, quise ver si podía escapar haciendo una barbaridad, que fue cortar el cable, izar la vela mayor y tirarme, sin bastimento ni aguada, a la mar. Pero me valió poco el intento que así que empecé a velejar, fui visto de los indios que con gran presteza me dieron alcance. El castigo fue el cogermme entre dos, uno de los pies y otro de las manos y alzándome lo que podían, dejarme caer sobre la cubierta algunas veces y otras a la mar, y los que estaban abajo, en sus canoas, me aporreaban con sus palos obligándome subir al barco; cansados me dejaron bien aporreado y sin fuerzas.

Visto que la balandra les daba más trabajo que gusto, la hicieron varar⁵³ en un banco de arena y en cuanto llegó la bajamar le pegaron fuego. Logrando el fierro y la clavazón del que tienen mucho aprecio. Como ya no tenían en que ocuparme, era el blanco de sus burlas, haciéndome trabajar en componer anzuelos con los clavos y en limpiar, reparar y achicar⁵⁴ todas las canoas que guardaban en el estero, incluyendo las nuestras que nos habían hurtado,

⁵³ Encallar la embarcación en la costa o en las peñas, o en un banco de arena.

⁵⁴ Extraer el agua de un dique, mina, embarcación, etc.

teniendo cuidado siempre de cubrirlas con ramas para que no fuesen vistas por los navíos de españoles que solían pasar por este canal.

En este momento de tribulación pensaba:

Mi padre estará sentado en su mesa, pese a su enfermedad, con más de diez cubiertos y comensales, alardeando como suele de su hijo de buen marinero y mozo, diciendo lo feliz que estará en la California y lo brillante del futuro que le espera enriqueciéndose día a día, con las perlas del mejor oriente y de su feliz matrimonio con una dama peninsular, que dicho sea de paso no conozco. ¡Sí, Cayetano de Villegas, hijo de don Juan de Dios de Villegas, hijo primogénito, heredero de la fortuna de los Villegas, armador y comerciante! Si supiera los sufrimientos que he padecido y estoy padeciendo ahora, con la angustia y zozobra de saber muerto al mallorquín y a mi tripulación toda, habiendo perdido las mercaderías y lo que es más el *Albatros de Dios* que tanto orgullo dio a mi padre. ¡He acabado con la fortuna de don Juan de Dios de Villegas! Ahora Cayetano de Villegas eres un don nadie marcado por la desgracia y condenado a no levantar cabeza. Eres indigno de llevar el nombre de un Villegas. Me despojaré de este nombre por ignominioso y llevaré por Dios y la Virgen el de mi difunto tío abuelo, Juan Díaz.

A pocos días de este fatal suceso, dos de los barcos que habían ido al estrecho adentro, al volverse a sus puertos de Nueva Galicia, llegaron a ver si topaban con nosotros para noticiarnos de que nos marcháramos inmediatamente de la isla. Al acercarse al estero por donde sabían estábamos rancheando fueron abordados por los indios pericúes para rescatar perlas con ellos.

Los indios pericúes, apostados en lo más alto de una peña, luego que vieron venir hacia su isla dichos barcos me condujeron a lo empinado de una loma para no ser visto de ellos. Dejándome con centinelas bajaron los demás a rescatar perlas por mercaderías, a media legua en donde habían quemado la balandra. Hicieron sus rescates de perlas entregándoles a los ambiciosos armadores todo lo que los difuntos habían cogido en ese día nefasto y lo que ellos tenían de sus buceos y de sus pasadas rapiñas. Los armadores dieron en cambalache cinco canoas y cosas de comer. Y aunque discurrieron lo que había sucedido, así por la abundancia de perlas que habían rescatado, como por algunas alhajas de los difuntos que les vieron a los indios en sus personas; se fueron para sus tierras sin volver a dar parte al presidio de Loreto, como era natural por el gran miedo que tuvieron y por no perder las perlas del rescate que eran muchas. Llevando un gran tesoro en rescates. Todos estos territorios estaban poco reconocidos por los misioneros que no se atrevían a entrar por ser estos pueblos de bárbaros hostiles y belicosos.

Muerte de un indio buzo

Habíales quedado una escopeta cargada y para que la disparara, como me lo mandaron, fui conducido en procesión a uno de sus campamentos tierra adentro, en un arroyo, entre dos cerros, muy amplia y arbolada donde tenían a sus mujeres y niños. Llegando vi a uno de los nuestros, uno de los indios buzos de Sinaloa que había escapado de la muerte. Estaba amarrado de un poste que tenía puesto un gran círculo hecho de ramas bien apretadas y unas como banderillas de color colorado y negro. Estaba cerca de una gran fogata que avivaban con leña de cópale que ellos tienen como medicinal y para acercar al demonio a la manera que nosotros el incienso para alejarlo. Es tanto el miedo que le tienen al demonio que sólo de imaginarlo mueren porque dicen que a veces éste los mata en los matorrales a golpes o en los agujajes. Para que no les haga mal les hacen idolatrías y en algunos lugares donde abundan, cuando pasan por ellos, le dejan alguna flecha o plumas u otras cosas como ofrenda. Al indio de Sinaloa le habían puesto la ropa del capitán y su espada. Pedía a gritos que lo salvara pero los bárbaros no saben lo que es el castigo sólo la venganza; poniéndose detrás de mí todos en posición de escuadra, bien armados de arcos y flechas, me dijeron que, cuando fuesen a su isla enemigos como el español y el indio yaque que tenían enfrente, había de disparar. A lo que argüí, con señas por no saber su lengua, que él no era español ni yaque, sino un indio de Sinaloa y mucho menos era enemigo de ellos. No escucharon, estaban enardecidos, diciéndome con señas y mostrándome huevecillos de piojos que se arrancaban de la cabeza, como queriéndome decir que eso éramos para ellos. Pidieron que me quitara mis ropas hasta quedar desnudo como ellos, cosa que les dio mucha irrisión. Dejándome

puestas sólo las botas me condujeron frente al indio de Sinaloa, me dieron la escopeta que ya había preparado y me obligaron a dispararle. El indio cayó muerto no al escopetazo que erré por intención, sino a los muchos flechazos de los indios pericúes, levantándose una algarabía alrededor e iniciándose bailes y cantos a su usanza que duraron días.

El indio de Sinaloa, cuyo nombre era Santiago, siempre mostró una entereza inquebrantable durante este tormento, increpando a sus enemigos y motejándolos de cobardes y afeminados por darle una muerte tan propia de una mujer, diciéndoles:

—Llegará el momento en que no la pasarán mejor y pronto mi muerte será vengada de igual manera.

Todo ello lo dijo entonando canciones a la usanza de su tribu para no sentir tanto los dolores de la muerte. Gritaba también —Sálvame capitán, sálvame capitán.

Como si fuera fácil. El cuerpo permaneció ahí recibiendo flechazos, golpes y golpes durante tres días en que se cansaron.

El cuerpo, por el calor de agosto, empezaba a despedir un nauseabundo feto que atrajo a los cuervos que le sacaron los ojos y luego a las auras⁵⁵ que se enseñorearon en el indio muerto empezando a picotearlo por las entrañas y luego llegaron los coyotes que entraron al festín hasta roer los huesos. Pero si son tan crueles estos indios es porque no

⁵⁵ Ave rapaz diurna, parecida al zopilote, de plumaje negro con visos verdes, cabeza desnuda y tarsos y pico de color de carne. Despide olor hediondo, vive en grandes bandadas y se alimenta con preferencia de animales muertos. En ciertos puntos de América, de donde es indígena, se la llama gallinaza o gallinazo.

tienen a la muerte como castigo y por tanto no la temen: si un indio es ofendido por un español, el indio matará a otro español, pues tanto le da uno como otro. De ahí lo peligroso que resulta ofender a un indio y la prontitud con que el mal comportamiento de una sola persona puede originar una guerra con los indios y la ruina de toda una colonia.

Fue tanto mi dolor que la agonía y la fiebre como si fueran mis más fieles aliados no me desamparaban un momento. Una viejecita viendo como sufría me cuidó toda la noche en la que no paró de sahumarme como si fuera jamón y en hacer unos extraños e ininteligibles cantos y alabanzas, que repetía de cuando en cuando. En medio de mi fiebre y dolor sentí cómo me aplicó una especie de ungüento en la barriga provocando que los espantos y demonios, que ellos invocan en sus idolatrías, hicieran presa de mí muchas noches con sus días para que, como venciendo a los demonios cayera en un prolongado sueño. Al volver en mí, todo estaba en absoluto silencio, sólo el zumbido del aturdimiento se dejaba escuchar dentro de mí. Toqué mi barriga para buscar el ungüento que me aplicó la viejecita pero no había nada. El campamento había sido abandonado y las chozas que construían con varas y leños estaban quemadas. Tres indios embijados⁵⁶ de colorado y negro se me acercaron, cuando los indios se pintan la cara de colorado y negro es señal de que han causado un mal o piensan hacerlo. Me llevaron donde estaba el indio de Sinaloa y me pidieron le cargara para arrojarlo lejos del campamento. Pedí me permitieran darle cristiana sepultura a lo que se negaron diciéndome, con un indio intérprete, que después supe aprendió la lengua castellana en Nueva Galicia a donde había sido llevado

⁵⁶ Ensuciar, manchar, embarrar.

por un contrabandista que lo hiciera esclavo y pudo ser rescatado, después de años, por el trueque de perlas que hiciera su padre, un indio principal y de mucha fuerza en su nación:

Que ellos venían de donde salía el sol y nosotros de donde se pone, y que ellos sanaban a los que estaban enfermos y nosotros matábamos a los que estaban sanos; que ellos no tenían codicia de ninguna cosa, antes todo lo que tenían tornaban a darlo; que nosotros no teníamos otro fin que robar todo cuanto hallábamos y nunca dábamos nada a nadie; que ellos eran hijos de un capitán grande al que llaman *Niparajá*⁵⁷ y que ellos eran los señores de aquella tierra y que nosotros mentíamos y éramos peor que piojos, de poca monta y valor que habíamos llegado para hacer daño.

Por lo que repliqué diciendo que no todos éramos iguales, defendiendo a nuestro rey, su majestad a lo que y dicho esto agregué que antes estaba determinado a dejarme morir y que esto tenía por mejor que esperar y ser tratado con crueldad como hasta allí y ver el grandísimo placer que mostraban al maltratarme y hacer que pagase lo que los cristianos contra ellos hacían. Dijo que el pueblo de los aripes y cochimíes andaban huyendo por los montes, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos a sus hijos, y que las lunas pasadas habían visto a los cristianos, vestidos como cuervos y a unos hombres barbados montados en caballos, estando ellos detrás de unas grandes peñas mirando lo que hacían, llevándose a muchos de sus niños. Que ellos no querían eso para su pueblo que antes preferían morir que ser esclavos de los cristianos.

⁵⁷ Consultar mitología pericú. En Clavijero, Francisco X., 1990, *Historia de la Antigua o Baja California*, Porrúa, México; Ibarra, R. Gilberto, 1998, *Escritos y escritores de temas Sudcalifornianos*. SEP-Gobierno del Estado de B.C.S.

Y añadieron Vuestra Excelencia, mucho más porque esta gente de indios es muy amiga de novelas, mayormente donde pretende algún interés. Dijeron más, que *Niparajá*⁵⁸ su señor había tenido una gran guerra en donde hizo preso a *Bac-Tuparan* su enemigo, encerrándolo junto con sus huestes en una cueva de la isla de las Perlas que tienen como sagrada y que dispuso de las ballenas, a la que le tienen gran temor, para que lo vigilara no dejándolo salir a hacer daño. Pero que su gente se dividió entre los seguidores de *Niparajá* y los seguidores de *Bac-Tuparan* y que es por eso que ellos están en constante guerra. Porque *Bac-Tuparan* se alió con los españoles y estos lo liberaron de su cueva y que es por ello que una parte de su pueblo sigue a los cristianos y dicen más que no considero conveniente decir aquí. Vuestra Excelencia, los indios californios son muy dados a los embustes y acuden a ello sólo para divertimento, como lo he visto en dilatados discursos que hacen en sus idolatrías y paganismos.

Bacará, señor, es el nombre del indio que fue esclavo de los españoles y del que pidieron media canoa llena de perlas para su rescate. Estuvo en Nueva Galicia sirviendo a su amo desde los ocho años en que fue vendido por un traficante de perlas. Siendo hijo del principal de los pericúes al que tienen como virrey de estas tierras, desde su regreso lo obedecen en todo. Dicen que sus tierras se extienden hacia el sur hasta un lugar donde la tierra tiene fin, que es el lugar donde *Niparajá* engendró en los montes colorados de Aracagui a su hijo *Cuagiap* con una mujer sin cuerpo que llaman *Anajiconjondí*. Que a *Cuagiap* y sus siete hermanos los *Yenecás*, los *Anicás*, los *Zunus*, los *Arariagues*, los *Purumm*, los *Cuñinis* y los *Unetúes* les señaló el lugar para

⁵⁸ Descripción basada en: Tamaral, Nicolás. Citado por Gilberto Ibarra Rivera, en *Escritos y escritores de temas sudcalifornianos*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1998.

vivir poniendo dos lagunas de agua, una dulce y la otra agria y muchos peces para comer, así como abundancia de pitahayas y otros frutos de la tierra. Que ese lugar lo señaló *Cuagiap*, el hijo gigante, el de los pasos grandes y veloces, el del arco ligero, el dueño del fuego y de la vida, el que mandaba las enfermedades y la muerte, el señor de la tierra cóncava y encorvada, el señor de la región amarilla, con su gran arco de guerra convertida en piedra y puso dos vigilantes en forma de coyote parado. Dijo más, que ahí las ballenas y las mujeres son tragadas por el mar y que es por ello que la mar se torna brava y sólo el hombre valiente se atreve ir más allá de las olas gigantes donde se encuentran sus hermanos. Que los hermanos de *Cuagiap* son hijos del sol, guerreros pericúes. Que es ahí donde el gran *Niparajá* tiene su casa y volverá algún día. Que es por eso que cuando un indio principal muere sus huesos son embijados de rojo, porque en la casa de los muertos ellos están acostados en unas esterillas cubiertas de rojo; dijo más ridiculeces como estas, que creen como si fueran las sagradas escrituras.

Después de esta perorata llegamos al lugar donde coloqué el cuerpo del indio de Sinaloa en un círculo de piedras. Quedó insepulto, aunque en silencio oré por él y su eterno descanso. Me condujeron a otro campamento que tenían cerca de un gran arroyo con abundante vegetación y agua que se había acumulado por las lluvias, distante una media legua del mar. Allí me pidieron que hiciera un disparo con la escopeta y les dije que no podía por falta de pólvora; fueron luego al monte a traer cantidad de pequeña carcoma⁵⁹ de palo podrido, que tiene alguna semejanza con la pólvora, me instaban a que con ella disparara y

⁵⁹ Polvo que producen diversas especies de insectos coleópteros, después de digerir la madera que han roído.

viendo que no lo hacía, me apalearon y dieron de golpes, hasta que para desengañarlos que no era pólvora, cogí un tizón encendido de la hoguera y lo puse en la carcoma que, como no prendió, se sosegaron y me dejaron tranquilo por un rato, pero no sería por mucho tiempo. Por la tarde cayó tremenda lluvia con fuertes vientos. Era tal que bajó mucha agua de los cerros llevándose todo lo que encontraba a su paso. Los indios subieron a un ancón⁶⁰ para protegerse y a mí me dejaron olvidado por lo que viéndome solo corrí tras ellos a buscar refugio, cosa que les causó tremenda irritación.

Fue tan extremada el hambre que allí pase, que muchas veces estuve tres días sin comer cosa alguna. Aunque ellos tenían qué comer era tratado peor que un perro sarnoso al que no le tiraban ni un pellejo o hueso para roer. Cierta día cazaron un venado en tierra firme y habiéndolo desollado y repartida la carne, trajeron la piel fresca y me la aventaron para que comiera o royera de los pellejos que aun traía pegada; era tanta mi hambre que comí como desesperado hasta dejar tremendos hoyos en la piel, luego de un rato, regresaron y con señas decían que la mordiera para ablandarla y no descansé hasta haber terminado con un gran dolor de mandíbula y dientes.

⁶⁰ Del *lat. ancon, -onis*, codo, ángulo, y este del *gr. _nkên*. En California se usa para designar una parte alta de un arroyo.





De cómo escape de los pericúes

No dudo que ya Vuestra Excelencia desea tener noticia más circunstanciada de lo sucedido. Un día determinaron ir a pescar al Puerto de La Paz que son tierras de sus enemigos, los guaycuras. Para su seguridad y poder hacer su aguada, dispusieron que con ellos fuera armado de escopeta. Del botín que tenían en la cueva me dieron vestido de español y muy bien de almorzar, lo que no acostumbraban. Dispusieron de tres canoas de las nuestras y de otras dos de rescate. Salí acompañado de veinte indios remeros todos armados de arcos, flechas y dardos. Me dijeron que era capitán y hombre bueno, que luego que ellos saltaran a hacer aguada, con mi escopeta sin munición había de andar paseando cerca del monte como si fuera centinela, porque no los flechasen los guaycuras. Así se hizo todo. Luego que me vi en tierra y mis captores divertidos en llenar su aguada, cogí el monte y di a huir. Y cuando me echaron de ver, me gritaban en castellano:

—Capitán, capitán, capitán.

¡Ahora sí, era su capitán! Viendo que no me perseguían no traté más que de meterme más y más en los montes, sin que se atrevieran a ir tras de mí, del gran miedo que le tenían a los guaycuras.

Pero como dicen salió peor el remedio que la medicina porque antes aparecía que del propio remedio nacían más inconvenientes para que más próximo me viese de la muerte.

Fui a dar esa tarde como a un cuarto de legua a una loma alta que dominaba el mar, cubierta de muchos mezquites, y como hombre de los montes que había visto la forma de cómo los indios ludiendo dos palos, que sirve lo mismo que el eslabón y la yesca para sacar lumbre, hice una lumbradita que fue para mí otra manera de extremo gozo. Pase la noche con el temor de que los indios con el humo regresaran y me hicieran cautivo y con el temor de ser presa de los coyotes que por allí abundaban. Toda la noche hicieron un gran escándalo. Estos ladran como los perros no grandes; y si son dos o tres los que ladran hacen tal escándalo que parecen ser docenas y sólo basta que uno inicie para que se haga la ronda y esto siempre de noche. Al siguiente día al alba, divisé encaramado en una palmera el aguaje del Rosario, que es donde solían llegar todos los barcos de buceo para hacer su aguada y en donde escapé de mis captores. Esa mañana llegué a él y no tope gente, tomé abundante agua en un caracol que halle abandonado entre unos palos de mezquite. Al echar de ver que la situación en la que me encontraba me obligaba buscar un escondite para esperar la llegada de gente de razón, formé una cuevecita de piedras sobrepuestas y leños de romerilla, como vi de los indios hacer sus dormitorios. No cabía tendido en ella, por las pocas piedras que

encontré y me era forzoso dormir sentado. Encerrándome de día en ella, salía de noche a la playa a buscar algo que comer por la mucha hambre que tenía. Y como conocía que gran parte de las enfermedades y pasiones de los que se habían muerto en California era de comer carnes y pescados crudos, hice una tatemala como vi a los indios hacerla que es hacer la lumbrada en un hoyo y cuando sólo quedan los carbones poner los pescados cubiertos de ramas, piedras y arena. Así hice poniendo los pescados botetes, que encontraba muertos en la orilla de la playa, y las almejas encima y tuve comida para varios días o lunas que es la forma de contar de estos indios. Aunque asándolos a su modo la mitad de la dádiva era ceniza.

Cuando no podía hacer lumbrada por estar lloviendo cogía a puñados unos pequeños cangrejos subterráneos que se criaban en abundancia en estas playas. Cuando llovía y se humedecía la tierra brotaban todos, y caminaban a bañarse a la mar, aunque algunos no lo conseguían por aplastarlo con mis pies y otros por cogerlos para comer, después de machacarlos entre dos piedras.

Los indios guaycuras llegaban a El Refugio a hacer su aguada y a pescar a media legua de ella, donde había un estero con abundante carrizo, albatros y otros animales de volatería. Ahí encontré mucha abundancia del pez bóte⁶¹ que los indios sacaban de ordinario en sus redes, entre otros pescados y lo dejaban tirado en la playa por saber que sus hígados contenían un veneno de lo más potente y que bastaba media hora para que quien lo comiera muriera entre dolores y convulsiones muy violentas. Y conociendo por los pericús que el veneno estaba escondido en el hígado y que bastaba desollar al pez como a un carnero

⁶¹ Del Barco, Miguel, *op. cit.*, p.132-133.

para despojarlo de su ponzoña, tuve abundante de ellos para saciar mi hambre. Así pase siete días con sus noches en la espera de mi rescate, pero todo fue en vano.

De cómo caí en manos de los guaycuras

Aunque cuidada de no dejar rastros, tienen estos indios la habilidad de conocer las huellas que cualquiera deja estampada en la tierra; distinguiendo lo que cada uno forma de la de otros, como nosotros distinguimos la letra de uno u otro. De este conocimiento se valen para saber quién anduvo por ahí o quién hurtó o hizo cosa reprensible. Por eso haciendo el oficio de malhechor procuré borrar mis huellas moviendo mis pies de suerte que la huella quedara en parte borrada, más no pude conseguirlo, dejaba rastros por doquier.

De ahí a algún tiempo, llegó gente a ranchar; llegaron en fila con gran algarabía hombres, mujeres, ancianos y niños. Caminaron hacia unos cantiles donde hicieron sus enramadas mientras otros ayudaban a cargar sus canoas que tenían escondidas entre los arbustos. Salieron los hombres en tres canoas a sus pescas y sus mujeres se echaron al agua con sus hijitos como de tres a cinco años de edad y otros mozos más grandes para recolectar almejas y mejillones que en estas playas abundan. Jugaban y se divertían como si fuera día de fiesta. Unos indios mozos, todos desnudos, como de diez años o más, con sus arcos y pequeñas flechas, se acercaron al aguaje a flechar palomas en pleno vuelo, que abundaban por doquier, otros buscaban lagartijas entre las peñasquerías y mezquiales. Entre juego y diversión, estuvieron tan cerca de mi cuevecilla que encomendándome a Dios rogué por mi vida. Doliéndome del desamparo en que me hallaba y dificultad de algún socorrillo, procuraba consolarme diciéndome que ya vendrían por mí, que ya andarían buscándome, que los armadores que fueron a hacer el rescate con mis captores ya habrían enviado correo y mi padre Juan de Dios de

Villegas, con sus influencias, despacharía un navío para buscarme, ¡no tenía otra esperanza! Era pues necesario esperar que por entonces pudiera venir a El Refugio uno de los pescadores de perlas a hacer su aguada, pues sabía que hacia los últimos de septiembre y comienzo de octubre sentían los buzos que el mar se iba enfriando y se concluía el buceo de perlas, por entonces podían estar algunos, todavía, en la isla de los Pichelingues o en la Isla de las Perlas o Espíritu Santo.

Arriesgarme en una canoa de los guaycuras, que sabía donde las escondían, era difícil. Era tal la desesperación y la angustia que lloraba en mi soledad mi desgracia. Así que determiné hacer la voluntad de Dios poniéndome en sus manos. Por el momento tenía agua, comida y las fuerzas todavía no me traicionaban, pero los indios estaban ahí determinados a no irse y ranchar según sus costumbres uno o dos días más.

Estando en esta contienda de sentimientos, el viento comenzó a refrescar y la mar se volvió impasible. Dejando escuchar la algarabía de los indios que anunciaban la llegada de las tres canoas que habían salido a pescar, ante este anuncio los indios chiquitos corrieron a bajar los peces y la tortuga que habían pescado; otros limpiaron las balsas y las arrastraron hacia el estero para esconderlas; mientras un viejo cantaba unas alabanzas alrededor de la pesca como dando gracias a los dioses por el alimento obtenido. Se dispusieron a preparar los pescados esparciendo leños de mangle blanco, que hace muy buena lumbre y humo, sobre la blanca arena. Hicieron la lumbre con gran paciencia y habilidad ludiendo dos palitos uno sobre el otro. Estando hecho carbón lo esparcieron junto con guijarros como haciendo una cama en la que pusieron los pescados, las almejas, mejillones y la tortuga

que habían destazado con unos cuchillos que tenían de piedra. Los indios chiquitos aprovecharon la lumbrada y arrojaron, enteras, sus lagartijas que habían pillado y las palomas, sin más trabajo que quitarles las plumas. Después las cubrieron de ramas verdes, también de mangle y arena y esperaron a que se cociera, luego hicieron un gran círculo y sentados todos comieron hasta saciarse, algunos se acostaron en la arena y así acostados seguían platicando sin darle descanso a la lengua. La tortuga despedía un especial fetor a mariscos que llegaba hasta mi cuevecilla, acicateando más mi hambre.

El sol despedía sus últimos destellos y el horizonte se había cubierto de colorado cuando de pronto los indios se levantaron y de cara al sol, con los brazos en alto dieron tremendos gritos, luego inclinaron la cabeza como saludando y se comenzaron a ir en fila.

Cuando ya se veían los últimos destellos el silencio era absoluto. El viento que venía del noreste comenzó a crecer tanto que no se podía estar sin que la mar diera de tumbos, así comprendí por qué se habían ido los indios a ranchar a otra parte.

Era tanto el acicate del hambre que salí de la cuevecilla a buscar los desperdicios que habían dejado, encontré el caparazón de la tortuga con carne pegada y comí o más bien devore todo cuanto pude y después de saciar mi hambre recogí algunos pescados bótete que habían dejado abandonados y aprovechando el calor de la lumbre los tatemé para comerlos después molidos entre dos piedras, como ellos suelen hacer. Saciada mi hambre y con mi nuevo botín recobré ánimos, dispuesto a salir de mi cueva a la mañana siguiente, y caminar por la costa hasta llegar a Pichelingue, que según mis cálculos se hallaba a

seis leguas de ahí y con suerte todavía podía encontrar algún pescador de perlas que me pudiera rescatar. Era el décimo día desde que me libré de mis captores, días que contaba haciendo yescas en una de mis botas. Me encerré en la cuevecilla dispuesto a reposar de los sobresaltos del día, pero a los sobresaltos llegaron otros sobresaltos; no había algo tan lejano a mí que el sueño que por más que lo quise llamar nunca llegó, muy por el contrario se añadieron nuevos cuidados, a los sobresaltos otros sobresaltos.

Los coyotes, atraídos por los desperdicios dejados por los indios, llegaron a olisquear y comer todo lo que encontraban y como al parecer no se les da compartir la comida peleaban por la cabeza de la tortuga que los indios habían despreciado.

No pudiendo dormir por el temor que estos dieran con mi refugio, resolví arrimar piedras para hacer de mi cuevecilla una fortaleza, ¡pero todo fue en vano!, su olfato mejor que perro ventor los atrajo y creyendo hallar una presa de lo mejor comenzaron a rascar y olisquear mi cuevecilla; a punto estuvieron de saciar su hambre conmigo de platiillo, ¡estaba más cerca de la muerte que de la vida! No más de acordarme de cómo se comieron el cuerpo insepulto, del indio buzo al que los indios pericúes de la Isla de San Joseph lo privaron de su vida y de una cristiana sepultura, pedí a Nuestro Señor misericordia y perdón por mis pecados, derramando muchas lágrimas. Estaba en esto cuando el sol comenzó a despuntar, cosa que los hizo huir como si les lastimara. Pero qué equivocado estaba, no fue por el sol que se vieron en la necesidad de huir, sino por que sus oídos y olfatos están tan entrenados al peligro que sintieron la presencia de los indios, a los que huyen temerosos de ser comidos por ellos. Y ahora los indios que habían

rancheado muy cerca de la playa se dirigieron al fogón que todavía conservaba tizones encendidos, observaron los destrozos de los coyotes y sus huellas en la arena que las habían dejado impresas por doquier. Sabiendo que eran frescas las siguieron, como siguen las huellas de una presa para cazarla, estando muy cerca de dar con mi escondite. Pero los indios a más de saber reconocer las huellas de los animales también conocían que los coyotes no comen del pez bótete, entonces sospecharon de los indios pericúes, huchitíes, aripes o coras que eran indios comarcanos de ellos, con los que estaban en constante pleito por sus tierras y mujeres. Hicieron un pequeño conciliábulo entre ellos, muy cerca de mi escondite, señalaban las huellas, ponían sus orejas en la tierra, oliscaban el viento y disertaban de lo ocurrido. Eran estos ocho, pero uno parecía ser el que los guiaba y entendía más que los otros, era quien más movía la lengua, señalaba, agitaba sus manos y gritaba; a una orden de éste tensaron sus arcos y, en completo silencio, seis de ellos se encaminaron a la vereda de regreso por donde llegaron. Dos quedaron de centinelas tomando cada uno posición: uno se encaramo, a la diestra, en una pequeña peña desde la que se podía observar el horizonte por donde se pone el sol que era tierra de los huchitis y hacia el norte, siguiendo la costa de la bahía, era tierra de los aripes y siguiendo hacia el noroeste y al noreste de los indios pericúes de la isla San Joseph y Espíritu Santo; el otro vigía se apostó a la siniestra de la ensenada de La Paz, también se encaramó en una loma vigilando al este donde tienen sus tierras los coras y desde ahí se mantuvieron impassibles para ver si se divisaba venir algún bulto, canoa o multitud de indios enemigos y esperando el regreso de los demás indios de su tribu.

No tardaron mucho en regresar y en mayor número, había corrido la voz de que había un intruso en sus tierras.

Después de deliberar con un indio explorador que siguió los rastros conocieron que no eran indios los intrusos sino que había andado un buzo o *perihue*, con esta palabra particular señalaban al que es extranjero en su tierra y nación. Habían rastreado una o más de mis huellas dejadas por la botas impresas en la tierra, y conociendo que era la misma huella coligieron que era de un solo individuo; otra huella o rastro que también toparon fueron los golpes dejados por la piedra bola en el caparazón de la tortuga que había usado por querer desprender un poco de carne. Estas son unas piedras que ellos tienen para estos menesteres, con el que golpean el caparazón haciéndolo tiras para poder hincar mejor sus dientes, además de encontrar los hígados del pez bótete, que por saber del veneno, habíales arrancado y arrojado muy cerca del fogón. Para los indios que son unos verdaderos rastreadores es difícil que se les engañe como a nosotros.

Había sido descubierto y estaban a punto de hacerme cautivo, pero tenía que mantenerme hasta que dieran conmigo o el hambre, el sol, la sed, el calor, la multitud de sabandijas que de noche no dejaban descansar o la incomodidad de mi apretujado espacio me hicieran salir. El tiempo que podía gastar en recorrer con la imaginación todas estas posibilidades, gastaron ellos en avisar a los demás indios y aprontar lo necesario para iniciar la cacería, pero no de los coyotes, sino de mi persona.

No transcurrió más de un cuarto de hora, aunque a decir verdad, me pareció más de una eternidad en la que eché repaso de mi corta vida. ¡Ah buen Dios, cuándo acabaremos de conocer tus designios! Entonces resolví echar mano de la escopeta, que sabía estar sin municiones ni pólvora, pero con sólo verla tenía la esperanza de poder defenderme y morir como todo un español que defiende

la causa de su majestad. Pero el horror de saberme muerto e insepulto, devorado por los coyotes y por ello no alcanzar la gracia de Dios, y vagar por la eternidad me dio el último aliento para resistir, pero no estaba de mi destino aguantar más, diciéndome:

—Estáis atajado, afligido, cansado y no pudiendo abandonar mi cuevecita y estando hecho ovillo por estar oculto, obligado a estar sin movimiento y con el calor arreciando, mi boca seca y mis huesos casi tocando la piel, es mejor Juan Díaz, vasallo de su majestad, que salga y enfrente el destino. Estando en esta contienda de sentimientos tuve necesidad de salir en un descuido de mis centinelas dejando el fusil por inútil. Sin ser sentido por los indios logré llegar a un estero, que se halla a corta distancia del palmar, pero al entrar para ocultarme quiso Dios misericordioso que los albatros y pelícanos que habitualmente hacen de los manglares sus posesiones, emprendieran el vuelo al unísono, dando a los indios señal de mi nuevo refugio. Por ser los fondos de estos esteros sólo de cieno, resolví en un último intento perderme en las sombras de los manglares cubriéndome el cuerpo con cieno, como si fuera barro. El fetor que éste despedía era tal, que sólo la nariz de un valiente o perseguido podría sufrirlo. Así cubierto como estaba fui descubierto, no bastando el barro del mundo para esconderme. Los indios al ver que me escabullía arrojaron agua al aire, por no haber arena, así entendí que venían en paz y no para hacerme la guerra. Así fue como caí en manos de los guaycuras que se hacen llamar en su lengua *callejúes* y pensando que acababan luego con mi vida, me sucedió al revés de lo que discurría.



El cerro atravesado

L levándome a su ranchería por una vereda que termina en ancón de arroyo grande y seco, que se encuentra al pie de un gran cerro atravesado en medio de un llano. No sin antes regalarme con cuanto tenían de comida, asegurándome por señas que no me harían daño. La lengua de estos indios es muy distinta de los indios pericúes. Luego que comí o mejor dicho devoré cuanta comida pusieron en mis manos, dijeron con señas que engullía a toda prisa la comida como coyote hambriento, cosa que fue motivo de irrisión entre ellos. Los guaycuras aguantan mucho la sed y el hambre, pero también cuando tienen ocasión, son voraces, porque uno solo es capaz de devorar lo que cinco hombres regulares sin que haga en ellos mutación. También son tremendos corredores, pueden caminar o correr grandes distancias sin demostrar mucho cansancio, tal es así que cuando iban a pescar me llevaban sin caminar recio para evitarme el cansancio. El cigarro les gusta y cogen de los campos un género de tabaco que se da espontáneamente para saciar su vicio que es constante; este tabaco no es tan bueno como el del estanco, pero no habiendo más se conforman con el suyo. Son de buen cuerpo, ágil y corpulentos pero menor en presencia que los pericúes. Sus mujeres son buenas mozas y suelen ser complacientes, aún antes del matrimonio, sus mujeres tienen más presencia que las mujeres de los pericúes. Son amigos de la lengua, que solo descansa cuando duermen y si acaso, cuando comen. Están siempre de buen humor, mientras no los alcanza la desgracia, que creen que les llega por hechicería o por el rompimiento de un tabú, del que tienen muchos; pero pasado el lance reina entre ellos siempre la alegría, las bromas y las fiestas. No crían canas y si lo hacen, sólo en edad muy avanzada, aunque son

pocos los que llegan por ser muchos los peligros en la California, ahogados en la mar, caídos de un árbol, picados por una víbora que por acá abundan, muertos en sus luchas o en sus pendencias con otras tribus o parcialidades y aún entre ellos.

En llegando como a un tiro de fusil del paraje donde estaban rancheando, que dista del puerto como un tiro de arcabuz, nos salieron, según sus costumbres, a recibir un grupo de indios, comenzando a gritarse unos a otros, a llamar con sus pitos a los que andaban lejos y corriendo de un lado para otro, como si fuera día de fiesta y yo un gran personaje.

En llegando salió a mi encuentro el indio principal de esta ranchería, a quien todos obedecían, venía todo pintado de la cara de colorado y negro, con la nariz y las orejas perforadas. Ataviado con una toquilla ancha y bien labrada de concha nácar que tenía en la cabeza; un gran pretal que tenía puesto a manera de faja, de que pendían cantidad de pezuñas de venado y empuñando su bastón de vara y media de largo que remata como bengala de alférez. Tenía su penacho el dicho bastón de variedad de plumitas y en su remate cuatro perlititas embutidas. También traía el dicho indio principal un pito, que le servía de clarín para llamar a consejo y para tiempo de guerra, que estaba pendiente de un sartal de varios caracolillos blancos como perlas y cuentas con muchos pedacitos de concha nácar bien labradas y cantidad de caracolillos de los ya dichos y semillas de frutillas de palma que hacen bastante ruido, como si fueran cascabeles.

Convocados por el indio principal empezaron a llegar más de ocho delegaciones de las dos grandes rancherías que componen a los *callejués*; los capitanes⁶² de caza, de

⁶² Capitanes, término dado a los indios "principales" por los jesuitas.

pesca, de guerra, y así por el estilo en tropas de seis y de ocho haciendo cada una de ellas su razonamiento. Cada capitán terminado su razonamiento se volvía a los suyos. Preguntaba el capitán principal si tolerarían a un extraño en sus tierras y si era así, entonces darían la hospitalidad acostumbrada para un amigo. Terminada la procesión de capitanes hicieron una ceremonia con cantos y danzas y poniéndome cerca de una hoguera uno de los indios capitanes me sahúmo con cópale del que hay mucho en sus tierras. Terminada la ceremonia entendí que el capitán que me había sahumado sería en lo sucesivo mi padrino, pues siempre estuvo pendiente de mí y los otros capitanes si querían algo, primero acudían a él. Al día siguiente por la mañana vi gran movimiento y gritería, eran los indios que llegaban con sus familias atraídos por la novedad del extranjero que habían hecho cautivo. Los niños se acercaban a tocarme mi incipiente barba como cosa extraña; uno de ellos llamó poderosamente mi atención porque era rubio de ojos azules, cualquiera diría que era hijo de inglés, días después vi a otros dos de poco más o menos de 20 años que pasarían como españoles, sino fuera por sus narices y orejas perforadas que los afeaban, además de su completa desnudez.

Supe después que por las constantes incursiones de españoles en sus tierras y las hostilidades de que eran objetos querían saber más sobre nosotros; de dónde veníamos, quién era nuestro capitán grande, es decir nuestro rey, qué queríamos y qué buscábamos dentro de sus tierras.

Supe por ellos, contado con gran tristeza, que años pasados, los españoles se habían llevado cautivos a muchos de sus niños y jóvenes para hacerlos esclavos. Preguntaban que a dónde los llevaban para ir por ellos a liberarlos. Un día que me vieron triste y lloroso me consolaron dándose a entender por señas y diciendo: —enmbeu, enmbeu—,

que quiere decir en su lengua dolor, que si tenía dolor porque me acordaba de mis parientes, y les dije que si, que tenía tristeza porque quería regresar con los míos, con mi gente, entonces preguntaron que si tenía —edaré y écue— mi padre y mi madre, les dije que sólo tenía edaré. Para consolarme dijeron que luego que llegase un barco me iría y que no desesperase porque habían oído decir a otros comarcanos de su misma nación, los hutschis que en la otra banda del mar andaban unos navíos muy grandes con mucha gente blanca con barba y traían unos animales que por las señas que dieron eran unos caballos a los que ellos llaman en su lengua —titschénu tscha—,⁶³ que quiere decir hijo de una madre sabia. Dijeron más, que en los dichos caballos iban los hombres montados como en los tiempos en que sus antepasados los vieron en sus tierras, causando muchas muertes entre los suyos con sus armas que arrojaban truenos que mataban como rayos. Que a causa de no haber agua los habían visto volver y que habían muerto muchos, unos de sed, otros de hambre y algunos en manos de ellos. Para muestra sacaron multitud de cráneos que tenían como trofeos y que se preciaban mucho de ellos.

También guardaban memoria del infausto tiempo en que el almirante don Atondo de Antillón y el jesuita Francisco Kino y otros dos misioneros vestidos de negros estuvieron en el puerto de La Paz, en el año de 1683, por eso recelaban de las constantes incursiones de los buzos en sus tierras. Pregunté que si sabían dónde tenían los españoles pueblo y me contestaron que sabían que en el norte donde habitaban los pericués, que así le dicen a todos aquellos que caen por el norte y por el sur de ellos y que no son de la nación guaycura. Pregunté si podía ir y me dijeron que

⁶³ Vocabulario guaycura del padre Jacobo Baegert. En Baegert, Juan Jacobo, *op. cit.*

no porque había que pasar por las tierras y los mares de los aripes, que no soportaban gente extraña en sus tierras. Que si un capitán intentase pasar por las naciones comarcanas se armaba la guerra y las pendencias por la enemistad que se tienen unas con otras, aunque dijeron que había una que otra ranchería de los aripes con los que tenían amistad. Para explicarse hicieron en el suelo, con rayas, que es lo que usan cuando quieren explicarse, una especie de mapa dando señas de todas las naciones de los contornos y sus rumbos; al terminar pidieron que en el mismo mapa les delinease mi derrotero. Lo hice quedando muy alegres y admirados de saber que en el oriente y occidente haya más tierras pobladas de gente como los españoles. Así nos entendíamos, y así adquirí el conocimiento de todas estas naciones, aunque no fue fácil porque cuando se les hacía una pregunta que no querían responder la rechazaban bruscamente con un —aipekériri—, que quiere decir en su lengua ¡quién sabe! En cierta ocasión pregunté a uno de ellos si estaba casado y como respuesta obtuve un —aipekériri—, es decir ¡quien sabe!



De cómo me quitaron la tristeza

En estas soledades de tierras extrañas, la tristeza y la melancolía hicieron presa de mi corazón, que temí, en varias ocasiones, extraviar el juicio. Para consolarme, al segundo día de estar con ellos, me ofrecieron a sus mujeres para que usase de ellas, que es su costumbre, diciendo que si quería *kanai* que quiere decir en su lengua mujeres, para que se me quitara la tristeza y el *enmbeu* del recuerdo de mis parientes. Les respondí en castilla y con señas que no quería mujeres, porque ya estaba comprometido con la hija de un hijodalgo de Nueva España. Pero no entendieron, diciendo mi padrino, que las *kanai* quitaban la tristeza de los hombres, dejándome al cuidado de dos mujeres, una de algunos doce años y la otra una joven viuda que tenía poco que su marido había muerto flechado por los pericúes. Cada una traía, como presente, una batea, una piel de venado y una bolsa de red que me entregaron. Cuando nos quedamos solos, las mujeres que no entendían ni una sola palabra del castellano, decían: —amukiki, amukiki—, que después supe por sus señas que quería decir jugar, entonces se tocaban con la mano el pecho diciendo —be— y luego tocaban mi pecho diciendo —ei—, queriendo decir yo y tú. Entonces entendí que lo que querían era jugar conmigo: *be amukiki, ei amukiki*. Las mujeres de los guaycuras deben de aprender la lengua del esposo y vivir en las rancherías de ellos, por eso se esforzaban en hablar el castellano haciéndome tantas preguntas como nombres tienen las cosas pero entre sus cosas, tienen infinidad que no tienen nombre en castilla. Ellas venían de otra ranchería, también numerosa, que tenía a su capitán principal como ésta, pero el capitán de esta ranchería tenía ascendencia sobre aquella y las otras pequeñas. El sol cayó y todos en la ranchería con sus familias prepararon

hogueras para pasar la noche. El aullido de los coyotes se convirtió en mi canción de cuna familiar, algunas veces este canto fue superado por el croar de los sapos.

Tienen tanta veneración al fuego que un tizón debe mantenerse eternamente encendido. Pernoctamos al aire libre en un llano muy amplio y limpio. Las dos mujeres que dejaron cuidándome se levantaban por turnos, de cuando en cuando, para avivar la lumbrada. Quise hacer lo mismo, pero fui atajado por la mayor diciendo con gran guasanga y señas —Bará be kakunja pe atacára— ¡nada!, quita que yo te protejo de males. Ellas están persuadidas que cuidar la hoguera por la noche es su trabajo y que si no lo hacen el espíritu de un antepasado se vengará haciéndolas infelices no dándoles semillas y muchos hijos, y que a sus maridos la caza se les hará invisible no pudiendo matar animal alguno; que ellas, dicen: —Jebarrakére, aena kέα; Kepecún búe— que obedecen al que está arriba, el que da el alimento.

Al día siguiente por la mañana, al cuarto del alba, abrí mis ojos y no estaban las *kanai*, habían salido a montar en busca de sus semillas y leña. Las mujeres regresaron con sus coritas llenas de unas frutillas redondas de la hechura y tamaño de ciruelas blancas de castilla, de corteza áspera y de color amarillo que se encontraban en abundancia en toda la comarca de los callejués. Los árboles son grandes y crecen a la vera de los arroyos en cantidad, cada árbol es suficiente para llenar cinco coritas o dos corazas de tortuga grande de la que comían cinco familias y sobraba para el siguiente día. Estas frutillas que ellos llamaban *shunike*, son de buen sabor y juntaban cantidad de ellas durante medio mes en que se acababan; dentro tienen un hueso que esconde una pepita o almendra muy sabrosa del sabor de nueces de castilla. De estas comían todo lo que podían

con toda y su cáscara, que también es de buen sabor, no desperdiciando nada, ellos no conocían el desperdicio e iban haciendo almacén de los huesillos para los tiempos de escasez.

Comí de esta frutilla hasta hartarme mientras las *kanai* acuclilladas golpeaban los huesillos entre dos piedras para extraer las almendras que luego me ofrecieron en una pequeña corita, las comí con gusto hasta acabarlas. Sacar la almendra no es tarea fácil, los machucos en los dedos con que se sujeta el huesillo dicho, eran frecuentes, quise ocuparme en sacar las almendras de los *shunikes* pero a las tres machucadas desistí para ocuparme en tareas que ellos tienen como propias de hombres. Los días siguientes fueron de comer *shunikes* y sus almendras, pero de tanto comer enfermé de mal de orina. Trajeron de otro género de semilla de color negro, corteza dura, y del tamaño y sabor de piñones pero en menor cantidad, señal de que no abundaban como los *shunikes*.

En ocasión del casamiento de una india vi como ésta se confeccionaba un faldellín de carrizo ayudada por su madre; para su fábrica salían por la mañana a montear a donde conocían había abundancia de carrizo o caña muy delgada, por lo común donde había agujeros permanentes; cortaban los nuditos de ella del tamaño de una uña, que son los que servían, desechaban lo hueco del carrizo. Después de tener gran multitud de estos nuditos los taladraban con una piedrecilla o hueso con punta y los ensartaban en unos cordelillos de pita que ellas mismas extraían de un género de maguey. Cuando ya tenían multitud de estas sartas de nudillos, lo amarraban fuertemente a otros cordeles con que se la ceñían en la cintura. La doncella al ponerse este faldellín caminaba muy oronda como si fuera una gran señora de Nueva España, aunque hiciera gran ruido al caminar.

Un anciano tuerto que vagaba por el campamento se acercó y sin decir palabra escupió al suelo y rascó la tierra con el pie izquierdo, otro indio que arreglaba su arco se percató y lo reprendió, éste como si fuera un perro con cencerro se fue sin más, luego supe que ésta era la costumbre que tenían para manifestar su mal humor.

Aunque los indios son pobres, porque nada tienen y porque no quieren tener nada, hay entre ellos otros más pobres, como el indio tuerto. A estos jamás se les oye una palabra cuando conversan los demás y si se acercan son reprendidos severamente. Andan vagantes en el campamento o paraje donde ranchean o permanecen arrinconados como si tuvieran la peste, sin embargo, son obedientes, comen de los desperdicios y si son maltratados huyen a los montes para vivir como fieras. Entre estos había un indio idiota de gran tamaño, que todos querían porque tienen a la idiotez o extravío del juicio como don divino y a la melancolía como hechizo. Obedecía a todo sin chistar, la más de las veces hacía trabajos propios de mujeres, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, como cargar leña, limpiar de arbustos los parajes, recolectar y tostar sus semillas y tatemar mezcales y también era acomedido con los hombres ayudando a cargar sus canoas, hacer sus chocitas, en fin, hacía de todo para granjearse su comida. Entre estos pobres indios eran comunes las fluxiones de los ojos y la ceguera. Provocado, acaso por el bochornoso calor y aderezado por miríadas de pequeños moscos sin aguijón, que hacían de los legñosos su alimento ordinario. Los niños de ordinario son atacados por miríadas de estos mosquitos que en ocasiones se les extravían los ojos cuajados por las legñas. Yo previniendo la ceguera los he limpiado volviéndoles la luz a sus ojillos, con lo que quedan agradecidos.

La gente de esta nación en un principio me pareció tan bestial y bárbara que muchas veces me vi arrepintiéndome de mis pecados, por parecerme que su hospitalidad era hipocresía disfrazada de cordero. O acaso esto me venía del trato que había recibido de los pericúes y predispuesto me negaba a creer en la amabilidad de esta gente.





Los funerales de un cazador

Es de admirar la correspondencia de los indios cuando logran alguna cosa, pues aunque sea poca hacen partícipes a todos de ella. La fortuna tarde o temprano es alcanzada por la desgracia, ¡eterna compañera del hombre! Después de algunos días de lluvia en que los cajones de los arroyos se llenaban de agua y los campos de menudas flores, salió el sol y con él cinco indios cazadores a seguir el rastro de un venado que había sido visto cerca de la rancharía. Antes de partir tuvieron su pequeña ceremonia que consiste en bailar y cantar alabanzas a su usanza que el hechicero ordena se haga para que tengan buena caza. Salieron camino a una sierra que azulea muy grande que se halla como a tres leguas de donde estábamos rancheando que corre de sudeste a noroeste que llaman en su lengua Cacachila. Dicen los callejués que allá atrás son tierras de malpaís donde habitan los indios coras. Salieron con su capitalillo que tienen por bueno en estos menesteres y al que obedecen mientras dura el lance, porque a su regreso sólo es obedecido por su mujer, si es que ésta no quiere pelea.

Regresaron por la noche con abundante carne de venado y cargando en una parihuela a un indio que había sido mordido por una víbora. Llamaron al hechicero que trató de sanarlo aplicándole torniquetes, sangrías y soplando. Toda la noche se escucharon lamentaciones de sus parientes y cantos del hechicero. Al mediodía oí grandes lloros y gritos. Salí de mi chocita y hallé la novedad de que el indio había muerto por mal curada la mordedura de víbora. Anunciándolo el hechicero lo lloraron sus parientes y empezaron a cantar, a pausas, todo el día con gritos y bailes. Un indio salió a dar aviso a la otra ranchería de los callejués que estaba distante medio día de camino, regresando con muchos indios parientes. Estos fueron recibidos con grandes gritos y llanto. El padre del indio muerto se acercaba a cada uno de ellos y tocando sus hombros soltaba el llanto. Las mujeres salieron a recoger leña, semillas y frutillas para dar de comer a los dolientes, regresaron por la tarde cargando leña y en sus cestas o conchas de tortuga traían abundante *shunike* y semillas negras como almendras que los españoles llamamos caribe y los cochimíes, después supe, *tedegua*, que quiere decir en su lengua, “la que causa dolor”, porque al tocar sus hojas provoca lo que la ortiga, tremenda comezón. El hechicero subió a una peña en la cumbre del cerro atravesado, dio grandes alaridos e hizo muchos ademanes extraños y estando un rato sobre dicha peña, bajó con tanta violencia causando admiración a los parientes y a los ahí presentes. Les dijo que ya había hablado con el espíritu del indio muerto y que le había dicho que quería que le hicieran su fiesta de difuntos, que él había sido un buen cazador de venados y conocido muchos aguajes; que el había sido un buen amante y había querido mucho a sus hijos; que el había sido un buen guerrero dando muerte a muchos enemigos de los callejués, y que ahora estaba por partir a la casa de los muertos. Mientras se congregaba la gente en la ran-

chería, el hechicero, con ayuda de otros indios formó un círculo de palos y en el medio colocaron otro palo para las operaciones del hechicero. Se sentó en medio con las piernas cruzadas y guardó silencio. Al ponerse el sol subieron otros indios de los más viejos que serían siete con dicho hechicero que vestía un género de capa de cabellos que le cubría desde el cuello a los pies. Los viejos llevaban una capa de piel de cuero de venado atado al cuello que les daba cierto aire de linaje, un palo largo como bastón y todos afeaban la cara con embije de colorado y negro a más de que tenía perforadas las ternillas de las narices y las orejas donde guardaban sus palos con los que ludían lumbre. Al poco rato el hechicero, cantando las alabanzas de los muertos, comenzó a titiritar como si tuviera mucho frío, mientras los otros que lo acompañaban hacían música con una raedera, que más que música parecía el bramido constante de un toro enfurecido. Cada verso que cantaba (si a eso se le podía llamar verso) era acompañado de un coro de mujeres. De súbito el hechicero mostraba perplejidad, como si hubiera extraviado el juicio. Daba gritos agudos y estridentes, a veces se paraba y brincaba como venado, otras se tiraba en el suelo y se deslizaba por él, como si fuera una serpiente, otras zapateaba con violencia, de vez en cuando despedía unos gritos escalofriantes que parecía que expulsaba al mismo demonio del infierno, que se dejaba escuchar más allá de la ranchería, donde las mujeres a su vez cantaban a coro. A una orden del hechicero bajaron todos a la ranchería y fueron donde estaba el indio muerto para cargarlo en procesión a lo alto de la peña donde pusieron una pira y con un tizón le prendieron fuego, como hacían con los que encontraban la muerte en la caza o en la guerra.

El hechicero cortó el cabello del difunto y en pequeños mechones hizo una especie de cabellera como tributo a

sus servicios, luego cortó el cabello de los parientes o deudos y tomando algunos de ellos los echó en una pequeña hoguera hasta que se convirtió en cenizas, lo tomó y mezclándolo con grasa de venado lo untó en la cara de los dolientes. Entre más tizne ponían en su cara más cercanos eran al difunto.

Durante toda la noche estuvieron arrojando leña a la pira del muerto mientras se cantaban las cuatro alabanzas que se tienen para sus ceremonias mortuorias. Pregunté a un indio porque no los enterraban como nosotros hacíamos y contestó que ellos sólo enterraban a los que morían flechados y luego dijo haber visto en la playa cómo los cristianos tratábamos a nuestros muertos, sin ninguna consideración, que los enterrábamos sin ceremonia alguna y luego nos íbamos, cosa que para ellos resultaba extraña. Ante esto no intenté defenderme, aunque tenía mi razonamiento cristiano.

Empezaron todos a hablar y a un mismo tiempo se bajaron de la peña y haciéndole una inclinación al hechicero fueron a quemar la ramada del difunto, sus trofeos de caza que eran muchos, también su arco, su flecha, sus trastecitos y hasta un árbol de palo adán en que solía el difunto descansar a su sombra y para hacer sus flechas. Que así hacen para que no se mezclen los hechizos del difunto.

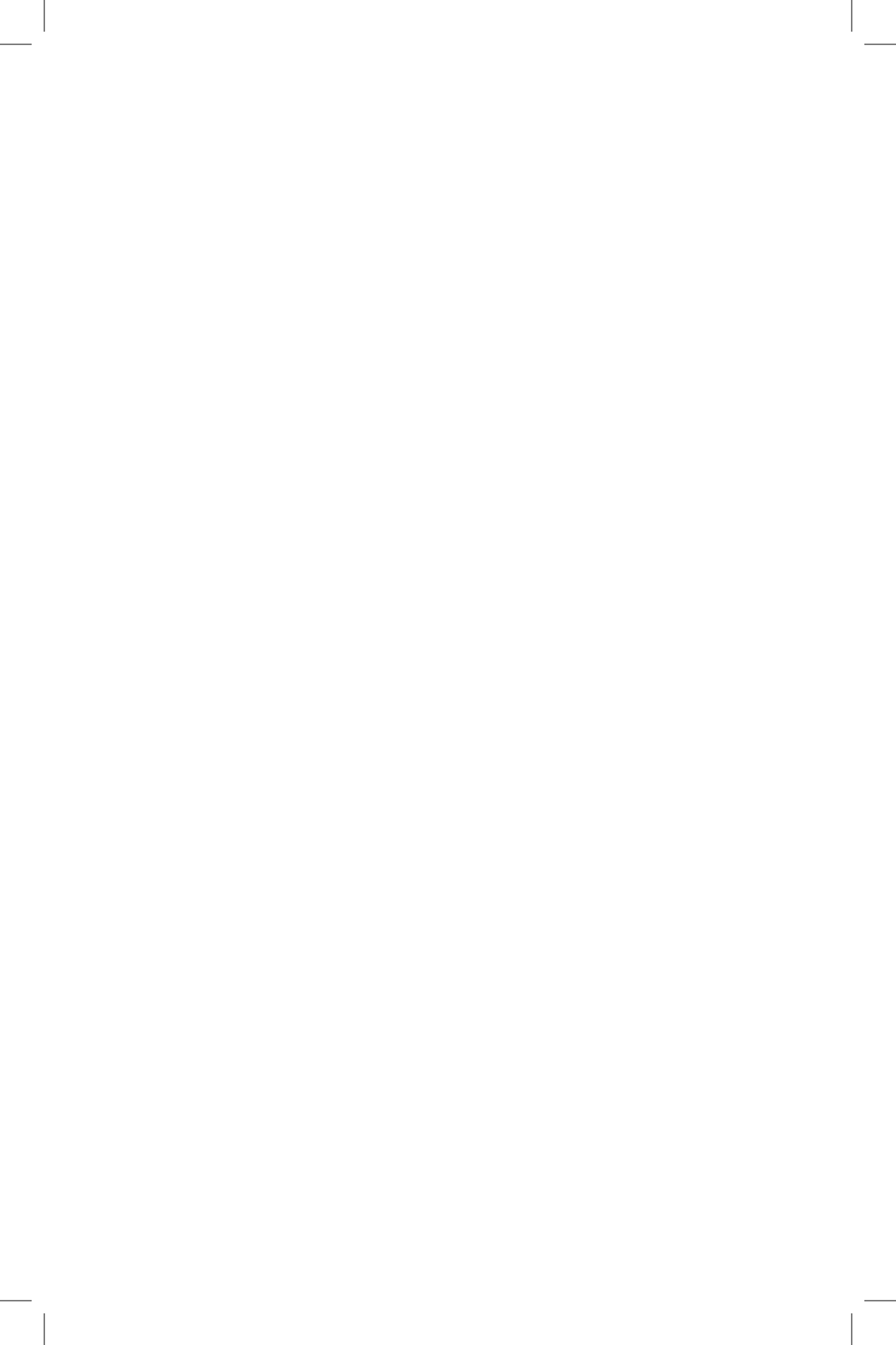
Al aclarar el día, cuando la estrella de la mañana o lucero se ocultó, dieron tan grande alarido dando por terminada la ceremonia. Pasada la muerte del indio, los parientes regresaron a sus rancherías y los callejués propiamente dicho, abandonaron el campamento, llevándome con ellos. El capitán tocó el pito por la mañana y las *kanai* que dormían conmigo, levantaron de prisa sus trastecillos y los

cargaron a la espalda en una red que sujetan con unos cordoncillos y un cuero de venado de la cabeza, como los que he visto en los indios de Colima.

Los hombres agarraron sus arcos y flechas. Caminaron en procesión siguiendo a los hombres, algunas mujeres llevaban a sus hijitos cargados en una coraza de tortuga. Antes de partir clavaron unas estacas en la tierra señalando el lugar como suyo. Caminamos hacia el sudeste, rumbo a la sierra que azulea, siguiendo un arroyo grande arenoso, bien enzacatado y con muchos árboles de *shunike*, copal, palo blanco y mezquites y arbustos de orégano, gobernadora, chollas, nopales y abundantes áloes. Algunos iban a mano derecha, otros a mano izquierda: por acá seis, por allá cuatro, por acullá ocho o sólo una pareja.⁶⁴ Por las constantes lluvias encontramos agua encharcada a lo largo del camino. Por la tarde, antes de caer el sol paramos en un paraje amplio, muy cerca de un cerro solitario que estaba rodeado de bosques de *shunike* con su frutilla madura. En llegando las mujeres se pusieron a limpiar el paraje de arbustos, que eran pocos, señal de que en este lugar solían ranchar. Después de limpio salieron por leña para la hoguera, mientras los indios hicieron unos como jacalillos pequeños bien abrigados con ramas y carrizos, que son sus habitacioncillas para dormir, donde cabe una familia sentada, porque ellos no saben nada de estar parados cuando no es para buscar algo; aunque quisiesen la entrada de estos jacalitos resultaba tan baja que había que meterse a gatas.⁶⁵

⁶⁴ Datos tomados de Jacobo Baegert, *op. cit.*, p. 127.

⁶⁵ *Ídem*, p. 79.





La ceremonia del tabaco coyote

Durante la noche los hombres se reunían a platicar y a fumar tabaco coyote, todos se sentaban alrededor de una hoguera con las piernas cruzadas, las mujeres se reunían por separado. Llegó el día en que fui invitado por mi padrino a fumar tabaco coyote; hablaban de sus mujeres, de sus cacerías y de la pesca. Un indio que quizás tenía trato con los españoles por el rescate de perlas me dijo en mal castellano: —almilante, almilante, tú habla—. No supe que decir y por mi cara de asombro les causé irrisión, lo que hizo que se relajara la tirantez por encontrarme entre ellos, como un igual. Como vestía ropa de español, uno de ellos pidió que me despojara de ella, lo hice, no sin rubor al verme enteramente desnudo, cosa que causo mucha irrisión y poniéndosela él, ejecutó una danza arremedando y ridiculizando a los españoles como si fuéramos afeminados. Van todos los hombres desnudos, sin el más leve asomo de rubor, y esto lo tienen por hombría y el ir cubiertos a acción de mujeres. Luego de terminada la dan-

za se quitó la ropa y la arrojó al fuego, lo quise impedir, pero fue inútil, mi padrino que estaba a mi lado me atacó, impidiéndolo. El único que había visto que cubría sus vergüenzas era el capitán principal o hechicero que usaba un género de faldellín, compuesto de pezuñas de venado. Luego señalaron al cielo y la bóveda celeste nombrando a las estrellas en su lengua. Contaron los más viejos que el sol era hombre y la luna mujer, los cuales todos los días, al ponerse el sol, caían en la mar para tornar la vuelta al día siguiente, a nado; que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltas a encender después de ser apagadas en la mar. Decían más, que los que morían flechados o las mujeres en el parto eran convidados por sus deidades a formar parte de esta procesión, para encender por las mañanas el gran fogón que es el sol. La ceremonia terminó cuando el lucero de la mañana apareció en la bóveda celeste.

La ceremonia de propiciación de la pitahaya

Así transcurrían mis días entre estos indios, entre la monotonía y las constantes fiestas que celebran por cualquier motivo. Por la mañana, antes de salir el sol, las *kanai* salieron a recolectar sus frutillas y los hombres se dispusieron a fabricar una gran choza derribando para su construcción algunos árboles de palo blanco, palma y carrizos, así como otros arbolillos más pequeños que echan multitud de flores amarillas con que hacen los arcos; luego despejaron un paraje en una loma del cerro e hicieron un camino que llegaba hasta donde estábamos rancheando. Durante todo el día hubo gran movimiento. Las *kanai* llegaban al campamento cargadas de pitahayas y de otras de sus frutillas y de leña para tornar por más, parecían pequeñas hormiguillas. Mientras unos hombres calentaban en un fogón unas piedras amarillas para luego molerlas entre dos piedras. De la piedra sin quemar, sacaban un polvillo amarillo y de la piedra quemada sacaban un colorante colorado que mezclado con grasa de venado producía un embije. El color negro lo sacaban de la brea del mezquite o del carbón molido. De estos polvillos usaban para embijarse la cara y el cuerpo; por la tarde se hicieron juegos, luchas y carreras. Al concluir, el hechicero convocó a todos con su pito y dio inicio a la ceremonia intimando a todos silencio. Junto a él se sentaron cinco viejos que cubrían su espalda con una piel de venado bellamente trabajada con figuras caprichosas.

El hechicero habló acompañando sus palabras con gestos extravagantes sobre la finalidad de la conmemoración, les dijo:

—*Guamongo*, el espíritu principal, el que manda las enfermedades, el que envió a su hijo *Guajiaqui* con el fin

de que nos visitase en su nombre, me envía para hablar con ustedes hermanos callejués, deben saber que el día esperado está por llegar. *Guajiaqui* el viajero incansable, el de los pies ligeros, el que anduvo sembrando pitahayas y disponiendo los lugares de la pesca ha regresado a la gran casa, a la gran peña de *Numpoló*, y se ha vuelto a encerrar por algún tiempo. Ahí está ahora servido por una hueste de otros espíritus inferiores, los cuales le llevan diariamente buenas pitahayas y peces para que coma, mientras se ocupa en hacer las capas con los cabellos que sus devotos, nuestros hermanos callejués, aripes, huchitiés, coras, monquis y vavai le presentan, y también se ha ocupado de hacer las tablillas donde dejará sus nuevos mandatos para nuestra gran nación Guaycura.

Luego, dicho esto, sacó unas tablas pintadas con diversas figuras, en la que se representaban a los hombres más hábiles que tuvieron ellos, los mejores curanderos, los más valientes, los mejores corredores, y las mujeres más paridoras. Haciendo de ellos unos elogios muy sobresalientes, prosiguió diciendo su largo parlamento que todos escuchaban con gran admiración:

—Los de la nación *callejué* estamos cansados de hacer la guerra a nuestros hermanos, el tiempo esperado ha llegado. Lo oyeron con gusto que causaba admiración. Los otros ancianos confirmaban todos sus dichos, les habló de las costumbres antiguas, de todas sus habilidades, curaciones, muertes y facultades y les aseguraba que el gran día estaba por llegar. La celebración duró muchos días en las que hubo bailes a su usanza, luchas en la que el premio era la mujer del prójimo, casamientos y ceremonias donde las mozas se convertían en mujeres y los mozos en hombres. La celebración terminó con un gran grito, cuando salió el lucero de la mañana.

De mi rescate

Seis meses y siete días pase en mi soledad, y a poco tiempo del buen hospedaje, me fueron a despertar una madrugada, avisándome que ya estaba un barco en la Isla Espíritu Santo. Salí de la ranchería acompañado de las dos mujeres con las que viví amancebado y de los muchachos, muchachas y niños que querían darme la despedida con gritos y llanto, como si se les fuera un hijo de este mundo. Diciéndome el indio principal y mi padrino que si después quisiese venir con mis parientes a su tierra, me cuidarían como lo habían hecho hasta entonces. Llevándome ellos mismos a una punta enfrente de la isla, me dejaron solo haciéndome lumbrada, volviéndose ellos a su ranchería.

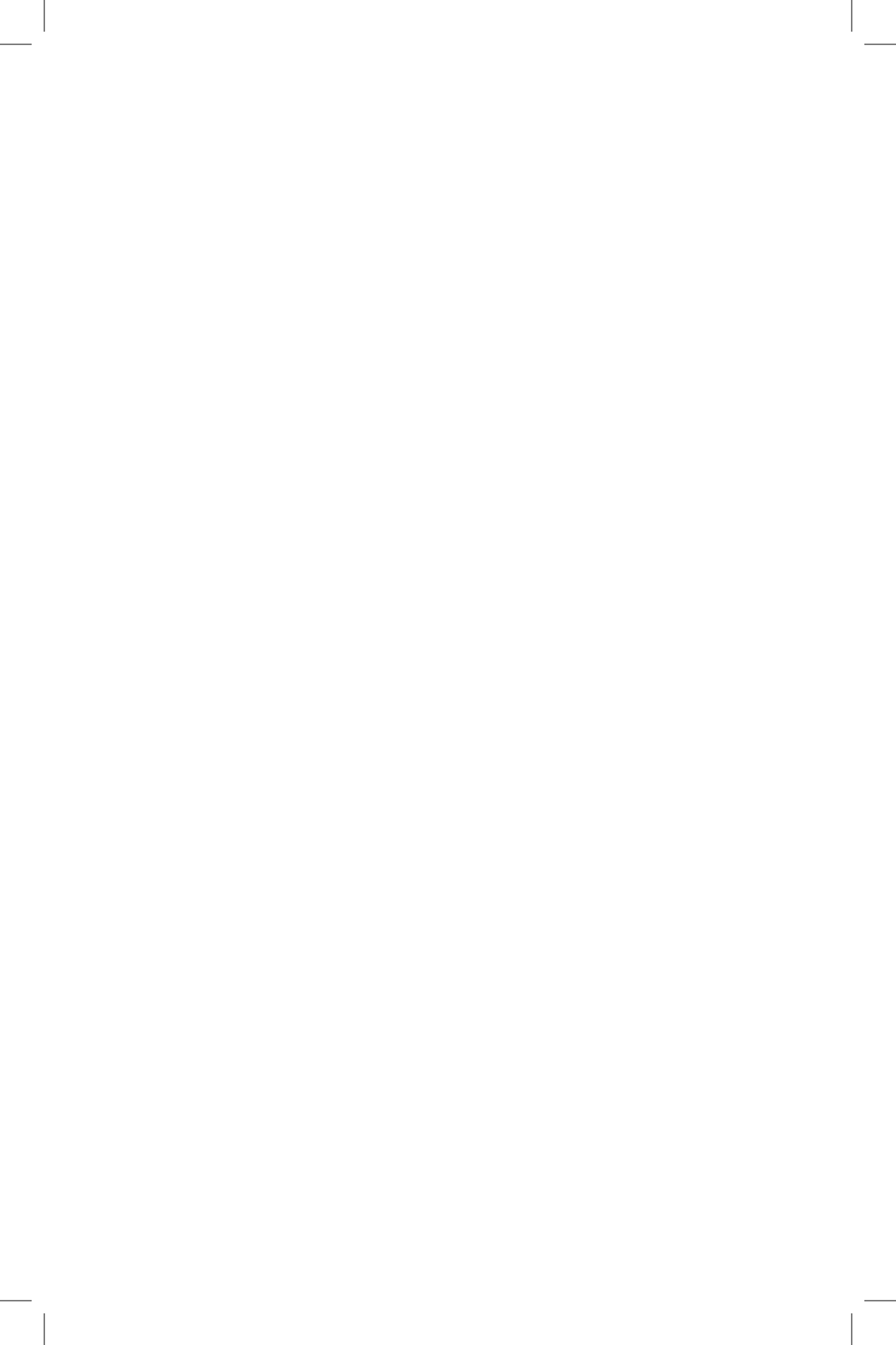
A la novedad de la lumbrada, luego que la divisó el capitán don José de Larreategui, despachó sus canoas, discurriendo pudiese haberse salvado alguno de los buzos de Colima. Fueron las canoas y embarcándome a bordo de la balandra del general don Andrés de Rezábal, conté a don José todas mis desgracias y fatalidades sucedidas, que le causó mucha lástima. Y después de regalarme como nuevo huésped, dándome abundante comida de la nuestra. Dio órdenes a su esclava negra Nicolasa para que me procurara ropa limpia, un par de botas y un sombrero. Luego dispuso que, antes de que los que me habían cogido se fuesen ir conmigo a regalarlos por ser mis bienhechores, y agradecerles la obra buena que habían hecho conmigo. Y así lo ejecutó, saliendo él con dos canoas, seis hombres remeros y yo, a donde estaban rancheando que era frente a la isla Cerralvo, los hallamos a todos y estuvieron muy de paz los pobres indios, y muy agradecidos porque los regaló con cuchillos, cuentas de vidrios, unos sayales y el

capitán le dio al indio principal su sombrero que lo recibió gustoso. El indio principal pedía como regalo la espada de don José, pero este no pudo dársela por estar prohibido, bajo pena de muerte, dar armas a los indios.

Libro segundo

Capítulo I

La Misión y el Real Presidio
de Nuestra Señora de Loreto





La Misión y el Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto

...Podéis estar seguros de que la conquista de estos territorios de ultramar fue una injusticia. ¡Os comportáis como los tiranos! Habéis procedido con violencia, lo habéis cubierto todo de sangre y fuego y habéis hecho esclavos, habéis ganado grandes botines y habéis robado la vida y la tierra a unos hombres que vivían aquí pacíficamente...

Fray Bartolomé de Las Casas

A sí que se acabó el buceo, el capitán don José de Larreategui subió a llevarme a la Misión y Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto, capital de esta península de California.

En llegando a la bahía de San Dionisio dimos fondo en frente de la playa, desde donde se divisaba el Real. De pronto escuchamos salvas y vimos a los españoles e indios de la Misión salir en procesión, con mucho orden que era cosa

de verse; al frente el milanés, seguido del hermano Jaime Bravo y a sus lados tres indios monaguillos entre los que sobresalía un indio viejo portando una cruz de palo; luego seguían los soldados portando una bandera de español antiguo; vestidos de casacones, su sombrero a la española, zapatos llanos, espada ancha y sus adargas pendientes airoosamente de sus hombros, algunos con bigotes y todos como hombres de corazón; luego los españoles y las castas.

La procesión de indios, muy lucios, de un lado y las indias decentemente vestidas de otro. Los indios vestían con sus calzones y cotoncillos de sayal o pantalones de paño corriente y levitas largas, estilo polaco y las mujeres traían sus nahuas de bayeta y jubones de franela azul y cubiertas sus cabezas con velos. Dieron una vuelta alrededor del pueblo, girando a la vuelta en el cementerio donde se detuvieron. La procesión era acompañada de solfas y chirimías. Al escuchar las salvas don José de Larreategui dio la orden de responderlas de igual forma, creyendo que nos estaban dando recibimiento, pero estábamos equivocados, pues al desembarcar y ser recibidos por una comitiva de soldados del Real, fuimos informados por uno de los soldados llamado Mugazabal que estaban en los funerales de un niño.

—Sea usted bienvenido don José a esta Misión y Presidio, y disculpe su merced que vuestro padre provincial Juan María de Salvatierra no os reciba, pues está asistiendo en estos momentos el entierro de un angelito que acaba de irse al cielo. Vuestro capitán don Esteban Rodríguez ordena que os conduzca a la plaza o si usted nos honra con su presencia en nuestra procesión podéis hacerlos.

Nos unimos a la procesión mientras los indios buzos y los hombres de marinería desembarcaban las mercancías y regalos que don Andrés de Rezabal enviaba de Sinaloa.

—Que conduzcan todo al almacén del Real y esperen ahí hasta mi regreso, ordenó don José. Los indios de la misión que acompañaban al alférez Mugazabal se acomodieron a llevar los fardos de ropa y bastimentos, a su usanza, cargándolos sobre la cabeza.

—Como usted ordene capitán.

Nos unimos a la procesión y al funeral del niño que se enterró esa tarde.

Una india que lloraba desconsolada jalándose de los cabellos y golpeándose fieramente, hasta desangrarse, fue sujeta por los soldados, a una orden del capitán del Presidio.

—Llévenla al patio de guardia y que le den de comer. Las costumbres gentilicias se han de desterrar de este Real.

Un soldado que nos acompañó nos dijo que era ésta una india de la parcialidad de los Guaycuras, traída del puerto de danzantes. Recién había sido desposada por un indio yaqui.

—El angelito murió por la mañana, cuando la india en su desesperación de estar lejos de los suyos y ser primeriza se provocó el aborto.

—Ya el cielo tiene una hueste de californitos con cara de ángel. Dijo convencido el alférez Mugazabal, que más parecía soldado de la Compañía de Jesús que soldado de su majestad. Dijo convencido el alférez Mugazabal que, desde su entrada a la California en el año de 1704, siempre profesó su simpatía por la Compañía de Jesús, sirviendo más como sacristán que como soldado. Cuatro años después

sería hermano coadjutor, haciendo su noviciado bajo la férula del padre Ugarte, el Apóstol de la California.

La iglesia era pequeña pero capaz para tanta gente como acudía, muy bien adornada con manteles de lino fino en los altares y muchos de ellos bordados bellamente, algunos en blanco y otros en oro. En el altar mayor se encontraba la Santísima Madona la lauretana vestida de gala. El lujo y la ostentación se hallaban en la iglesia porque todo lo demás era sólo miseria.

El Real que se parecía tan poco a una ciudad, fortín o fortaleza, como una ballena a un búho, se localizaba cerca de un agujero inmediato a la playa, con casas en cuadrilátero y su plaza en medio: que se compone de las habitaciones del misionero que es un cuadrilátero de adobe revocado de cal con un agujero por donde entraba la luz; el almacén de cuatro paredes, donde se guardaban: tasajo de res, dura como la piedra, sebo, manteca, jabón, azúcar sin clarificar, chocolate, paños, cueros, trigo, maíz, y miríadas de gorgojitos que hacen del almacén su festín; un cobertizo de cañas, que está a distancia de un tiro de carabina, con centinela a la puerta para evitar el hurto de la caballada. En este cobertizo había un cuarto de guardia que al mismo tiempo era cuartel de los soldados solteros, con centinela de noche que a toque de campana anunciaba su desvelo, y dos docenas de barracas o casas de cuartilla, hechas de lodo, que por lo regular se componían de una sola pieza, en ella vivían los soldados, los marineros, los pocos carpinteros y herreros casados y sus familias; la iglesia ocupaba un ala que, en parte, estaba construida de cantera y mezcla: las otras tres alas consistían de seis cuartitos de tres brazas por cada lado, con un agujero para la luz que daba su vista a la arena de la playa o al mar, la sacristía, la cocina y una pequeña tienda, en la que los soldados, mari-

neros, sus mujeres y niños se proveían de hebillas, correas, listones, peines, tabaco, azúcar, manta, zapatos, medias, sombreros, etcétera.

Fuera del Real, hacia el poniente se encontraba el pueblo de indios formado de pequeños jacales con estacadas y cubiertas de lodo con techos de palmas, que se encontraba pasando el arroyo, donde antiguamente tenían su rancharía los Conchó.⁶⁶ El terreno era plano y arenoso, teniendo por occidente una gran sierra llamada, desde los tiempos de don Atondo de Antillón, de la Giganta, por su gran tamaño. No tenía manantial alguno a tres leguas al contorno por los cuatro vientos, pues, aunque se llamaba arroyo uno que corría algunas veces en tiempo de aguas, cuando éstas eran abundantes, apenas duraba tres días en su curso, quedando seco lo restante del año. Mas quiso la divina providencia que, ahondando dos varas, se encontrara el agua dulce, de la que se hizo pozo y con la comodidad de estar inmediato al Real.

En el Presidio y Misión de Loreto residía el padre provincial milanés Juan María de Salvatierra y el hermano coadjutor, Jaime Bravo, con el capitán del presidio, los soldados, los marineros y uno que otro artesano llevado para enseñar las artes y oficios de carpintería, herrería y albañilería entre los que se hallaban caleros, canteros, ladrilleros y un maestro del telar para enseñar a los indios las artes y los oficios. La gente española y otras castas, llamadas de razón, no llegaban a cien. De vez en cuando vagaba por las misiones, con el permiso de los padres, un carpintero independiente, que trataba de ganarse algún dinerito de las misiones. Éste llevaba tan poca herramienta de fierro que podía cargarla entre las bolsas de su pantalón. En las

⁶⁶ Descripción del padre Jacobo Baegert, citado por R.P.C. Bayle, *op. cit.*, Introducción.

misiones no circulaba dinero y con excepción de las iglesias no había más plata.

Los hijos de los hombres

En llegando, por las razones ya dichas, me condujeron con el capitán del presidio de las Californias, don Esteban Rodríguez Lorenzo, quien según supe fue elegido por votación secreta, en el año de 1701, por los soldados del presidio, para ocupar la plaza boca que dejase don Antonio Mendoza, segundo capitán que tuvo la California Cristiana. Aunque el padre provincial Juan María de Salvatierra tenía la facultad de elegirle sin ninguna consideración de los demás soldados; sin embargo, quiso que por esta vez el capitán de la California fuese elegido a gusto de todos.

Al dicho capitán, que me pareció cortés y educado, le referí en acta circunstanciada lo sucedido. Me hizo saber a su vez que no tardó mucho en conocerse en la misión mi desgracia y que me daban por muerto. Pero que el agravio había quedado vengado, que para darles un escarmiento por tanta insolencia y para que no volviesen a cometer sus fechorías, dijo citando la Santa Biblia:

—Porque si no se ejecuta enseguida la sentencia para castigar una mala obra, el corazón de los hijos de los hombres se dispone a hacer lo malo. Por ello juzgue llagada la ocasión para hacer unión de armas con mi escuadra de soldados de cuera, los indios flecheros yaquis y los de Loreto Conchó para que se entrase a sangre y fuego por todos los parajes de sus tierras, acudiendo yo en persona, para seguir a los malhechores hasta aprehenderlos y asegurar la balandra.

Esto último no se pudo conseguir por haber sido quemada, sólo encontraron rastros de ropa, algunos aparejos y otras

mercaderías que habían dejado al huir al monte. Dieron con los tres más culpados en el caso, entre ellos el indio bacarí que era el cabecilla de la rebelión. Se encontraban escondidos en una pequeña cueva, muy cerca del estero prohibido. Se les rodeó, no quedando arbitrio a la fuga. Estando acorralados les era forzoso morir o entregarse, y como empecinados que son lucharon hasta que agotadas sus flechas y sus fuerzas hubieron de deponer los arcos en el suelo en señal de rendimiento. Fueron amarrados y como malhechores conducidos al presidio de Loreto, en donde, puestos los grilletes en los pies, los recibieron a empellones y burlas por los indios guaycuras de Conchó y los cochimíes Laymones, enemigos a muerte de ellos. Muy a pesar de la condición miserable en que estaban por huir en los montes tanto tiempo, con falta de alimentos y agua, su insolencia y arrogancia no los abandonaba por más golpes y empellones que se les daban.

El capitán les hizo proceso en público y los condenó a muerte; lo cual se ejecutó en el tiempo extraordinario de lo acostumbrado que se les daba en el caso, para disponerse a morir como cristianos, porque era tanta su insolencia que a pesar de que el padre milanés los conminó a aceptar la Cruz de Cristo, el indio bacarí, que era el motor de todo, dijo con insolencia:

—Primero muerto que ser un apestoso cristiano.

Agradecí al capitán que el agravio a mi honra y fama lo hubiera vengado pero omití, con toda intención, noticiarle que las mercaderías, aparejos, pólvora y el cofre con las perlas obtenidas del buceo y el rescate que habían sido escondidas por los indios dichos en una cueva muy amplia y que obligado por ellos a cargar como una bestia vi que en esa cueva tenían un gran botín de sus pasadas fechorías. Con

está aprehensión no descansé hasta encontrar la forma de recuperar esas riquezas como luego diré.

Fui informado por el capitán que las hostilidades de los indios pericúes de la isla San Joseph a los buzos era una declaración de guerra de muchos años atrás.

En los principios de la conquista, en el año de 1702, el padre Juan de Ugarte hizo una entrada a la isla de San Joseph, tierra de los pericúes de los que fui cautivo, en ocasión de haber hurtado estos una canoa de la misión de Loreto.⁶⁷ Fueron a rescatar la canoa que habían ellos hurtado y aunque bastaban los soldados y gentes de mar para el efecto, se determinó que fuese el padre Ugarte con ellos por si acaso los topasen buenos para ver si se podía hacer ingreso de la fe. Apenas habían dado fondo frente a la isla y cuando se hicieron presentes en la playa como 20 gandules y empezó a grandes voces su capitán a decir:

—Capitán, *bojo* cultillo, capitán, *bojo* cultillo —lo repetía muchas, que quiere decir en castilla: capitán, si traes cuchillo hay perlas. Que perla en su lengua es *bojo*. Les hicieron señas a los indios y estos se echaron a nado y subieron a bordo. No había cuchillos porque no iban a rescatar perlas, pero ellos instaban a gritos:

—Capitán, *bojo* cultillo, capitán, *bojo* cultillo.

Fue tanta la insistencia y por no escamarlos el arráez Agustín Hernández sacó un hacha vieja y la dio, recibiendo por rescate una perla redonda; un mozo sacó un cuchillo

⁶⁷ Datos tomados en: Carta del Padre Juan de Ugarte al padre Quiros, Loreto 15 de septiembre de 1702. En: *Historia de los descubrimientos*. Constantino Bayle. Documentos Reservados, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México.

belduque y le dieron una perla en forma de calabacilla; otro dio dos navajas y le dieron un grano a la mitad como un botón grande; otro marinero sacó un pedazo de metal de aro de barril por el cual dieron varios granos; hasta por un pedazo de tortilla que uno de los muchachos del padre dio, se recibió un grano de perla. Y al preguntarle al padre que si se había rescatado la canoa, dijo:

—No, no se recuperó la canoa porque la habían escondido, como conociendo el motivo de nuestra llegada, y no se pudo introducir la fe, por estar estos muy aconchabados con los que esperaban en la playa para hacernos la guerra. Gastaron un día en esta empresa regresando a la Misión y Presidio de Loreto.

Los indios pericúes de la isla de San Joseph, con nuestras canoas que conseguían con el rescate de perlas, se habían hecho tan atrevidos que empezaron a pasar a la costa cercana para robar y saquear la misión incoada de San Juan Bautista Ligui o Malibat, distante del presidio de Loreto poco menos de trece leguas, llevándose hasta las campanas. El capitán de Mar y Guerra de las Californias, don Esteban Rodríguez Lorenzo, con sus soldados de cuera entró a la isla para darles un escarmiento, pero estos al saberse perseguidos huyeron a los montes, dejando a sus mujeres niños y ancianos indefensos. El capitán resolvió recobrar las dos campanas y quemarles las canoas que tenían en un estero de la costa oriental de la isla, para que no volvieran a cruzar la costa. También las amenazó con mayores castigos si volvían a incursionar sus hombres a tierra firme y dicho esto las acarició y agasajó con las raciones de carne seca de res que llevaba en abundancia. Ellos, como era su costumbre, entregaban a sus hijos como rehenes de guerra, el capitán resolvió llevarse a dos inditos y tres inditas al presidio para regalo y pago de las averías a los padres de la Misión.

Pero con esta entrada a sus tierras se volvieron más insolentes y belicosos. En el año antecedente de 1713 un armador llegó con su barco a hacer las pesquerías de perlas y rancheándose en tierra con sus buzos, dejó el cuidado del barco a un indio buzo de Nueva España, que sólo quedó a bordo. A pocos días avisó el indio al Capitán, cómo el día antecedente habían ido los de San José a su barco, que a él lo habían amarrado, y cogido una fanega de maíz, y que le dijeron que volverían a quemar su barco. El armador noticiado de lo sucedido y sin consideración alguna, consultando con otro compañero suyo: resolvieron que era menester castigar a los indios por la fechoría. Tomando estos la justicia en sus manos así lo ejecutaron porque yendo cuatro isleños en su canoa a rescatar perlas, como lo acostumbraban, al ver venir la canoa, previnieron sus escopetas, y el recibimiento de los pobres fue a escopetazos que, a la novedad, como indefensos que estaban al escuchar los disparos se tiraron al agua. Viendo que los dos barcos y cuatro canoas con buzos los cercaban, pidieron por señas alzando los brazos que los amarraran para hacerlos cautivos pero que no los mataran. Pero los acabaron a los cuatro, y el capitán y sus buzos de miedo de lo que podía suceder se volvieron a su tierra. donde los dos barcos y sus dueños experimentaron el castigo de Dios, pues ni uno ni otro alzó cabeza desde este hecho.

Al saber el padre milanés de mi arribo mandó a sus dos sirvientes mulatos, que fueran a dar aviso de que luego que me acomodasen en una de las casas de los soldados solteros del presidio, fuese conducido por el capitán don Esteban Rodríguez y el hermano Jaime Bravo a su presencia y le refiriese los pormenores de lo ocurrido, así como las formas en que se pudiesen sujetar los indios callejués para hacer misión en sus tierras.

En llegando, pidió el padre milanés a uno de sus muchachitos que se quedase afuera, en la puerta, para que no dejase pasar a los perros, gallinas, puercos y otros animales que deambulaban por el Real. Al entrar, a la sala estaba en su compañía el padre Juan de Ugarte, del que ya había tenido noticias por sus muchas hazañas entre los indios. El padre Piccolo venía en camino de su misión de Santa Rosalía de Mulegé, para ver no sé qué cosa con el padre milanés. La conversación fue general durante cuatro horas en las que no sólo le referí mis desventuras, las que lamentaron mucho, sino también las costumbres de mis bienhechores, e informé sobre los indios comarcanos con los que estaban en constante guerra: pericúes de las islas y tierra firme, y los guaycuras de la rama de los coras, aripes y huchitiés, que aunque eran de la misma nación de los callejués siempre estaban de la greña con ellos. También dije que era muy propio de estos indios amilanarse cuando se les demostraba intrepidez y ánimo; como el ensoberbecerse y colmarse de audacia e insolencia, cuando reconocen algún medio en los contrarios. Dije más que son enemigos de que entren extraños en sus tierras e inspeccionen sus costumbres, pero me guarde de ocultar de que los callejués habían aprendido de mí algunas costumbres de los españoles.

Viendo el padre milanés que era práctico en el conocimiento de las costas y de las rancherías de los guaycuras, dijo:

—La Divina Providencia en su misericordia te ha reservado Juan Díaz para una gran obra y te ha puesto en nuestro camino para ejecutarla. —Y luego dirigiéndose al padre Juan de Ugarte precisó. —Esta empresa dejémosla para el apóstol. Nombre que daba al padre Ugarte cuando de por sí él no lograba acabar una empresa y la deja-

ba para que éste la continuara, como presintiendo que su vida pronto acabaría.

Con ello emprendió el proyecto de reducir a los indios Guaycuros en el Puerto de La Paz y de que los llevase a regalar a mis bienhechores, diciendo con gran convicción de espíritu:

—Ya de esta vez no se sacará el estandarte de Cristo de este reino, tan grande que hasta ahora no se le sabe fin y la gran pobladora María pondrá sus raíces de su Santa Casa en sus escogidos —Luego prosiguió con su disertación que parecía dictada de arriba, diciendo:

—¿Y a quién ha escogido María para plantar la fe en tan escogido reino de California con el principio de su salvación? Escogió a su hijo don Juan Caballero⁶⁸ de Ocio, primer gran benefactor de la California; escogió al capitán Juan Antonio Romero para pasar de la contracosta el mar lauretano; luego al apóstol Juan de Ugarte, gran columna de la California, y ahora a escogido a Juan Díaz; dichosos los juanes escogidos por la reina de las Californias para poblar de cristianos y apartar de tantas naciones el reino de Luzbel.

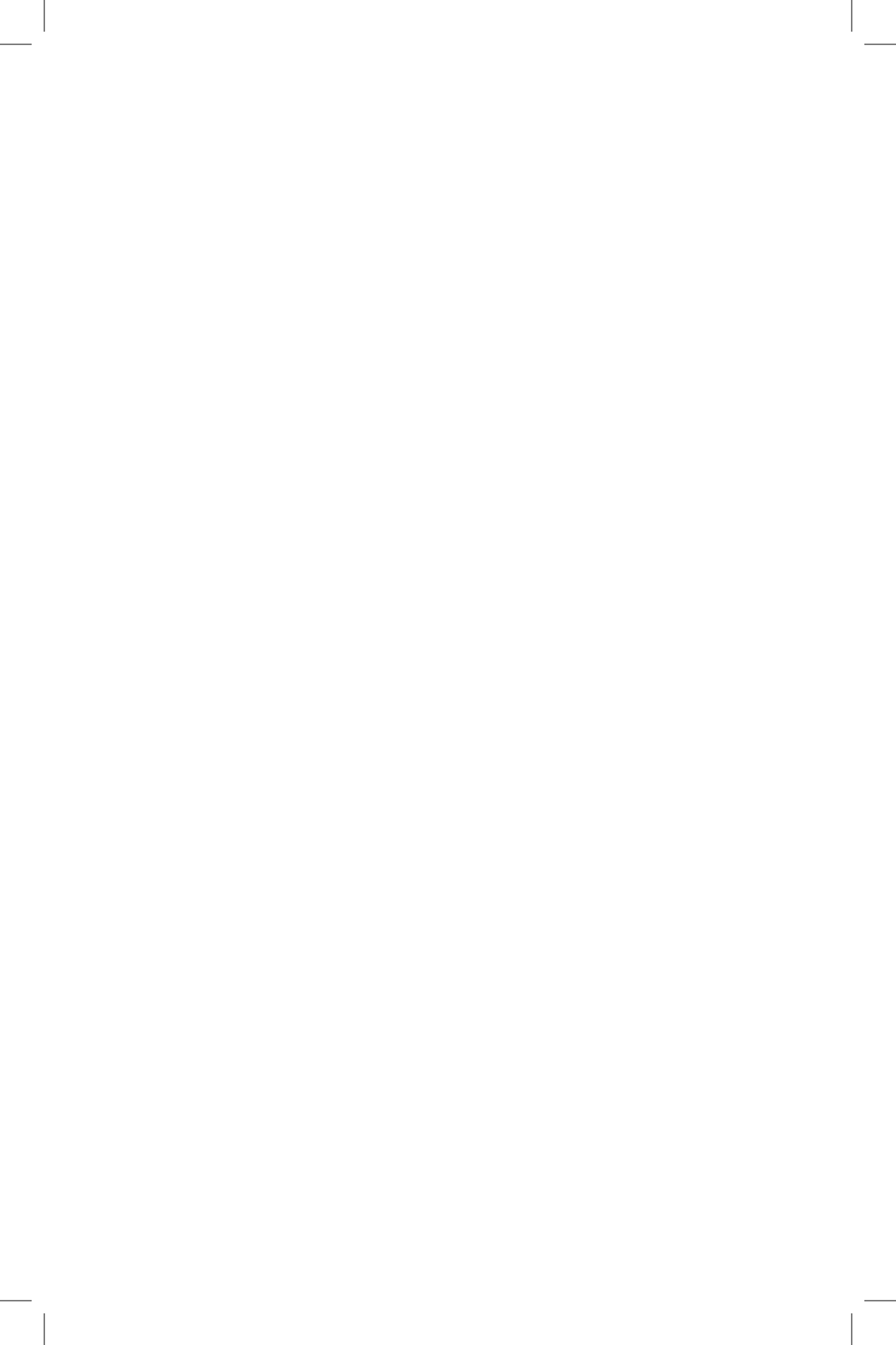
Al finalizar derramó lágrimas de consuelo. Después de esta plática dio instrucciones al capitán para que en la primera oportunidad fuese llevado a la contracosta para regresar a la Villa de Colima, para el reclamo de los bienes de mi padre. Pues sabed Vuestra Excelencia que en voz del capitán don Esteban, fui noticiado de que mi padre al saberme

⁶⁸ Basada en Carta de Juan María Salvatierra a don Juan Caballero de Ocio, fechada el 27 de noviembre de 1697, Real de Loreto. En: *Misión de la Baja California*. Editorial Católica, Introducción, arreglos y nota por R.P.C. Bayle, S.J. pp. 50-51, Madrid. 194

muerto y perdida toda su fortuna dejó de luchar contra su enfermedad, exhalando el alma pocos días antes de mi rescate:

—Sabéis don Juan —dijo el capitán poniendo su mano en mi hombro—, que fue tanta la pena que embargo a don Juan de Dios de Villegas, al recibir la noticia de que te habías perdido. Enfermo como estaba y no alcanzando la tranquilidad de su alma, fletó una embarcación propiedad del capitán Andrés de Rezábal para pasar a la California a buscarte. Desembarcó en este Real de Loreto en el mes de noviembre del año 1713 y con la anuencia del padre provincial Juan María de Salvatierra y la mía, resolvimos entrar en tierras de los bárbaros indios pericúes. Buscamos por doquier, como se busca una aguja en un pajar. Tu padre sacando fuerzas sobrehumanas ¡de donde no las había! Y decidido a encontrarte a como diera lugar, prometió dar a mis soldados lo último de su fortuna, que eran las perlas de su muestrario. Los soldados, cobrando ánimos y avilantes, entraron con fuerzas a la ranchería, que estaba en medio de dos cerros, y habiendo hecho prisioneros a unos y torturado a otros, conocieron del escondite de los indios motores de tan bárbara acción. Pronto mis soldados dieron con la cueva, que era su escondite. Habiéndolos hecho preso, como ya dije en otra ocasión, don Juan de Dios pidió los condujéramos ante su presencia y escupiéndole la cara, como si fuera judío, del indio principal llamado bacarí, le arrancó de su pecho el *Agnus Dei*, que luego conocimos, por palabras de don Juan de Dios, era el que tú portabas el día en que te hicieron cautivo. Convencido entonces de tu muerte, prorrumpió en llantos que no abandonó hasta llegar al Real. Puso tu *Agnus Dei* ante la Virgen de Loreto y arrodillado como estaba entregó su alma al cielo. Esto fue lo que me refirió en su momento don Esteban Rodríguez, capitán de las Californias.

Mi padre, don Juan de Dios y Villegas fue sepultado en el panteón de Loreto, cumpliéndose así su última voluntad que fue tener su eterno descanso cerca de la tierra, donde creía descansaban los restos de su hijo bienamado, Cayetano de Villegas, muerto por mí el día en que perdí toda su fortuna.





A toque de campana

El milanés Juan María de Salvatierra, desde su desembarco en tierras de California, tenía hecho su plan, había leído con cuidado la relación de Antonio de Antillón que doce años antes, en el año de 1685, había intentado establecer una colonia en San Bruno, distante pocas leguas, al norte donde se emprendería la colonización de las Californias. También seguía las recomendaciones dadas por el padre jesuita y amigo Francisco Kino, que había estado con don Antonio de Antillón, tenía el mapa en sus manos donde Kino le señalaba la ubicación y los nombres de las naciones gentiles: monquis, edúes, noes, didius, tibieres, y otras que por numerosas no es conveniente anotar aquí. El padre Kino durante algunos meses aleccionó al milanés para que juntos emprendieran la conquista de las Californias. Cuando todo estaba listo para la añorada empresa y cuando el milanés esperaba a bordo de la predestinada galeota Santa Elvira, en un puerto de la contracosta, a su amigo, recibió una carta de él, donde le noticiaba con un profundo dolor, que no podía embarcarse en tan ansiada

empresa porque el padre provincial de la Compañía de Jesús le pedía que se quedara con los pimas. Resignado el milanés dio la orden que soltaran las amarras de la galeota Santa Elvira y partió solo, sin la compañía de otro soldado de Cristo, como lo ordenó el santo padre san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

Entre su exiguo equipaje traía el padre el catequismo y vocabulario de la lengua cochimí compuesto, también en los tiempos de Antonio de Antillón, por el padre Juan Bautista Coppar en el año de 1684. Otra tribulación que lo asaltó durante el viaje y los primeros meses de la conquista fue no haber tornado con sus parientes a los tres indiecillos que el dicho padre se había llevado de la California a Guadalajara, y que estaban, según le dijeron, en algún escondrijo de Nueva Galicia. Como toda empresa tiene sus vicisitudes, el milanés estaba apurado por que llegasen los bastimentos con bien, que el primer bienhechor de la California, don Gil de la Sierpe, había enviado con los hombres de marinería y oficiales.

Desembarcó en Loreto, tierra de los indios de Conchó, un sábado 19 de octubre de 1697, día de San Pedro Alcántara. Con cinco soldados y unas cuantas personas más que pudieran ayudar en algo. Levantó como iglesia una tienda de campaña, regalo de don Domingo La Canal que venía entre la tripulación de Romero de la Sierpe. En delante de ella mandó poner la cruz coronada de flores silvestres. Con la sorpresa y admiración de los indios, el bosque de mezquitales pronto comenzó a ser talado y su madera utilizada para hacer las carracas, las trincheras de los colonos.

El padre Juan María Salvatierra, jesuita milanés, de noble alcurnia, era un hombre de profunda devoción, de carácter enérgico y de no pequeña humildad, paciencia y be-

nevolencia; de cuerpo robusto y sano, así como de grandes fuerzas físicas. Este hombre, con la pluma en la mano, hablaba con los indios de la ranchería de Conchó, de la parcialidad monqui donde se levantó el Real. El milanés pronto reparó en lo mal escrito de su cuadernillo y en la falta de muchas palabras. Asentó las nuevas palabras y corrigió las otras; preguntaba a unos y hablaba con otros sufriendo con paciencia las burlas por sus yerros en la lengua. Labor verdaderamente ardua, pues aprender estos idiomas bárbaros era necesario que se hiciera sin maestros, sin arte, sin gramática, y sólo atendido a un indio viejo y enfermo de cáncer, llamado Dionisio, de la ranchería de San Bruno, al que necesitaba contemplar y sufrir para que después de sudar y quebrarse todo el día la cabeza se le sacase una y otra palabra mal pronunciada. Pronto el milanés tuvo el primer fruto de sus largos desbarros en la lengua de los cochimí.

En la misa y doctrina el padre les predicaba y se oía el credo así:

¿Temia ayimbio Dios lateamma uyipitahuam? Dios lateamma uyipilnagal lataja ametemo guinna udaahi Dios muyipun-



jo kaenogosso ibahi kaelhuimaha iba hi Dios gaji guija... (no transcribo aquí el largo registro del credo en esta lengua, hecho por el milanés, por ser ajeno de lo que Vuestra Excelencia pide).

El credo era rezado por el milanés en el idioma de indios y sonaba mal a los oídos de los españoles. Los indios tampoco entendían lo que decían o entendían poco, porque parece que cuando hablaban quitaban la mitad de la primera palabra y la mitad de la segunda, además de que hablaban muy aprisa. Traslado al papel la traducción que hago del credo cochimí al español y de él se colegirá lo que tal vez, entendían los indios al escuchar al milanés.

¿Para qué creó Dios al hombre? Dios creó al hombre para que mientras viva en este mundo le ame de corazón, le reverencie, guarde sus santos mandamientos, y haciéndolo así para llevarle cuando muera al cielo, en donde viendo claramente a Dios, esté alegrándose siempre con una alegría indecible, la cual alegría nunca jamás se acabará... Con todo eso (entended bien lo que os voy a decir) aunque los ángeles, los santos y todos los demás que están en el cielo, son verdaderamente muy buenos y hermosos, mas éstos, respecto a Dios, o comparados con dios ha creado, son buenos y hermosos no mucho: Todas las cosas que Dios ha creado, aunque sean verdaderamente muy buenas, pero si se compara con Dios Nuestro Señor, todas son poca cosa. La razón es: porque solamente Dios es grandísimo infinitamente, bonísimo, infinitamente y hermosísimo infinitamente. Así es, para este fin nos ha creado... porque solamente Dios es grandísimo infinitamente, bonísimo, infinitamente y hermosísimo infinitamente. Amén.

La carencia absoluta de todo pesaba demasiado en los ánimos de los nuevos colonos. Pronto hizo mella en los sol-

dados que ya comenzaban a murmurar. Se les comenzó a dar solo la mitad de la medida reglamentaria de granos y se vieron obligados a comer su carne sin pan, por la falta de harina. Cuando llegó el padre siciliano Piccolo a la California, pocos meses después de la fundación del Real y Misión de Loreto, halló al milanés con grandes cuidados y consternación por estar en guerra con los indios, sin tener el padre resguardo alguno más que los cajones y costales de los bastimentos.

Por estos días llegó la predestinada galeota Santa Elvira, que enviaba el insigne bienhechor don Gil de la Sierpe, tesorero de las arcas reales de Acapulco, dio fondo después de mediodía cargada de bastimentos: maíz, arroz, azúcar, chocolate, canela y otros, también traía los situados, todas pagadas, de los soldados marianos lauretanos, y noticias de la memoria y los veinte toros sementales que se estaba embarcando en la fragata San Fermín, regalo de don Andrés de Rezábal, así como de que venían seis soldados, sin ser llamados, de Nueva Galicia a ponerse bajo el estandarte de la virgen de Loreto. El siciliano Piccolo y el capitán fueron de la opinión de que los recibieran, diciendo:

—Es crueldad y poca confianza en la virgen el no admitirlos, por ser todos solteros, mocetones y gente de valor y esperanzas.

—A caballo dado no se le ve colmillo — dijo el capitán, pues los seis vienen pagados por hombres piadosos de Nueva España.

—Nuestro bienhechor don Gil de la Sierpe Romero paga uno de ellos, para que sea escolta de nuestro padre provincial Juan María de Salvatierra y padre de todas estas almas de California.

—Pero es menester —dijo el siciliano, el padre pequeño—
encargar cuando tornen la vuelta los barcos a Nueva España de que ya no embarquen gente española para venir a militar, ni de otros jaeces para el servicio.

—Daré la orden padre —dijo el capitán.

Haciendo decir con humildad al padre milanés en su lengua madre:

—La nouava missione di Loreto della California siempre cammina di bene in menglio quantumque sia stata destituta del sussido della Azienda Reale, cosa inaudita nella conquista dell' america.

Hora dunche ch` abbiano fissato il piede ser cinquanta di terra tutta pacifica e bastantemente sosseggetta, vivándose senza contrasto, troviamo che il paese per le lagune e fiume copiose e attisimo ad ogni serte di bestia me sia a partorire sarebbe tre volte all` anno. Pare che si e gualagnato e basterebbe solo un presidio ancora a qualche avanzamineto....

La misión a toque de campana parecía que caminaba triunfando sobre el enemigo terrífico. El sábado comenzaban a llegar multitud de indios de las rancherías cercanas a escuchar la doctrina, en ocasiones salían en procesión alrededor del pueblo para concluir en la iglesia donde el padre les explicaba algún punto de la doctrina cristiana. Rezaban el credo en su lengua, asistían a la doctrina cristiana todos los domingos, sabían los principales misterios de la fe: que hay un solo dios y tres personas; que hay un premio eterno para los buenos y el eterno fuego para los malos y no bautizados.

Tan pronto como salían de la iglesia, los indios se quitaban sus pesadas levitas y las indias sus jubones y sus

velos, por serles molestos y estorbosos, sobre todo en la canícula cuando el calor era bochornoso.

A cada bautismo venían muchos indios, o por devoción o por curiosidad, y todos se quedaban con el padre. Mas para que tuviesen entendido que hacerse cristianos había de ser únicamente por el bien de sus almas y su eterna salvación, y no por interés temporal alguno, ni grande ni pequeño, les mandaba el padre quedarse unos días para trabajar algo y pagar de esta suerte la ropilla recibida y la comida. Los misioneros daban a las mujeres naguas de bayeta a aquellas cuyos maridos eran más beneméritos y ellas buscaban mucho de este nuevo traje por ser para ellas de honra y provecho. Al mismo tiempo se acostumbraba a que acudieran a la iglesia diariamente, con los demás cristianos que estaban en la misión o cabecera, para que oyeran la misa y rezar a las horas de fijo. En fin, eran enseñados éstos en el modo de vivir cristianamente, y señalándoles por capitán o justicia a uno de ellos, que parecía más a propósito, se enviaban a sus tierras, diciéndoles el padre el día en que debían de volver.⁶⁹

Comúnmente solía bautizarse antes la gente moza que los avanzados de edad, los cuales estaban más apegados a sus malas costumbres y libertad gentilicia. Al principio eran los soldados los padrinos en todos los bautismos; pero después, como ya había número competente de muchos cristianos, estos eran los padrinos de los otros. Ya había niños bautizados con los nombres de los insignes bienhechores, de los padres misioneros y de todos los santos. Entre ellos había uno que llamó mi atención, cuando llegue al real, por llamarse Aristóteles.

⁶⁹ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 282.

Los días de fiesta en conmemoración del santo titular, la de Natividad, la del *Corpus*, las dos pascuas se celebraban con mucha solemnidad mandando el padre matar algunos toros para repartir la carne entre los indios cristianos y catecúmenos y también se les repartía, según fuera la estación, algunas frutas como higos frescos o secos, sandías, melones, granadas y uvas. Los indios pedían permiso para hacer sus carreras, luchas, tiro al blanco con sus flechas y otras diversiones que les eran permitidas, siempre y cuando no fueran contrarias a la decencia. Dando el padre algunos premios de ropa, comida o de tabaco que mucho apreciaban los vencedores, porque en su gentilidad el premio del vencedor era la mujer del prójimo. En estas competencias también participaban los españoles y los padres. En su gentilidad los indios de estas naciones, como las de las naciones pericúes y guaycuras, usaban para todo hacer fiestas, que si me detengo a señalarlas no terminaría nunca, sólo basta decir que hasta cuando les salía la primera muela era motivo suficiente para celebración y bastaba que cumplieran doce años para que los mozos comenzaran a hombrear como los adultos, saliendo a cazar y a la guerra y aún más para probar cuantas mujeres quisieran.

El siciliano Piccolo, el pequeño como le decía el padre milanés con la experiencia tomada en la tarahumara, hizo formar una trinchera que para las flechas servía de resguardo, y en medio formó como una especie de armas como si fueran de artillería para que los indios no se atrevieran a acometer; puso los dos cañones o pedreros dirigidos hacia los flancos por donde hacían su entrada los indios. Con esto alivió en gran parte la tribulación en que se hallaba el milanés. El Real se encuentra en medio del desierto que tiene casi una extensión de media hora de camino y llega hasta donde empieza la gran sierra de la Giganta.

—Tan tercos los tenía su natural inclinación al mal, pero todo eso vence la fuerza de la Santa Cruz y protección de la casa de María Santísima —dijo el milanés al siciliano Piccolo, al que con cariño le llamaba el padre pequeño.

—Pero el demonio no descansa ni de día ni de noche, pues no pudiendo hacer daño a los racionales, instigó a algunos gentiles a que hicieran daño a nuestras bestias.

—Y así de dos carneros que nos quedaban mataron el uno.

—Y estos fueron los monquis, padre.

—Según supimos después, padre, fue para regalar a las mujeres de la nación enemiga, los cochimíes o laymones, con los que estuvieron toda la noche celebrando sus bailes gentilicios. Pues el día antecedente se vio mucho movimiento de gentes con arcos y flechas como que iban a otra parte a no sé que casamiento, con algunas doncellas de la ranchería de los didius.

—¿Los de la ranchería de Londó, estancia de don Isidro de Antillón? Se suponía que estaban de la greña y que se empecinaban en no hacer las paces con nuestros monquis.

—Se suponía padre, pero esto sólo es una estratagema, porque no teniendo los cochimíes pitahayas en su territorio, y llegando su tiempo de vendimia que es como carnes-tolendas para ellos, la necesidad los obligó. Había mucha gente rancheando ahí, de la gruesa ranchería de San Juan de Londó, de San Bruno y otras muchas rancherías de la serranía de la Giganta, serranos que llaman laymones y muchos de ellos, padre, no acudían a la doctrina —luego, re-

flexionando, agregó—. Se les había predicado, en la primera visita contra los adoradores de la luna y esto motivó que sus hechiceros o guamas se exasperaran y movieran a sus gentes en contra de nuestra fe. Exhortándolos a no creer, ni hacer caso de lo que les enseñábamos, sino sólo de sus creencias y boberías antiguas. Por eso durmieron los Conchó lejos del real para asistir a la junta y última resolución de dar todos a una sobre nosotros. Estuvieron esa noche con sus lumbra-das y desde aquí se divisaban multitud de ellas.

—¡Oh Dios! los que te odian rugieron en el recinto de tus asambleas; pusieron sus enseñas por trofeo— dijo el padre milanés recitando el salmo de David, 73, 4. Luego en voz muy baja, como para sí mismo sentencio:

*Venit laeta dies, itidemque optabile tempus, quo California-des diro rectore gementes liberet, et mecum stabilis concordia jungat*⁷⁰ [Viene ya el día dichoso y el tiempo tan deseado en que, una concordia estable libere a los californios que gimen bajo ese amo cruel].

El padre Piccolo el pequeño, con una gran fe en la conquista y reducción de los gentiles, respondió:

—Si padre provincial —*Fervida lucescent sacri funalia ritus*— [alumbrarán las antorchas encendidas para el rito sagrado.]

—Amén.

Al ponerse el lucero, por algunas sospechas que se tenían, salió del real de Loreto el capitán y primer conquistador de

⁷⁰ *La Californiada. op. cit.*

la California, don Luis de Tortolero y Torres, acompañado de cinco soldados a registrar los parajes de los indios, en las cercanías de San Juan Londó, para ver si se encontraban rastros del cordero hurtado. En el camino se hallaron con algunos indios cristianos de la nación cochimí que se mostraban muy ariscos con los de la nación monqui, diciéndole al capitán en lengua castilla:

—¿Queréis que esta noche os flechemos a todos estos monquis?

—No. Proseguid el camino y avisa que esta noche no salgan de sus rancherías.

Cuando el capitán y sus soldados se acercaban a la ranche-ría los halló entregados a sus ceremonias gentílicas. Desde una peña decidió observarlos y caerles a los principales motores de la idolatría.





Las idolatrías

Se habían juntado en la ranchería que había cerca del real más de doscientos indios; hombres, mujeres, niños y niñas para hacer sus ceremonias gentilicias y algunas supersticiones con una figura o ídolo. El indio capitán llamado Leopoldo tenía embijado el cuerpo de negro y vestido de una espantosa capa negra que llaman *guanakaes*, hecho con los mechones de los cabellos de sus devotas doncellas, que le cubría desde los hombros a los pies; en la cabeza tenía un tocado de plumas de varios colores que le caía sobre los hombros, y en la mano derecha una pala blanca con dos agujeros cuadrados, y en la izquierda su arco y flechas. Habiendo subido sobre una peña que está en la cumbre de un cerro, dio grandes alaridos e hizo muchos ademanes grotescos y después de estar un rato sobre dicha peña, bajó por un caminito bien limpio de abrojos, con tanta violencia que nos causó admiración. Salieron muchos de la ranchería a recibirlo por un camino que lla-

man *afelgua* y que termina en una especie de choza donde se encierran para fumar tabaco coyote e invocar a sus demonios. Durante toda la noche tuvieron sus cantos y alabanzas.

El capitán mandó a uno de sus soldados por espía para que viera lo que hacían dentro de la sinagoga del demonio, que la habían construido con cuatro postes en cuadro y cubierto de ramas. Pero el soldado volvió espantado, diciendo que era imposible ver nada. La verdad fue que tuvo temor de acercarse donde invocaban al demonio.

Al día siguiente vimos salir de la ranchería una gran procesión guiada por el capitánillo Leopoldo que llevaba en sus brazos un bulto del tamaño de un recién nacido que tenía la cara embijada de negro, su melena larga y tres plumeros blancos en la cabeza; el del medio parado y los demás un poco agachados. Vestía un género de ropaje que no pudimos distinguir de qué estaba hecho. Se iba agachando con él como haciendo reverencias. Tras él iba una de sus mujeres danzando, adornada con su faldellín de carrizos, unas cañas en las manos y plumeros en la cabeza bailando, corriendo y haciendo reverencias al bulto. Llegaron en procesión al paraje limpio y despejado, donde tenían clavado un palo de pitahaya y junto a él un orcón más bajo que la dicha pitahaya. En la punta de ésta estaban puestas unas ruedas de varas tejidas del árbol que llaman cópale, y encima dos banderas de palo pintadas de color azul y blanco. Por encima del suelo pusieron una enramada y al pie un montón de la semilla que llaman medesé, que gustan de ella como los indios de Nueva España el maíz. Ya que depositaron el bulto, cesó el baile por un rato y después volvieron a continuarlo por dos días y dos noches. Salían unos tras otros, entreverados hombres y mujeres y daban una gran carrera y el capitánillo muy

orondo, en llegando al fin de ella con toda su gente paraba junto a dicho bulto y empezaban a hablar todos y a un mismo tiempo se bajaban haciéndole humillación y después descansaban como un cuarto de hora y volvían a proseguir la misma carrera con la misma ceremonia. Al salir el lucero de la mañana, dieron tan grande alarido que nos obligaron a coger las armas creyendo que nos habían visto; al mismo tiempo oímos gran llanto en las mujeres y dentro de un breve rato empezaron a cantar y continuaron todo el día con gritos y bailes a pausas. Al ponerse el sol, ellos se sentaron en rueda en varias partes y comenzaron la repartición de la semilla medesé que tenían amontonada delante de dicho bulto. La semilla del medesé valía para ellos tanto como el maíz para los indios de Nueva España.

Cuando acabó la ceremonia el capitán del presidio mandó a los soldados a apersonarse con el tal Leopoldo y a ver si podían contar el mucho gentilismo que había en dicha fiesta, lo cual no pudieron conseguir y que a todos parecía que habría 250 indios, entre ellos mujeres, niños y niñas. El mismo día llegó el capitán de los indios donde está el pueblo de visita de San Juan Londó, el cual pidió licencia a la guardia para bañarse donde beben los caballos y preguntando qué figura era aquella que tanto habían celebrado, dio a entender que era *Tamá Ambei Ucambí Tevivi-chi*, que en mal castellano quiere decir: el hombre venido del cielo. Era el que les daba el mantenimiento y el que cuando llovía bajaba del cielo a regalarlos y traerles las pitahayas y el medesé. Preguntados por nosotros dónde estaba ese dios que tanto veneraban dijeron que ya había vuelto al cielo.

Cuando el capitán regresó al Real de Loreto se halló con nuevas tribulaciones, pues los indios rebeldes habían flechado a la mula del padre milanés.

Se dijo la misa del día de la Ascensión y a ella concurrieron gentiles de San Juan Londó y serranos de la Giganta. Terminada la celebración aprovechó el padre para darles un *tlatole* o sermón en contra de los hechiceros, ladrones y matadores, recitando los salmos de David.

—¡Oh Dios vengador! Dios de las venganzas, muéstrate, levántate glorioso, ¡oh juez del mundo! Da a los soberbios lo que merecen. Hasta cuando los malvados triunfaran. ¿Quién se levantará a mi favor contra los malhechores? —Luego hablando en la lengua de los monqui dijo —¿Quién se levantará contra los matadores, ladrones y mentirosos? Porque los que son buenos cristianos deben de tomar a los malhechores y ayudar a los españoles a cogerlos; que yo los castigaré como un padre que está obligado a castigar a sus hijos cuando son traviesos, sin matarlos. Cuando así sea, rogaré al capitán para que les perdone la vida, pero no es bueno dejarlos sin el merecido castigo. Si Dios no estuviera para ayudarme, ¡ya el silencio sería mi morada!, pues hoy por la mañana ha sido flechada mi mula, dejándola herida.

Acabado el sermón y rezado en hileras el Alabado, llamado así por empezar con esta palabra, mandó el primer capitán de las Californias, don Luís de Tortolero que todos bajaran a ver a la mula flechada que estaba amarrada en el corral, para darles un *tlatole* y amenazar a los delincuentes.

Estas misiones mientras tenían un soldado de escolta siempre perseveraban en quietud y sosiego, pero luego que se veían sin soldados comenzaban las inquietudes y aun a peligrar las vidas de los misioneros. Porque a nosotros los soldados, aunque fuéramos solo uno, los indios nos miraban con mucho respeto. Sabiendo que estábamos ahí

como las veces de su capitán y que podíamos castigar sus desórdenes y atrevimientos como lo hacíamos cuando se ofrecía y que cuando la cosa era más grave y de mayores consecuencias dábamos cuenta al capitán y a los misioneros para evitarlas. Todo esto lo sabían los indios y por eso y por el temor de las armas de fuego les contenía mucho nuestra presencia y mucho más que la de varios sirvientes.

Como decía, tomando el hilo de mi narración, bajaron todos pero en llegando se dieron cuenta de que los monquis, guías y cargadores del padre milanés, habían hurtado el camino. Con esta acción quedó al descubierto quiénes eran los verdaderos malhechores, por lo que fueron culpados del hurto y muerte del carnero. El capitán hizo a los ahí presentes las amenazas por el atrevimiento de flechar a la mula.

No tardarían en revelarse y presentarse rodeando el Real en cuatro escuadras de indios: A los lados de lo alto del real los laimones; a espaldas de la Sierra de la Giganta los monquis, que dan al sur, y lo alto y bajo de la playa los ocupaban los didius y los edúes.

Nuestra pequeña escuadra también se repartió, con plan de guerra: en la parte más peligrosa en la punta que hacía la trinchera cañada abajo que es la parte de la mesa arrimada a la playa se puso el alférez y capitán don Luis Tortolero (ausente) con Bartolomé de Figueroa, aquí presente; en medio del lado para la playa estaba el indio de Guasave llamado Marcos; en la espalda del capitán don Luis estaba el otro indio de Tepagui, llamado Alonso y en el medio bajo, un soldado mulato llamado Andrés, de oficio perulero y mozo, y en la trinchera más fuerte y de menos peligro por el lado último de la mesa estábamos yo, Esteban Rodríguez, y a la punta asistía un bombardero

maltés que había servido en la nao de china, llamado Juan Caravaña. Por la parte inmediata que miraba a la playa estaba Nicolás Márquez (presente) siciliano que muchos años había servido valerosamente en su oficio de bombardero.

—Yo también estaba dentro de la trinchera —dijo el milanés que hasta el momento escuchaba callado las historias de la heroica defensa del Real por los primeros conquistadores, en su mayoría presentes aquí. —Y procuraba de acudir en la parte que reconocía más peligro, asistiéndome en todo momento el indiezuelo de Guadalajara de Ventitán.

—Al grito de guerra cargaron las cuatro escuadras contra nosotros lloviendo multitud de flechas y piedras sobre el Real. Luego, después de dos horas cesaron un rato y cuando creímos que todo había acabado volvieron con un segundo lance pero con más fuerza que el primero, reforzado con otras escuadras de avanzada. Por la abra de la cañada abajo, cargaba una escuadra de gente, con las espaldas aseguradas por engrosarse, en caso de que hiciésemos retirada. La segunda escuadra salía de la cañada arriba donde los Conchó tenían su ranchería.

—Finalmente, siendo muy forzado este segundo avance —prosiguió el milanés— dió ordenes el capitán don Luis al maltés para que pegase fuego al pedrero; se disparó y obró milagrosamente la Madona Santísima por no haberme el pedrero muerto.

—Es que el padre provincial Juan María de Salvatierra y otros dos soldados se hallaban cerca de ahí. Precisó el capitán Esteban Rodríguez, con irrisión al recordar el suceso.

—Porque reventó con tanta fuerza que se hizo pedazos y hasta la cuña de fierro se hizo tres pedazos, saltando cada uno por diferentes rumbos y la cámara saltó como nueve pasos que pasando casi sobre de mi ¡no la vi! Sino después de saber que ella era, que estaba unas cuantas varas más adelante.

—El maltés se cayó al suelo desde lo alto con tanta fuerza que perdió por un instante los sentidos. Dijo el soldado llamado Márquez.

—Pero luego volvió en sí con dos golpes que le propiné, que reconocimos no ser cosa grave y así volvió con sus armas a la pelea, y todos nos alentamos a pelear hasta morir. Concluyó el milanés muy emocionado.

—Con esto el enemigo cobró altivez y pronto corrieron la voz de que el pedrero no mataba y mucho menos dos arcabuces chiquitos.

—Con esto, dijo el capitán, apretaron por todas partes, con el último esfuerzo.

—Se acercaron con mucha osadía, tanto que me vi obligado a acudir por el lado del pedrero y parándome a vista de ellos, les dije que se apartasen, que podrían morir si se acercaban. La respuesta fue tirarme a un tiempo tres flechazos, que pasaron muy cerca de mí; y así viendo yo el caso desesperado me inspiró Dios que sería mas acertado ayudar a los compañeros, y desde... —No termino de platicar esta parte de la gesta porque lo interrumpió el capitán, diciendo:

—Y desde este tiempo que no obedecieron a la voz del padre provincial empezaron nuestros soldados a disparar

los arcabuces y fusiles matando a muchos que cayeron apelotonados. Por el valor de los nuestros se vieron amedrentados del espanto y a un tiempo a la caída del sol huyeron a sus tierras.

Poco después de media hora de suspenso y silencio se hicieron presentes en el Real ocho mujeres mozas con sus hijitos y se sentaron con las piernas extendidas, muy cerca del padre y los soldados, que es el modo que tienen los indios para pedir las paces. Se sentaron a la puerta del real señalando a los indios muertos por los arcabuces, mostrando que pedían perdón. El padre milanés las perdonó y tomó a uno de sus hijos como rehén y señal de buena fe, diciéndoles que los españoles eran buenos y que no matarían, sino a los que querían venirnos a matar y saquear y que al ser ellos buenos los perdonaría el capitán, pero que era menester que sus maridos entregasen sus arcos y flechas en señal de rendición. Ellas entregaron a uno de sus hijos con gusto, pronto se le bautizó con el nombre de Manuel Bernardo. Los indios bárbaros, noticiados por sus mujeres, comenzaron a llegar al Real a entregar sus arcos y flechas en señal de rendición. Pronto se hizo una pira con sus rústicas armas que ardieron con tanta fuerza que los soldados y misioneros celebraban eufóricos la victoria ganada al demonio.

Un día sábado, alentados por el padre milanés que levantándose temprano como acostumbraba y después de su hora de oración y celebrada la santa misa que se acostumbraba todos los días, se fueron todos al desmonte del bosque de mezquites, donde se había de plantar la iglesia de la Lauretana y casa de los padres. El día de la visita-ción, el padre siciliano Piccolo, con el capitán don Luís de Tortolero, tiró los cordeles y se comenzó a cavar los fundamentos de la Misión. Pronto la tienda de campaña

se vio rodeada de piedras de cantera, adobes y carrizos de la nueva iglesia.

Eran grandes los trabajos de los colonos e indios cristianos que, a toque de campana, iba ganando la descubridora y conquistadora, María Santísima; ya abriendo caminos entre peñas y arroyos; ya levantando casas y chozas.

No sólo el padre milanés sufrió en la fundación del presidio, sino también el padre Piccolo en la fundación de la Misión de San Francisco Xavier. Era cosa sabida en entre los soldados que, al padre siciliano siempre que determinaba alguna salida, había de haber algún embarazo o impedimento que ponía el demonio para estorbar el fruto de la evangelización; derribándolo de la mula, acaso por no saber montar por su menuda estatura, o algún suceso a los soldados, o perdiéndose las bestias. Salió en una expedición con quince soldados de a caballo, cinco hombres de a pie y algunos de los indios ya reducidos de Loreto Conchó



a buscar paraje apropiado para dicha fundación. Como lo dice en su carta,⁷¹ que escribió al milanés, describiendo sus descubrimientos, de la que guardo copia:

A siete del corriente, como sabe vuestra reverencia, salimos de ese Real de Loreto para visitar el pueblo de San Francisco Xavier Viaundó, y tengo escrito a vuestra reverencia del recibimiento que nos hicieron con muchos arcos y repiques de la campana que el día antecedente habían llevado. Entrando dieron la obediencia muchos indios e indias de varias rancherías que estaban congregadas. Mientras se iba tomando lengua y noticia del camino y distancia que había desde este paraje a la mar de la contracosta.

Llevando consigo su altar portátil con todo lo demás necesario, porque su primer cuidado era el de oficiar la misa, donde quiera que estuviera. Llevaba también consigo los cuatro tomos del P. Señeri, intitulado *La Manna dell'Anima*, que en su introducción decía *overo Esercizio facile insieme e fruttuoso per chi desdiera in qualche modo attendere all'Oratione...* Cuando llegaron al paraje escogido para fundar la misión, el capitán don Antonio García de Mendoza y los soldados se aplicaron a abrir caminos y en hacer adobes y en poco tiempo hicieron 2,500 con los que en días levantaron la capilla que se dedicó al glorioso apóstol San Xavier; tenía siete varas de largo, cuatro y media de ancho, con la correspondiente de alto y el techo de paja. En proporción de la capilla formaron una casilla para el misionero, con dos piezas, dormitorio y una pequeñita salita, con el techo de paja, dejando por revocar las pare-

⁷¹ Carta del p. Francisco María Piccolo al p. Juan María de Salvatierra. *En Informe del Estado de la Nueva Cristiandad de California 1702 y otros documentos*. Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, S.J., ediciones José Porrúa Turanzas (Col. Chimalistac), p. 145-158, Madrid, 1962.

des. El padre Piccolo hizo subir, en recuas, las alhajas de la iglesia, y sus escasas pertenencias desde el Real de Loreto. Aquí se dedicó a aprender la lengua de los indios laymones que tenían algunos modos diferentes a los indios de San Juan Londó, anotando en un cuadernillo las nuevas palabras, cuando las cosas estuvieron más o menos bien, hizo su primera entrada en las tierras de los gentiles hasta la contracosta o mar del sur, como lo refiere en la carta de noviembre del año de 1699, de la que guardo una copia:

En veinticuatro, pues, de este mes de octubre, sábado, salimos al romper el alba y habiendo caminado como cuatro leguas, de camino llevadero, entre piedras de un arroyo, que en partes tenía tanques de agua y por cañadas de muy buenas tierras, llegamos a un hermoso puesto con su arroyo corriente, lleno de sauces y carrizales. Que los indios llaman a este paraje Ohobbé y nosotros le pusimos Santa Rosalía, por habernos encontrado el muchacho Marcos Antonio con un indio laimón, cuya niña había yo bautizado en la otra entrada y se llamó Rosalía; dicho Marcos Antonio venía gritando:

—Padre, este indio es tu compadre, tú bautizaste a su hija Rosalía y te quiere acompañar hasta la mar.

Nos alegramos mucho; preguntando a este indio mi compadre si adelante había alguna ranchería, nos dijo que sí, y que todas aquellas cañadas estaban llenas de gente, lo mismo dijeron los indios de Viaundó. Con esta noticia le dije que se adelantase y diese la noticia a la ranchería que estaba cerca del camino que iba yo con el capitán a verlos. Cuando llegamos a la ranchería después de caminar una buena legua por un arroyo corriente y ameno, topamos a los indios, indias y muchachos que nos estaban aguardando todos sentados, sin tener ningún arco ni flecha,

serían por todos como ciento veinte personas, antes más que menos, y según me dijeron, había mucha más gente que estaba desparramada en busca de sus comidas. Este puesto se llama Diwonohí. Viendo el capitán que dichos indios se espantaban de los caballos, dio orden a los soldados que parasen por otro lado, quedándose el capitán conmigo y Esteban Rodríguez.

Llamé a los intérpretes que llevábamos y les hablé para que diesen el *tlatole*, los cuales estaban tan turbados que no acertaban a decirles nada; viendo esto les hablé en nuestra lengua monqui, a lo que estuvieron todos muy atentos y por lo que vimos, muchos entendían la lengua, porque luego explicaban unos a otros y daban muestras de alegría.

A este tiempo se levantó uno y con mucho agrado regaló al capitán con una concha de la contracosta, a quien luego dio su merced una navaja, después me regalaron a mí unas cabezas de mezcales; hecho esto envié por maíz y se los repartí, a las mujeres primero y después a los hombres; hallamos en ellos tanta mansedumbre que pasando adonde estaba el real se vinieron detrás de nosotros, unos se admiraban de los caballos, otros de las cabras y perros, otros de los indios yaquis que iban con sus capiruzas, pero sobre todo de los soldados.

Habiendo yo y el capitán visto que el puesto donde estaba el real era incómodo para las bestias, preguntó a los indios si más adelante había mejor paraje para ellas; dijeron que sí. Proseguimos adelante con la guía que pedimos y además de ella vinieron acompañándonos como veinte indios limpiando el camino por ser todo monte; caminando poco más de una legua topamos con otra ranchería y hallamos en ella como veinte personas que nos recibieron de

la misma manera que las primeras, por haber ido el mismo indio mi compadre a avisarles. Luego les hice una plática con intérpretes, diciéndoles por remate que si querían dar unos párvulos para bautizarlos, a que respondieron las mujeres con mucho juicio, que ellas los darían, pero que no estaban sus maridos y no sabían si lo llevarían a bien. Hicimos noche en dicho puesto y regalé a los indios con un poco de maíz y carne. La mañana, domingo, dicha la misa, proseguimos nuestro viaje.

Dos leguas más adelante vimos un hermoso paraje de muy lindas tierras con aguas corrientes, y por ser tan hermoso le puse Nuestra Señora de los Dolores y los indios le llaman Picolopri. Caminamos otras dos leguas buenas y llegamos a las diez u once de la mañana a otro paraje llamado Arudovichi, siguiendo el mismo arrollo y llegando a un carrizal dijeron los indios que de allí en adelante no había agua hasta llegar cerca de la mar. Proseguimos el mismo día juzgando habría bastante tiempo para llegar a la contracosta. Fuimos caminando por tierras llanas secas y muy tupidas de árboles de pitahayas, de muchos conejos y venados. Los tres laimones que vinieron por guías en todo el camino, como veían pitahayas, a carrera iban a cogerlas y me las traían y lo mismo hacían al capitán, sin comer ellos ninguna. Iban limpiando el camino, quitando las espinas que eran tantas, que hubieran dado que hacer a más de cien gastadores; lo sabe mi sotana, que ha quedado hecha racimo. Ya puesto el sol, en un paraje estéril, sin agua ni zacate, determinamos hacer alto por no llegar a la costa de noche.

Pasamos esta noche en risa y alegría y convites de chocolate porque no había agua, aunque oíamos la de la mar. El martes después de legua y media de camino dimos con el aguaje distante de la mar como una legua, sin hallar indio

ninguno, aunque vimos muchísimas camas frescas hechas por los indios. Paramos porque dijeron los indios que a la playa no había agua y así dimos de beber a las bestias en una olla grande de cobre por estar el agua en batequis. Almorzamos mientras comían las bestias, pues hallamos muy buenos pastos y carrizales. Dio orden el capitán que saliésemos a ver la mar y a ver si estaban pescando los indios con intento de volver a dormir al mismo puesto. Fuimos y no vimos indios ni puerto ninguno, porque todo era playa hecha media luna, que tenía de punta a punta más de veinte leguas; pero la playa era muy alegre y en ella vimos muchos huesos de ballena. Buena gana tenía el capitán y mucho más los soldados de quedarse unos días por allá para ir reconociendo algún puerto, aguajes y rancherías. Caminamos un buen trecho la playa arriba y la playa abajo, más para dar gusto a los indios nuestros, porque ninguno de ellos había estado por allá y cogieron un género de conchas hechas racimos, que arroja a la playa la misma mar; es comida muy delicada, y se estima mucho en Italia; en Palermo se llaman dátiles del mar. El día de San Simón y Judas salimos y habiendo caminado como una legua nos dieron unos gritos los indios desde una loma, vimos unos pocos de ellos que al parecer estaban sin armas. Los llamamos para bajasen, pero no se determinaron. Lo que yo puedo asegurar es que por los rastros y casillas que vimos, ha de haber muchísimos indios en aquellas playas. Proseguimos nuestro viaje y fuimos a sestear hasta el aguaje, que habrá como siete leguas. De allí pasamos por tarde al puesto de Arudovichí dejando atrás el peor camino. El jueves salimos de dicho paraje para ir a dormir en el puesto de Santa Rosalía Ohobbé, enviando por delante dos de las guías a que avisasen a los indios que íbamos a pasar a dicho puesto, y habiendo llegado no había indio ninguno y luego dentro de poco rato llegaron dos mujeres con unos tantos indios, y des-

pués fueron llegando otros con los indios guías y dijeron que toda la gente estaba por los cerros haciendo sus comidas de mezcales, que si allí nos esperábamos que bajarían todos. El capitán, para que vieran los indios la fuerza de nuestras armas, mató con una pistola una cabra a la vista de todos, quedando los indios muy espantados y fueron a ver dónde recibió el golpe el animal. Esta mañana viernes fueron bajando los indios e indias hasta como cincuenta o sesenta personas. Les dije que si querían que se bautizaran los niños que traían. Dijeron que sí, que a eso los habían traído. Nos quedamos cuatro días en aquel paraje, pues el indio Ángel me dijo que había visto con sus ojos muchas y muchas rancherías cercanas, y preguntando cómo se llamaban me dijo tantas que dejé de escribirlas; se conoce que dice la verdad, porque dice que por la parte del sur hay mucha gente, pero él no ha ido por allá porque son enemigos, pero que por la parte del poniente las ha visto todas, y que tienen muy grandes tierras y arroyos. Alabando yo las tierras que vimos por el camino, me dijeron que las tierras buenas con agua están adonde viven los indios, porque en el camino no hay rancherías ni tierras buenas. Salimos a toda prisa porque se acababan los bastimentos y los indios iban cayendo como granizo, les prometí volver otra vez, y empezamos a caminar... Llegamos, pues, a San Francisco Xavier como a las tres de la tarde, y hallamos la capilla toda revocada por dentro, recibiéndonos los hijos con mucha alegría, hallamos todo cuanto habíamos dejado aguardar.

En suma, no hay más que dos días de camino de Viaundó a la contracosta, y de mar a mar tres días de camino descansadamente. Esta es la sustancia de nuestra jornada. Estos grandes descubridores y sobre todo el capitán Antonio García de Mendoza, merecen el regalo y el consuelo de su muy deseada presencia por acá. Venga pues, y venga

a dedicar la primera capilla a nuestro grande apóstol San Francisco Xavier.⁷² Rúbrica Francisco María Piccolo.

A su regreso de la expedición encontró que los indios habían terminado la obra, revocando las paredes y guardado fielmente las reliquias de la iglesia, pero pronto las tentaciones del demonio llegaron porque además de las fatigas de aprender el idioma tuvo que sufrir el trato grosero de los indios y sus costumbres gentilicias. Los indios todavía gentiles fueron instigados por sus hechiceros o guamas y de algunos indios principales, y los incitaron a cometer un gran atentado contra el padre siciliano. Fueron a su casa bien armados todos, pero por fortuna el padre había salido del pueblo, puesto sobre aviso de lo que se tramaba, pero tenía en su casa una imagen de pincel de María Santísima Dolorosa, de especial devoción y que solía llevar en sus apostólicas correrías y la tenía de ordinario en la cabecera de su cama. Viendo los indios esta imagen, dijo uno de ellos señalándola:

—A ésta la quiere mucho el padre.

Enardecidos como estaban tensaron sus arcos y se pusieron en posición para tirarle de flechazos al rostro, haciéndole dos agujeros muy inmediatos a los ojos. Que para memoria hasta ahora se conservan en la santa imagen que el padre guardó con especial veneración.

Luego movidos por sus guamas fueron entonces contra la capilla haciendo destrozos con mayor rabia en las cosas de la iglesia. Un crucifijo de madera lo hicieron trizas y lo fueron a arrojar al cieno. Esta osadía no quedó sin ser ven-

⁷² Carta del padre Piccolo a Juan María de Salvatierra.

gada, subió bien enardecido el capitán Antonio de Mendoza con su escuadra e indios flecheros de la nación yaqui, que llegando a la misión incoada de San Francisco Javier Viggé mandó aprehender al principal motor de la rebelión y sin hacer el juicio acostumbrado y, en medio de la sorpresa de los indios herejes, lo decapitó de un espadazo y su cabeza la colgó de un palo que mandó a poner frente a la capilla, para escarmiento de todos. Las atrocidades cometidas por el capitán llegaron a oídos del padre milanés.

El capitán fue severamente amonestado, en consejo convocado por el milanés, por tan cruel decisión que tomó sin el consentimiento del padre provincial. Porque el milanés Juan María de Salvatierra, con la facultad que le concedió el virrey Mendoza, estableció en el presidio de los soldados un gobierno cristiano, militar y político. En lo militar tenía a su mando y disposición todo el presidio de los soldados con su cabo, con potestad de poderlos remover siempre que se desarreglase su conducta.

En pocas palabras —dijo el alférez Mugazabal— el capitán no tenía más libertad que la que logra un estudiante⁷³ bajo la férula de su maestro.

—Aunque celaba la subordinación de los soldados al capitán como su legítimo superior y que él los castigase, cuando la falta no fuese mayor porque siéndolo el castigo es el destierro, no sólo cuando falten en lo militar, sino en cualesquiera otra materia.

—El primer capitán don Luis Tortolero como soldado reformado, nunca dio su brazo a torcer y don Antonio Mendoza,

⁷³ Citado por Venegas Miguel, *op. cit.*, p. 180. Sobre las injurias hechas por seculares a los jesuitas de California.

práctico en la guerra, no se sujetaba a las órdenes del padre provincial. Por eso convocó a consejo para sancionar al brutal capitán y tomar las medidas necesarias en lo político. Porque el único que podía sancionar al capitán era él.

—El demonio no para ni deja ocasión de inquietar a estos pobres y desdichados indios que alumbrados de la predicación evangélica cierran los ojos a la luz de la verdad para quedarse en la sombra de sus embustes y de sus ridículas idolatrías. Dijo el milanés a los ahí presentes con seriedad.

—Ellos caerán en la red de Pedro, mirándolos Cristo con ojos de piedad. Participó el siciliano aludiendo al apóstol Pedro y a las palabras de cristo en Mateo V, 18-20.

—Son sus guamas o hechiceros, tenéis que acabar con ellos padre provincial, si queréis paz en el Real. Dijo el capitán en tono severo, como intentando desatarse de la culpa del homicidio del indio.

—No es con el ruido de las armas sino con la cruz del evangelio como acabaremos con esos guamas, dijo el milanés.

—Tenéis que destruir sus instrumentos del demonio: sus *guanakaes* o capas de cabellos que usan como si fueran sotanas en sus ceremonias gentílicas. Dijo el siciliano que había visto en su entrada a la contracosta innumerables afelguas o sinagogas del demonio, que los gentiles usaban para sus ceremonias gentílicas.

—Hay que prohibir que entren al Real con sus arcos y flechas, dijo el capitán.

—Da la orden a los soldados, a los gobernadores y a todas las varas de justicia para que se haga. No quiero ver a ningún indio cristiano con arco y flecha, en el real ni en ninguna parte. También que se dé la orden para que no se permita la entrada a los gentiles desnudos y que no deambulen en el Real.

—Daré la orden padre. —Luego lisonjero dijo dirigiéndose a todos “pero padres no hay de que maravillarse porque esta tierra si antes era infierno, hoy es paraíso, por habéis lanzado de ella la serpiente venenosa que la guardan y defienden con las espadas de fuego que vibran en sus angelicales lenguas, con la publicación del santo evangelio”. —Luego pecando de imprudente se atrevió a pedirle armas al padre. —Padre provincial, para asistir a la conservación y defensa de su santa misión suplico a vuestra reverencia demande al padre Francisco María Piccolo, aquí presente, que en la próxima memoria pida dos pistolas de acción y encargo de que sean tales que no falten en las ocasiones que se ofrezcan. Que no faltaré en agradecimientos y a todo lo que mi pobreza alcanzare para servir a vuestra reverencia, a quien guarde Dios muchos años.

Después de este día el padre provincial —dijo el alférez Mugazabal— no se sentía a gusto con su capitán y en la primera ocasión que tuvo lo destituyó, aunque hicieron saber que la causa había sido por enfermedad en sus ojos.

Después de que el siciliano Piccolo fue llamado para fundar nuevas misiones en la California, tocó al padre apóstol de la California hacerse cargo de la misión de San Francisco Javier Viggé.

Decidido a enseñar la doctrina a los gentiles de su misión, los conducía todas las tardes a la enramada don-

de les rezaba el rosario y pasaba a explicarles la doctrina y los misterios de nuestra fe, dándoles, al finalizar, en premio, de comer pozole. Al principio estaban inquietos, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas, porque todavía tenía yerros en las voces y discurría fuera de la razón en la lengua de los cochimí. El padre que todo sobrellevaba con indecible sufrimiento, quiso infundirles temor hablándoles de las penas del infierno, entre las que ponderó, con cuanta fuerza pudo, el fuego eterno que devoraba las almas, pero los oyó decir en sus corrillos que mejor era el infierno que la suya, pues no había falta de leña, sino mucha lumbre para calentarse y que así era mejor para ellos dejar esta tierra e irse a vivir allá. Y como nada bastaba para tenerlos atentos discurrió un día meter terror para sacar respeto, que fue castigar a un indio revoltoso que se movía, como otros, de la explicación de la doctrina y que se preciaba de fuerte y valiente, ventaja única que entre ellos merecía estimación. Confiando el padre en sus extraordinarias fuerzas para amedrentar a los demás gentiles con el castigo e humillación de este indio, le tomó de los cabellos y le dio un fuerte apretón de brazos que le hizo soltar un tremendo grito de dolor, y mirando a los demás en actitud desafiante, con ironía dijo:

Vaya, no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.

Por estos tiempos, poco después de mi llegada y sirviendo ya como soldado del presidio, se escuchaba de los indios gentiles y aun de los primeros indios cristianos el gran miedo que les inspiraba Chimbiká.⁷⁴ Preguntados de qué

⁷⁴ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 217-218.

era eso que llamaban Chimbiká, sólo se obtenía como respuesta un:

—Quién sabe.

Un día al romper el alba, los dos indios yaquis que habían salido a pastorear el chichorro de cabras regresaron sobresaltados de sus faenas, porque encontraron, al llegar a los corrales, varias de sus mejores cabras descuartizadas por un extraño animal. Por el aviso salimos cuatro soldados del Real y varios indios flecheros de la nación yaqui al lugar para dar fe de lo sucedido. Regresamos espantados informando al capitán del presidio, don Esteban Rodríguez y al milanés que cuatro cabras habían sido devoradas en el lugar donde pastoreaban y que una de ellas la encontramos, inexplicablemente, entre el horcajo de un mezquite, como si una extraña y poderosa fuerza la hubiera expelido a los aires. Según las señales que encontramos, cogimos los soldados y los indios yaquis, que debía de ser algo que no era de este mundo.

Se corrió la voz de lo sucedido entre los indios catecúmenos de las misiones, siendo mayor el terror entre los indios cristianos de Loreto, de San Javier Viggé y de Malibat, con ello se desparramó el pavor hasta la misión de Mulegé, cosa muy usual entre ellos. Esto provocó que no quisieran salir a los montes a recolectar de sus semillas y que algunos, a escondidas de los misioneros, temerosos, acudieran con sus hechiceros por el gran miedo que le tenían a este demonio que llamaban Chimbiká. Sólo el hechicero o guama, según dijeron, sabía cómo apaciguar el enojo de Chimbiká. El hechicero, aprovechando la ocasión, les decía que su dios mandaba las calamidades por haberlo abandonado, que sólo expulsando a los cristianos de sus tierras podían apaciguarlo.

El misterio se resolvió en una ocasión en que el padre Ugarte, el apóstol de la California, montado sobre su caballo y volviendo de Loreto para su misión de San Javier Viggé, divisó no lejos del camino un león dormido, como los que se habían visto en Nueva España.

Entonces el padre, conociendo que éste era la causa de tanto movimiento entre los indios e incluso de los soldados y de los españoles grandes y chicos, se apeó de su caballo y se fue acercando con una pesada piedra en las manos. Cuando el animal sintió su presencia quiso incorporarse para abalanzarse sobre él, pero él le dejó caer la piedra con tal fuerza que lo tumbó dejándolo aturdido y antes que se levantara de nuevo, le dejó caer una segunda piedra entre los ojos y la frente, que es el talón de Aquiles en estas bestias, matándolo. Ya muerto, decidió el padre llevarlo a los indios de su misión. El mayor trabajo fue ponerle sobre la cabalgadura, que no estaba aun bien domada. Viendo esta dificultad y que por estar solo no podía vencerla sólo con la fuerza, se valió del ingenio: puso sobre un peñasco al león, montó en la cabalgadura obligándola a que se arrimara al peñasco, por más que éste se rehusaba admitir sobre sí tan aborrecida carga. Lo cargó poniéndole consigo sobre la montura y tomó el camino hasta su misión de San Javier, distante de ahí como dos leguas. En llegando los indios al ver al león se espantaron y corrieron a esconderse temiendo la venganza de Chimbiká. La razón de tanta aprehensión era porque estaban persuadidos de que estos animales no debían de ser matados porque si así lo hacían Chimbiká regresaría y los mataría a ellos. El padre, conociendo el horror que le tenían, les refirió a sus indios lo que había pasado y cómo le había dado muerte al león. Un indio de los más viejos se acercó al padre y viendo al león dijo en voz del intérprete:

—Padre, podéis matar al león y muchos más, pero a Chimbiká jamás —luego sentenció—: El tornará a cobrar-se el agravio con uno de los nuestros porque lo hemos abandonado.

Para desengañarlos a ellos de su errada creencia les decía que estaba seguro de que Chimbiká, al que acababa de matar, no se había de vengar de él, y de que ni se vengaría de ellos el león que ellos matasen, porque Chimbiká ya había muerto.

Así los animaba a no ser caso de sus vanas aprehensiones y a perseguir en lo sucesivo a estas bestias que tanto daño hacían en el ganado mayor y menor y especialmente en las crías de caballada, que ya entonces tenía la misión alguna. Les prometió, para incentivo, darle un toro en retribución a cada uno de ellos que matara a Chimbiká.

Padre —dijo un indio mozo llamado Ángel—, Chimbiká no es un león.

Entonces —dijo el padre rectificando— daré el premio a todo aquel que mate al león.

Los indios se admiraron del caso, de cuya verdad no podían dudar, viendo ya sin recelar a la bestia muerta con todas las señales recientes de lo que el padre decía. Con esto y con el premio que les propuso, se fueron animando a perseguir y matar tan pernicioso animal. El padre cumplía lo prometido, dando por cada león muerto, un toro. Esta costumbre de la misión de San Javier se fue extendiendo por las demás. Más para que no hubiera engaño debían llevar a la casa del misionero la piel recién quitada de este animal como señal de que se habían ganado un toro. Juntamente a esto llevaban el unto o manteca del

mismo animal que servía para curar las mataduras de las bestias de carga y silla con buen efecto. Entre tanto se comían los indios la carne de un león, cuya carne decían era muy buena. Más para cazarlos era necesario usar cautela, y no ir para esto solo; porque siendo este animal feroz y atrevido, había peligro de que embistiera y cazara al hombre, en lugar de que éste le cazara a él. De éstas y semejantes boberías procuraron los padres misioneros disuadirles que, por lo común, se había logrado en las misiones nuevas. Chimbiká, con el paso de los años, dejó de atemorizar a los nuevos cristianos y sólo en las tierras de gentiles se escuchaba de cuando en cuando hablar de este espíritu tan temido y respetado por los antiguos indios.

La práctica de la Misión de Loreto fue la regla para los ministerios de las otras misiones, sin más diferencia que la que podían ofrecer las circunstancias particulares de cada territorio.

El azote de las epidemias y calamidades

La Compañía de Loyola, compadecida por la ruina de la peste y pronta en sus ministerios para curar almas y cuerpos, vuela y alegre desempeña trabajos ímprobos; no descansa obligada por sus vigilantes cuidados, hasta que tocada por el golpe de la Enfermedad incurable cae para ti...⁷⁵

Los años 1709, 1711, 1712 y 1713 fueron funestos para California, pues una epidemia de viruelas la asoló. A esta infelicidad se aunaron las hambres ordinarias, el naufragio de la lancha San Javier en tierra de indios indómitos llamados seris y las constantes incursiones de los indios pericúes de la isla San Joseph a las tierras de la Misión de Malibat o Liguí para hacer destrozos y llevarse a las indias como cautivas, la comida y el fierro.

En la misión de Loreto cada día se enterraban entre seis o siete párvulos y adultos, y siendo universal la enfermedad, infirieron los padres haber perdido la mitad de los indios catecúmenos de las cuatro misiones fundadas.

Los hechiceros, tenidos por los misioneros como embusteros, embaucadores y enemigos constantes de las conversiones, esparcieron la voz que los padres vestidos de negro, el milanés y el siciliano y los demás misioneros, mataban con el bautismo y el Santo Óleo, pero viendo los pobres indios que el mal no perdonaba a los malvados hechiceros, unos con la confesión y Eucaristía y otros con el bautismo, procuraban asegurar su salvación. Los padres

⁷⁵ La Californiada. *Op. cit.*

acompañados de los soldados, en el ejercicio de la caridad, recorrían de día y de noche las rancherías, los montes, auxiliando a los moribundos y enterrando los cuerpos, lívidos, negros y pestilentes que hallaban en las barrancas. Los indios, luego que sentían venir al padre, se escondían, como prácticos de sus tierras y escondrijos y en el andar desnudos, sin estorbo alguno de ropa para penetrar por los montes y breñas, ágiles y acostumbrados a caminar largas distancias entre barrancas y piedras resbaladizas. La continua fatiga en la asistencia de los enfermos, junto con la escasez de los alimentos, el caminar cerros y barrancas, lastimándose con las piedras e hiriéndose con las espinas frustraba las diligencias a los padres por no poderle dar alcance a algunos de los enfermos que buscaban, para redimirlos y convertirlos a la fe cristiana, ahora que estaban moribundos.

Los instrumentos del demonio

Aunque el tiempo que ha pasado es largo y algunas cosas se han caído de mi memoria, otras huido o hurtado el camino de la razón y otras han enflaquecido por inútiles, con gran esfuerzo traigo y traslado al papel lo que a este tiempo me dijo el padre siciliano Piccolo, del que fui su escolta personal por algunos años, que dará alguna luz sobre cómo el padre milanés arrebató estas naciones de las manos de Luzbel, para gloria de nuestro rey.

—Sepa vuestra merced que alguna cosa ha hecho nuestro padre rector en la ranchería de San Isidro —que está en una cañada como a seis leguas del presidio de Loreto—, le ha dado al demonio mucha pena, algo le ha quitado de sus garras y esto lo verá vuestra merced en los perros que cuidan el chinchorro de cabras. Porque estos perros hasta ahora no han hecho mal a ninguno, y ahora el demonio los ha tomado por su instrumento procurando que los indios armen algún motín para ver si se puede vengar del agravio que ha recibido de manos de nuestro padre rector Juan María de Salvatierra.

Esto mismo me lo tornó a decir con mucha seguridad por la noche, en la cena. Al siguiente día, al cuarto del alba, como si sus palabras fueran proféticas, sucedió que dos de los perros, que iban por guarda del chinchorro de cabras, embistieron en el monte a un pobre indio y lo maltrataron de suerte que le hicieron siete heridas. Al otro día hicieron lo mismo con otro que encontraron a su paso. Al tercero maltrataron a un indio de calidad que era el indio principal de la ranchería de Malibat. Que si no los socorren a estos pobres indios, los dos indios yaquis, que son los pastores, los hacen trizas. Viendo el

estrago que habían hecho, el cabo dio la orden de que los matasen. Me dispuse a sacrificarlos, pero me pidieron los soldados que no lo hiciese tal, porque:

—Es una lástima, Juanito, que los sacrifiques pues tan buenas guardas de las cabras y de los indios es difícil de reemplazar en la California.

Los hice amarrar por los indios yaquis en la plazuela, cerca de la guardia para estarlos vigilando, pero en un descuido mío, por la tarde, uno de ellos cortó el mecate y embistió, a la puerta de su casa, a un indio ahijado del capitán del presidio, de suerte que si no salgo tan aprisa para auxiliarlo, lo hace pedazos. Cogí un alfanje y lo maté de muchas puñaladas y como cosa del demonio arrojó espuma por la boca. Haciendo esto, el otro perro comenzó a aullar como coyote, de un modo tan lastimero que puso a todos con los pelos de punta. Causando tal inquietud entre los indios del Real que casi se amotinaron, pidiendo al siciliano que también diéramos muerte al otro perro, y así lo hicimos, con lo que se sosegaron los indios. Los perros sirvieron de alimento de los indios.

Al día siguiente regresó el milanés con el capitán del presidio y estando su reverencia abrazándome dijo:

—Juanito, hemos hecho una gran cosa en este viaje, pues, además de haber bautizado a todos los niños de la rancharía de San Isidro, con mucho gusto de sus padres, hemos enviado al cielo el alma de un indio que, así que llegamos, le dio un desmayo a vista nuestra, y creyendo que estaba muerto le di los Santos Óleos. Hecho esto arrojó espuma por la boca, como si expulsara por ella al demonio, volvió en sí, entonces conocí que era un hechicero llamado en su lengua Ibo y le dije si quería ser cristiano, que lo bau-

tizaría a que me respondió, con mucho agrado, que sí, y llamándolo Isidro dio el alma a nuestro señor, quedando nosotros llenos de alegría.

Esto es lo que sucedió. Y digo, que los que conocieron al padre Francisco María Piccolo no se admiran de que hablase con profecía, porque fue tal su vida que se puede creer piadosamente que lo sabía por algún ángel.⁷⁶

El vicio de la deshonestidad⁷⁷ no podía faltar en tierras sin policía ni Dios. En una ocasión, reparamos los soldados del presidio de Loreto que entre las mujeres gentiles que acudían por primera vez a la instrucción de la doctrina venía una, entre ellas, de bastante edad y respeto que, por el traje que traía de unas enaguillas de pita y nudillos de carrizo con la que se tapaba sus vergüenzas y según el adorno gentilicio que cargaba, y el modo de trabajar separada de los hombres, y sentarse con las piernas extendidas, era indicio de ser toda mujer excepto en el parir, pero según el aspecto de la cara, el no tener pechos y lo ya dicho, llamaba la atención.

Ante la inquietud de algunos soldados y españoles que quisimos averiguar el misterio, en preguntando los padres a algunos cristianos nuevos, les dijeron que era hombre, pero que no usaba de arcos ni flechas como ellos, que no iba cazar venados, que iba como mujer y siempre con ellas.

Los padres entonces llamaron al cabo de escolta, encargándole estuviese a la vista y tomase algún pretexto para

⁷⁶ Relación de Antonio García de Mendoza, capitán del Presidio Loreto despachada al padre Juan de Ugarte el 24 de marzo de 1669. Misiones de Baja California, En: *El Noroeste de México. Documentos sobre las Misiones Jesuíticas*, p. 409-410.

⁷⁷ Fray Francisco Palou cuenta el siguiente suceso acaecido en la Misión de Santa Clara hacia 1777: Fray Francisco Palou. En *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra*, Porrúa, p. 151-152, México, 1982.

llevarlo a la guardia, y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase como el de los hombres gentiles, que es el de la completa desnudez, con las vergüenzas al aire, en el traje de nuestro padre Adán antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole luego luego las enaguillas, no sin resistencia y gran irrisión de nosotros que nos provocaba semejante espectáculo, quedó más avergonzado que si hubiera sido mujer.

Lo tuvimos en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; sin embargo, se mantuvo siempre muy triste y lloriqueando como lo hace una mujer, con fuerza y sin bastante causa. Estaba avergonzado de su desnudez a la que no estaba acostumbrado, aun siendo hombre, y después de haberle expresado que si quería ser cristiano no era bueno ir con aquel traje de mujer, y menos meterse entre mujeres. Pasado unos días de sermones llegó una viejecita a suplicar por el indio, que luego se supo era su hijo, acompañada de muchas mujeres que estaban con él, cuando lo hicieron preso. Se sentaron frente a la guardia, con los pies extendidos, como suelen hacerlo cuando quieren hacer las paces. Entregando como regalo una piel de gamuza bien trabajada, de color canela y con figuras curiosas, dijo la viejecita, en voz de un intérprete de su lengua laimona, que ellos vivían en una ranchería distante, que era ella la madre y que venía a suplicar por su hijo para que lo soltaran, que él era el único sostén de ella y que si no regresaba con los suyos ella moriría de hambre y tristeza. Se le dijo que se le entregaría pero que no era bueno que anduviera vestido de mujer y menos andar con las mujeres para engaño de los hombres con que se presumía estaría de concúbito pecando, como en Sodoma y Gomorra, donde se practicaba todo género de vicios deshonestos contra el orden natural de las cosas.

Fue tanta la conmoción que la viejecita causó entre los soldados que el cabo, con la voz anudada y con lágrimas en los ojos, nos dio la orden de que le diéramos vestido de hombre, pero no como la de los gentiles que andan como Adán en el paraíso, sino vestido de indio cristiano para que se fuera con su madre. Le dimos libertad y se marchó a los montes como burro sin mecate, y jamás volvió a verse en la misión. Después, en voz de un soldado, supimos, no sin causarnos irrisión, que estaba en las rancherías de los gentiles como antes, en el traje de mujer. De aquí en adelante y después de conocerse el trato que recibió el indio, nunca se volvió a ver en las misiones, ni en las rancherías de los cristianos semejante mutación de la naturaleza. Causa ésta de que se erradicó el mal o sabiendo de que no era bien visto se ocultaban a los ojos de los soldados, misioneros y cristianos.



De los barcos de la California

Como el Real y Presidio de Loreto y las otras misiones no podían mantenerse por sí solas salían constantemente los barcos a la otra banda para proveer el bastimento, los situados y las memorias para el presidio y marinería necesarios para el adelantamiento de la conquista. El viaje ordinario por mar desde Loreto a la contracosta se hacía regularmente de 9 a 12 días, sin que fuera necesario que los dichos barcos tocasen, ni vieran tierra, sino que el viaje era directo. Del puerto de Santiago de Matanchel, provincia de Nueva Galicia, salían regularmente embarcados los misioneros y también las limosnas, los situados para los soldados y las memorias que llegaban anualmente de México. Rara era la vez que salían de Acapulco y sólo cuando faltaban bajeles era forzoso se embarcasen los misioneros en los esteros de San Blas, Ahome, Chacala o el Yaqui, jurisdicción del Obispado de Guadalajara. Las embarcaciones que poseía la California, desde sus comienzos, eran la galeota llamada Santa Elvira, la fragata San Fermín y dos lanchas, el Rosario y San Javier.⁷⁸ Dos barcos grandes para conducir las memorias y situados y dos lanchas, una grande para la conducción continuada de bastimentos y víveres de las costas de Sinaloa y otras cercanas; sin embargo, muchas veces estuvo la California con una sola embarcación, con graves riesgos y no menos atrasos. Por esta falta de barcos bien abastecidos, dicho sea de paso, no se podían emprender los reconocimientos muy costosos y difíciles de la costa occidental sobre la mar del sur, tan repetidas veces encargados por su majestad.

⁷⁸ Miguel del Barco. *Op.,cit.*, p. 400-401.

Muchos fueron los servicios que prestaron estos barcos a la California y no pocas tribulaciones, como la galeota Santa Elvira, que estaba predestinada a servir a la California. Porque estaba muy vieja y podrida se había ordenado fuese conducida al astillero para darle alguna carena y pudiera servir cuando menos otro año, pero antes de que los oficiales reales y el carpintero de rivera pusieran manos a la obra, se fue a pique dentro del Puerto de Acapulco. Sin embargo, don Gil de la Sierpe Romero, tesorero del rey en el Puerto de Acapulco, con una celosa resolución, dio la orden de que la galeota se sacase del fondo del agua y se aderezase, aunque a los oficiales reales les parecía un gasto inútil y excesivo, diciendo:

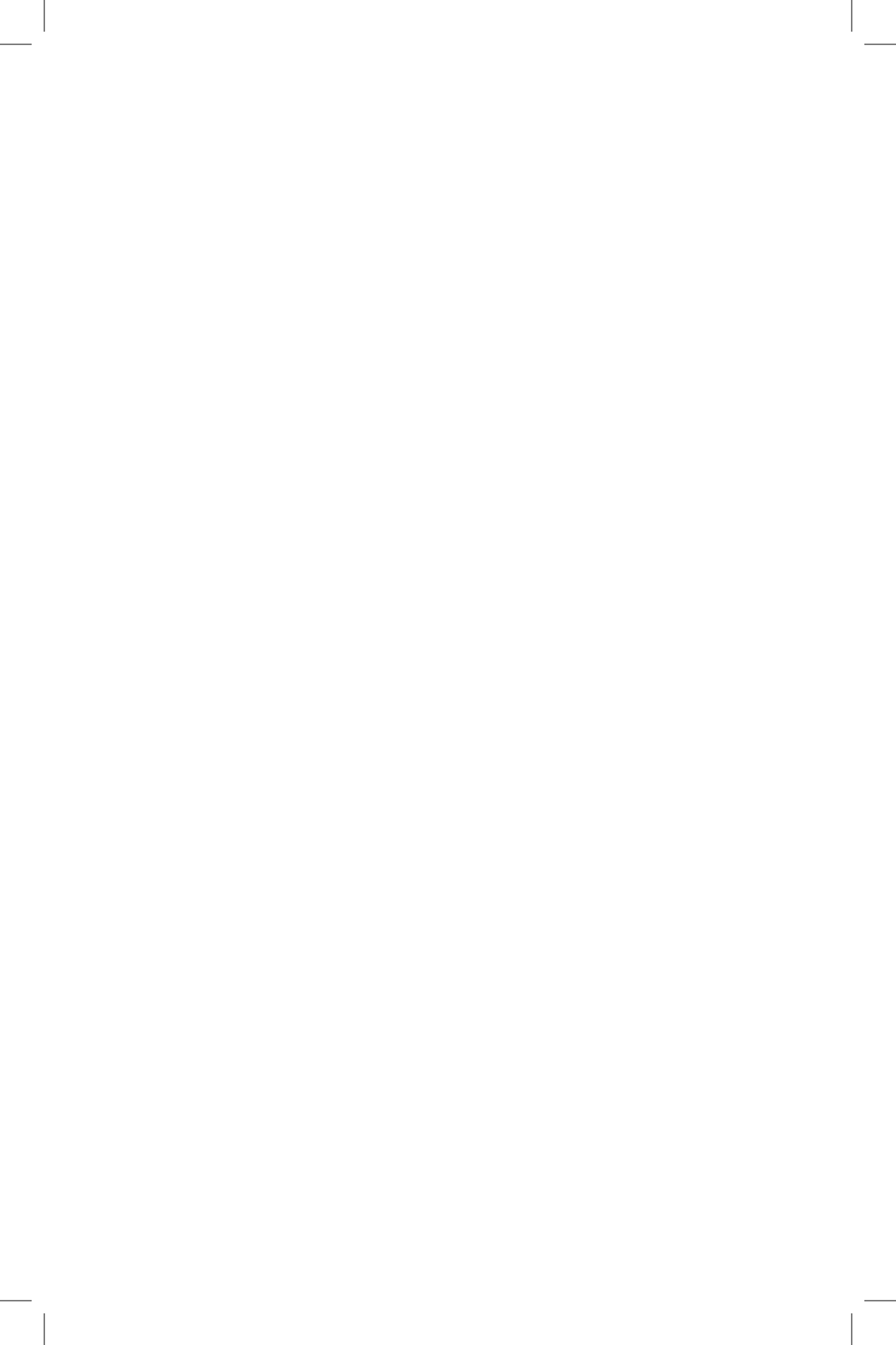
—Vayan, sáquenla y prepárenla porque en ella ha de entrar la fe en la California.

Y luego con convicción agregó —Pues no me olvido como hombre de palabra que soy, de lo que le dije al venerable padre Juan María de Salvatierra cuando le di el último abrazo, que para esta obra de las Californias, su conversión y fomento, pediría yo limosna... y así nada me queda, y nada tengo, que no sea para ellas, y si es necesario venderé la camisa y de lo contrario haré escrúpulo. —Y luego con gran fe concluyó:

—¡Oh Dios! ¡O mi padre! Destruyase el ídolo de las gentes de la California y viva Jesús y María, y muera yo en la demanda.

En cuanto ocurrió la muerte de don Gil de la Sierpe, el padre milanés vio, en la California, cómo cincuenta angelitos californios bien vestidos lo acompañaron a las puertas del cielo. La noticia de su muerte llegó, como siempre sucedía, tiempo después de que el padre milanés contó el

suceso entre los que se encontraban con él. Con su muerte, los oficiales reales negaron la galeota, por concederla a los que iban al buceo de las perlas, sin embargo, como predestinada que estaba a servir a la conquista de California, se volvió a lo profundo del mar, sin que pudiese ya servir.





*El naufragio de la lancha San Javier*⁷⁹

Por el año de 1709, la mala noticia del naufragio de la lancha San Javier se recibió en la California pocos días después de ocurrido, a fines de agosto del mismo año, con la llegada de una lancha de pescadores de perlas, llamada San Antonio, dijeron los mensajeros al capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo:

—Hemos visto la lancha San Javier varada y hecha pedazos en la playa de los indios de la nación seri, 60 leguas más arriba del yaqui, entre gentilidad indómita. En la canoa que llevaba la lancha salieron el arráez y los marineros, huyendo de miedo para salvar la vida, llegando a San José de Guaymas con el padre Juan Manuel de Basaldúa.

⁷⁹ *Juan María Salvatierra y los seris 1709-1710*. Paleografía, introducción y notas de Luis González Rodríguez. El autor menciona que es una carta muy larga, 33 fojas que se encuentra en el Archivo General de la Nación, Ramo Historia. Tomo 308, abarcando los folios 389-403. Documento en PDF. En Internet.

Luego con la calma y ya sosegados regresaron donde estaba la lancha para enterrar en la playa lo que se había salvado y con trabajo fueron a dar al yaqui adonde pidieron socorro y con algunos indios volvieron a la lancha. En llegando toparon con que dos indios gentiles habían robado toda la ropa y víveres que habían dejado enterrado.

La noticia fue escuchada por los niños, tanto españoles como californitos, que ante la novedad la hicieron de pregoneros, gritando a corrillo y por todo el Real:

—¡La lancha San Javier ha naufragado! ¡La lancha San Javier ha naufragado!

Con esta desagradable noticia convocó el milanés a todos los misioneros y al capitán del presidio para pedirles pareceres sobre cómo ir por el rescate de los náufragos: el arráez, los marineros y la lancha San Javier, así como de los bastimentos que eran muchos y muy necesarios a la California. Por esos años estaba atravesando, como llevo dicho, por la peor hambruna padecida en la California, que desde los tiempos del almirante don Atondo de Antillón no se había tenido. A pesar de que el apóstol y el hermano Jaime Bravo se ofrecieron para salir al rescate, junto con el capitán don Esteban Rodríguez, el milanés Juan María de Salvatierra insistió que se quedasen porque eran más necesarios en las reducciones que en el rescate. El milanés decidió salir solo en compañía de unos indios californios, muy a pesar de hallarse convaleciente de piedra en la orina desde hacía tiempo y saberse que era ir a cosa tan trabajosa como lo era procurar el reparo de gente perdida en tierras indómitas y poco conocidas, así como de rescatar la lancha y los bastimentos que eran tan necesarios en aquellos tiempos.

Habiéndose resuelto que fuese la fragata el Rosario a San José de Guaymas con todo género de pertrechos y oficiales de fábrica y de allí se despachasen en canoas o se arrastrasen por mar en balsa los trozos y todos los pertrechos, se embarcó el padre Juan María de Salvatierra con dos indios californios, el 6 de octubre del mismo año. Velejaron con viento favorable. Llegó dos días después a dar fondo en el puerto de Guaymas, de ahí se trasladó al nuevo pueblo de San José de Guaymas, distante tres leguas del puerto, en donde fue recibido por el padre Juan Manuel de Basaldúa, algunos indios californios que estaban en la misión y los nuevos cristianos con mucha fiesta y alegría. La misión de San José de Guaymas era el pie que la California tenía puesto en Nueva España.

Consultados por el padre milanés la gente de mar y prácticos de esas costas sobre la pertinencia de ir en el Rosario a socorrer a los náufragos, tuvieron por impracticable poder llevar con la canoa los trozos y pertrechos a donde estaba la lancha varada por ser mayor la distancia de lo que se suponía y los vientos, ya generales, en contra.

Resolvieron todos que era mejor que fuese la fragata al puerto Antiguo Desierto de San Juan Bautista y se arreglase el viaje para que ya no hubiese pretexto ninguno. Confiando todos en Dios y su Madre, decían:

—Son tiempos buenos para descubrimiento de puerto.

El padre vio tanta fe en toda esa gente que, aunque la fragata corría algún riesgo de perderse con todo y su gente de mar, pero por ser único medio para levantar la lancha San Javier, trató a que se arriesgase la jornada de mar y resolvió adelantarse él por tierra con los oficiales y con algunos indios californios e indios upanguaymas de San Joseph

de Guaymas para ver los daños de la lancha y prevenir ramadas y otras cosas para el trabajo. Salió el padre de San Joseph de Guaymas a 18 de octubre, arreando ocho cabras y dos carneros como comida viva y cargando en una mula sus trastecillos y una fanega de maíz. Caminó como ocho leguas de bastantes atascaderos por haber, pocos días antes, llovido mucho.

El día sábado 19 de octubre, recordaría el padre con alegría y nostalgia que hacía doce años exactos en que había plantado el pie en Loreto Conchó de Californias, día de San Pedro Alcántara, que asimismo había caído en sábado. Había dejado instrucciones al apóstol de la California de que muy a pesar de las tribulaciones y falta de bastimentos no dejara de hacer los festejos acostumbrados en este día tan importante para la California cristiana. Habiendo recordado este día tan glorioso para la California y para la memoria, el padre caminó por la mañana cuatro leguas para llegar a una cañada ancha poblada de arboleda, que era ya de la pertenencia de los indios upanguaymas. Este paraje tenía sauces bastantes y ojos de agua aun en tiempos de secas, según le dijeron los indios que lo acompañaban.

No topó con gente por el camino, y dudando si toparía agua más adelante paró en dicha cañada, en donde a la hora de comer le alcanzó un indio cristiano a caballo que había despachado el gobernador de Guaymas, a quien desde el yaqui remitía el padre Juan de Basaldúa cinco panes a la buena dicha de si lo alcanzaba porque, en tierras nuevas y de gentes enemigas, se suponía faltaría la correspondencia, así de cartas como de poder ser el padre socorrido y así le escribía el padre Basaldúa:

“Si llegan los cinco panes que le envío, será de puro milagro, porque antes está la tentación del demonio y

después la natural inconstancia de los indios.” Después de leer la carta, urgó en las viandas, no sin sospechar en lo vano de la acción, pues creía, al igual que el padre Balsaldúa, que sólo un milagro haría que los panes llegaran a sus manos. Hurgó con estos pensamientos en la alforja en busca de los panes y se alegró de verlos, exclamando: ¡Jesús, María y José! Así por reconocer la fidelidad de los indios guaymas como porque escaseaban ya los tamales que los pobres indios cristianos de San Joseph de Guaymas le habían hecho para su camino. Aquí reconoció el milanés su flaqueza, y para descanso de su conciencia repartió los cinco panes entre sus indios californios y upanguaymas que lo acompañaban y también comió él un trozo que le supo a gloria.

Después de una larga jornada por tierras cenagosas y desconocidas, llegó por fin el padre con sus ocho cabras y los dos carneros, así como con media fanega de maíz con que socorrerlos (la otra mitad se la hurtaron los mismos upanguaymas). Fue recibido con salvas por los náufragos que se alimentaban ya de semillas del monte y verdolagas cocidas en agua. Al verlo corrieron hacia él hincándose y besándole las manos. Exclamando al unísono:

—¡Gracias a Dios estamos salvados! Gracias padre, gracias.

Toda la gente de mar dijo que sólo por el amparo de la Madona y San Francisco Javier no cundió el fuego a todo el barco porque estaba una parte sobre el agua y la otra enterrada. Sólo se dudaba si estaría quebrada la quilla, que al no estar quebrada todos se animaron y cobraron esperanzas de recuperar la lancha San Javier, sobre todo el arráez Agustín Hernández que era el que más apego le tenía. Los indios le habían quemado el timón para sacar los hierros

del barco, que a golpes de piedras habían desprendido muchas tablas que estaban aventadas, y por los golpes de mar en costa brava se habían quebrado muchos costillares o barraganetes y provocado otros daños. También, los indios, habían empezado a quemar arriba, cerca del paño de popa, para sacar la cadena y clavos.

Volvieron otra vez a la necesidad de bastimentos y aun mayores porque acabada ya del todo la carne de las cabritas y carneros, se acabó también el maíz y ni el viento daba lugar a pescar. Para el 31 de octubre no tenían ya para cenar, cuando al cuarto del alba se vio venir gente de a caballo a llevarles socorro. Cuando se fueron acercando y hicieron todos su salva, reconocieron que era gente española del Real de Guadalupe del Aguaje, distante de la playa como 30 leguas en terreno llano pero cenagoso, que venían acompañados por su capitán don Javier de Valenzuela, quien antes había estado en la California sirviendo en el presidio y por eso estaba agradecido de los favores recibidos por la Madona de Loreto. Lloraron de ternura al verlos tan desamparados, tanto más que ya se habían ido, esa misma mañana, los quince indios upanguaymas de la nación yaqui a sus tierras, por una parte bien pagados por sus trabajos con paños y frazadas, y por otra por no sentirse seguros en tierras de indios enemigos y por saber que los náufragos y el padre eran gente desdichada tirada en esa playa que no tenían nada que dar.

Los españoles luego sacaron lo que traían que era mucho maíz para la gente y los regalos que enviaban las mujeres españolas al milanés Juan María de Salvatierra, con lo que le demostraban el cariño que le tenían. Enviaban tortas y bizcochuelos preparados por ellas que sólo alcanzaron para esa noche. Supusieron los náufragos que traían carne en abundancia pero luego se supo que por ha-

ber salido a la ligera sólo traían para el camino y los regalos dichos. Amaneciendo al día siguiente el capitán Valenzuela se despidió dolido del desamparo y la dificultad de llevarles pronto un socorrillo para tanta gente. Pero quedó apalabrado de remitir a la playa, con expertos vaqueros españoles, veinticuatro reses para hacer la matanza de una vez y aviar las dos embarcaciones y llevar un socorrillo de carne a la California que se encontraba desamparada, a su vez el padre se comprometió a ir al Real para decir misa a los españoles.

En eso estaba cuando llegó a la tienda Agustín Hernández, el arráz del barco varado, diciendo que venía uno a caballo por la playa del norte, que parecía el indio mayordomo del padre Fernando Bayerca, y de hecho era y traía cartas del padre donde se decía que enviaba socorro que había dejado a bordo de la fragata el Rosario que estaba en el Puerto Antiguo Desierto de San Juan Bautista. Dicho socorro consistía de tres fanegas de trigo, un tercio de harina y un costal de pan y una carga de carne con otros regalitos. Decía también que en toda la tierra de Sonora había carestía de bastimentos por lo que se hallaba en la imposibilidad de poder enviar más socorro.

Con toda la ayuda de gente española se acabo de arriar el barco varado para poder trabajar en él y así, teniendo ya bastimento para tanta gente y dejando en buena corriente ya la fábrica y alentada la gente, salió el milanés con el indio mayordomo del padre Bayerca al puerto donde estaba la fragata el Rosario, como a tres leguas de allí. Topó con la gente de mar de la fragata el Rosario que había echado fondo frente a las tierras de los seris playanos y para darles confianza a estos, el milanés decidió vivir en tierra y pasar la noche con ellos y unos californios que lo acompañaban. La gente de mar, muy alentados por el feliz

encuentro, construyó un gran balsón con trozos de robles y otros árboles que habían cargado en la misión de San José de Guaymas para llevar los pertrechos y cables para la fábrica de la lancha San Javier. Salieron con él, remolcándola a fuerza de remos con la canoa grande. Estando en medio de la mar brava arreciaron los vientos contrarios, provocando que la cuerda se rompiera y quedara el balsón a la deriva con un pobre marinero a bordo. Por fortuna el viento la empujó hacia la costa varando media legua más debajo de donde estaba la canoa grande, y sin perderse nada, en tiempo manso se condujo todo. Mientras el padre milanés dijo misa en tierra de los seris, acudiendo a ella gente de varias rancherías. Días después llegaron las veinticuatro reses prometidas por el capitán Valenzuela y le pareció al padre la ocasión propicia para convidar a la matanza de las reses a los niños y niñas cristianos seris, pimas y upanguaymas, sabiendo que si iban estos, también irían los indios adultos acompañándoles. Con los niños vinieron sus padres, sin recelo de los demás indios.

La gran matanza de las reses se hizo en la playa de San Javier, con gran alegría y participación de los indios, obedeciendo a todo lo que se les decía, llevando lo que no servía para tasajear, espantando las moscas que eran muchas y trayendo agua para lavar la carne. Al final se dijo misa, se bautizaron algunos parvulitos y se dio una gran comilona, estando juntos por primera vez los indios seris, pimas y upanguaymas. Allí se hicieron las paces con gran alegría, prometiendo a los seris que pronto tendrían padres misioneros que los cuidasen y enseñasen como a los demás.

Con todo, tuvo el padre la alegría de ver que ya los oficiales y gente de mar iban acabando con la fábrica del barco naufragado, pero el cuidado que ahora tuvo es que

tenían mucha carne pero se estaba acabando el trigo y los bastimentos dados por el padre Fernando Bayerca.

Con este cuidado salió del Puerto Antiguo Desierto de San Juan Bautista al Real de Guadalupe del Aguaje para cumplir su palabra de visitar a los españoles y decir misa. En este viaje el milanés logró endulzar la fiereza de los seris, hacer las amistades entre ellos y los punas, y aun moverlos a pedir misiones y entregar al bautismo en esa confianza a muchos de sus párvulos, recobrar parte de la hacienda que habían desenterrado los seris que le fue entregada después de una gran labor de convencimiento, componer la lancha, reconocer a la vuelta algunos pasajes importantes de una y otra costa, y dar la vuelta a Loreto con algunos socorros, de que ya se padecía cuasi extrema necesidad. Con la comunicación de la mar por el puerto y de la lancha varada se descubrieron todos los escondrijos de esas gentes indómitas que, no conocidas, vivían como fieras feroces. El milanés y los náufragos fueron recibidos en la California con salvas, toques de campanas y mucha alegría.



Nafragio y muerte del padre Benito Guisi

En el puerto de Matanchel ya esperaban impacientes la llegada del padre Clemente Guillén para pasar a la California en la nueva embarcación llamada San Joseph que se iba a botar del astillero. Esta embarcación tenía dos años fabricándose bajo la asistencia del padre Francisco Peralta y supervisión del padre Juan de Ugarte, que de vez en cuando iba para saber el estado de la construcción. Era el orgullo del padre Peralta que había aguantado durante su fabricación el clima maligno del lugar por los muchos mosquitos que los indios naturales llaman comején y el genio agrio del maestro constructor que en todo momento refunfuñaba por las constantes lluvias que le impedían trabajar o porque los calafateros no preparaban bien el pez o porque sus carpinteros se embriagaban, el caso es que su mal humor estribaba en que se tenía que ajustar a un gasto de 22 mil pesos como lo habían acordado. Pero a pesar de las adversidades y a que el padre Juan de Ugarte, que pasó en varias ocasiones para ver el adelanto de la obra, intercedió con el constructor llegando a un acuerdo justo para conseguir algunos materiales a precios bajos, el barco por fin estuvo terminado. Se embarcaron en él los padres Clemente Guillén, Benito Guisi y Jacobo Doyé. Benito Guisi iba destinado a la California y Jacobo Doyé a Sinaloa. A poco de navegar se conoció lo malo de su construcción y del mal tiempo; el barco no tenía escora y aguantaba poco los masteleros y con los tumbos que daba el mar y con vientos contrarios en la noche de la Purísima Concepción empezó a dar bandazos y a cabecear, a capricho del viento, ya a la una, ya a la otra banda del seno californio. El timón no respondía y el viento, aunque no era tormentoso, sí lo era para estos bandazos. Los padres rezaron pidiendo a la Madona la lauretana intercediese por ellos para pasar

el mal momento. En uno de estos bandazos zozobró y se fue a pique la mitad de la embarcación que se partió en dos. Los padres asidos en la popa, con las ropas empapadas de agua y con el rosario en la mano, rogaban por sus vidas: los marineros echaron al agua una pequeña canoa donde escaparon de morir ahogados seis marineros, sin consideración del peligro que corrían los demás. Los que quedaban asidos a la popa desatracaron luego una canoa, sin remos ni cubierta, que echaron al agua escapando en ella milagrosamente el padre Clemente Guillén, el padre Jacobo Doyé y 20 marineros. Pasaron a la deriva dos días buscando llegar a la costa, que se veía distante, empapados por las lluvias que no paraban, soportando el frío de la noche con la ropa mojada y sin alimentos ni bebidas. Los padres rezaban por el alma del padre Benito Guisi que por tener en sus manos el rosario asido fuertemente y no quererlo soltar no pudo asirse de la popa ahogándose con seis marineros que lo acompañaron en su viaje a la otra vida.

Después de dos días de hambre y de continuo trabajo, llegaron a dar fondo a la costa de Sinaloa, no lejos del pueblo de Tamazula, en donde fueron socorridos.

Con esta pérdida se malograron las prevenciones que tenía el padre provincial Juan de Ugarte para el descubrimiento de la contracosta y formar misión en el Puerto de La Paz.

La lancha llamada San Javier que había servido a la California por 22 años estaba en tales condiciones que daba lástima, tanto que el contraamaestre, que en los últimos años la había gobernado, llegó con gran pena y bajando los ojos a decir al padre Juan de Ugarte:

—Padre, perdone usted mi atrevimiento, pero vengo a despedirme.

Respondió el padre muy sorprendido:

—Ha ocurrido una desgracia, hijo mío.

—No padre, pero antes de que ocurra una desgracia mayor como la ocurrida en la playa con los indios seris y el naufragio del padre Benito Guisi.

—Por qué dices eso tú, si has gobernado a la lancha San Javier durante tantos años y nunca, gracias a Dios, te ha sucedido nada.

—Lo digo porque la lancha, padre, está tan vieja que anda sobre el agua de puro milagro y yo, ya no me atrevo a andar en ella y no habiendo otra embarcación de que echar mano, prefiero despedirme. Quizá, padre, otro se alentaría a hacerlo, pero yo no.

Diciendo esto, el contraмаestre derramó no pocas lágrimas de tanto apego que tenía a la lancha y a su trabajo que siempre lo desempeñó con tesón.

El padre Juan de Ugarte le dijo, animándolo, que no desesperase que él pronto iría a México a dar noticia de la gran necesidad que tenían de embarcación en la California, por el peligro que había no sólo de quedar la lancha en su travesía a la contracosta sin tener en que dar aviso, sino en quedarse la California sin los bastimentos, los situados y las memorias.

No fue difícil conseguirlo a poco precio de la piedad del excelentísimo señor virrey, duque de Linares, aunque poco después les siguió la desgracia que a todos los demás.



Dos entradas al Puerto de La Paz

Puso lo más presto que pudo el padre milanés en ir él en persona con el capitán del presidio, algunos soldados de cuera e indios amigos de Loreto Conchó y yo. Llevaba el milanés tres indios guaycuros que tiempo atrás había liberado del poder de algunos buzos de Nueva España, que los tenían como sus prisioneros. Pagando por ellos un precio justo y a quienes habiendo regalado bien en Loreto, y hecho testigo de la suavidad y dulzura con que se trataba a los naturales, pretendía tentar por medio de ellos para atraer a la nación de los guaycuras. Embarcados todos en el barco perulero llamado Guadalupe y en la lancha San Javier y sin contratiempos, llegamos a la bahía de la Paz, en donde al arribo de la embarcación en el puerto topamos con algunas partidas de guaycuros de la nación de los aripes, que andaban por la costa, y al vernos sin esperar que desembarcáramos se pusieron en fuga. Los indios flecheros de Loreto que nos acompañaban se echaron al agua y los siguieron, con precipitación, como a enemigos. No pudieron dar alcance a los indios que se adentraron en el monte, sino a algunas mujeres, que asustadas les acometieron con piedras. Ellos, vueltos a su natural ferocidad, no tuvieron vergüenza de manchar sus manos con la sangre de aquellas infelices a las que dieron muerte. A este tiempo llegaron los soldados, y dificultosamente pudieron serenarlos, y menos aún detener a las fugitivas guaycuras que corrieron a dar la noticia a sus maridos. El padre reprendió ásperamente a los suyos, y conociendo a éstos justamente irritados con aquel agravio y esperando el movimiento atroz de su venganza, y no habiendo esperanza de hacer efecto las proposiciones y consejos de paz, nos volvimos con todo el dolor del Puerto de La Paz al presidio de Loreto, difiriendo la conversión para otro tiempo.

Se contentó él padre Juan María de Salvatierra con enviar a los tres guaycuros prisioneros cargados de donecillos y encomendados de manifestar a sus paisanos los fines de su venida, y cuanto había sentido la inconsideración e imprudencia de sus neófitos: que esperaba volver a ellos en mejor ocasión, y darles a conocer cuanto los amaba. En llegando a Loreto se supo de nuestra malograda expedición y el capitán de Mar y Guerra castigó a los indios flecheros con azotes por la bestialidad con que actuaron y el milanés les dio el castigo de la penitencia pública.

En otra ocasión fui también con el capitán de Mar y Guerra de las Californias don Esteban Rodríguez Lorenzo y nos sucedió lo mismo que en el antecedente viaje, topar con los aripes y no lograr los fines de nuestra expedición. No topamos con los callejués por más que anduvimos por donde acostumbran ranchar, sólo encontramos huellas frescas de ellos como que nos hurtaban el camino. Regresamos al presidio de Loreto con la mala noticia de la frustrada expedición y diciéndole al padre que habíamos topado con los aripes dijo:

—El señor ha reservado, para otra ocasión, esta empresa al apóstol Juan de Ugarte.



El naufragio profético y muerte del milanés

En aquellos días se le notó al padre milanés un rostro afligido y macilento. Pasaron días en que iba y venía de la playa al altar mayor de la iglesia, se postraba ante la Madona la lauretana suplicante para luego salir y dirigirse a la playa parándose frente a la mar. Miraba ya a lontananza, ya al cielo. Estaba fuera de sí, como que tenía presente algún horrendo espectáculo. Todos notábamos su congoja y su desmayo de ánimo. El capitán del presidio y los soldados guardaban silencio, como si nada pasara. El hermano coadjutor Jaime Bravo, que siempre lo acompañaba en lo temporal y espiritual, tampoco sabía nada de las tribulaciones del padre, sólo lo había visto en una ocasión en tal situación cuando la soledad del desierto lo llevó a padecer una noche oscura del alma.

No se descubrió el misterio hasta que el milanés escribió una carta al padre Gaspar Rodero, en donde le daba trato como a un provincial, lo que todavía no era, ni se sabía que lo sería. En ella le decía cómo un viejo hechice-

ro de la California, recién convertido al cristianismo, vio en sueños proféticos el naufragio de uno de los barcos de la Flota de Vigo que iba en la mar camino a España en la que morían ahogados los procuradores Pedro Ignacio de Loyola y Antonio de Figueroa y Valdés. Añadía en la carta que, en un principio, dudó de las supercherías del viejo, pero que pocos días después, no pudiendo estar en paz consigo mismo y con nadie, decidió celebrar por ellos una misa y que yendo de sus aposentos a la iglesia se le había aparecido el ánima del padre Francisco Arteaga, provincial que había sido, y poco antes difunto, diciéndole:

—Ya, gracias al Señor, el padre Pedro Ignacio Loyola está conmigo, aunque por el tiempo que fue superior se ha detenido algo más en el purgatorio para pagar sus pecadillos.

Al siguiente mes de noviembre llegó a Nueva España la noticia del naufragio y muerte de los padres dicho. Por el mismo tiempo, habiéndose cumplido, el 14 de octubre de 1715, el trienio del padre Alonso de Arrevillaga, se abrió el nuevo pliego de gobierno en que venía nombrado provincial el padre Pedro Ignacio de Loyola. Se ignoraba aun en México por este tiempo el naufragio profético del milanés por la dilación en llegar la carta. Abierto el pliego *casu mortis*, se halló nombrado provincial el padre Gaspar Rodero. Cumpliéndose así el naufragio y nombramiento profético del viejo californio.

Por marzo de 1717 llegó a la Misión y Presidio de Loreto el padre Nicolás Tamaral, enviado de los superiores para la proyectada Misión de la Purísima. Traía una carta para el padre provincial Juan María de Salvatierra. En ella era llamado a México por el nuevo virrey de Nueva España don

Baltasar de Zúñiga, marqués de Valero, para que informara el estado de las misiones y providenciar los negocios que traía de la corte sobre la Misión de California: le pedía que procurase pasar cuanto antes a México deseoso de fundar colonia en la contracosta y presidio para abrigar a la nao de Filipinas.

Por los encargos señalados en dicha carta, convocó a junta a todos los misioneros y como resultado de ellas y después de muchas deliberaciones se redactaron dos escritos. Con estos propósitos salió, aunque se hallaba, hacía tiempo, aquejado de mal de piedras, resolvió hacer el viaje por el bien de la cristiandad de la California. Se embarcó para la Nueva España el último día de pascua, en el mes de abril, dejando como superior del presidio y de las misiones al padre Juan de Ugarte, con ocho misioneros empleados en la asistencia inmediata de aquellas nuevas cristiandades.

Salió en compañía del hermano coadjutor Jaime Bravo.⁸⁰ Se arrojó a un largo y peligroso camino por mar y tierra; el viaje por mar se hacía de ordinario entre nueve a doce días y la distancia que había del referido puerto a Guadalajara son de sesenta y tres leguas de caminos que todo el año se trajinaban. Después de atravesar a la otra banda dieron fondo en el puerto de Matanchel. Con la agitación del viaje se le agravaron los males aunque velejaron con vientos favorables. Muy a pesar de sus dolencias sacó fuerzas y cabalgó en mula hasta Tepic. He visto siervos a caballo y príncipes que andaban como siervos sobre la tierra, éste último era el padre milanés, del que guardo los mejores recuerdos y sabios consejos.

⁸⁰ Miguel del Barco, *op.cit.*, p. 404.

En el camino muy caído de fuerzas se detuvo, de trecho en trecho, para darle al hermano Jaime Bravo sus últimas recomendaciones para que no dejaran desamparados a sus queridos hijos los californios. Haciendo hincapié en los dos escritos que llevaban, diciendo:

—Yo, como pobre viejo e inútil y de embarazo en este mundo, ya no puedo hacer nada, ya entendí que mi vida está por acabar, pero confío en vos para que hagáis llegar los dos escritos al virrey.

Llegando a Tepic se agravó su enfermedad, pero con su grandeza de espíritu puso por delante de sus ojos la pasión de Cristo Nuestro Señor y siguiendo sus pasos no sentía tanto los tormentos del dolor que le causaban sus pies hinchados. Hizo memoria y repaso de los tormentos de la pasión de Cristo: ciento cuarenta puntapiés que le dieron en toda su pasión; ciento veinte puñetes y en la boca treinta; ciento dos bofetadas; veinte y ocho golpes en el pecho; trescientas cincuenta veces repelaron el cabello de su santísima cabeza; setenta veces tiraron los pelos de su santísima barba; tuvo en su santísimo cuerpo cinco mil cuatrocientas y setenta y cinco heridas; las gotas de sangre que derramó fueron setecientos treinta mil quinientas; las lágrimas que por nuestros pecados vertió fueron seiscientos dos mil. La remembranza eran para él un bálsamo, pero era tan grande el suplicio de los pies que llegó el momento en que era mayor el impedimento que su voluntad y no pudiendo caminar, fue cargado en alto en una parihuela por los indios, de población en población, hasta llegar a la ciudad de Guadalajara, donde corrió la voz de que caminaba enfermo. Salió la gente a recibirlo y conducido en procesión a la capilla de Loreto, donde lo acomodaron. Durante el suplicio de su caminata, su fiel acompañante el hermano y después padre Jaime Bravo

rezó setecientas setenta veces el rosario pidiendo por su salud y pronta recuperación.

Duró en agonía dos largos meses muriendo el día ocho de julio de 1717 a los sesenta y ocho y ocho meses de edad. En su entierro se vieron las demostraciones de sus fieles con las mayores honras, porque los que fueron como él, el mismo eclesiástico los *llama Homines divites en virtute*,⁸¹ hombres abundantes y ricos en la virtud enriquecen a los demás en su memoria: le besaban con veneración los pies y manos; se tocaron rosarios, se le destrozaron sus vestidos y ornamentos, le cortaron los cabellos de modo que fue menester amortajarle de nuevo y el obispo de Guadalajara mandó, a sus expensas, colocar la mortaja en una caja de plomo, y hubiera procedido a más la piedad de los fieles, si los padres no dan la orden de apresurar el entierro. A su funeral asistieron, sin ser convidados, el cabildo y la audiencia con su presidente.

En la California se le lloró largo tiempo, haciéndosele unas honras fúnebres, misas y rosarios que celebró su apóstol, como él solía referirse del padre Juan de Ugarte. Yo aunque lo conocí poco recibí su bendición y tantos beneficios que al momento de escribir esto no dejo de derramar lágrimas de desconsuelo. El regreso del padre Jaime Bravo al presidio de Loreto acordó a todos la memoria del padre milanés Juan María Salvatierra.

Tanto los padres como los soldados, españoles e indios, gustábamos de oírle referir las circunstancias más menudas de su enfermedad y muerte, y floraban al oír las humildes expresiones con que había suplicado al hermano

⁸¹ Cf. Ecli, XLIV, 6.

pidiese perdón a todos de sus malos ejemplos. El padre Jaime Bravo, siempre que llegaba el aniversario luctuoso del milanés, gustaba decir:

—Es seguro que pronto ha alcanzado la playa de la eterna bienaventuranza, después de haber cruzado a vela, por el puro amor de Dios y el prójimo, más de veinte veces el mar de California y haber expuesto su vida con tanta frecuencia, para socorrer a otros.

El hermano Jaime Bravo, con sus poderes e instrucciones, se siguió a la capital a negociar e informar sobre el estado de las misiones. En esta junta compuesta de dos oidores, dos contadores del tribunal de cuentas, dos oficiales reales, el fiscal de su majestad el padre provincial de la Compañía, el padre Alejandro Romano y el hermano Jaime Bravo, como procuradores de la California, se leyeron los dos escritos dichos en donde, en uno daba razón de la naturaleza y cualidades del terreno, costumbres y número de sus habitantes, misiones fundadas, y su gobierno político y militar; en el otro proponía diferentes medios para la conservación y aumento de aquella cristiandad: se proporcionaran a la California: mayor número de soldados pues el de 25 plazas era cortísimo para adelantar los descubrimientos de la tierra sin dejar lo reducido y dilatarse a nuevas reducciones; un barco mayor, para transportes de ganado y caballos y para los descubrimientos de mar; un barco menor para cualquier acontecimiento y que pudiera acercarse a las costas, y un destacamento de quince soldados subordinados al capitán de Loreto, para ir sujetando a los indios del Puerto de La Paz. En ella se resolvió que: corría por nuestra cuenta el descubrimiento de la contracosta y para ello se concedió el pago de algunas plazas de soldados y la compra de un barco perulero.

Se reguló la paga de los presidiarios sobre el pie de diez y ocho mil doscientos setenta y cinco pesos y cuatro reales y que se comprase una embarcación perulera con un costo de cuatro mil pesos de oro común. Habían pedido fuera de esto los padres se pusiese algún presidio de pocos soldados en el Puerto de La Paz; que se hiciese una especie de seminario para la educación de los indiezuelos, y que las salinas de la isla del Carmen, fronteras al Real de Loreto, se diesen para el culto y fiestas de la Santísima Virgen.

Los dos últimos puntos, como regalías propias de los señores virreyes, se dejaron al arbitrio de su excelencia.

En consecuencia de las órdenes motivó al padre Juan de Ugarte a la exploración de dicha Bahía de la Magdalena porque deseaba su majestad nuestro católico monarca don Philipo II, con cristiano anhelo, proveer de escala en las costas de California a sus vasallos cuando navegaban de Filipinas a Nueva España. En la que con los refrescos de tierra y sano clima como lo es el de estas tierras en todo lo que hemos visto, se evitaran las muchas muertes que les ocasiona el mal de loanda o berven. Claro está que atendido el piadoso celo de nuestro invicto rey, fuera de ser su mayor agrado el que sus vasallos hallasen cincuenta o más leguas antes de la Bahía de San Bernabé, que está en el Cabo de San Lucas, el refresco y la salud como sucedería estando poblada esta Bahía de la Magdalena.

Salimos el padre Jaime Bravo en compañía del capitán, una escuadra de soldados y yo. La muerte violenta de dos soldados y grave enfermedad de otros dos por haber comido el bótete, pescado ponzoñoso, nos hizo retroceder al día tercero para el entierro de los muertos, y curación

de los enfermos. Dejando para otra ocasión la entrada como referiré a Vuestra Excelencia más adelante.



*El triunfo de la Santa Cruz*⁸²

Por las grandes dificultades que se tuvieron con las embarcaciones como llevo dicho y porque la fábrica de un barco en la costa de Nueva España era costosísima y muy incómoda a la misión, el padre Juan de Ugarte siendo superior de las misiones, determinó fabricar una balandra en la California, empresa que se antojaba poco menos que imposible.

Hacia poco que se había encontrado un bosquecillo de árboles de los que no se tenía noticia de ellos en la California, ni en lugar alguno de Nueva España, eran de un género parecido al roble llamados en la lengua de los cochimí *guéribos*. El dicho bosquecillo se descubrió en una de las sierras nombradas por los naturales *Guanassipí*, lugar distante 30 leguas al noroeste de la playa más cercana a la misión de Mulegé. Y propicia para astillero.

⁸² Carta del p. Juan de Ugarte al p. Francisco María Piccolo. Santa Rosalía de Mulegé, California, 18 de noviembre 1719. En Informe del Estado de la Nueva Cristiandad de California 1702 y otros documentos. *Op.cit.*, p. 333-345.

Construir una balandra no era empresa fácil y mucho menos en un lugar tan estéril y falto de maderaje como lo es la California. Pues todas las naves grandes y pequeñas son compuestas, de muchas tablas y diversos palos juntos, con fuerza de clavos, estopa y brea.

En llegando al bosquecillo de güerigos que se encontraba entre altos cerros sin veredas y profundos barrancos, dijo el padre Ugarte al medio constructor:

—Teníamos noticias, capitán Guillermo, de que eran dos los bosquecillos de güerigos, pero ahora son cuatro las calles de la amargura, porque se han topado otros manchones de ellos en diversas partes. La Cruz de Cristo, según opiniones, dizque se componía de cuatro diversas maderas, ya tenemos en cuatro lugares madera para la cruz.

Estando en la primera cañada de güerigos, en la Sierra de Guanssipí y cansado de una larga jornada a ratos a pie y a ratos cabalgando, dijo el medio constructor:

—Jamás he fabricado barco alguno, me había ofrecido a hacer cuanto alcanzase por ayudar a la misión, pero esto no es posible. La playa dista treinta leguas de aquí, en montes altos muy quebrados y sin veredas y aun cuando lo demás no lo fuese, sólo el sacar de esta profundidad un palo de estos no se hace con mil peones y cien recuas.

El padre, con grandeza de espíritu, le dijo:

—Lo he traído a usted conmigo capitán para que reconozca si los árboles son o no a propósito para la fábrica, que la martillada y golpes corren por mi cuenta, que lo han de empezar a dar.

El constructor, avergonzado por su debilidad de espíritu y por la intrepidez del padre, vio con detenimiento los árboles, que son muy parecidos al álamo blanco, hizo tumbar uno, lo palpo y luego de meditar un poco ordenó al carpintero de rivera que hiciera un corte longitudinal. Le entregaron el corte y hallando que su madera era pesada, sólida y a propósito para construir la embarcación, dijo:

—Sí son muy a propósito, padre —y luego agregó para componer el mal trago pasado—: La quilla, padre, que es el primer palo, principio y fundamento de una embarcación, conviene que sea muy derecha; si pudiere ser de sola una pieza, será mejor. Por ello conviene, padre, saber de qué tamaño quiere que haga su barco. Porque ha de ser medido y escogido el primer palo conforme al grandor que se tuviere determinado que han de tener las demás medidas del mismo barco.

—Lo dejaremos a la suerte, será del tamaño del árbol más grande y derecho que se encuentre en la California cristiana —luego, lleno de emoción, dijo—, porque si el árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar donde caiga ahí se quedará y si las nubes están llenas de lluvia sobre la tierra la derramaran.

El padre ordenó al cabo de la escuadra que buscasen el árbol más grande y derecho. Regresaron gritando:

—Padre, padre, que hemos hallado uno.

Fue el padre con el medio constructor hasta donde estaba. Caminaron como tres leguas entre arroyuelos, pozas, palmeras y tulares. Era el más grande y grueso que se hubiera visto por la región, según el decir de los indios de Guanassipí.

—Será de mediano porte, padre, y la balandra mejor que se haya construido en Nueva España. Dijo el capitán Guillermo Stratford:

—Así sea. Que se empiecen a echar a abajo —dijo el padre.

—No, padre —atajo el capitán y medio constructor—, toda madera que se cortare conviene que sea, cuando se acaba de caer la hoja y fruta del mismo árbol que se quiere cortar y en el principio de los días del segundo cuarto de la menguante de la luna, porque entonces están los árboles con menos humedad y mejor sazón y disposición.

—Que así se haga —dijo el padre con determinación.

Ante la confirmación que dio el medio constructor al padre Juan de Ugarte y sin poder disimular éste su alegría, volvió luego al Real de Loreto. En ella convocó a todos los soldados, indios gobernadores y padres misioneros, pidiendo se juntase cuanto acero, herramientas, herrajes, mulas, yuntas e indios cargadores hubiese en todas las misiones y dirigiéndose al padre siciliano Piccolo dijo:

—Y así suplico a Vuestra Reverencia que, de no haber traído nada la lancha San Javier de la contracosta, suba el hermano Juan Mugazabal a que se trille y se dé providencia para que 20 fanegas de maíz que tengo en San Miguel se bajen a Loreto. Y de trigo y de maíz me envíen alguna provisión, asegurando antes las raciones en las galeras del Real.

Y previniendo algún contratiempo, dijo:

—Y si el hermano Mugazabal sube y no se hubiere cogido la milpilla en San Pablo, que se levante si está seca, porque

aunque pedí al padre Nicolás Sistiaga que en mi ausencia, si sus ocupaciones le daban lugar, acudiese a San Pablo, pero no sé si lo habrá hecho, pues todo aquello está en poder de los mozos.

Dio todas las providencias necesarias y por noviembre pasó a vivir a la sierra con sus indios, una escuadra de soldados y el medio constructor y la gente necesaria para tan gran empresa. En el mismo bosquecillo se construyó un pequeño aserradero donde se sacaban con recuas la tablazón que le daría cuerpo a la embarcación: forros, cubierta, mástil, combes y timón.

Primero el medio constructor se hizo construir una pequeña chocita para guardar las herramientas y una cama de trabazón de cueros de vaca para dormir. Luego se hizo fabricar una mesa en donde hacer los trazos. Los padres Juan de Ugarte y Nicolás Sistiaga mandaron a sus criados e indios levantasen una enramada para ellos y un cobertizo para los caballos y mulas. Tomadas estas providencias por el gran frío que se sentía en estas latitudes se comenzó el corte en el segundo cuarto de la menguante de aquella luna.

—El timón —dijo el medio constructor— debe fabricarse de vigas de tueros de las que sean secas y muy derechas.

Le llevaron los indios y oficiales cuantas vigas le parecían apropiados, pero encontrar el tuero para el timón fue lo más difícil de la obra. Cuanto tuero de güerigo le llevaban, terminaba en la hoguera para calentarse del gran frío que hacía en la sierra de Guanassipí.

Los indios y soldados con fastidio y enojo se quejaron con el padre, diciendo que ya no buscarían más leña, de esa que el medio constructor llamaba tuero:

—Porque todo, padre, lo arroja a la hoguera para calentarse él.

El padre Ugarte con su ingenio hizo llamar al medio constructor y pidió mostrara a los indios y soldados quejosos el plano del timón. Los indios que nunca habían visto un plano tan detallado quedaron maravillados y con ese ánimo no sólo trajeron un tuero, sino dos y de los mejores. Aunque para los indios y los soldados el medio constructor siguió calentándose de tueros.

Pronto el bosquecillo de güerigos fue echado abajo y sólo quedaba en pie el güerigo más grande empezado ya a cortar.

Pasó el cuarto menguante de la luna y se inició el trabajo de labrar la quilla y sobrequilla, codaste, latas, yugo, cinta de mano y cintas devanadas.

Mientras se desbastaban los maderos se empezó en abrir camino por la barranca, para facilitar el traslado a un llanito donde se ponían los maderos que se iban labrando, primero se terminó de fabricar la quilla, que era la más grande.

Aquí empezaron todas las tentaciones, se tentó a tirarlos con bueyes, pero se desechó porque los bueyes no servían a causa de ser uno tuerto, otro flojo o desmayado y por ser todos toros y no haber más que uno manso.

—¡Ah, que a tener los mansos que tengo en San Javier, estuviera la madera abajo! Dijo el padre Ugarte al padre Sebastián Sistiaga que lo acompañaba en sus tribulaciones. Se probó a fuerza de brazos, uncidos los hombres como bueyes, entre indios y cristianos, soldados, carpinteros y padres, pero fue en vano. Luego se probó con polinos o

rodadillos. Algo adelantaron pero se desechó esta nueva tentación por falta de bastimentos para dar de comer a tantos bueyes uncidos.

Algo consternados los ánimos con tan fuertes dificultades para lo que se seguía, nos pusimos bien en los estribos y montando a caballo, con un calabrote doblado, halamos los maderos y con la ayuda de los caballos y tres yuntas de hombres por detrás ayudados de unos espeques⁸³ y hechas dos ruedecillas se echaron a rodar los palos y con ellos las demás mortificaciones. Este fue el modo con que se vencieron los demonios de la tentación, mientras nos llegaban las dos yuntas mansas que servirían de madrinas de los toros, que el padre mandó traer de San Javier Viggé, mediante una dilatada carta que envió al padre Francisco María Piccolo:

Va esta carta de mano del padre secretario Nicolás Sistiaga por quitarle a vuestra reverencia el trabajo de leer mi mala letra. Porque es preciso dar a vuestra reverencia cuenta desde la salida del Real de Loreto hasta la hora de esta carta. Llegué a San Juan de Londó y tomé las dos cabezas de ganado mayor de las 90 que iban para vuestra reverencia y dejé dos en depósito en el corral del padre Julián Mayorga, que me remitió de bastimentos con aves de corral. Salí al día siguiente con Roberto mi sirviente que mudó en el camino tres bestias, antes de que me mudara a mí la paciencia, para valerme de ella en Santa Rosalía de Mulegé con el soldado llamado Altamirano. Llegamos ese día a la Cruz, pero no la de la Crucifixión, que será la última, y de aquí pasamos a Kahelopú en donde le remití carta con un indio al padre Sebastián Sistiaga previniéndole el día en

⁸³ Palanca recta de madera resistente.

que había de llegar a su misión de Mulegé. Aquí con algunos mozos bastimentamos la carne de las dos reses que maté y guardé la sal y pimienta para otra ocasión.

De Kahelepú llegamos a Mulegé como a las 10 de la mañana y ya esperaba el padre Sistiaga con sus indios y animales de carga y con su escolta, el soldado Altamirano, el que en otro tiempo se puso a Bartolomé de Robles en San Javier que llegando, como sabe vuestra reverencia, muertos de hambre, era todo su cuidado barrer la casa olvidado de la cocina. Al día siguiente salimos para la sierra con el padre Sistiaga, pasamos por Hiakael, a sestar a San Patricio el Viejo y a dormir cerca de Los Ángeles. Al día siguiente llegamos a la primera cañada de los palos de güerigos y se empezó el trabajo. Estamos hasta ahora trabajando. El padre Sistiaga se descalzó para tirar de un palo de güerigo, quizás por guardar los zapatos que ya están tan trabajados como los míos.

Al padre Sebastián le he dicho que si el tiempo que debía gastar su reverencia en escribir a vuestra reverencia y al hermano Mugazabal lo ha gastado en escribirme a mí esta carta, le dispenso, porque después de tan penosa jornada, no cabe una carta sobre otra tan dilatada como la que le escribo a vuestra reverencia. Sobre todo le pido a vuestra reverencia nos tenga muy presentes en sus santos sacrificios; que es obra la que tenemos entre manos de muchas dificultades, pero si Dios nos concede el que se logre será de mucha utilidad para la reducción de la California.

Si el padre Clemente Guillén hubiere llegado a purgarse estimare me le salude y al señor capitán don Esteban y a los demás del Real. Y porque no puedo escribir ahora al señor capitán ruego a V.R. le diga de mi parte que si ha acabado Fermín en San Miguel, me lo despache a la playa de Mulegé, en la canoa o por tierra, que puede ser cosa que nos im-

porte a todos, pero debe traer a los toros mansos y si hay un poquito de azogue y plomo que lo traiga para un ensaye.

Roberto me dice que se quedó allá el acero que se pesó que eran 15 libras. Estas han de venir con Fermín, que se han reventado en el corte cinco hachas y no tenemos con qué calzarlas; que pase a las galeras del Real y que se traiga un arroba de panocha, que también se quedó en el almacén pesada ya y que venga con dos pares de zapatos para el padre Sistiaga y para el dicho.

Dios me guarde a vuestra reverencia muchos años.

Hasta aquí la carta de la que conservo una copia y que nos da idea de las tribulaciones o tentaciones que se vivió en la fábrica de la balandra el triunfo de la Santa Cruz como la llamó el padre Ugarte.

Y como para todo no es remedio la palabra se acudió al vino, para remediar el cansancio del trabajo y el mucho frío de la sierra que en invierno era insoportable. El vino había llegado en dos barriles con las yuntas traídas de la Misión de San Javier, en los mismos barriles en que se bajaba vino a la misión de Loreto. El propio padre ayudaba a arrastrar las vigas con sus propias manos y como era de unas fuerzas extraordinarias y de un espíritu inquebrantable pronto estuvo toda la madera de este primer astillero camino a la playa de Mulegé.

Habiendo reconocido la segunda cañada de güerigos y esperando la llegada de la menguante tratamos de ir a reconocer la ranchería de Kaelgama, en donde años atrás había estado el padre siciliano Piccolo. Habiendo subido a caballo cuanto se pudo, nos echamos a pie para proseguir el camino a la ranchería donde decían se encontraba esperándonos el

virrey con toda su gente. El virrey era un indio principal de todos los indios de estas comarcas llamado en su lengua *Yeguú* que en castellano es nube. Pero ya en la cercanía, según los indios guías decían, lo áspero y encumbrado de la sierra, los desfiladeros peligrosos aun para los de a pie, nos hizo volver desde donde el padre Sistiaga y el capitán Guillermo o medio constructor no sólo veían el mar de la contracosta, sino el mar del estrecho y tierra firme de la otra banda.

Aquí en el filo de la cuchilla, sin agua, sin camino ni vereda, se determinó hacer lo que se hace en estos casos desesperados que es tirarse a precipitar a un arroyo, que según se reconoció después iba a dar a los llanos de Guezenopi. Hubo hombre que hallándose a salvo del peligro, con las espuelas en las manos y dejando la bestia arriba y con los compañeros, sin saber el último paradero del arroyo, por no volver las espaldas al camino, tenía ya en su ánimo deliberado el ganar camino. Pero quiso Dios que topando derecho pasaran las bestias sin riesgo, y todos nosotros salimos en breve a dar al camino que es un arroyo. En lugar de lamentos y contricciones, celebramos mucho estar juntos, después de haber encontrado un gran paraje, donde antes, dijeron, nos había aguardado el virrey con su gente, que sabiendo que íbamos a Kealgama, pasó a esta ranchería. Aquí venimos a hacer noche. Después de no haber comido a mediodía, cenamos un mezcal con un poco de pinole que traían los indios de viáticos, porque veníamos ya sin bastimentos.

Al romper el alba tiramos para la ranchería de Kealgama a reconocer el bosquecillo de güerigos, en caso de que faltase alguna tablazón:

—¡Qué poca tablazón vendrá a faltar! Que todos los maderos de cuenta quedaron labrados antes de salir nosotros del astillero. Dijo el medio constructor.

—No está por demás prevenir, dijo el padre Ugarte.

Tomamos por el camino del arroyo para aventurar coger algún venado, porque teníamos noticias de los indios que había un aguaje, arroyo abajo, donde abundaba el venado. Salimos por delante indios de a pie y yo, como único soldado que los acompañaba. Ellos con arco y flecha y yo con mi arcabuz. En llegando al aguaje dicho, no encontramos venado alguno, aunque encontramos mucho rastro de ellos. Quiso la providencia que sesteando divisara unas auras volando en el cielo, a poca distancia del aguaje. Los indios fueron del sentir de que había algo muerto, ¡hay que tomar estas corazonadas como venidas del cielo! Envió a registrar a los indios, mientras esperaba la llegada del padre provincial Juan de Ugarte y comitiva. Regresaron cargando un venado que había muerto en las garras de un león, diciendo que era buena comida. Aunque el hedor llegó hasta los que venían atrás, en llegando preguntaron, haciendo irrisión:

—¿Juanito, aquello hediondo habremos de comer?

Los indios flecheros volvieron a decir que era buena comida y yo los secundé.

El padre Juan de Ugarte, previniendo un mal paso, si no encontrásemos más adelante con qué apagar el hambre, ordenó se echara sobre la bestia que traía ya sólo las fresadas y que partiéramos de inmediato, diciendo:

—Después de Dios, la olla.

El hambre que doma a cualquier caballero y penitente, nos hizo dobligar la valentía y olvidando la irrisión, nos llevó a lavar la carne hedionda y ponerla en un asador. Para

divertir el olfato, como no había polvos, que se habían acabado en la jornada, usamos del orégano que un indio cortó cerca del aguaje. Le aseguro a su excelencia que no hay mejor condimento que la propia hambre. Porque potaje comido con tanto aplauso jamás se habrá comido en el mundo, aunque unos nos reímos de los otros; no quedó nada del venado. Llegamos a la Misión de Santa Rosalía de Mulegé, se tomó alguna refección y descanso para tomar fuerzas, porque el padre Juan de Ugarte estaba decidido a no salir de ahí hasta que estuviera la quilla puesta y todos los maderos en la playa de Mulegé.

—Porque si el barco corresponde a la quilla y latas labradas y demás maderos, no habremos tenido cosa semejante en Californias, dijo al capitán Guillermo.

Como la madera de los güeribos sólo servía para los forros, cubiertas y timón de la embarcación y en los planes que hay entre la playa y las serranía abundaban bosquecillos de mezquitales, especialmente en las serranías de Loreto y San Juan de Londó, mandó el padre Juan de Ugarte a sus indios que cortaran de los mejores mezquitales que se hallaran para sacar de ellos las cuadernas, las curvas y toda aquella madera que forma la armazón del barco que debía ser fuerte y de curvatura.

Por fin un año después de iniciado los trabajos en el aserradero y llevado la madera al astillero de Santa Rosalía de Mulegé el 14 de septiembre de 1719⁸⁴ se botó la balandra que con sus propias manos hiciera el padre Juan de Ugarte, llamándola El Triunfo de la Santa Cruz. Haciendo

⁸⁴ Miguel del Barco señala que la balandra se construyó en la Bahía de Mulegé. La importancia de este hecho es que fue este lugar el primer astillero que tuvo la California. *Op.cit.*

su primera navegación de cuarenta leguas al sur desde la Bahía de Mulegé para dar fondo en la ensenada de San Dionisio, que es donde se encontraba el presidio de Loreto. Y se destinó su primer viaje para la pacificación y reducción de la nación guaycura en el Puerto de La Paz.



En busca de sitios hacia el sur para fundar presidios y nuevas misiones

La segunda no fue menos infructuosa. El día 3 de marzo de 1719,⁸⁵ salimos del Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto al descubrimiento por tierra de la gran Bahía de Santa María de Magdalena con dos escuadras: una de 12 soldados y otra de 15 indios de arco y flechas, y dos intérpretes de la lengua guaycura. Al mando del padre Clemente Guillén y del capitán de Mar y Guerra don Esteban Rodríguez Lorenzo.

El primer día de camino se hizo a la ranchería de Nuatrig distante del real dos leguas, donde se juntó lo restante de la caballada del Presidio. Por la noche, como se observó en todo el viaje, por el padre Clemente Guillén se rezó el rosario de Nuestra Señora y se dijeron las letanías lauretanas.

Salimos todos de Nuatrig. Subiendo con las recuas y las caballadas la pesada cuesta de Chuenqui, se nos cayeron tres mulas cargadas; más por fortuna no fue en los desfileros que llevaban a la mar, si no se hubieran ahogado y perdido la carga con todo y su bastimento. En llegando a la Misión de San Juan Malibat, después de caminar cinco leguas, nos salió a recibir el padre con sus indios, regalándonos con abundante comida. En ella se dio una misa por el bien de la empresa.

⁸⁵ Expedición a la nación guaycura en Californias y descubrimiento por tierra de la Gran Bahía de Santa María de Magdalena en el mar Pacífico por el señor capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo su primer[o] conquistador. (copia) Archivo Franciscano Provincias internas (Californias)-Legajo 17145, año 1719. Microfilm. M.S. en 16 folios. En Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Paleografía por el autor.

Al día siguiente al romper el alba salimos de San Juan Malibat y montadas la sierra de Santa úrsula hicimos alto en los planos cerca del promontorio de San Nicolás, donde buscamos un buen paraje para levantar brevemente nuestro Real y remudar nuestra caballada.

Llegamos al arroyo de Santa Cruz Udare. Tenía este arroyo buenas tierras, alguna agua, carrizal y sauzales. Aquí hallamos algunos guaycuros de la ranhería de Cunupaqui, patria de uno de los intérpretes, y les pedimos concurriesen con su gente a San Juan de Dios Cuatiqué para bautizar a sus párvulos. Salimos de aquí contentos del buen recibimiento de los indios y esperando que concurrieran con sus párvulos al pueblo de San Juan de Dios para celebrar al patrono con las solemnidades de la Santa Misa. Aquí hizo el padre muchos bautismos de los párvulos de ésta y de la ranhería de Cunupaqui, que vino al llamado. Esta noche, después de rezado el Rosario de Nuestra Señora y dichas las letanías lauretanas, se cantó el alabado y cuadró tanto el tono a los indios de este país que dejando su ranhería rodearon como 30 hombres nuestro Real. Acabado el canto se tornaron muy gustosos a sus posadas.

Lo restante del día lo empleamos en componer un mal paso a la otra banda del arroyo y en registrar por la caja arriba, agua y tierras. Habiéndose trabajado mucho nuestra gente en derribar palos y cardones para franquear paso a las cargas. De aquí fuimos a Santo Tomás Anyaichiri, que estaba en el mismo arroyo de San Juan de Dios. La gente de esta ranhería, que estaba arroyo abajo, luego que supo de nuestra presencia, vinieron a vernos, y se mostraron muy amigos. Esta noche recogida ya nuestra gente y velando los centinelas en sus puestos comenzó un indio, en la ranhería que estaba cerca, a hacer un razonamiento

con grande energía y movimiento de arco y flechas que gobernaba al compás de su voz. El argumento de su parlamento fue que tenía mucho miedo de la gente del sur para donde nosotros íbamos y temía que fuéramos a tierras enemigas. Al acabar el orador su asunto, soltó toda la ranchería un gran alarido y luego nos dejaron descansar.

Nos fue necesario marchar prevenidos y en buen orden por haberse visto cerca del mar más de doscientos guaycurros, nación enemiga desde la expedición del almirante Atondo. Para asegurarnos de guías regalábamos bien con tabaco, cuchillos, frezadas, sayal y otras cosas. Así pasamos varias rancherías donde nos recibieron muy bien hasta que en la ranchería de Gurecaná nos enseñaron los indios a poner más cuidado de lo que hasta allí se había tenido con las alhajas: porque no bastando los platos para darles la comida, se repartió a algunos en unas tembladeras⁸⁶ de plata del capitán y cuadrándoles el género, por descuido de nuestros indiecillos criados en recogerlas, ocultaron una que, aunque fue bien buscada, pero por mejor escondida no apareció.

Por la tarde salieron los soldados exploradores con los indios guías, llegaron a San Andrés *Tiguana*. Tornaron la vuelta informando que el camino estaba como los antecedentes: bien cerrado por los muchos montes, y que habían escogido buen paraje cerca de la ranchería para levantar el Real. Al siguiente día, al romper el alba y después de caminar tres leguas, llegamos al paraje dicho, habiéndose trabajado mucho en despejar la senda, correspondiéndonos ellos en pruebas de amistad, con unas plumas y dándonos buen informe de los caminos y parajes siguientes

⁸⁶ Vasija ancha de figura redonda, hecha de una capa muy delgada de plata, con asas a los lados y un pequeño asiento.

para donde prometieron, algunos, nos acompañarían; a más de eso, enviaron mensajeros a las rancherías inmediatas para avisar de nuestra ida como se lo pedimos. De aquí pasamos a San Borja Cutoigue, guiándonos los indios de Tiguana. El camino fue semejante a los que habíamos pasado.

Informados por nuestros ayudantes de San Andrés *Tiguana* de la distancia, camino, agua y pasto de las rancherías siguientes y guiándonos ellos, llegamos a San Cosme *Codauraqui*, y hallamos esta gente muy mansa y con la turba de mujeres, muchachos y muchachas, que recibiendo de paz, se dejaban ver. Los regalamos con frezadas, cuchillos, sayal, cacles y comida y retorno su cacique con una visera o corona en muestra de amistad.

Salimos de aquí, guiándonos los naturales de *Codauraqui*; para la ranchería de San Damián *Chirigaqui*: nos acompañaban también algunos de Tiguana: de unos y otros nos informamos bien de lo conveniente. A las tres leguas de camino recibieron estos guaycuros de un indio de su nación un mensaje de *Chirigaqui* y luego se adelantaron todos corriendo a pendón herido, como si estuvieran en peligro sus tierras de caer en manos de los enemigos. Excepto uno que hablando al Capitán le pidió fuesen a reconocer el paraje, donde hubiésemos de hacer alto.

—Ya vamos a verlo todos —le respondió el capitán.

—¿Por qué no se quieren adelantar algunos de ustedes? —preguntó el indio y añadió señalando a un soldado— que vaya aquel soldado a registrar el sitio de *Chirigaqui*.

Se le respondió que ese hombre iba cortando palos, y los demás atendiendo a las cargas, y caballos o en el mis-

mo empleo de los palos. Oído esto, levantó carrera como los demás. Nuestra gente que iba siempre bien ordenada y a punto de defensa, no tuvo que disponerla el Capitán ni su cabo don Francisco Cortés, sólo mandó a tres hombres de la vanguardia que no se alargasen mucho, sino que siempre estuviesen a una vista de nuestro corto ejército, y que en todo momento explorasen el terreno cautelando emboscadas. Nuestra corta tropa se hizo uno a la voz del capitán. Descolgamos con buen orden a *Chirigaqui* por una loma desde donde se divisó debajo de unos árboles la gandulada de indios, estaban en pie sin arcos ni flechas, más todo lo tenían en los matorrales cercanos, recelando ataque. Pasamos a su vista y en el sitio escogido para paraje hicimos alto, que ya estaba limpio de matorrales. No pudimos conocer el fin con que se adelantaron aquellos indios. Nos pareció, cuando llegamos, no haber sido malo; porque no tenían lejos a sus mujeres e hijos, quienes luego que paramos, se pusieron a una vista: no obstante, intimó el capitán a los soldados exploradores que revisaran los montes y carrizales inmediatos, así para proveer de pasto a las bestias, como para asegurarnos, si a más de los gaudules, que se nos hacían presentes, hubiese otros: se pasó el día sin zozobra, aunque siempre recelando emboscada y con un gran cuidado. Viniendo a las pláticas con los indios nos informamos de las ranherías inmediatas, sus caminos, pastos, aguajes, y los demás que convenía. Según su informe convino con nosotros en que nos acompañarían y guiarían a la Encarnación, ranhería de *Aniritugue*, para donde nos indicaba ir el camino por una loma que teníamos al otro bordo del arroyo. Fue reconocida esta senda de nuestra gente, y hayamos ser a nuestro rumbo. Regalamos a los indios con ropa, cuchillos, cacles y comida.

Por la noche la caballada dio por dos veces estampida que, horrorizada con la vista de algún tigre o león o por

otra causa, se reparó la primera con brevedad, mas en la segunda hizo tal fuga y tanto estruendo que, por el silencio, se dejó oír en el Real y en la ranchería de los naturales, no obstante de estar lejos, y tuvieron tal denuedo, que vinieron a nuestro Real dos guaycuras armados de arco y flechas para informarse de aquel espantoso y repentino estrépito nunca de ellos oído ni imaginado. Se les explicó, para quitarles el recelo, de dónde procedía aquel tropel de ruidos y la causa de espantarse las bestias: satisfechos por la explicación, que dio el capitán en voz de uno de los intérpretes, se tornaron a su rancho, que estaba entre los montes, porque ni divisaban por allí la caballada, que corría ya lejos, ni nos veían inquietos en el Real.

Nos detuvimos en San Damián Chirigaqui para que descansase algo la caballada que con las estampidas de la noche había corrido mucho y pasteado poco: se lastimaron algunas bestias, mayormente una que se halló por la mañana picada de víbora, la que con la probadísima habilidad de Guatemala, se puso fuera de riesgo.

Después de varios días de camino, guiando los de Chirigaqui, a poco andar reconocimos nos llevaban con dolo; porque dejado el sendero al sur que según su antecedente informe, debíamos seguir para llegar a Aniritugue se dirigían por otro, al oriente: les habló el capitán para que cogiesen la senda de Aniritugue e hízoles cargo de su informe y de lo convenido días antes. Respondieron ellos que por donde ahora guiaban estaba Aniritague, sin hacerse cargo de ser esto muy opuesto a lo que antes nos habían dicho: reconociendo el capitán que de apartarnos por el sendero dicho, perderíamos la amistad, y las guías; y de seguir esperaba la confirmación de nuestras amistades, asegurando la noticia de los caminos, y los aguajes que caían al sur. Disimuló los embustes, fiando en el va-

lor y experiencia de sus escuadras que estaban dispuestas para cualquier asedio. Aun así, tomó sus providencias mandando a la vanguardia que siguiese a los indios por donde ahora guiaban; que miráramos ser arroyos arriba por sus vegas, con lo que había recelo de que faltase agua y pastos, ni se temían emboscadas por haberse reconocidos despejado el terreno; caminamos pues, con buen oriente y siguiendo nuestra senda por un bordo del arroyo divisó la vanguardia un gran número de indios que estaban en una isleta dentro de la misma caja del arroyo. Se hallaban todos sentados de montón bajo los árboles y en el bordo opuesto a nuestra senda todo el mujerío, en muy buen sitio, por estar alto, y acantilado. Desde una y otra parte vieron, hombres y mujeres, la buena disposición de nuestras tropas: advertían preceder la vanguardia de españoles que mandaban a muy buenos brutos; miraban seguirles un escuadrón de indios amigos adornados con sus aljabas que llevaban, mas por la provisión de flechas que por la curiosidad de sus pinturas; admiraban en el centro nuestro carruaje guarnecido de españoles, y cerrado con gran escuadra de los indios amigos. Se espantaron viendo en la retaguardia la caballada de remuda acordonada con presidio español: agradable espectáculo, para los que ni pintada habían visto representación semejante, sino es que mirado con temor lo que intentaron (si fue ese el fin de sus mentiras) ver con recreo, les embargó la buena discreción del conocimiento y el pretendido júbilo natural. Mientras ellos se admiraban pasamos el bordo del arroyo y ocupado un sitio cómodo y bien empastado, hicimos alto no muy lejos de los guaycuros. Aquí se descargó la recua y con la misma carga formamos brevemente un corto recinto. Intimó luego el capitán a unos de nuestros soldados que remudando en escogidas bestias, fuesen al cargo de su cabo don Francisco Cortés de Monroy, la vía del sur, a explorar el inmediato país. Salieron guiados de dos indios,

uno de Codaraqui y otro de Chirigaqui, quienes obligados de los dones que les dimos nos habían prometido en sus rancherías acompañarnos en nuestra expedición y que nos enseñarían los caminos y aguajes que ellos conocían. Aunque en la mañana nos faltaron a su palabra, se aventuraba poco en probarlos con otro examen: a más que si no guiasen al sur llevaba el cabo don Francisco orden de no seguir sus direcciones, sino gobernar su gente a dicho rumbo. Se pasó mientras tanto el medio día y prevenidos unos regalos, mandó el capitán a los intérpretes que por medio de los indios de Codaraqui y Chirigaqui llamasen toda aquella gente hombres y mujeres, habiendo ordenado antes a unos soldados que asistiesen a caballo con especie de cuidar con los del turno las demás bestias. Vinieron como cien gandules de arco y flechas, que poniéndolos en los arbolillos cercanos llegaron pacíficos e inermes a nuestro Real. Entre ellos venían como veinte mujeres entre grandes y chicos, quedándose el mayor número en sus ranchos. Se les significó el gozo que tuvimos habiendo visto de ellos y a los demás que estaban en sus rancherías que deseábamos hacerlos amigos, como habíamos ejecutado con los de su nación, por donde habíamos pasado, verdad de que allí tenían buenos testigos, en los que de Codaraqui y Chirigaqui nos acompañaban, y que para el efecto de establecer nuestras amistades traíamos aquellos regalos que miraban: frazadas, sayal, cuchillos, tabaco y cables, para que nos dijese cuántas rancherías estaban allí juntas, para distribuir, distintamente, de nuestros dones a cada una. A esto último, respondió un anciano en voz tan baja que apenas era oído de los intérpretes, hablaba como que no quería publicar sus mentiras, dijo:

—Toda está gente es de una sola ranchería y añadió aquí es *Aniritugue*.

Nada le creímos, y porque desesperamos oírle verdad, acabamos la plática, regalándolos con lo que les habíamos mostrado, y les dimos algo de comer que alcanzase para todos. Pocos comían, lo más se recelaban de la comida, aunque nos veían comerla, todos apacentaban su ánimo mirando y admirando cuanto había en el Real. En lo que más iban y venían era en espantarse de las mulas y caballos que sobre si llevaban tanta carga. Después, hablando nosotros separadamente a unos indios mozos, nos dijeron, sin diferencia, que era la ranchería de Cuédene aquella donde estábamos y que allí había juntas siete rancherías. No se pudo conocer el fin con que se juntaron, y nos llevaron con tantas mentiras. Lo que discurrimos fue para retraernos de hacerles daño, si lo intentásemos, viendo la multitud, que a su defensión ocurría, o por las previas noticias, que tuvieron de las extranjeras tropas, quisieron divertirse con nuestra entrada en Cuédene, lo que linsojeando nuestro gusto, hubieran conseguido más limpiamente al habernos insinuado con la verdad desnuda su deseo. Entre tanto, los dos indios que guiaban al cabo dejándole en un aguaje distante al sur de San Gabriel Cuédene como una legua, sin querer pasar adelante, o medrosos, o solícitos de lo que pasaría con su gente, se restituyeron a Cuédene. Prosiguiendo su expedición los exploradores llegaron a San Joseph Adague y habiendo hallado agua corriente, buenos pastos y camino, tornaron para Cuédene a donde llegaron cerca de la noche. La noche se pasó sin novedad en nuestro Real.

Celebrada la santa misa que se ofreció a nuestro gran Dios para que su S.M. se sirva de traer a esta pobre gente al gremio de nuestra Santa Iglesia, salimos para San Joseph Adague, acompañándonos como veinte gandules de esta junta de Cuédene. Pasamos en el camino cinco arroyuelos todos con agua, aunque poca. Luego que llegamos y fue

bien tarde, mandó el capitán a los soldados fuesen a explorar hacia el sudoeste, para donde corría la caja del arroyo, el terreno que permitiese el tiempo para volver antes de la noche; guiándoles dos de los que nos acompañaban desde Cuédene, estos luego que pusieron a los exploradores en una senda, sin obligarlos los regalos de que fueron prevenidos se excusaron de proseguir y tomaron otro camino. Procuramos informarnos de los guaycuros que aquí había de las rancherías que poblaban arroyo abajo, nos nombraron 21. En las pláticas que con ellos tuvimos nos dijeron claras mentiras, no obstante los regalamos y dimos de comer. A poco rato tomaron sus armas y se apartaron de tres en tres y de dos en dos, haciendo como que iban hacia el agua; más con toda la intención de desampararnos, como de hecho lo ejecutaron. La causa de dejarnos, a más del temor mal fundado que tenían a nuestra gente, fue porque nos vieron determinados a seguir el arroyo abajo en prosecución de nuestro viaje, y temían a sus vecinos de Santa María *Tacanopáre* quienes hacía pocos días habían matado a un guaycura, como después supimos de los mismos *tacanopáres*. Y resolvió el capitán proseguir la entrada hacia el sudeste; porque viniendo de Cuédene para Acagué, desde la cumbre de una sierra interpuesta en el medio, avisamos a ese rumbo las montañas de la famosa Bahía de Magdalena, fáciles de conocerse por la notable individual figura con que las describe toda cosmografía. Entrada ya la noche volvieron nuestros exploradores habiendo hallado un paraje que llamamos San Juachim, aquí no hallamos indios, aunque es lugar de ranchería. Vimos en el camino varios cercados de ramas y espinas que hacían los naturales para cazar liebres y conejos, de que había abundancia en este país. Luego que llegamos despachó el capitán a unos soldados que explorasen hasta nuestro rumbo. Llegaron a Santa Ana del Espanto. Tampoco hallamos gente aquí. Vimos en el camino varios sitios de rancherías, en

uno de ellos arcos ensangrentados y quebrados y señal de haber arrastrado un cuerpo humano. Luego que llegamos mandó el señor capitán a unos soldados que fuesen a registrar hasta cinco leguas a nuestro rumbo. Llegaron a Santa Isabel *Tepateigua* que está en una isleta dentro de la caja del arroyo con buenas sombras y bastante pasto. Esta noche haciendo de centinela de la caballada el soldado Ignacio de Acebedo, vio un fantasma sobre un arbolillo y asevera que, aunque espeluzado y medroso, se acercó a reconocer lo que fuese: dice pues, que al llegar al árbol se les desvaneció aquella figura.

Fuimos a Santa Isabel *Tepateigua* y nos fue muy pesado el camino por los arenales del arroyo. Luego que llegamos despachó el señor capitán a unos soldados para que explorasen al rumbo hasta cinco o seis leguas. Llegaron a San Benito Aríu donde hallaron unos indios tan divertidos en coger ratas para comer, que aunque no era poco el tropel de las bestias no sintieron a los exploradores, hasta que estando ellos como a diez leguas se echaron a correr gritando unos y otros tocando pitos para convocar su gente, más a las voces del intérprete, oyendo su idioma se pararon, pero diciendo que querían pelear respondiéndoles que no veníamos a eso, sino a hacerlos amigos y regalarlos: Les dimos razón de los que quedaban en *Tepateigua*, y que el día siguiente iríamos todos a su ranchería, que nos esperasen sin recelo como amigos: prometieron ellos que esperarían y les regalamos con unas navajas, bizcochos y otras cosillas, retornando ellos con plumas y pieles de venado. Entrada ya la noche llegamos los de vuelta al Real, informando de lo sucedido.

Llegamos a San Benito *Aríu* e hicimos alto distantes algún trecho de la ranchería por haber reconocido no haber pasto donde estaban los indios y haber algo aunque

escasamente en este sitio. Mandó el señor capitán que fuésemos a explorar hacia la bahía que supusimos ya estar cerca, lo que permitiese el tiempo en volver antes de la noche, guiaban los amigos de *Arúu*, que prometieron acompañarnos hasta el mar: caminaron algo los guías por el arroyo abajo, y dejándole luego tomaron otra senda, pusieron a los exploradores en un estero. Díjoles el intérprete que guiasen para la bahía mas no quisieron, solo señalaron al noreste. Ellos se volvieron para *Arúu* y nosotros no pudiendo bajar orillados al estero, por los manglares que son muy tupidos, proseguimos para donde nos señalaron los de *Arúu* y dimos con otro estero, que no permitió bajar para la bahía por estar como el primero muy embrazado con espesos manglares.

Exploramos al sur y norte de la playa, encontrado a nuestro paso varias rancherías de pescadores sobre la costa, y una gran bahía, pero enteramente falta de agua. La necesidad que padecíamos de ella era tal, que ni las bestias, ni los hombres la gustaron, y hubiera sido lo mismo al día siguiente, si después de la misa y letanías que hacíamos implorando devotamente la intercesión de la Virgen inmaculada, no se hubiese descubierto un aguaje en aquellos mismos lugares en que el día antes se había buscado tan ansiosa e inútilmente: reconocimos todos la piadosa providencia del Señor por la intercesión de su bendita Madre, y perdida toda esperanza de hallar lo que buscamos por aquel rumbo, tornamos al Real de Loreto a los fines del año.

Estaba el padre visitador Juan de Ugarte muy ocupado en la empresa de los nuevos descubrimientos con el capitán de Mar y Guerra don Esteban Rodríguez Lorenzo y el padre Clemente Guillén, mientras el padre Jaime Bravo estaba en México haciendo los últimos preparativos para

trasladar las limosnas y pasar a la Bahía de Huatulco para traer el barco que ahí esperaba para el establecimiento del Presidio y Misión en el Puerto de La Paz.

Las misiones ya establecidas apoyaron a la nueva misión, como se había hecho con las otras, con bastimentos de maíz y trigo, así como vacas, ovejas, cabras, mulas, puercos, caballos y yeguas. Cada una según podía sin perjuicio de su misión. Unos apoyaron más, otros menos; unos de una especie de ganado, otras de otro y otros nada, porque nada podían enviar. En cuanto a la carne, cualquiera conocerá su necesidad en la formación de nuevos pueblos, en donde es necesario que el padre misionero busque y provea de cuantos forman el pueblo. No sólo se gastaba la carne en la manutención del padre, de su escolta y sirvientes, sino que también participaban de ellos los indios hijos de la misión, que para ellos es buen regalo la carne y mayor si es salada y seca.

Para la fundación de nuevas misiones se usaba reconocer la gente y la tierra para prever qué parajes eran los más apropiados para las dichas misiones. El práctico de estos parajes y costas era yo, porque de esta suerte se procedía con más conocimiento y se podían tomar mejores medidas para establecerlas.

El padre Clemente Guillén recibió la orden de penetrar por tierra hasta el Puerto de La Paz, saliendo de su misión de Liguí o Malibat, distante de Loreto nueve leguas al sur, con tres soldados y quince indios flecheros. Su encargo era establecer comunicación por tierra entre Loreto y el Puerto de La Paz y amistar las rancherías de la medianía. Su salida debía hacerse pasado unos días de nuestra partida por mar en la balandra el Triunfo de la Santa Cruz. Los soldados saldrían en una canoa y se apartarían de no-

sotros en cuanto diéramos fondo en la isla de San Joseph para buscar a los pericúes. Porque habían sido castigados poco ha por sus excesos con los de tierra firme y con los buzos. Era menester amistarlos, porque sin ello no se podría socorrer con facilidad a la misión que se fundase en el Puerto de La Paz teniéndolos como enemigos. En su regreso de México el padre Jaime Bravo, con esta pretensión, había pasado tres meses antes dejando regalitos y otras baladíes. El padre Juan de Ugarte determinó pasar a amistarlos y para eso fuimos sin soldados, porque pudiera ser mal visto, si nos vieran con gente de armas. No por eso se dejó de llevar las armas correspondientes a los hombres de mar que iban, para que en caso de alguna defensa se valiesen de ellas. Pues, quienes acabaron con mi tripulación matando a catorce buzos, dos contra maestres, un capitán y un despensero, más fácilmente acabarían con cuatro o seis indios que se enviasen en una canoa.

Capítulo II

En busca de los bienhechores
y la fundación de la Misión
de Nuestra Señora del Pilar de la Paz
(1720)





*Del viaje por mar al Puerto de la Paz
y de nuestro paso por la isla de San Joseph y
lo que ahí sucedió*

Después de dos intentos malogrados para hacer misión en el Puerto de La Paz, el primero de noviembre de 1720, zarpamos, en la nueva balandra, de la ensenada de San Dionisio, el padre visitador Juan de Ugarte, el padre Jaime Bravo, una cuadrilla de indios flecheros y un intérprete llamado Mateo, que hablaba la lengua de los callejués por ser pariente de estos, y dos indios pericúes, uno de once años llamado Martín y su hermana Rosa, que en la refriega que años antes, como se dijo, el capitán del presidio don Esteban Rodríguez, los llevó a Loreto, junto con otros tres, donde se bautizaron y criaron. Estos los llevaban de regreso con el ánimo de que se quedasen con sus parientes, para que sirvieran después de intérpretes. El primer día y noche de viaje montamos, con viento favorable, las islas del Carmen, de Monserrat y la Catalana. Velejamos hasta dar fondo en la Isla San Joseph, poco después del

mediodía, en busca de los indios pericúes enemigos capitales de los indios de tierra firme y de nuestras armas. Al poco rato se dejaron de ver en la playa unos indios que pidiendo fuese la canoa a tierra, se despachó luego, y embarcándose en ella, vinieron a bordo, donde después de regalados de comida y ropa, les preguntamos por el resto de la gente. Dijeron que el capitán de esta parcialidad, de las dos que habitaban la isla, y su gente habían ido hacía meses al norte de la isla, que los que habían quedado estaban del otro lado de la isla. Le pedimos que los llamasen, que los quisiéramos ver y regalar y que los esperaríamos aquí dando fondo.

Esta misma tarde se fueron y el día siguiente, después de haber dicho los padres la misa por el buen suceso de la empresa, descubrimos la canoa que había salido con nosotros de Loreto, y con lo recio que soplabla el viento de la noche que salimos se apartó de nosotros y viendo que llevaba la prisa para el Puerto de la Paz, se le dispararon tres tiros, y aunque los oyeron, dijeron que habían supuesto de que eran los zapatazos de ballenas que se oían a distancia, pues hacía no mucho que habían visto pasar unas cinco muy cerca de la canoa brincando y dando estruendosos zapatazos con su cola para luego zapear haciendo tambalear peligrosamente la canoa.

Como la balandra estaba muy arrimada a tierra al poco tiempo de disparar para que escucharan los marineros de la canoa se vieron por tierra los indios en número de trece hombres, siete mujeres y tres mozos.

Enviamos una canoa con mensajeros a tierra para traerlos a bordo y sólo se embarcaron los hombres diciendo que les diésemos los regalos que había de dar a las mujeres y muchachos, que ellos se los llevarían a tierra. Se

les dijo que todos debían venir a bordo a recibir su regalo en sus propias manos. Y viendo el padre Jaime Bravo que recelaban pidió licencia al padre visitador Juan de Ugarte de ir a tierra con uno de los isleños. Saltó el padre Jaime Bravo a la canoa con el indio. Y así que vieron ir la canoa se retiraron al monte las mujeres y los mozuelos para ponerse seguros, como acostumbraban. Diciéndole el padre Jaime Bravo al isleño que los llamara, pero instaron con insistencia otra vez a que bajaran de la balandra los regalos que habían de recibir. Respondió el padre que a bordo habían de ir todas las mujeres y muchachos, que las llamara, y sólo pudo conseguir que se animara un muchacho que fue llevado a bordo, al cual se le entregó lo que se les había de dar y éste, desde el combés, mostró a los naturales los regalos, diciéndoles en su lengua que desde allí y no en tierra, lo recibirían. Pero como desistían de abordar la balandra mandó el padre visitador a que fuera a tierra el indio llamado Martín, que era pariente de los indios, diciendo que a bordo estaba su hermana llamada Rosa y que los padres querían entregarla como antes habían entregado a sus parientes a Catarina, María y Nicolás, que fueron presos en la misma ocasión que él, que no temieran daño alguno, que muy al contrario llevaban regalos para dar a todos. En fin se animaron a venir a bordo todas las mujeres y muchachos, pero al verme mayúscula fue su sorpresa al reconocermé como el cautivo al que dieron mala vida y maltrato. Porque la mala conciencia no tiene lugar seguro y siempre anda sospechosa y sobresaltada, se les dijo no tuvieran miedo, que los culpables de aquella mortanza ya habían sido castigados y que ahora estarían retorciéndose en las profundidades de la tierra donde ellos creían se iban los malos, como los cristianos en el infierno, que unas enormes ballenas los tenían presos no dejándolos salir para seguir haciendo de sus maldades entre nosotros.

Cuando la india Rosa vio venir a sus parientes a la balandra, aunque había dicho que sí regresaría con sus parientes, cuando éstas se volvieron no quiso y aun Martín se quedó con ellos de mala gana, pero a sabiendas que pronto estaríamos en el Puerto de La Paz, se fueron contentos.

El padre visitador le dejó a Martín una canoa para que con ella fuera con sus parientes al Puerto de La Paz, donde los esperaríamos. Habiéndoseles dicho que íbamos a fundar la Misión de La Paz, a donde ellos asistirían después. Levamos anclas y velejamos con buen viento a la Bahía de la Paz, que es una de las bahías mayores que acaso tendrá América, muy abrigada de todos los vientos, con fondo y canal muy limpia, de diez brazas de profundidad en la que puede velejar cualquier embarcación por grande que esta sea. Las playas son muy alegres, por tener varios esteros, muchos manglares, carrizales y palmares.

Desembarco y fundación de la Misión

A las dos de la tarde vimos que estaba muy cerca del puerto la canoa con los soldados e indios flecheros. Dimos fondo en el puerto y después de amarrados y dado un refresco a la gente de mar, salté en tierra con el padre provincial Juan de Ugarte y el padre Jaime Bravo. Viendo que estaba segura la balandra el Triunfo de la Santa Cruz por la bondad del puerto y porque no había indios en la redonda, el padre Juan de Ugarte dio la orden a la gente de mar y a los indios flecheros de saltar a tierra. Desembarcamos en el mismo paraje en que los indios guaycuras me hicieran cautivo y en donde el capitán don Isidro de Atondo y Antillón hiciera la mortanza de indios guaycuras en el año de 1683. Determinados a hacer alto de una vez en tierra, se reconoció el paraje y se dio la orden de descargar lo necesario. Se dispuso para la seguridad de todos de cuatro centinelas para toda la noche, por turnos de dos en dos. No se rompía el nombre haciendo los disparos acostumbrados con arma de fuego por no llamar la atención de los indios comarcanos y para no desperdiciar, por lo que se ofreciese, las cargas de pólvora. Un soldado, conociendo mis aventuras, me instó a buscar el fusil que dejé en mi cuevecilla, cuando escapé de los indios pericúes y después caí en manos de mis bienhechores los guaycuras de la parcialidad de los callejús. Dejé de ocuparme en mis faenas del desembarco y en un descuido fuimos en busca del fusil, encontrándolo deshecho como una armadura oxidada. Decía que para levantar la misión el padre Ugarte ordenó que se dispusieran dos campanas que en la primera tarde quedaron puestas. Para las cabras y borregos se hizo un corralito para que se echaran a tierra. Los perros se soltaron por si venteaban algún indio vigía, que estuviera escondidos entre la maleza, viendo lo que hacíamos.

Habiendo bajado lo necesario cenamos algunos en tierra y otros a bordo. Y así se pasó la primera noche. Desde el primer día se empezó a celebrar la Santa Misa. A toque de campana se dejaban de hacer las faenas en las que nos ocupábamos acudiendo todos con puntualidad; se escuchaban los alabados, las avemarías, las ánimas y repiques solemnes para el Santo Rosario. Luego se reconoció el paraje para fundar la misión, iglesia y vivienda. La fundación de una nueva misión se establecía con la fabricación de una iglesia, un aposento para la vivienda del padre misionero, otro para despensa, en que guardar el bastimento, y otras cosas, y otro para los soldados de escolta. El lugar para la dicha fundación se halló muy a propósito en una loma alta de la que se dominan las playas y que está distante del aguaje como a un tiro de escopeta corta; con una mesa muy espaciosa de suelo duro y llano todo cubierto de mezquites, palmas, palo verde y pitahayas. Se inició el desmonte para que no nos tomasen desprevenidos los indios desde el monte próximo, que era desde donde los guaycuras de la parcialidad de los callejús solían arrojar flechas a los buzos que llegaban a hacer su aguada. Se iba con las armas en las manos y las hachas del desmonte. En la primera mañana de faena se reventaron dos hachas al cortar los muchos mezquites de que abundaba toda la loma. Viendo que era difícil acabar con los mezquites, a golpe de hacha se recurrió a buscar leña seca que, puesta a los pies de los mezquites se hizo una gran hoguera que pronto acabó con el monte, tanto que ya daba poca pena que se hubieran reventado las dos hachas. Al cuarto día de arduo trabajo, y sin recelo de las víboras, que el primer día se mataron tres y cantidad de alacranes y ciempiés, quedó desmontado más de 200 varas en cuadro capaz de abrigar a una buena población. Con el fuego también se acabó con las alimañas perniciosas, fruta ordinaria en tierras nuevas y montuosas. Con los maderos más gruesos de los mezquites

y con las palmas se fue haciendo una trinchera de veinte varas en cuadro en la que nos mudamos; poniendo la puerta adentro de la trinchera, el cuartel de los marineros a un lado, nuestro cuartel al contrapuesto. En los otros ángulos el cuartel de los ocho indios flecheros. En medio de la trinchera se levantó una casilla de troncos de palma, techada con hoja de la misma palma para los víveres. Las dos campanas se colocaron junto a la puerta. No obstante tanto trabajo y tesón todos nos sujetábamos a las órdenes del padre Juan de Ugarte, quien con el crucifijo en una mano y con la otra dando, no descansaba por ver su misión levantada.

Durante estos días los indios de Conchó y algunos soldados continuaron con el desmonte de mezquites y otros árboles que estaban cerca del aguaje del Rosario y muy cerca de donde había tenido mi cuevecilla. De la madera que resultaba, que era mucha, se dispuso hacer un corral de veinte varas en cuadro para el ganado mayor y caballada que traía por tierra el padre Clemente Guillén. También se fue cercando el desmonte y un gran palmar con una laguna de buena agua y carrizal, de bastante humedad para siembras.

Primera expedición en busca de mis bienhechores

Habiendo medio serenado el tiempo y visto que a los siete días de haber llegado al Puerto de la Paz no se había visto indio alguno, se hizo junta en la que el padre provincial Juan de Ugarte me preguntó en dónde suponía que pudieran encontrarse mis indios bienhechores. Dije que como en estos tiempos de diciembre se escaseaban las semillas en los bosques los indios comían de las semillas que habían almacenado en las mieses pasadas y que en los meses de diciembre hasta abril solían habitar más en las sierras porque ahí abundaban los mezcales con que se alimentaban de ordinario. Que la pesca la abandonaban por ponerse

fría la mar y fuerte los vientos para irse a mezcalear a los montes. Entonces el padre provincial Juan de Ugarte determinó que, como práctico de las costas y parajes de las rancherías, saliese acompañado de seis marineros en una canoa grande a ver si hallaba a mis indios bienhechores, los callejués. Y preguntado en dónde podrían estar siendo diciembre. Contesté que mezcaleando en los parajes cercanos a la costa del canal de San Lorenzo, las Cruces o cerca del placer del Rosario e incluso podrían estar en los parajes de la ensenada de Cerralvo o en la isla Cerralvo donde abundaba el mezcal y las tortugas de las que se alimentaban de ordinario. Dicho esto y consultando con el padre Jaime Bravo y los soldados se ordenó que sólo viésemos los tres parajes inmediatos al oriente donde sabía podían estar: El Rosario, Santa Cruz y San Lorenzo, y que si el tiempo fuese a propósito, pasáramos a la Isla del Espíritu Santo a ver si ya los isleños de San Joseph habían llegado a dicha isla, que es también de su nación pericú. Salimos el día 10 de noviembre, después de misa, fiesta del patrocinio de Nuestra Señora, llevamos bastimentos para tres días, por ser corta la distancia, y armas por lo que pudiera ocurrirnos, y regalos de ropa, cuchillos y plumajes con que regalar si topábamos a los indios. Habiendo salido y estando por la isla de los Pichelingues, se nos vino un temporal que nos alejó de la costa enmarándonos, por fortuna salimos de ella y al día siguiente llegamos a los tres parajes referidos en el que sólo hallamos rastros viejos de los indios y por si estuviesen cerca hicimos humaredas pegando fuego a algunas palmeras y viendo que no aparecía gente y que el bastimento era poco decidimos tornar la vuelta para el Real. A poco de salir y dándonos la noche vimos lumbradas en la isla Cerralvo en lo alto de su sierra, y aunque conocimos que eran los indios que buscábamos, no nos dio el viento lugar para atravesar a la isla, ni a la del Espíritu Santo para ver si ya estaban los indios pericúes en ella.

Entrada triunfal del padre Clemente Guillén al Puerto de La Paz

Después de 26 días de camino llegó sin averías el padre Clemente Guillén⁸⁷ y su gente que lo acompañaban que eran tres soldados, cuatro sirvientes, y trece indios de la misión del padre. Habiendo salido desde su misión de Liguí o Malibat, caminado más de 60 leguas por parajes desconocidos, fragosos y poblado de indios gentiles de la nación guaycura. Cuando divisaron la balandra y las barracas en el Puerto de La Paz fue de gran alegría, porque todos, así los soldados españoles como los indios amigos, se hallaban muy quebrantados del mucho trabajo de la expedición. Porque o se caminaba atendiendo a cargas y caballada, que cuando se anda fuera de camino, como se hizo lo más de esta entrada, el caballo y la mula no quieren pasar por piedras, ni por espinas. Para que por ahí pasen, sólo lo consigue el trabajo de quien arrea. Las cargas en tanta subida y bajada se descomponen cada rato, con que piden un trabajo incesante en los que los cuidan. Esto es de día, ni es menos el afán de la noche, porque en velar la caballada y hacer la guardia en el Real, si es poca la gente, como ahora lo era, se padece mucho. Mayormente cuando, sobre el camino del día, se añade la diligencia de la exploración, que pide grandes fuerzas aun en los brutos, y en los hombres, sobre las fuerzas, animosos espíritus.

Ya los últimos días de camino, el 28 de diciembre, hicieron junta para deliberar si convendría proseguir el camino a La Paz, o tornar la vuelta al Presidio de Loreto. Los indios exploradores y los soldados habiendo reconocido el día an-

⁸⁷ Diario de Clemente Guillén, En: *Testimonios sudcalifornianos*. p. 97-103.

terior que, de las cercanías de La Paz por la parte de la sierra se extendían unas montañas casi a la contracosta, las cuales por la altura obligaban a bajar muchas leguas para rodear a la Bahía de La Paz y afirmaron los exploradores que habría de camino más de 25 leguas y haciendo que se tasase el bastimento, convinieron que podría alcanzar de seis u ocho días y, otro lado, el riesgo era mayor por no saber si nuestra empresa por mar en la balandra el Triunfo de la Santa Cruz había tenido éxito y estábamos esperándolos en el puerto de La Paz, la llegada se tornaba incierta y se tendría que tornar la vuelta a la misión de Liguí a costa de sacrificar algunos caballos o alimentándose a la usanza de los indios comiendo mezcales o yuca que toparon por el camino. Decidieron proseguir la empresa entre dudas si llegarían o no con luz a La Paz, anduvieron más de cinco días hasta que el sexto día, desde una alta loma, divisaron el mar en el seno californico. Mandaron a los exploradores que, llegando hasta la mar, regresaron informando que el Puerto de La Paz se encontraba a la parte del sur, que caían derecho a La Paz y no más arriba como se pensaba. Al día siguiente llegaron a la mar y caminaron algunos trechos por playas, y otros por cerros altos que impedían el paso porque anegaban sus faldas en el mar, vencidos unos se seguían otros, siendo necesario para el paso en algunas ocasiones que descargaran las mulas, las menos fuertes, para pasarlas. Finalmente se vencieron todos los obstáculos caminaron tan recio como diez leguas, siempre siguiendo la orilla de la Bahía de La Paz, llegando al bordo del estero desde donde sí divisaba la balandra y el Puerto de la Paz, como a las tres o cuatro de la tarde del día 6 de enero de 1721. Al caminar entre dudas de si hallarían en el puerto la balandra el Triunfo de la Santa Cruz y a nosotros, uno de los soldados le preguntó a otro de los soldados:

—¿Cuál gozo será mayor, el que tendrán los padres y la gente que están en La Paz, de vernos llegar o el que

tendremos nosotros de ver a los padres y gente que allí está?

Respondió el otro soldado: —Nosotros no tenemos ni un bocado que comer, esta mañana se nos acabó el bastimento, si hemos de comer, allá nos lo han de dar, con sólo eso tenemos para que nuestro gozo sea mayor y además con verlos nos libramos de mayores trabajos que los que ellos pueden tener. Por eso creo, es mayor nuestro gozo.

Aunque tenían razón estos soldados en su disertación, no lo era del todo porque nuestro gozo fue mayor al verlos en la otra banda del canal, en el mogote, a la parte del noroeste, se oyeron confusamente gritos y volviendo la vista para la parte dicha divisamos gente de a caballo, conociendo que era gente de la expedición por tierra del padre Clemente Guillén. Esperaron en el bordo del estero nuestras canoas en las que enviamos una tinaja de agua, suponiendo estarían necesitados, y con la orden de que pasasen luego al padre y a la gente que lo acompañaban; y que se viese si las bestias se podían pasar, que si no, tendrían que bordear como quince leguas toda la bahía.

Se pasaron por fortuna los trastes y parte de la caballada que eran en total diez y ocho. Pasado el padre y la gente que lo acompañaban los recibimos con gran alegría y con lágrimas de consuelo. En esta nueva misión fueron todos los caminantes bien recibidos y regalados de abundante comida. Al día siguiente se pasaron las demás bestias que habían quedado en el estero y se llevaron al corral para que descansaran en el carrizal y en las lomas bien empastadas. Al día siguiente se sangraron todas las bestias, para que desechasen todo el molimiento de tanta caminata. Los caminantes a los pocos días de reparados del cansancio se aplicaron a tener parte en la nueva fundación, con-

curriendo a los trabajos que se ofrecieron, de salir a cazar, cercar y a algunas expediciones de a caballo y a pie.

Torna la balandra el Triunfo de la Santa Cruz al Real de Loreto

Ante los buenos sucesos se determinó enviar la balandra al Real de Loreto para que informase de los sucesos de mar y tierra y para que se trajesen bastimentos de los que ya estábamos escasos. El día 9 de enero salió la balandra tardando en llegar a Loreto 11 días por un fuerte norte que la agarró en el camino, quebrándose la botavara.⁸⁸

⁸⁸ De botar y vara. Palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.



Primera expedición a caballo en busca de los bienhechores

El día 13 de enero se determinó hacer la primera expedición a caballo. Salimos con el padre Jaime Bravo, un soldado llamado Manuel de Ocio y dos indios amigos y yo a reconocer las cercanías donde sabía pudiesen estar mis indios bienhechores. Caminamos rumbo al sudeste donde se hallaban unos cerros bajos que llamamos del Rosario, por ser estos el origen del arroyo que viene a reconocer la bahía y uno de sus brazos el que comunica al aguaje dicho, donde los pericúes y los buzos hacían su aguada. Tiene este un tracto de la bahía a su origen como cinco leguas y agua corriente a tres leguas de la bahía, además en su caja y bordo muchas palmas, tulares y carrizales. Topamos con el rastro de dos parajes de rancherías que al parecer hacía tiempo que se habían mudado de ellas. No habiendo rastros recientes de tatema de mezcales supusimos que habían ido en busca de otras mezcaleras. Habiendo reconocido las lomas inmediatas al arroyo, esa misma noche nos volvimos al Real.

Al día siguiente salieron a pescar los indios loretanos en una canoa regresando por la tarde y diciendo que habían visto humaredas de los indios por la playa que mira al sur de la bahía. El padre visitador dio la orden de que saliéramos tres a caballo, el soldado Manuel de Ocio, el intérprete y yo. Fuimos hacia donde nos dijeron los indios y habiendo llegado por donde nos señalaron y aun un poco más, por lo espeso del monte y los parajes no topamos con ellos, pero tornando la vuelta por la playa hacia el Real topamos como con quince indios que estaban recolectando caracoles, los cuales al vernos tiraron las conchas y las armas para huir hacia los montes. Por

más que el intérprete les hablaba en su lengua diciéndoles que éramos sus amigos y que yo Juan Díaz estaba de regreso, y por no atemorizarlos más, no los seguimos. Más adelante topamos con un indio que estando descuidado e ignorante de lo que había sucedido a sus compañeros se estaba divirtiendo cogiendo caracoles. Nos acercamos a él rodeándolo con nuestros caballos que al verlos se horrorizó y tapándose los ojos con las manos empezó a dar tremendos gritos. El intérprete no entendía nada de lo que el indio gritaba, ni él al intérprete lo que este decía. Estaba tan aturdido el pobre y espantado de ver por primera vez hombres a caballo que el intérprete se apeo de su caballo y nosotros dimos la retirada para tratar de quitarle el mucho espanto que tenía. Era tanto su espanto que sin quitarse las manos de la cara y viendo el camino libre se echó a correr por donde discurría estaban sus compañeros. No pude saber si era de los indios de la parcialidad de los Callejués por haberse cubierto la cara con las manos y ser este un indio joven que habiendo pasado seis años, desde mi partida, había mutado su figura. Ya de regreso y con la alegría de llevar buenas noticias topamos con un aguaje de pozo o *batequi* distante del Real como una legua.

Se ponen los fundamentos de la primera casa de Nuestra Señora del Pilar de la Paz

El día 16 de enero se echaron los cordeles para la primera casa de esta misión incoada,⁸⁹ siendo los maestros el padre provincial Juan de Ugarte y el padre Clemente Guillén. Se tiraron las plomadas y las escuadras y después de escuadrados y señalados de doce varas de largo, cinco de ancho, y una de grueso de pared, cogieron los dichos padres las coas y azadones, y comenzaron a cavar. Al poco rato continuaron con la excavación los indios lorretanos que eran ya diestros en estos menesteres topando con un cascabel de cobre antiquísimo que sólo Dios sabía cuánto tiempo tendría enterrado y quien lo traería a esta tierra. Los indios ahí presentes al verlo de inmediato lo reconocieron como proveniente de la gente del norte y enseñándolo a otros velaron el misterio diciendo que antiguamente ellos tenían por costumbre hacer una fiesta que llamaban del mico, que se iniciaba en el norte y pasaba por todos los territorios y naciones de los indios hasta la última punta de California o Cabo de San Lucas, y que no se sabía por dónde empezaba, por tocante a tierras del norte, y corría con cabecitas de pájaros y variedad de plumas que daba cada tierra, así como otras curiosidades que trocaban entre ellos. De esta forma los indios corrían por las diferentes naciones con las prendas del mico. De suerte que las rancherías del norte caminaban una o dos jornadas y entregaban estas prendas a otras rancherías más abajo, que recibían a los huéspedes, presentándoles muchas bateas grandes de sus semillas, y bailaban las prendas unos y otros con solemnidad, y después se volvían

⁸⁹ Comenzar una cosa, llevar a cabo los primeros trámites de un proceso.

los primeros a sus tierras, y los segundos, de este mismo modo, correspondían corriendo con el mico más abajo, y eran recibidos con la misma solemnidad, y así corrían de mano en mano hasta el remate de la tierra, conociéndose y confirmándose las amistades y aplacándose los pleitos de unas naciones con otras.

Entrada de los isleños pericúes de la Isla San Joseph

Como a las once de este día vimos venir cuatro canoas de los isleños que, con las mismas ceremonias que los viajes pasados, llegaron aquí sin traer mujer ni muchachos. Venían prevenidos con sus arcos, flechas y lanzadardos por si topaban con sus enemigos los guaycuras. Los centinelas hicieron salvas y se tocaron las campanas, los padres y los nuevos colonos que estaban trabajando en la loma, bajaron para ver lo que ocurría. Luego supimos en voz del indio Martín el motivo.

—Como vimos pasar la balandra el Triunfo de la Santa Cruz por nuestra isla creímos que habían desamparado esto.

Les explicamos que la balandra regresaba por víveres y otras cosas necesarias para la misión y que no sería la primera vez que se viera pasar por sus tierras, por lo que debían socorrerla siempre que la vieran en dificultades.

Al saberse el equívoco, desembarcaron todos dejando sus arcos y flechas en el suelo, como señal de paz. Al desembarcar el padre Jaime Bravo le dijo a Martín: Hijo mío trae a tu gente a ver a la caballada. Que era una novedad, para ellos nunca vista, aunque el indio Martín ya le había picado la curiosidad, pues él se había criado con los padres misioneros, como ya se dijo.

Los caballos de casualidad estaban en el corral. Les causó gran admiración ver a dos soldados en sus caballos haciendo escaramuzas que los atemorizó lo bastante, pero mandado a uno de nuestros indios subiera a pelo a uno

de los caballos, y poniendo en ancas al indio Martín dieron sus carreras con que se sosegaron y uno de los indios principales dijo:

—Ser cosa buena *yappu* para nuestros muchachos.

Aquí se conoce cómo la parcialidad de los pericúes son diferentes a los guaycuras: *yappu* quiere decir en el idioma pericú “venado grande”, que es como le dicen ahora a los caballos.

Después del rodeo, las escaramuzas y dar sus carreras, hacer combates de lucha con nuestra gente y haberles dado comida pidieron ir a dormir en la playa del mogote, del otro lado del canal, preguntando primero si ahí estarían seguros de los guaycuros y de los soldados. Se les dijo que sí, que eran todos amigos, y se pasaron en sus cuatro canoas a la playa que estaba enfrente de nuestro real, y allí ranchearon, que fue la primera vez que lo hayan hecho en su vida en estas comarcas, por el gran miedo que le tenían a los guaycuras.

El día 17 temprano vino una canoa con la más de su gente y trajeron sus trastecillos, pidiendo se los guardarán los padres, mientras iban a la bahía adentro a pescar. Lo hicimos con mucho gusto, viendo que los pobres se fiaban de nosotros, entregándonos toda su riqueza. Para que vieran que podían tomar confianza, dispuso el padre visitador Juan de Ugarte que fuese con ellos uno de sus chamacos llamado Javier. Por la tarde volvieron todos con pescado, cargando más que ninguno de ellos el Javier, de lo que le habían regalado. Nosotros de agradecimiento por los pescados le dimos maíz, para que él regalase a sus indios bienhechores. Esta noche pidieron permiso de quedarse a dormir con nosotros, y que se

quedase a dormir con ellos el Javier, a que le dijimos se fuera a dormir con ellos, que estábamos seguros de su amistad. Se recogieron después de cenar pescados y maíz del que le habíamos dado, y ya esta noche les hizo poco espanto el toque de las Aves María y Ánimas, pero antes de medianoche se alborotaron y subieron al Real a llamar a los padres, que luego se hubieron de levantar, para ir a sosegarlos. Preguntados de la novedad, dijo su huésped, Javier:

—Tienen gran miedo de ver al centinela que se anda paseando en la loma y de oír aullar a la perra a la que le tienen pavor.

Les dijimos que no había por qué tener miedo que aquí estaban seguros, que luego haríamos amarrar a la perra. Los hicimos acostar, y se dio aviso al centinela diciéndole:

—No andes por donde te puedan ver los pericúes porque están recelosos de ti y amarra la perra, no la tengas suelta.

Pareció que se sosegaron y nos volvimos a dormir.

Por la mañana quisieron ver los caballos y subir en ellos, lo que hicieron tres, paseándose alrededor del real con gran complacencia de ellos y sus mujeres. Dijeron irían a traer las mujeres para que los viesen y se paseasen con ellos. Al mismo tiempo se conoció que los aullidos de la perra eran porque en el silencio de la noche los indios guaycuros habían entrado a los corrales de las bestias.

—Habrían venido a matarlos o a llevárselos —dijo uno de los soldados centinelas “han dejado rastros frescos por todo el corral”.

Se ordenó que saliesen los soldados y todos los indios amigos a recoger el resto de bestias. Partieron en toda forma de pelea los soldados e indios, se convidaron a ir con nuestra gente, maqs diciéndoles que no íbamos a pelear, sino a traer las bestias que faltaban, se fueron ellos también en sus canoas regalados como las otras veces. Al poco rato retornó nuestra gente con todas las bestias, y se reconoció que, a la novedad de los caballos, vino gente a verlos, y como unos y otros corrían, discurrió el soldado.

Segunda expedición a caballo en busca de los bienhechores

Para lograr él buscar gente sobre sus rastros frescos, se determinó hacer una expedición con ánimo de no desistir hasta topar con gente. Yendo por delante por si topaba con los indios callejús, mis bienhechores, seguido por el padre Jaime Bravo, dos soldados del presidio de Loreto, llamado uno Salvador de Bonu y el otro Ignacio Rojas, un indio intérprete de la lengua guaycura, llamado Mateo, y una cuadrilla de indios flecheros de Loreto Conchó. Para lograr mejor el intento llevamos bestias mulares cargadas con las petacas del bizcocho, nuestros viáticos, trastecillos y con algunos otros regalitos que ellos gustan para señuelo y socorro de los indios, porque sin estos no se consigue el fin de la expedición: tanto que suelen responder al padre misionero:

—Para que habemos de ir si eres un pobre que nada tienes que dar.

Al contrario, cuando se les concede lo que piden concurren en gran número a la instrucción de la doctrina cristiana, aprovechándose los padres misioneros de la ocasión para persuadirles de la necesidad de convertirse, y desengañarles de los errores de que se hallan inspirados. Salimos como dije del real buscando el rastro, y tomado lo fuimos siguiendo por montes y cerros sin vereda. Y reconocido de que habían visto nuestras barracas desde lo alto del cerro Atravesado donde acostumbraban apostar vigía, cogimos entonces el rumbo de la contracosta por donde sabía podían estar, fuimos siguiendo el rastro y como a la una de la tarde, cuando el sol no se podía sufrir, paramos a comer y a sestear en un aguaje de los muchos que conocía, distante del real como dos leguas.

Nuestros caballos bebieron suficiente agua y los indios flecheros hicieron su aguada. De ahí salimos y a poco andar vimos que las veredas se partían, unas al poniente y otras al sur. Determinamos seguir el rastro del sur que a poco de caminar se convirtió en un arroyo de arenas blancas, ancho y despejado, por el que caminamos recio como una legua y media, luego se topó en que el arroyo se acababa y ni veredas ni rastros pudimos hallar porque estaba muy montuoso, empastado y abundante de matorrales de todo género de espinas que ni con las cueras evitábamos. Aquí metimos hachas para abrirnos paso, encontrando mucho palo de brasil que no se había visto en la California. El trabajo fue mucho y el logro poco, por lo intrincado del camino. Por este rumbo nos cayó la noche en una loma llena de piedras bolas, y algunos encinos, en la que rancheamos para pasar la noche, porque en descubrimientos no se puede andar de noche. Encontramos algunas palmeras a las que le dimos fuego para calentarnos del intenso frío y ahuyentar a los coyotes, que atraídos por la caballada, andaban merodeando muy cerca. Subimos a lo empinado del cerro para ver si veíamos lumbradas de los indios, pero habiendo luna nueva y otro cerro más encumbrado que nos tapaba la vista, nos quedamos sin ver lumbre en parte alguna. Porque no había agua hicimos consejo y se acordó que se echara a la suerte para ver quién bajaba a hacer aguada a una caja de arroyo que habíamos visto, pero nadie quiso meter la mano al sombrero, por lo cansado de la jornada dicha y el frío que partía el alma de cualquiera, a más de que se escuchaban los coyotes que merodeaban por doquier. El padre Jaime Bravo, al ver que los ánimos estaban flojos, metió la mano por todos y tocó al capitán de campaña Salvador de Bonu bajar solo, lo hizo no sin retobar. Halló bastante por lo que pasamos bien la noche.

Al romper el alba⁹⁰ bajamos la loma para seguir el cajón del arroyo que ofrecía agua y era andable. A poco de caminar topamos con unos manchones de un árbol que los españoles llamamos cacalosúchil de hermosas flores blancas y rojas. El padre Jaime Bravo se alegró mucho de encontrarlos diciendo que estos árboles nunca se habían visto en tierras de California y que era buena señal porque sólo en tierras que llueve mucho y pican en caliente las hay. Éstas se vieron por todo el cajón del arroyo hasta que a dos leguas topamos con un paso infranqueable para las bestias, por lo que nos vimos obligados a saltar a unas cuchillas arenosas que a la verdad hacían peligrar a las bestias y los bastimentos. Saltando algunas lomas arenosas, caímos otra vez al arroyo, hallando buenos palmares, abundante agua, carrizales, tulares y zacate verde para las bestias. Aquí cogieron nuestros indios mucha raíz de yuca de la que todos comimos asadas y un soldado llamado Ignacio Rojas salió a explorar los cerros y topó con una beta de buen metal de plata. Proseguimos por el arroyo y a poco andar se apartó⁹¹ el rastro del arroyo y torció hacia el norte y tomándolo dimos con una ranchería en la que acababan de tatemar un venado; había rastros de varias lumbradas con tizones encendidos y pisadas de chicos y grandes señales de que ahí habían pasado la noche. Seguimos los rastros que salían en todas direcciones por lo que perdimos dos horas buscando y suponiendo que serían los rastros de los indios que andaban cazando, regresamos a la ranchería de donde partimos, para seguir el rumbo hacia donde fuese el mayor número de rastros. Cogimos al oriente, atravesando varias lomas, algunos arroyos con

⁹⁰ Amanecer o empezar a aparecer la luz del día.

⁹¹ el cabo Ignacio de Rojas aparece en el relato del viaje que hizo el padre Clemente Guillen y en el relato del padre Jaime Bravo. En ambos se registra que hizo descubrimientos de metales.

agua, palmas y mucho pasto verde. Antes del anochecer rancheamos en uno de estos arroyos y se enviaron a dos indios exploradores para buscar los rastros y ver qué rumbo llevaban para seguirlos a la mañana siguiente. Y así salimos al alborear el día, sabiendo ya, por los indios exploradores, por dónde iban los rastros. Habiendo aclarado notamos que los rastros se desparramaban, unos por un lado, otros por otro. Y después supimos que ellos ya nos habían divisado y que con toda intención se habían esparcido por los montes para que no los encontráramos. Cuando ya nuestros caballos daban muestra de cansancio y yo a la verdad enfado de tanto desatino, en dos días de caminos y confusiones porque desandamos lo andado y luego tornábamos a seguir veredas montuosas, empastadas y empinadas que a nada llevaban, vimos la mar y que teníamos al sur un inmenso valle plano, al norte a la isla Cerralvo y que nos hallábamos inmediatos a la ensenada donde suponía estaban los indios callejués.

Feliz encuentro con los indios bienhechores

De pronto vimos una mata de pitahaya toda destrozada, flechada y de ella una multitud de pedacillos como estacas clavadas en la arena, nos detuvimos para registrar el terreno y el padre Jaime preguntó:

—¿Qué señal es esta Juan?

—Es el modo que tienen, padre, de declararnos enemigos en sus tierras y la guerra —ante la advertencia tan patente el padre, dirigiéndose al capitán de los soldados y la escuadra de flecheros, dijo:

—Ordene capitán de que estén a una vista de nuestra tropa, cautelando emboscadas. —Nuestra corta tropa se hizo uno a la voz del capitán que, ante la advertencia, nuestros indios flecheros tensaron sus arcos y prepararon sus flechas y los soldados sus fusiles. Topamos el rastro a media legua de andar por unas lomas empastadas y trilladas por el paso reciente de los indios que, nos hurtaban el paso al sentir que les pisábamos los talones. Desde una lomita vimos humaredas distantes como media legua, que nos regocijó mucho en medio de estar amenazando mucha lluvia. Entramos a la caja del arroyo donde había abundantes encinos y algunos sauces. Nos acercamos a la humareda y preparamos las armas por si topábamos con los indios coras, antiguos enemigos de los callejués. De pronto en una lomita despejada estaba una cuadrilla de indios bien armados de arcos y flechas dando brincos y gritería, con su capitán muy puesto de sombrero, regalo de José de Larreategui, cuando hizo mi rescate, que nos causó novedad e irrisión. Luego que los vimos nos apeamos de nuestros caballos tomando nuestras armas. Los indios

al vernos tan cerca y sintiéndose acorralados por nuestra gente comenzaron a gritarse unos a otros y a llamarse con sus pitos. Tomaron sus armas y trataron de retirarse, entonces caminé con Mateo el intérprete hacia donde ellos estaban, lo que hizo también el padre Jaime Bravo. Mandando primero que se quedasen atrás los soldados e indios amigos que nos seguían a pie y bien armados; dando órdenes a los soldados de no hacer ademanes algunos de pelea, sino en caso urgente. Así que estando cerca, les gritó el intérprete:

—No tengan miedo, que es Ti apa tú, que regresa.

Respondieron aturdidos por el miedo:

—Si es Ti apa tú, entonces que llegue, que llegue solo.

Habiendo conocido ser mis bienhechores, dije al padre Jaime Bravo:

—Son ellos, los callejués a quienes buscamos, usted y los soldados esperen mi regreso, que iré con el intérprete. —Nos apeamos de nuestros caballos, cogimos nuestras armas y nos acercamos a prudente distancia, lo que hizo también el padre Jaime. Estando cerca y ellos en una peña conocieron que era yo, Juan Díaz, Ti apa tú, el hombre venido del norte, a pesar de mi crecida barba y los seis años transcurridos, desde que estuve con ellos, que habían cambiado mi figura. Se apaciguaron y toda la gritería de los pobres paró en regocijo y abrazos. Luego de los abrazos y el reconocimiento, en voz del intérprete les dije cuántas diligencias había hecho por hallarlos y el gran consuelo que tenía de verlos, que venía a visitarlos en recuerdo de ser mis bienhechores y traerles regalos, que ellos eran mis amigos. Entonces ellos en voz del intérprete dijeron:

—Eres bienvenido Ti apa tú con tus amigos y parientes.
—Hice señas para que el padre Jaime Bravo se acercara y llegado, en voz del intérprete, dijo su parlamento que acostumbraba en estos casos, diciendo el fin de nuestra llegada a sus tierras, que fuesen todos al Puerto de La Paz, donde tenía ropa para dar a todos y otros regalos. Lo entendieron bien. Regaló luego al capitán y a los otros, luego el capitán llamó a gritos a las otras dos cuadrillas que estaban en lo alto de una loma, para que se juntaran que Ti apa tú estaba de regreso, como lo había prometido.

Estando todos reunidos les dijo el padre Jaime que bajasen por el arroyo en donde teníamos los caballos, que tenía comida con que regalarlos, que los que estaban ahí eran todos amigos y no les harían ningún daño. Todos bajaron y se regalaron, y luego fue el capitán de la cuadrilla a dar aviso a su ranchería de nuestra llegada, estaba distante media legua de allí.



Entrega de la vara de justicia

Regresó trayendo consigo con qué regalar al padre, que fue darle todas las insignias que como principal tenía, que todas las entregó haciendo mil monerías en señal de regocijo. El padre entregó a su vez la vara de justicia o de gobernador de su gente que el aceptó gustoso. Volvió otra vez a su ranchería y trajo a una de las *kanai* que me habían cuidado y a otras mujeres, algunos muchachos mirones, chicos y grandes, a los que a todos regaló el padre. Después les dije que, nos volvíamos porque estaba lloviendo y amenazaba mucha agua, que estaba cansada nuestra gente, y porque no sabíamos el camino de retorno, nos diese un guía para que nos llevara de derecho.

Luego señaló el capitán de los callejués a cuatro indios para que nos guiasen y dijo que al día siguiente, si no llovía, irían todos al Puerto de La Paz.

Por el buen suceso, consoladísimos, dimos la vuelta para el real. Como llevábamos guía lo que en dos días y medio habíamos caminado, lo desanduvimos en seis horas por camino bueno, no obstante de que no cesaba de llover muy recio. Aunque estábamos todos empapados de la lluvia, y se insinuaba ya el hambre, no dejamos de caminar recio hasta llegar al real a dar las buenas noticias a los conquistadores que estaban ya cuidadosos de lo que nos podía haber sucedido, y de lo malo del tiempo. Nos recibieron con inexplicable alegría, y más, viendo tan bien lograda la expedición, y se regaló luego a los huéspedes y a la gente que había ido con nosotros. Se dio vestido a los cuatro callejués para que se taparan sus vergüenzas, lo hicieron aunque en

cuanto tuvieron oportunidad largaron sus trapos para usarlas como talegas.⁹²

⁹² Saco o bolsa ancha y corta, de lienzo basto u otra tela, que sirve para llevar o guardar las cosas.

Entrada de los callejués en el Real

Los cuatro callejués durmieron en el real en donde les di noticias, en voz de Mateo el intérprete, de mis aventuras desde que los había dejado. Les dije que había noticiado a los padres que de ellos, la nación de los callejués, recibí una vida regalada y no así de los indios pericúes de la isla de San Joseph, de los que son contrarios y de quienes sólo recibí un trato miserable peor que la de un esclavo negro.

Escucharon con gran atención e interés y me dijeron con gran sentimiento que ellos ya habían vengado el maltrato y agravio dando muerte a muchos de la nación pericú que caían al sur de sus territorios y que habían acabado con muchos de ellos, mujeres y niños sin hacer cautivos, ni esclavos. Dijeron que la nación de los callejués no puede soportar en sus tierras a enemigos tan despreciables como ellos y que las mujeres de los pericúes, como ellos les dicen en su lengua, no saben ser mujer de un guaycuro.

Luego me noticiaron que unas de mis kanais había caído en manos de los aripes y que desde entonces no la habían vuelto a ver, pero que sabían que estaba amanceba con uno de la ranchería de los cautáros.⁹³

Por la mañana, después de almorzar salió uno de ellos a buscar a los suyos y regresó hasta el día siguiente acompañado de uno de los capitanes para pedir que saliera Juan Díaz y una delegación de nuestros indios amigos a recibirlos a su usanza como señal de amistad y hospitalidad. Ya

⁹³ Los cautáros era una ranchería de la etnia guaycura, que habitaban los parajes ubicados entre la misión de los Dolores y la misión de La Paz.

se hallaban cerca. Eran veinticinco hombres guerreros de arco y flecha. Se les hizo un recibimiento con gran regocijo dándoles a todos sayales para vestido y cuchillos a cada uno y a los principales plumajes y algunas alhajillas que ellos apreciaban. Se les preguntó:

—¿Por qué no han venido sus mujeres con sus niños de pecho?

—No las hemos traído por estar lloviendo y porque han tenido gran miedo de las barracas que se ven desde aquella loma. Dijeron señalando el cerro atravesado.

—Son nuestras cuevas, en que nos defendemos del frío y del agua y no esconden otro misterio —respondimos.

Luego dieron noticia de las rancherías que habitaban en esta cercanía, diciendo que eran todas de enemigos y que de ellas sólo dos eran amigas.

Se les dijo que el padre venía a hacerlos amigos a todos y que ya no debía de haber pelea ni enemistad. Entonces se escuchó decir en su lengua al capitán de los callejús:

—Este es nuestro padre. Señalando al padre rector Juan de Ugarte.

Pasaron muy alegres la Noche Buena y durmieron dentro de nuestra trinchera, previniendo que no se les hiciera extraño el repique de campanas a media noche, que esto era señal de alegría de los cristianos por estar celebrando la Pascua. Esta noche de pascua se dijeron tres misas con mucha alegría y repiques solemnes.

El día de la Natividad, después de almorzar, dijeron que se irían por estar con equipatas el tiempo y porque sus mujeres se habían quedado mezcaleando.

Les dimos un poco de maíz para su viaje y se les mostraron los fardos de la ropa que había de darles a sus mujeres y niños, diciéndoles que los esperábamos a todos ya que aclarase el tiempo.

Días después vinieron a avisar que estaban cerca para que saliese a recibirlos con los indios amigos. Llegaron en número de treinta y dos hombres de arco y flecha con su capitán y tres muchachos de poca edad.

Se les recibió con gusto y dejando sus armas en el suelo como señal de paz, pidieron con señas que los soldados hicieran lo mismo con los suyos. Señalando el capitán a los hombres que no habían venido en las fiestas de pascua se les dio, como a los otros, su vestido, cuchillos y plumajes y aunque no se nos hizo mención de dar a los muchachitos les dimos luego vestiditos y algunos dijecillos propios para ellos, con lo que quedaron contentos. Uno de los muchachitos, aunque prieto y desnudo, tenía figura de hijo de español y conducido ante mí para que le diera un sayal, el indio principal dijo, señalándome, en voz del intérprete:

—El es Ti apa tú. El muchachito se acercó con timidez y tocando mi barba, dijo en voz del intérprete Mateo:

—Mi madre fue hecha cautiva de los cautaros. Tocándole la cabeza lo consolé y desde ese día no se separó de mí.

Pasaron el día y la noche con nosotros y el padre visitador, para congraciarse, los llevó a donde estaban nuestras canoas y les regaló una, diciéndoles:

—Esta canoa se las regalo como señal de nuestra amistad, la pueden tener aquí en el Real y disponer de ella como suya y conforme se vaya dando la ocasión se les irá socorriendo con cuantas se pueda. —La recibieron con gran muestra de alegría que el mismo día salieron a pasear en ella.

Al día siguiente, después de almorzar pidieron que fuese con ellos a donde estaban sus mujeres y niños, que era un lugar de abundantes palmeras y tulares distantes como dos leguas al sur del Real. Salí al paraje donde estaban rancheando acompañados de once indios amigos de la misión del padre Clemente y los indios guaycuros de Loreto Conchó. Antes de llegar nos salieron a recibir multitud de indios grandes y chicos, maravillados por nuestros caballos.

Las paces

Habló el capitán principal de los callejués en voz del intérprete Mateo, dijo: Ya no habrá enemigos ni peleas. Ya somos hermanos los que antes éramos enemigos; a los de la nación pericú los trataremos como parientes, llamaremos a nuestros enemigos los Aripes para que el padre los haga cristianos y amigos y después a los coras. Este bien nos ha venido por Juan Díaz, Ti apa tú, el hombre venido del norte, por cuyo respeto he tirado las armas: no penséis que ha sido por miedo, pues, ya sabéis que tengo mucha gente y que ahora son mis amigos los españoles. Vosotros pericúes, aripes, coras y huchitíes levantad las armas si queréis, que soy bastante con los españoles para castigarlos. Pues sabéis que hay españoles en la costa del mar y en las tierras de los cochimíes y guaycuras del Conchó. Me han dicho que estáis firmes en las paces que habemos hecho. Entonces romped las armas y haced la paz. Y diciendo en su propia voz en lengua castilla con señas de singular regocijo: —Ya se acabó el pelear, ya no hay enemigos. Ya ha llegado la palabra de Dios a nuestra tierra ya no somos lo que éramos antes.

Contestó uno de los principales de los aripes, has hablado y amonestádonos muy bien, yo tengo un mismo corazón con el tuyo, mi corazón siente y dice lo que tú has dicho. Mi pueblo es de hombres valientes, de capitanes que se han enfrentado con los tuyos, haciendo prisioneros y llevándose tus mujeres y los frutos de tus tierras. Entonces romped las armas y haced la paz. Y diciendo esto se sentaron todos en círculo para convidarse a fumar tabaco en sus cañitas que tenían preparadas como si fuera un brindis.

Después de algunos días llegó la balandra de Loreto al Puerto de La Paz con bastimentos: 20 sacos de maíz, un poco de bizcocho y pinole, 33 cabezas de ganado mayor y 48 de ganado menor entre cabras y carneros. Luego de que se bajaron los bastimentos y el ganado echado a tierra y encerrado en sus nuevos corrales, el padre Juan de Ugarte ordenó se mataran tres vacas para secar la carne y comer de ella y celebrar el bautizo de ocho parvulito.

La balandra el Triunfo de la Santa Cruz, aunque nueva, tuvo sus primeras averías cuando tornaba la vuelta para Loreto, se le quebró la botavara e hizo agua por lo que fue necesario que el padre provincial Juan de Ugarte le reparara la botavara con madera de mezquite y la calafateara siempre ayudado por algunos marineros e indios guaycuras que fueron a cortar mezquites y a juntar estopa de palma y brea de copal que los indios usaban para pegar sus flechas y que mezclado con cebo sirvió para carenar el barco.

El día 10 de enero salió el padre Clemente Guillén bien aviado de bastimentos y proveído de bastantes regalos el padre Jaime Bravo. El padre Clemente Guillén y la carga salieron en una canoa bahía adentro. Las bestias e indios amigos rodearon la bahía e hicieron alto en un carrizal a sus orillas donde esperaba el padre clemente con la carga y la canoa. Llegaron a la misión de Liguí el 23 de enero, habiendo caminado 14 días.

Hecho esto, después de tres meses de su estancia en La Paz y viendo que la Misión estaba dando sus primeros frutos determinó su reverencia Juan de Ugarte salir para el Real de Loreto llevando la proa a su viaje con buen tiempo. Estando en Loreto los primeros días de marzo se encontró con la noticia de que habían pasado de la isla san Joseph

algunos indios pericúes a buscarlo y al no encontrarlo se habían regresado para sus tierras.

Sentimos mucho la partida de los padres quedándonos en la nueva Misión de Nuestra Señora del Pilar el padre Jaime Bravo, dos filipinos pampangos, un mozo sirviente, el intérprete Mateo y seis indios lauretanos y yo.⁹⁶ Esa misma mañana llegaron los indios guaycuras trayendo a bautizar a un parvulito que el padre Jaime Bravo, en memoria del padre milanés Juan María de Salvatierra, le puso por nombre Juan María.

Vuestra Excelencia, como notáis, la memoria es dilatada, muy a pesar del olvido que se excusa en un viejo como yo, que ya con nubes en los ojos y las manos crispadas pide descanso a sus pies. Un pobre viejo como yo sólo de la memoria vive y para no dejar sin responder a su pregunta, digo tan sólo lo que una vez me dijo el mallorquín (*qepd*) que “la verdad es al plomo, como la mentira al oro y sólo un alquimista de la memoria hace del olvido su historia que la fama que por lejana se olvida”

En esta ocasión no me puedo extender mas en relación tan dilatada pues estoy muy acabado de la vida y a punto de morir, pero si Dios me diere vida, espero lo haré en relación para dar cuenta de la rebelión de los pericúes. A veces a la distancia me pregunto si estos territorios ultramarinos de la California son nuestros solo por haberlos conquistado o por cuasi haberlos exterminado. Dios guarde a su Vuestra Excelencia. Pongo mi marca como testimonio de verdad. Rúbrica.

⁹⁴ El padre Juan de Ugarte, al momento de su partida, no menciona que dejó a Juan Díaz con el padre Jaime Bravo.

Juan Díaz: el conquistador de perlas.

Armando de Jesús Romero-Monteverde.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2008
en los talleres de Trazo Binario, S.A. de C.V.
Campesinos 223-E, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810.
Tels. 54 45 62 07 y 54 45 68 77.
El tiraje fue de 500 ejemplares.